

ANA BALLABRIGA - DAVID ZAPLANA

Tras el Sol de Cartagena



Lectulandia

Poco antes de la guerra civil, una prostituta es asesinada en el barrio del Molinete de Cartagena. Setenta años después se produce un robo en el Museo Arqueológico. La pieza desaparecida despierta la curiosidad de Ginés, un joven coleccionista de la ciudad que comienza a investigar lo sucedido.

En su andadura cruzará sus pasos con Irene, una muchacha cansada de su monótona vida. Ayudados por el *Napias* y perseguidos por el Escombro, Ginés e Irene se verán envueltos en una trama que oculta un secreto ancestral en las entrañas de la ciudad.

Lectulandia

Ana Ballabriga & David Zaplana

Tras el sol de Cartagena

ePub r1.0

Titivillus 23.04.2016

Título original: *Tras el sol de Cartagena*
Ana Ballabriga & David Zaplana, 2007

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



A Javi Galindo y a sus padres, Víctor y Antonia,
para que no se cansen de luchar.

Agradecimientos

En primer lugar nos gustaría dar las gracias a toda la gente que nos ha ayudado a recopilar información para escribir este libro:

A los guías de la empresa «Cartagena Puerto de Culturas», como Pepe Martínez y Rosa Ferrer, que muy amablemente nos han atendido y nos han ayudado a mejorar nuestros conocimientos sobre *Mastia*, *Qart-Hadash* y *La Ermita de San José*.

Así mismo:

A los guías del «Ayuntamiento de Cartagena», por sus explicaciones sobre el *Anfiteatro*.

A la gente del «Museo Arqueológico Municipal», por atendernos tan amablemente y explicarnos lo que hemos necesitado sobre *Mastia*, los *cartagineses* y los *romanos*.

A los funcionarios de la «Biblioteca» y el «Archivo Municipal».

A la delegación del diario «La Verdad» de Cartagena.

A D. Jorge Juan Colomer, socio del «Casino de Cartagena», D. Juan Mediano Durán y D. Ángel Roy por la información aportada sobre la Guerra Civil y *El Molinete*.

A «Fotos Rym», por la información sobre fotografía antes de la Guerra Civil.

Al archivero D. Vicente Montojo, por su información sobre *La Ermita de San José*.

Todos ellos viven, trabajan o se interesan por la historia de Cartagena.

Todos ellos nos han ayudado. A todos ellos muchas gracias.

También queremos agradecer a todos los pacientes lectores que han revisado el libro y nos han ayudado a mejorarlo:

Nuestros padres: Serafín Zaplana y Héctor Ballabriga.

Y nuestros amigos: Achim, Antonia y Marga.

Y a Darío y Blanca, por su apoyo incondicional y su entusiasmo por todo lo que hacemos.

Nota de los Autores

Este libro es una novela, por lo tanto, aunque hemos utilizado localizaciones y comercios reales de la ciudad de Cartagena, todos los personajes, incluidos los dueños de establecimientos públicos y su forma de actuar, son producto de la imaginación de los autores.

Sus pasos eran acelerados y sus manos se estrujaban nerviosas bajo la capa negra que lo protegía del frío. Hacía ya casi seis horas que el sol había cedido su trono al astro musulmán, que avanzaba navegando sobre un mar azabache. La calle se estrechaba a su paso, como un corredor al Infierno; bajo los balcones azules que refugiaban ojos furtivos. Se cruzó con algunos marineros que cantaban y alborotaban tambaleándose. Salvador intentaba evitarlos, pues sabía que con su metro sesenta no podría salir muy bien parado si se producía una trifulca. «*Un amor en cada puerto... aunque sea pagando*», pensó. Al fin y al cabo las prostitutas de Cartagena eran conocidas incluso fuera de las fronteras del país.

Ganó la calle Falsacapa hasta la calle de la Aurora y se detuvo un momento ante el Café *La Puñalá*. Dudó. Quería calmar los nervios con un trago, pero ni el nombre ni el aspecto de su fachada le daban confianza, aunque había oído que no era de los antros más peligrosos de la zona. Mientras se decidía vio al sereno que se acercaba.

—¿Está buscando algo?

El sereno era Domingo *El Muelas*. Lo conocía de oídas: un hombre rudo que desde hacía años era amante de la *Cañí*, una de las principales competidoras de Caridad *La Negra*. La gente del barrio lo apreciaba mucho debido a su habilidad para detener disputas. Según contaban, manejaba el chuzo con una maestría pasmosa y su truco consistía en pegar un certero golpe en la espinilla a cada uno de los alborotadores, dejándolos fuera de combate.

—Sí —Salvador mostró una pitillera con varios cigarros liados y tras ponerse uno en la boca alargó la mano hacia *El Muelas*—. ¿Gusta?

Domingo cogió uno agradeciéndoselo con un gesto de cabeza y sacó una caja de cerillas.

—¿Dónde está *El Gato Negro*? —Preguntó Salvador, mientras *El Muelas* le acercaba la cerilla. Había oído hablar de ese sitio y pensó que sería mejor elección que *La Puñalá*.

—Usted no viene mucho por aquí, ¿verdad?

—No, es la primera vez.

—Eso está bien. Está unos metros más *palante*. —*El Muelas* escupió una bocanada de humo que resplandeció bajo la luz del candil y apagó la cerilla que ya se acercaba peligrosamente a sus dedos—. Está justo ahí, en la *Cuesta del Maestro Francés*.

Salvador había oído nombrar esa calle, llamada así porque hacía años un tal Nicolás Fusal puso una escuela para enseñar su idioma natal. Fijó la vista unos instantes: *El Gato Negro*.

—Vaya, gracias. La noche refresca y apetece un trago para caldear.

—Eso está bien.

—Sí —confirmó Salvador—. Parece que hay jaleo esta noche, por aquí será lo

habitual.

—Pues no. —*El Muelas* resopló un torrente de humo amarillento y de inmediato volvió a succionar el cigarro. Salvador nunca había visto a nadie fumar de esa forma —. Eso quisieran las furcias. Ayer llegó un barco mercante. Por lo visto viene de Inglaterra.

—Ya. Y los marineros siempre arman jaleo, ¿no?

—Pues depende. A veces hay que tener más recelo de los hombres que parecen de bien.

El Muelas ya estaba terminando su cigarro y Salvador pensó que era un buen momento para continuar su camino, el hombre le ponía un poco nervioso.

—Bueno, amigo, gracias por la ayuda y a pasar buena noche.

—De nada, hombre.

Cuando Salvador entró en *El Gato Negro* se sentó en una mesa y pidió una copa de coñac, pero el camarero le sirvió un *brandy* y en vaso. Frunció el ceño y pensó en protestar, pero decidió que era mejor no buscar líos. Saboreó el alcohol de la bebida y tuvo que escupir tras el primer trago. Se relajó observando a dos chicas bailar en el pequeño escenario y a los hombres gritar y silbar excitados. El segundo trago le sentó mejor y comenzó a experimentar un hormigueo placentero en los brazos y las piernas. No podía creer que realmente estuviera tan cerca. ¿De verdad podría conseguirlo? Y lo que era aún más importante, ¿serviría para algo? Le quedaban algunas cosas por averiguar, pero tenía un buen presentimiento.

Observó el ambiente con detenimiento. Despreciaba a toda aquella gentuza. Aunque por otra parte, le gustaba mirarlos y pensar que él estaba muy por encima de ellos, que era miles de veces mejor que cualquiera de los que se encontraban en aquel bar. Salvador era maestro en las Escuelas Graduadas. Hasta principios del S.xx la educación se había consumido en unas condiciones pésimas, dando lugar a un enorme índice de analfabetismo. Los maestros, que vivían de la caridad de la gente, se veían obligados a dar clase en sus propias casas careciendo por completo de condiciones pedagógicas o higiénicas. Niños de todas las edades se hacinaban en una misma estancia oscura y maloliente. Fue a finales del XIX cuando en Cartagena se creó un movimiento de lucha por la mejora de la educación, viajando a otros países para captar ideas. Así se fundaron en Cartagena las primeras Escuelas Graduadas de España. Era un edificio público donde los maestros desempeñaban su trabajo, con un sueldo pagado por el ayuntamiento. Además, se creó una estructura educativa, agrupando por primera vez a los alumnos por edades y conocimientos, permitiendo así una educación más eficiente. Fue un tremendo avance y ahora Salvador se beneficiaba de él y disfrutaba de una posición de poder y respeto, que le había permitido comenzar a hacer sus pinitos en política. Si todo iba bien pronto sería alcalde de la ciudad y el asunto que traía ahora entre manos, sin duda, lo ayudaría considerablemente a conseguir ese objetivo.

Apuró la bebida y salió del bar alcanzando enseguida la calle del Adarve. Allí se

situaba una de las entradas a la casa de Caridad *La Negra*, según le habían informado; la otra era por la calle San Vicente. Cuando llamó a la puerta fue la misma Caridad quien le abrió. Observó la cara risueña y agradable de aquella mujer debía de pasar la cincuentena, y que aún se mantenía atractiva y enérgica. Había sido una de las prostitutas más famosas del barrio, tanto por sus artes amatorias como por ejercer de musa del pintor Wssel de Guimbarda.

—Adelante, buen amigo —lo invitó sonriendo.

Entró en una sala ricamente decorada: luces de colores, telas alegres y espejos. Se trataba de un decorado carnavalesco preparado para el arte de la seducción más barata.

—¿Quiere tomar una copa mientras conoce a nuestras chicas?

—No, gracias —Salvador introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta—. Verá, ya sé a qué chica quiero.

Le mostró una foto. Caridad le regaló una sonrisa pícaro.

—Le gustan las niñas inocentes, ¿eh?

Salvador no contestó, se limitó a buscar a la muchacha por la estancia. Caridad se adentró por la puerta de la derecha y gritó suavemente:

—Lali, cariño, baja un momento. Un amigo ha venido a verte.

Salvador esperó junto a la barra, observando a los hombres beber, acompañados de chicas que los abrazaban y toqueteaban sin dejar de reír. Se fijó en un marinero no muy alto, con el uniforme manchado de vino y la cara roja como un tomate. Se apoyaba en una chica de unos veinticinco años, muy delgada, que casi le sacaba la cabeza de altura. Le había desabrochado el corsé y hundía su nariz, encendida de brasa, entre sus escasos senos de pezones afilados. Notó un escalofrío al presenciar la escena.

Hacía ya tiempo que las cosas no iban bien con su mujer: la imposibilidad de tener hijos había creado una profunda brecha entre ellos. Últimamente casi no hablaban y cada uno se dedicaba a sus cosas sin inmiscuirse mucho en la vida del otro. Salvador se alegraba pues así disponía de más tiempo para ocuparse en sus actividades políticas y sus aficiones. Estaba especialmente orgulloso de su magnífica colección de libros antiguos y desde hacía un par de años había comenzado una de postales eróticas. Pero todo cambió cuando consiguió aquella foto. La misma que llevaba ahora en el bolsillo de la chaqueta y que le había enseñado a la dueña del lupanar. Le encantaba la cara regordeta e inocente de aquella chica de aspecto infantil. Se había quedado prendado de sus trenzas y se había excitado fantaseando con la idea de que era una de sus alumnas del colegio. Sin embargo, al examinar la foto con más detenimiento reparó en una cosa que le llamó mucho la atención. Y había sido esa cosa exactamente la que lo había llevado al burdel. No el sexo, ni la atracción que la chica le pudiera causar. Tan solo aquel pequeño detalle de la foto.

La muchacha se acercó a él sonriente. Cuando llegó a su lado lo besó en la mejilla y se presentó:

—Hola, guapo, soy Lali, ¿cómo estás?

—Hola, soy Isidro —mintió Salvador—. Eres preciosa, Lali.

—Gracias.

Salvador meditó unos instantes, antes de continuar la conversación.

—No sé si lo recuerdas. Mantuvimos correspondencia sobre un asunto que me interesaba. —Las palmas de la mano comenzaron a sudarle y se las frotó contra el pantalón de pana.

—Ah, sí, Isidro —pareció un poco confusa—. Al principio no había caído, te imaginaba... diferente. —Detectó un atisbo de decepción en el tono de la chica y sintió rabia—. ¿Quieres subir a mi habitación para hablar con más tranquilidad?

Se fijó en que los ojos verdes de ella tenían un brillo muy especial. Era un resplandor acuoso que simulaba la superficie del mar y dejaba entrever pequeñas pinceladas de muchos secretos. Sí, Salvador estaba seguro de que tras aquellos magníficos ojos se guardaban muchos secretos, pero también sabía que él nunca podría conocer la mayoría de ellos. De todas formas, tan solo le interesaba uno.

Lali lo cogió de la mano y lo arrastró hacia la planta superior.

—Eh, guapa —gritó Caridad desde abajo—, no te entretengas mucho que esta noche viene el Julián y a ese quiero tenerlo contento.

Lali suspiró profundamente pero no contestó. Llegaron a una habitación pequeña. Un espejo de pie se encontraba junto a la entrada, con un taburete. La cama, que se situaba en la pared izquierda, no era más que un catre y estaba deshecha. Salvador se preguntó si la chica ya habría trabajado esa noche, pero realmente no le importó. Sobre la mesilla de noche, observó la cartilla del dispensario Oficial Antivenéreo que rezaba en grandes letras la palabra *SANA*.

—Entonces, ¿lo tienes? —Acometió Salvador, impaciente.

—Sí, claro. Pero no tengas tanta prisa.

Lali le acarició la entrepierna y notó cómo algo empezaba a crecer dentro de aquellos pantalones. Salvador la intentó besar, pero ella solo le ofreció la mejilla. Esto a él le molestó bastante, era la misma actitud que mostraba su mujer. Se quitó las gafas y las dejó sobre la mesilla de noche. Se acercó a ella y la empujó sobre la cama. Salvador se quitó los pantalones y la muchacha observó complacida sus calzoncillos abultados. Después le desabrochó el corsé y le quitó las bragas de un tirón. Lali alargó las manos y le bajó los calzoncillos, dejando a la vista su miembro, pequeño pero duro como una porra de la guardia de seguridad.

Salvador no se lo pensó más, ni le dio tiempo a Lali para que se lo pensara. La penetró sin preámbulos, tal y como había estado acostumbrado a hacer con su mujer, y comenzó a entrar y salir, entrar y salir muy rápidamente. No tardó ni un minuto en terminar.

Lali sonrió cuando escuchó el fuerte gemido y notó cómo se derrumbaba sobre ella, quedándose quieto.

—¿Ya está? —Le preguntó, intentando contener una risita juguetona.

—Sí, ¿de qué te ríes? —Su semblante se tornó serio mientras se levantaba.

—De nada, hombre —repuso Lali.

Pero Salvador sabía que no lo decía en serio. Se estaba riendo de él. Lali observó su rostro severo e intentó relajar la situación.

—No te preocupes, cariño. Ha estado bien.

—Bueno, ¿dónde lo tienes? —Comenzó a vestirse con la cara rasgada de ira y se aplicó las gafas de nuevo. Observó su figura en el espejo de pie y sacando un peine del bolsillo de su chaqueta arregló su pelo negro, con raya en el lado derecho, que desembocaba en una gran entrada. Al coger el peine se le cayó la postal de Lali que lo había llevado hasta allí. Estaba tan enfadado que ni siquiera se agachó a recogerla.

—Lo tengo aquí, pero he cambiado de opinión con respecto al precio.

—¿Qué quieres decir?

—Mil pesetas es muy poco. Le tengo mucho cariño, ¿sabes? Lleva en mi familia demasiado tiempo y no me puedo deshacer de él por tan poco dinero. —Lali había observado el ansia de Salvador por culminar la venta y se había dado cuenta de que podía pedir más. Ese dinero le vendría muy bien para llevar a cabo sus planes muy pronto. Quería montar su propio burdel. Ese era su gran sueño y ahora había visto una buena oportunidad para conseguir el dinero necesario.

—Pero es lo que acordamos por carta. —La cara de Salvador empezaba a encenderse de ira. Sus palabras habían sonado amenazantes—. Tú aceptaste ese precio, ahora no puedes cambiar de opinión.

—Lo siento, Isidro, pero sí que puedo —se reafirmó Lali—. Si lo quieres son dos mil pesetas.

—Solo he traído mil. —Salvador avanzó con los puños cerrados.

—Bien —continuó ella mientras se arreglaba las horquillas del pelo frente al espejo—. Dame esos mil ahora y vuelve con otros mil en cuanto puedas. Entonces te lo daré. Por cierto, lo de esta noche corre por mi cuenta.

Salvador, que se encontraba a su espalda en ese momento, la cogió por las trenzas y tiró con fuerza. Ella gritó por el susto y el dolor, a la vez que él le estampaba un fuerte puñetazo en la boca para hacerla callar. Lali se desplomó conmocionada, con el labio partido, manchando de sangre la alfombra y su propia foto que la miraba desde el suelo, inocente y provocadora. Permaneció unos instantes sin moverse, con la vista fija en la foto, aquella que se había hecho unos meses atrás y de la que tan orgullosa se había sentido. La realidad volvió a envolverla y el miedo recorrió su cuerpo cuando de nuevo tronó la voz quebrada de su agresor.

—¿Dónde está? —Inquirió.

Lali se encontraba aturdida y no podía pensar con claridad. *Está fuera de sí, pensó. Y es capaz de matarme.* Se arrastró por el suelo hacia la cama, limpiándose con las manos la sangre de la boca.

—¿Dónde está? —Volvió a graznar Salvador y al ver que no reaccionaba le propinó una patada en las caderas.

Ella se estremeció de dolor y arrastrándose de nuevo sacó un pequeño cofre de debajo de la cama. Lo abrió con manos temblorosas, aterrada por la posibilidad de recibir otro golpe. Salvador la observó satisfecho, sin perder el ceño fruncido y los puños apretados. Lali extrajo del cofre algo envuelto en un pañuelo de seda y alargó la mano hacia él que lo cogió, ahora sonriendo. Retiró el pañuelo lentamente, con cuidado y cuando por fin vio lo que había dentro sonrió aún más, mostrando sus dientes sucios y picados.

—Gracias —exclamó mientras hundía la mano en el bolsillo del pantalón y sacaba un fajo de billetes—. Ahí tienes las mil pesetas que acordamos. Espero que después de esto hayas aprendido a respetar un trato.

Lanzó el dinero sobre las piernas desnudas de la muchacha y se giró para marcharse. Él era un caballero y pagaba, eso quería que quedase claro. En el momento en que cogía el pomo de la puerta, Lali agarró el orinal de hierro que tenía bajo la cama, se levantó enfurecida hacia Salvador e intentó golpearle en la cabeza. No estaba dispuesta a que se repitiera la historia de nuevo, esta vez ella iba a controlar la situación. Ya bastaba de humillaciones. A pesar de su esfuerzo, él fue más rápido y le propinó una fuerte patada en el vientre antes de que pudiera alcanzarlo. Ella soltó el orinal y se desplomó en el suelo de rodillas. La cara de él había vuelto a ponerse seria, con los ojos muy abiertos, como si quisieran saltar fuera de las cuencas. Se agachó y recogió el orinal mientras ella sollozaba de rodillas balanceándose adelante y atrás.

—Me podías haber hecho mucho daño. Lo sabes, ¿verdad?

Ella levantó la cabeza y lo miró con la cara llena de lágrimas, pero desafiante. Salvador no pudo soportarlo más. Ninguna zorra de mala muerte podía provocarlo de aquella manera. Se había reído de él, lo había intentado engañar en el trato que habían hecho y después incluso había intentado matarlo. Sin lugar a dudas, carecía por completo de educación y merecía ser castigada. Clavó la vista en los ojos verdes de la muchacha, ahora enrojecidos por las lágrimas. Pensó de nuevo en todos los secretos que se escondían tras ellos y entonces se dio cuenta de que nadie jamás los conocería. Levantó el orinal con su brazo derecho, furioso, mientras ella lo miraba sollozando, pero desafiante.

Lali sabía lo que le iba a pasar. Ahora se arrepentía de haber intentado deshacerse de algo tan valioso para ella y su familia. En parte lo había hecho por el dinero, pero sobre todo había sido como una pequeña venganza contra su padre. Sintió una fuerte punzada de dolor en el pecho al preguntarse qué le contarían sobre ella a su pequeño Bartolomé. Ahora ya era tarde. Elevó los hermosos ojos verdes hacia aquel hombre.

Salvador la admiró por un momento, pero no sintió ninguna lástima. Sabía que se lo merecía y cada uno debe tener lo que se merece. Mientras descargaba el orinal sobre la cabeza de la muchacha, tan solo pensó que Lali acabaría el día con la lección bien aprendida.

1

Pipipipí, pipipipí. Irene apagó el despertador de un manotazo y maldijo en voz baja. «¡Joder, qué pronto se hacen las ocho!». Enseguida escuchó la radio del vecino, que también se levantaba a la misma hora: «¡Por fin es viernes!». Con dos rendijas en lugar de ojos, se dirigió al baño procurando no hacer demasiado ruido porque su madre y su hermana todavía disfrutaban del placer del sueño. Su padre, sin embargo, hacía ya dos horas que se había levantado.

Se duchó y se vistió. Calentó el café que su padre le había dejado preparado. Estaba muy cargado, como les gustaba a ambos. Era como tomarse una buena dosis de pólvora justo antes de fumarse un cigarro. Pegó un primer trago y notó la explosión que se produjo en su cerebro, permitiéndole al fin abrir los ojos por completo. Encendió la radio para oír el informativo. Hablaban de la insoportable ola de calor que afectaba a toda Europa. En Francia ya habían muerto más de mil personas. Los cambios climáticos eran cada vez más radicales e Irene pensaba que quizás algún día fueran la causa del fin del mundo. Aunque también pensaba que si esto llegara a suceder, ella no lo vería.

Fijó la vista en el fregadero. La noche anterior le tocaba a su hermana poner los platos en el lavavajillas pero allí estaban, apilados y sucios. «Joder, cómo se nota que es la pequeña», pensó mientras se frotaba la barbilla con rabia. Entonces vio una nota de su madre sobre la mesa:

«Esta tarde es la prueba del vestido. ¿No te habrás olvidado?»

Pues sí, a Irene se le había olvidado completamente y ya había hecho planes que tendría que cambiar. Se quedó mirándola unos instantes: las letras recónditas y concienzudamente iguales. Recordó lo que había aprendido en el curso de grafología que había hecho hacía un par de años: la persona que había escrito aquella nota era muy perfeccionista. Le gustaba tener siempre las cosas en su sitio y cuando se proponía hacer algo, normalmente lo conseguía. Además la segunda frase («¿No te habrás olvidado?») indicaba una cierta soberbia, como queriendo decir: «Solo yo hago las cosas bien y siempre tengo que estar en todo. Si no fuera por mí...». Se preguntó qué pasaría cuando se levantase y viese la pila de platos en el fregador. Sin lugar a dudas eso molestaría a una persona como la que había escrito aquella nota. Sin embargo, sabía que su madre se limitaría a enjuagarlos y meterlos en el lavavajillas mientras justificaba a la pequeña de la casa porque tenía muchas preocupaciones. Si en vez de a su hermana le hubiera tocado a Irene, quizás la cosa

fuese distinta.

Cogió las llaves y el casco y bajó al garaje. Su madre insistía en que se comprara un coche, uno pequeño, que ellos le echarían una mano para poder pagarlo. Pero, como en tantas otras cosas, no le hizo caso. Le gustaba su Derbi Atlantis, pequeña, con la que se podía ir a cualquier sitio de Cartagena sin problemas para aparcar. Y si quería ir a Murcia o a la playa, Miguel tenía coche.

A aquellas horas no había mucha actividad. Una mujer con su perro caminaba por el paseo central de La Alameda. Una ruidosa máquina de limpieza arrastraba sus rodillos por la calle, rascando el asfalto. La mayoría de los cartageneros estaban de vacaciones o se iban a las casas de la playa.

En Cartagena hay mucha gente que tiene una segunda vivienda en la playa, la mayor parte en La Manga o en alguno de los pueblos del Mar Menor a los que pueden llegar en un tiempo reducido, media hora como máximo. No son ricos, ni derrochadores, sino gente de clase media que aprovechó la oportunidad cuando las casas aún tenían un precio razonable. Así, cuando empieza el calor sofocante del verano, muchos habitantes de Cartagena desaparecen para disfrutar de la playa (sobre todo si tienen niños), sin tardar mucho tiempo en llegar al trabajo.

Otros años los padres de Irene también habían alquilado una casa en La Manga, pero este habían preferido ahorrar para la boda. Además, se habían reservado parte de las vacaciones que iban a utilizar para preparar la boda con más tranquilidad.

Comenzó a girar por la plaza de España. Tiendas y restaurantes de comida rápida. Todavía no hacía el calor sofocante que bulliría a media mañana. Entró en el Paseo de Alfonso XIII. Procuró pasar despacio por delante de los cines para poder ver la cartelera, quizá pudiera convencer a Miguel para ir a ver alguna película durante el fin de semana.

El barrio de Los Mateos permanecía dormido. Allí no se había instalado la vorágine propia de la ciudad, quizá porque no había dejado de ser un pueblo. Estaba situado a las afueras de Cartagena, en las faldas de una colina coronada por una edificación llamada «el Castillo de los Moros». Las casas eran de planta baja, multicolores, con puertas rosas y fachadas verdes; muchas ataviadas con cortinas de tela o de plástico para evitar que entraran insectos. Algunas familias habían instalado el salón en la puerta de la calle, colocando sobre la acera el sofá y las sillas que utilizaban durante la tarde-noche, cuando el sol ya estaba de retirada. Había basura por todas partes. La gente se conocía entre sí y se mantenían informados de si alguien que no era del barrio había entrado en su terreno.

Aparcó la moto en el almacén de la asociación «La Senda». María, la directora, le había dado permiso para hacerlo. Admiraba a aquella mujer, daba todo por la asociación. Irene había sido voluntaria en otras ONG que no eran más que una excusa para ganar mucho dinero. Parte de los presupuestos millonarios de las subvenciones se desviaban para que algunas personas se compraran coches de lujo y se hicieran casas en las zonas residenciales, en vez de emplearse para ayudar a quienes lo

necesitaban.

Pasó por una puerta interior a las oficinas. Vio a Rosaura, la contable, que salía del despacho de la directora para dirigirse a su sitio. Las demás mesas estaban vacías porque eran el lugar de trabajo de los educadores y de la trabajadora social. Los educadores se encargaban, fundamentalmente, de dirigir las actividades que organizaba la asociación con los chavales. Pero tenían su mesa para realizar informes y preparar dichas tareas. La trabajadora social concertaba citas en los domicilios de las familias, aunque algunas veces, entraba en el despacho de María con algún padre o madre. Lino, el psicólogo, tenía despacho propio.

—Buenos días —saludó Irene al tiempo que depositaba el casco en una estantería.

—Buenos días, guapa —le contestó Rosaura—. Han echado del trabajo a Joaquín. A Rosaura le encantaba ir al grano y dar malas noticias.

—Joder, con este no sé qué vamos a hacer.

Joaquín era uno de los chicos que acudían a la Asociación. Su madre lo había depositado allí con la esperanza de que pudieran hacer de él «un hombre de provecho», pero iba a ser bastante complicado. Con dieciséis años ya había estado interno por robo en un centro educativo de menores.

—Ayer por la tarde estuvo su madre llorándole a María. —Irene observó cómo seguía tecleando en el ordenador, como si no diera importancia a sus palabras, mientras se subía, de vez en cuando, los parabrisas ovalados que descansaban sobre su nariz—. Pero, claro, ¿qué va a hacer María? Es su madre la que lo tiene que educar, no nosotras, que ya hacemos bastante, ¿verdad? —Y volvió a empujar las gafas para afianzar sus palabras.

—Sí, sí, claro —le contestó mientras intentaba escabullirse para hablar con la directora.

Se dirigió a su despacho. María siempre tenía la puerta abierta excepto cuando hablaba con alguno de los chicos.

—Buenos días. Me acabo de enterar de que han echado a Joaquín.

Una cabeza canosa y menuda asomó entre la pila de papeles que había sobre la mesa.

—Rosaura, ¿no? —María no esperó a que Irene le contestara—. Sí, le han echado del segundo trabajo en lo que va de mes. Esta vez ha contestado de malas maneras a un cliente de la gasolinera. Parece que Joaquín no le dio el cambio bien, el hombre se quejó y el chaval ha empezado a insultarle y decirle barbaridades. Ya te lo puedes imaginar.

—No sé qué hacer con él. Es como darse contra una pared.

—Escucha, Irene —María apartó un montoncito de papeles y se acercó más a la mesa—, no podemos hacer más de lo que hacemos y no sirve de nada querer ir más allá de lo que los chicos te permiten. Con Joaquín nos hemos equivocado. No está preparado para tener un trabajo. Deja que Lino se encargue de él.

Lino, el psicólogo, era un tipo un tanto excéntrico y amanerado pero que

conseguía que los chavales lo respetaran y hacía un gran trabajo con ellos.

—Vale, tienes razón, María, pero...

—Habla con Carmelo, el de la gasolinera. Es un buen hombre. Entérate de si se ha molestado por lo sucedido y asegúrate de dejar las puertas abiertas para otro chico. Y no te preocupes, estas cosas pasan.

—Sí, ya lo sé. No soy nueva en esto.

María sonrió mientras Irene salía del despacho cabizbaja y se dirigía a su mesa.

Una vez sentada, encendió el ordenador. Cogió todos los informes que tenía a medias y decidió empezar su trabajo terminando algunos. Siempre burocracia, la odiaba. Podía aprovechar el tiempo mucho más estando con los chicos pero tenía que rellenar un sinfín de impresos para enviarlos a las Consejerías y al Ayuntamiento, que eran los que, al fin y al cabo, le pagaban el sueldo. Después, si le daba tiempo, se entrevistaría con un par de chavales y hablaría con algunas empresas para convencerles de que contrataran a alguno. Y, en cuanto hubiera reunido fuerzas, llamaría a la gasolinera.

Al poco se acercó Lino a su mesa. Llevaba una camisa hawaiana con unos vaqueros color crema. Su pelo rizado se aplastaba contra su cráneo bajo los efectos de la gomina.

—Hola, Irene, ¿qué tal va todo? Me he enterado de lo de Joaquín. —El timbre de su voz era ligeramente agudo—. Pero no te preocupes por eso, ya sabíamos que había muchas posibilidades de que se cayera. Voy a hablar con él dentro de un rato y ya te contaré.

Se marchó a su despacho. Irene se quedó un rato pensativa. Se sentía responsable por lo que había ocurrido, pero volvió a pensar en las palabras de María. Se encontró un poco mejor a la vez que conseguía controlar sus pensamientos de culpabilidad.

Retomó el trabajo donde lo había dejado. A las diez llamó a Carmelo, el de la gasolinera. El hombre casi pidió perdón por haber despedido al chaval e Irene se tranquilizó. Se disculpó ella por el comportamiento de su pupilo y quedaron el lunes por la mañana para una nueva entrevista con otro muchacho. Aún no sabía a quién le ofrecería el puesto, esta vez tendría que seleccionarlo con más cuidado.

Al poco sonó su móvil. Rosaura no se privó de echarle una mirada de reproche desde detrás de sus enormes gafas. Irene, incómoda, contestó la llamada. Era Miguel.

—¿Sí?

—Irene, soy yo. Te llamo porque ayer te noté un poco rara y quería saber si ya estabas bien.

—Espera, que salgo fuera. —Se dirigió al almacén donde guardaba la moto, al tiempo que meditaba qué contestación debía darle, si ni ella misma sabía qué le pasaba—. Pues, sí, ya estoy un poco más tranquila. Ya sabes que mi madre y yo... —Dejó la frase sin terminar.

—No sé, a lo mejor es por todo lo de la boda. Yo también estoy un poco nervioso. Mi madre, la pobre, se va a quedar sola...

—Está tu hermana. —Irene se arrepintió al momento de decirlo. El tema de la madre de Miguel había sido motivo de muchas disputas—. Pero sí, es normal que te preocupes por ella, al fin y al cabo nunca has estado fuera de tu casa.

Irene intentaba apaciguar las cosas pero no hizo sino empeorarlas. Miguel había estudiado en Murcia y todos los días hacía cien kilómetros para ir y volver a su casa. Nunca se le había pasado por la cabeza la posibilidad de alquilar un piso y salir de las faldas de mamá.

—Un hijo no supe a otro. —Esta era una de las frases preferidas de la madre de Miguel—. Y deberías comprender que una mujer sola y mayor como ella debe estar acompañada en todo momento y más si tiene a sus hijos. —Su tono era seco.

—Perdona, Miguel, no debería haberte dicho eso.

—No pasa nada. Te tengo que dejar.

—Vale.

Miguel se le declaró una noche del mes de diciembre de hacía dos años, introduciendo el anillo de prometida en una copa de champán. Le recitó unos versos que había tomado de un libro llamado *Poesías para enamorar* y le dijo que era la mujer de su vida. Irene rió y se sintió protagonista de una película romántica. Le dijo sí cien veces, mientras pensaba que en cuanto se casaran podrían pasar juntos las noches enteras, que ya no tendría que aguantar a su madre, que podría invitar a su amiga Clara a su casa siempre que quisiera y dijo sí cien veces más.

Después vinieron los arduos preparativos. Hablar con curas de iglesia, con dueños de restaurante, fotógrafos, floristas... Hacía ya seis meses que había sido la cena de pedida. Se trataba de una tradición que ambas familias habían querido respetar. Durante esa ceremonia el novio pedía formalmente la mano de la novia. Por supuesto, estaba todo acordado de antemano y muchos de los preparativos ya en marcha. Pero en esta celebración ambas familias tenían la posibilidad de conocerse mejor. Aquella cena corría por cuenta de los padres de la novia, según mandaba la tradición. Fueron a cenar al restaurante Sacromonte, una cena de lujo. Paseó la mente por el paté con manzana que tanto había disfrutado y después el regalo que le hizo a Miguel: un *Rolax* auténtico. Había tenido que ahorrar mucho para comprárselo, pero sabía que a él le hacía mucha ilusión.

La pantalla del ordenador se había quedado negra, así que movió el ratón y la página del procesador de textos apareció ante ella. Rosaura se levantó de su mesa y le explicó que salía al bar de enfrente a tomar un café con su marido.

Irene se sintió mejor. Hizo una llamada a su novio desde el móvil.

—¿Sí?

—Hola, cariño.

—Hola.

—Siento mucho lo de antes.

—No pasa nada. —Irene sabía que sí pasaba, porque todavía estaba serio.

—He pensado que podríamos hacer algo esta noche.

—Bueno.

—¿Qué te apetece?

—Por mí, alquilamos dos películas y nos vamos al piso a verlas. —Contestó Miguel con un atisbo de ilusión.

Irene sabía perfectamente cuál era el plan: primero ir al videoclub y seleccionar dos películas, una a gusto de cada uno. Después comprar una *pizza* mediana, con la que te regalaban otra, que ya te habían cobrado tres veces con la primera. Por último, ir al piso y desplomarse en el sofá para sumergirse en una sesión intensiva de cine comercial. Habían repetido el ritual hasta la saciedad. Esta era la gran noche para Miguel, e Irene nunca le había dicho que estaba un poco aburrida, que le apetecía salir con amigos o ir a cenar fuera, que le gustaría ver películas en el cine, que estaba cansada de las *pizzas* grasientas y recalentadas.

—De acuerdo.

—Entonces nos vemos a las nueve en el videoclub.

—Vale.

—Irene.

—¿Qué?

—Te quiero.

—Yo también a ti.

Irene volvió a mover el ratón para devolver la vida a la pantalla del ordenador. Por suerte no estaba allí Rosaura para ver la lágrima que se deslizaba por su cara.

En los últimos años el puerto de Cartagena había cambiado muchísimo. Al final de los 90 se había convertido en una parte bastante degradada de la ciudad, dedicado exclusivamente al tráfico marítimo de día, para acoger a las prostitutas de noche. Sin embargo, recientemente y sobre todo, desde que la mayor parte de los militares abandonaron la ciudad, el Ayuntamiento había apostado fuertemente por potenciar el turismo. Una de las primeras fases de esta apuesta fue el puerto deportivo, en el que se acondicionó un agradable paseo que comenzaba frente al monumento de los *Héroes de Cavite*, y llegaba hasta lo que en un futuro sería el nuevo Museo de Arqueología Marítima seguido del Auditorio y Palacio de Congresos. Por supuesto, los turistas se podían detener y admirar la maravilla de ingeniería que en su día fue el Submarino de Isaac Peral, pero el nuevo puerto tampoco defraudaría a las personas que no sintieran interés por la historia. Hacía poco que se habían instalado numerosos bares de copas, restaurantes y heladerías a lo largo de todo el paseo, por lo que era muy agradable en las calurosas noches de verano estirar las piernas junto al mar y detenerse a cenar, a degustar un helado de postre o, sencillamente, salir con los amigos a tomar unas copas.

A pesar de este resurgimiento y de la nueva proliferación de bares, se mantenían unos cuantos restaurantes, los típicos de toda la vida. Entre estos se encontraba en Santa Lucía, a unos pocos metros del puerto, *Los Techos Bajos*. Era un restaurante pequeño y barato, situado en la Cuesta del Batel, donde la cerveza fresca, el pescado frito y los chipirones se consumían a toneladas.

Cuando Irene concertó una entrevista con el dueño de los Techos Bajos, justo al principio de verano, habían llegado enseguida a un acuerdo. Y fue por aquel contrato por lo que ahora Luis, el pupilo preferido de Irene, se encontraba en el restaurante llevando platos y jarras de cerveza de un sitio para otro.

Eran las doce del mediodía y ya estaban todas las mesas ocupadas y varias parejas esperando. Luis corría de aquí para allá junto a cuatro camareros más, y entre todos no daban a basto.

—¡Eh, chico, otra jarra de cerveza!

—¡Maestro, una de michirones^[1] y unas patatas con ajo! —Y mientras apuraban la copa, continuaban—. ¡Y otra sangría, joder, que esta ya hace media hora que se ha acabado!

Luis hacía su trabajo de manera impecable. Tras la primera semana (en la que le costó bastante coger el ritmo de sus compañeros) se convirtió en el rey de los camareros, llevando cinco platos a la vez sobre un único brazo o cuatro jarras de cerveza con una sola mano. Su jefe estaba muy contento y varias veces le había dicho que si seguía así, el próximo mes le subiría el sueldo. Sin embargo, a Luis no le gustaba su trabajo y entre sus planes no entraba el de jubilarse allí. Había empezado a

asistir a la asociación tan solo por mantener contenta a su madre, aunque era verdad que después le habían gustado las actividades que realizaban, sobre todo los talleres de manualidades. Cuando Irene le ofreció el trabajo de camarero había estado a punto de rechazarlo, pero se lo pensó mejor. Acababa de estar involucrado en el robo de una joyería y la policía les pisaba los talones, por lo que sabía que no le vendría mal desaparecer del mercado por un tiempo. Además, su madre se pondría muy contenta si le anunciaba que tenía un trabajo legal. Pero Luis tenía muy claro que nadie se hacía rico trabajando y él quería ser rico. Necesitaba dinero para retirar a su madre, comprarle una casa en la playa y poder verla descansar por fin, después de diez largos años limpiando las casas de los demás. Él también tenía sus propias aspiraciones y estas no incluían el trabajo de camarero. Luis tenía una sola cosa muy clara: «Si tienes que hacer algo, hazlo lo mejor posible, y si no, no lo hagas». Por ello se lo había tomado con tanto interés, esperando que el asunto de la joyería se apaciguara y manteniendo a su madre contenta. Ahora sabía que había llegado el momento de ponerse en circulación y solo tenía que esperar una buena oportunidad.

Entre los gritos de los clientes, de repente, Luis oyó un timbre intermitente y se dio cuenta de que era su móvil, que vibraba en el bolsillo de su pantalón negro. Se adentró en la cocina, en un rincón donde había un poco menos de ruido y descolgó.

—¿Quién eres?... Sí, soy yo. ¿Quién eres?... Oye, macho, yo no te conozco... ¿Qué?... ¿Qué te ha pasado mi móvil quién?... Ya, ¿y qué quieres?... ¿Un curro, macho, a qué te refieres? Yo ya estoy currando, curro de camarero, ¿sabes?... ¿Cuánto?... ¿Seis mil chapas? ¿Por hacer el qué?... Sí, ya, siempre es todo muy sencillo... Que sí, *pijo, t'escucho*... —Mientras atendía lo que su interlocutor le decía Luis se quitó la goma que sujetaba el pelo negro formando una cola y su larga melena rizada se esparció sobre los hombros y la camisa blanca sudada. Conforme avanzaba la conversación, se daba cuenta de que no trabajaría más ese día—. Sí, entiendo... Antes que se acabe el mes... Pero me hará falta ayuda, tendré que llevar un colega, así que tendrás que subir el precio un poco... Venga, macho, no me jodas, nueve mil chapas está bien... Ok, siete mil quinientos... Vale, te llamo a este móvil... Venga, hasta pronto.

Luis colgó el teléfono y se dirigió al despacho de su jefe. La puerta estaba abierta, como siempre, y Luis entró sin llamar.

—Perdone, Don Eliseo.

El hombre lo miró con cara amable y lo invitó a pasar.

—Hombre, Luis, ¿qué pasa, muchacho?

—Pues, verá usted. Es que tengo un poco de *pesaombre* que me acaban de llamar por teléfono que mi vieja ha tenido un accidente y la han llevado al hospital, al Rosell. Me han dicho que tiene una pierna rota. Si le parece bien voy a ir al hospital para ver cómo está y si necesita algo.

—Vaya, lo siento mucho. Precisamente hoy nos viene bastante mal que te vayas, Luis, ya has visto cómo está el patio. —Don Eliseo hizo un breve silencio—. Pero

bueno, lo entiendo. No te preocupes, nos apañaremos sin ti y espero que no sea nada lo de tu madre.

—Gracias, Don Eliseo. Me voy cagando leches.

—Hasta luego y ve con cuidado.

Luis se escapó del restaurante como una exhalación. Se quitó la camisa sudada y se la anudó a la cintura. Se subió en su NSR de 250 c c y la arrancó notando con gusto cómo rugía entre sus piernas. La moto se la había comprado su padre cuando solo tenía catorce años. A su madre no le había hecho ni pizca de gracia, pero su padre le dejó bien claro que el chico necesitaba un medio para desplazarse y su madre no rechistó. Luis la había disfrutado mucho en los últimos tres años y ni una sola vez lo habían pillado los maderos. Soltó el embrague de golpe a la vez que giraba el puño con brío, la moto se encabritó y Luis salió derrapando sobre una sola rueda.

3

Irene releyó por encima la convocatoria que tenía delante. Se trataba de una subvención para proyectos con personas desfavorecidas, orientados a posibilitar su integración social. María le había dicho que quería que solicitara financiación para hacer un curso de informática básica con los chavales.

Le costaba mucho concentrarse en el trabajo, su cerebro era como una mezcla de chocolate y caramelo, sobre el cual sus pensamientos se arrastraban con dificultad. No era el mejor momento para preparar un proyecto, pero menos aún le apetecía lanzarse a la calle a visitar pequeños negocios y convencer a sus dueños de que dieran trabajo a alguno de los chavales. Miró el formulario que la Caja había editado para que se presentaran las propuestas. La parte que más solía costarle desarrollar era la justificación de por qué querían hacer esa actividad. Para ello tenía que argumentar. El formulario con sus cuadros blancos la miraba desafiante, esperando. Irene se lanzó a la tarea.

Una vez que concluyó la justificación, se levantó a beber un poco de agua y volvió a sentarse. Todavía le quedaban por establecer los objetivos, la metodología a aplicar, la cronología y la evaluación. Tendría suerte si terminaba esa mañana.

Su móvil sonó de nuevo. Rosaura, que ya había regresado, la miró con cara de reproche, a la vez que intentaba quedarse con todos los detalles de la conversación. Cogió el teléfono, era su madre.

—¿Qué?

—Ay, hija, qué poca alegría te da escucharme.

—Dime, mamá, ya sabes que no me gusta que me llames al trabajo.

—Bueno, ¿has leído la nota que te he dejado encima de la mesa?

—Sí, la he leído. —Irene se mordió la lengua pero le habría encantado contestar a su madre «¿Y tú? ¿Has visto la pila de platos sin fregar?».

—Te llamaba porque eres tan despistada que pensaba que no te acordarías. Ya sabes que las modistas tienen el tiempo muy ajustado y ya queda poco para la boda. No podemos dejarlo para más adelante, son los últimos retoques.

—Sí, mamá, esta tarde a las ocho. De todas formas me lo podías haber dicho durante la comida.

—Bueno, te dejo, que ese trabajo tuyo te tiene secuestrada.

—Hasta luego.

La verdad era que ya no se acordaba de que tenía que llamar a Clara para quedar otro día porque esa tarde iba a Pronovias. Cogió el móvil y marcó el número.

—¿Clara?

—Dime, Irene.

—Esta tarde no podemos quedar, tengo que ir a hacerme la prueba del vestido.

—Vaya. ¿Cuándo tienes la prueba?

—A las ocho.

—Bueno, entonces podemos vernos para tomar un café. *Porfa, porfa*, Irene. Tengo ganas de hablar un rato.

—Venga, está bien.

—Ok, ¿te pasas sobre las cinco y media?

—De acuerdo. Un beso.

Clara era su mejor amiga. Hacía poco que había terminado la relación con el que había sido su novio (después de tres años) y ahora lo estaba pasando mal.

Levantó la vista y vio que Luis estaba de pie junto a uno de los educadores. Era un chico delgado y bajo, siempre sonriente. Llevaba el pelo largo y rizado, pero lo que llamaba la atención en él era que tenía un ojo de color verde y otro marrón. Luis era uno de los mejores muchachos que acudían a la asociación: educado, amable, un chico listo que desde pequeño había aprendido a utilizar todo su encanto e inteligencia para conseguir lo que quería. Desde que entró en la asociación su comportamiento había sido ejemplar y sus avances con Lino, admirables. Por las tardes, antes de volver al trabajo, Luis participaba con un grupo de chavales que aprendían manualidades. Pero el objetivo de aquellas clases no era aprender las técnicas de modelado, sino que se utilizaban como excusa para aplicar un programa de habilidades sociales: los educadores enseñaban a los chavales aquellas normas y comportamientos que sus padres y madres no les habían inculcado.

Le extrañó verlo allí porque tendría que estar trabajando en el restaurante. Luis no la miró en ningún momento y en cuanto terminó de hablar con el educador se fue. Le pareció extraño porque siempre que iba a la oficina se acercaba a hablar con ella. Se levantó de la silla y se dirigió al educador.

—Oye, Juanjo, ¿qué quería Luis? Ahora tendría que estar trabajando.

—Me ha dicho que su madre ha tenido un accidente y la han llevado al hospital. Ha pedido permiso para salir del trabajo.

—Pero, ¿ha sido grave? —Se preocupó Irene.

—No, dice que se ha roto una pierna. Preguntaba por Ismael, porque le hará falta ayuda para traer a su madre.

—Vaya, menos mal que no es nada serio. Estos chicos ya tienen bastantes problemas.

—Sí, pero Luis estaba animado. Se le veía contento y cuando se iba ha dicho que no me preocupara, que creía que le iba a tocar la lotería.

—¿Cómo? —Irene se quedó parada un momento. Era una de las expresiones típicas que utilizaban los chicos cuando estaban planeando algo—. Vale, gracias, Juanjo. Voy a llamar al restaurante.

Irene se dirigió a su mesa y abrió la agenda por la R de restaurantes. Buscó *Los Techos Bajos* y descolgó el teléfono.

—Buenos días. ¿Eliseo Saura, por favor?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Hola, soy Irene, de la asociación *La Senda*.

—Ah, hola, Irene. ¿Qué pasa?

—Verá, le llamo por Luis. ¿Ha tenido hoy algún problema con él?

—¿Problema? No. El chico me ha dicho que su madre ha tenido un accidente y le he dado permiso para ir al hospital.

—Ah, de acuerdo. Me alegro de que sea así.

—¿Por qué? ¿Pasa algo? —Preguntó Eliseo con voz preocupada.

—No, no. —Por el contrario, Irene se había quedado más tranquila—. Solo una comprobación rutinaria, hemos visto al chico fuera del trabajo y no sabíamos si había algún problema.

—Bah, no tenéis por qué preocuparos. —Eliseo parecía muy seguro de lo que decía—. Luis es un chico magnífico, estoy muy contento con él, de verdad. —Irene sonrió al oír estas palabras—. Y si su madre ha tenido un accidente, entiendo que quiera ir a verla. Le honra el cuidar de sus mayores, así debería ser siempre.

—Muy bien, pues está todo claro. Muchas gracias, Eliseo.

—De nada. Adiós. Ah, y cuando quieras, pásate por el restaurante, tenemos un pescado excelente y te haremos un precio especial.

El hablar con Eliseo la había tranquilizado en un principio, pero de nuevo las palabras de Juanjo volvieron a su cabeza. «Ha dicho que creía que le iba a tocar la lotería». Aquello era muy extraño. Quizás no fuera nada. Realmente parecía que no era nada. Pero Irene no se lo quitó de la cabeza en lo que quedaba de mañana.

La calle del Carmen es una de las más conocidas del centro de Cartagena, caracterizada por los magníficos miradores de sus edificios modernistas. Allí, en un primer piso vivía Ginés con sus dos tías-abuelas. Ginés tenía treinta y un años y trabajaba impartiendo clases de informática en la Academia Atrio y como profesor tutor de la asignatura *Historia del Arte Antiguo* en la Universidad Nacional de Educación a Distancia, aunque ahora estaba de vacaciones. Era licenciado en Historia del Arte, pero la informática constituía también una de sus pasiones y había aprendido por su cuenta. En ninguno de los dos trabajos tenía un buen sueldo, mas le bastaba para salir de fiesta y darse algún capricho de vez en cuando.

Hacía ya dos años que se había comprado un coche. Se encaprichó de un Mégane Coupé de color verde y tuvo que ingeniárselas para conseguirlo. Sabía que con su sueldo y sin ahorros no se lo podía permitir, así que tuvo que recurrir a un cuidado plan. Consistía en convencer a sus tías, poco a poco, de lo mucho que les hacía falta el coche ahora que empezaban a ser mayores. Ginés sabía que su tía Rosell no tenía ningún problema en pedir un taxi para que las llevara a donde hiciera falta y por lo tanto con ella no funcionaría, pero su tía Carmen era muy distinta: evitaba salir a la calle siempre que podía y cuando se veía obligada a hacerlo, nunca iba sola; odiaba los sitios públicos, sobre todo abarrotados de gente; no soportaba que la tocara nadie excepto su hermana Rosell, y los olores fuertes le provocaban náuseas y malestar hasta el punto de llegar a desmayarse. Por ello, cuando salía de su casa siempre llevaba una mascarilla. Ginés sabía que el tacto de los taxis, así como cualquier asiento público, le repelía enormemente y era esta su principal baza. Sabía que si tenía a su tía Carmen en el bote, Rosell no se negaría y, efectivamente, el plan funcionó. Desde que compró el coche tan solo cuatro veces había subido a su tía Carmen, todas ellas para ir al médico. Sin embargo, habían sido ya más de diez las que Ginés había usado el asiento de atrás el sábado por la noche con el ligue de turno. Por supuesto, esto debía permanecer en secreto, pues su tía Carmen tenía que seguir pensando que el asiento trasero estaba reservado exclusivamente para ella.

A Ginés le encantaba vivir en la casa de sus tías, que sería suya en un futuro, pues era su único heredero. Se trataba de un piso antiguo y bien conservado de casi doscientos metros cuadrados. Tenía cinco habitaciones, cada una con su propio vestidor, una cocina amplia aunque algo anticuada, dos cuartos de baño completos, un salón comedor, en cuyo centro colgaba una lámpara de araña de principios del XIX, una salita de estar, que era donde sus tías pasaban la mayor parte del tiempo, y un salón de baile, que no habían utilizado nunca como tal y él lo había convertido en gimnasio y habitación de estudio. Uno de los dormitorios lo habían transformado en capilla, para que así su tía Carmen pudiera cumplir con sus obligaciones cristianas sin necesidad de salir de casa. Los techos eran altos, y el del comedor y el del salón de

baile estaban adornados con frescos de motivos celestiales y marinos respectivamente. Para Ginés uno de los detalles más fascinantes de la casa era el enorme árbol genealógico de su abuelo, enmarcado y lucido en el recibidor, dejando claro a las visitas que un árbol como aquel solo podía pertenecer a una familia de rancio abolengo.

Era casi la una de la mañana cuando Rosell entró en la habitación de Ginés y subió la persiana del mirador. Junto con el salón comedor era la única habitación de la casa que daba al exterior. La estancia se inundó con la luz de un sol rabioso en todo su esplendor.

—Vamos, perezoso. Levántate ya, que luego no tendrás ganas de comer.

Ginés se dio la vuelta y se tapó la cara con la sábana. La habitación tenía una pared completa (a la izquierda de la puerta de entrada) y el trozo que quedaba en la del fondo, junto al mirador, repletas de estanterías con libros. A Ginés le encantaba leer, pero no solo eso, disfrutaba con el tacto de los libros. Por ello, siempre que estaba en casa tenía uno en la mano. Para él era como el cigarro de los fumadores, si no lo llevaba le parecía que le faltaba algo. El cabecero de la cama de palillos quedaba ligado a la pared de la derecha, que estaba repleta de estanterías que albergaban su colección de artículos militares. Junto a la puerta de entrada se encontraba el vestidor, en el que, además de su ropa, guardaba dos uniformes auténticos de oficial de la Segunda Guerra Mundial, uno americano y otro nazi.

—Está bien, vieja, ya me levanto. ¿Qué hora es?

Su tía permaneció de pie oteando por el mirador la abarrotada calle del Carmen. Se oía el pitido del guardia de tráfico que se situaba en las Puertas de Murcia, mientras los coches pasaban lentamente en un desfile interminable. La gente casi corría por las aceras para hacer compras o volver al trabajo.

—¿Qué hora es? —Volvió a preguntar Ginés, con voz aturdida.

Su tía miró el reloj de plata que llevaba en la muñeca.

—La una menos dos minutos. ¿Dónde estuviste ayer?

—No sé, por ahí.

—¿Dónde es por ahí? ¿Quedaste con alguna chica?

Ginés se destapó la cara poco a poco y miró a su tía con los ojos entornados. La luz que entraba por el mirador era muy fuerte y lo hacía parecer extremadamente pálido, casi enfermo.

—Si lo que quieres saber es si tengo novia, pregúntamelo directamente, pero ya sabes la respuesta: no tengo novia, ni novio. Estuve con Esteban viendo una ametralladora nueva que ha conseguido. Es una pasada.

Su tía se acercó y se sentó a los pies de la cama. Le acarició la pierna a través de la sábana y él se incorporó un poco, sonriendo. Ya conocía esa actitud de su tía y se sabía perfectamente el discurso que estaba a punto de proferir.

—¿No crees que ya va siendo hora de que encauces tu vida de alguna forma? Deberías buscarte un trabajo digno que te dé para vivir y una mujer que te cuide.

—Vamos, tía, no empecemos. Ya tengo trabajo, pero ahora estoy de vacaciones y me gusta aprovecharlas para descansar.

—Tienes un trabajo que te da para algunos caprichos, pero no para vivir, y nosotras... no estaremos aquí para siempre.

—Vamos, no digas eso.

—Es la verdad, Ginés. Ya es hora de que afrontes la vida.

—Está bien, tienes razón, tía. Te prometo que haré lo posible para encontrar un trabajo en condiciones. Pero, con respecto a lo de la mujer que me cuide, eso sí que lo veo difícil. Tú no sabes lo mal que están las cosas hoy en día para encontrar una mujer dispuesta a lavar, planchar, hacerme la comida, cuidar a mis hijos y hacer todo lo que yo le mande sin rechistar.

—Quizás no deberías ser tan déspota y buscar una que sencillamente te quiera.

Ginés sonrió y abrazó a su tía.

—Ya lo sé, tonta, era una broma. Pero hasta eso es difícil. Hasta encontrar a una que me quiera.

Rosell le devolvió el abrazo con cariño mientras hacía su gesto de «nunca cambiarás».

Ginés se levantó de la cama en calzoncillos y se perdió en el vestidor, de donde sacó unos pantalones vaqueros y una camiseta. Su tía se dirigió hacia la puerta.

—¿Qué hay para comer? —Le preguntó él.

—Creo que Soledad iba a preparar ensalada de patatas cocidas. —Soledad era la asistenta que limpiaba la casa y les hacía la comida.

Ginés terminó de vestirse, se puso unas zapatillas y cogió un libro que tenía encima de la mesilla. Le echó el brazo por encima del hombro a su tía, saliendo juntos de la habitación.

—Anda, prepárame un vaso de leche que me voy a lavar la cara. Y no te preocupes más por lo del trabajo, tía. Ya verás como pronto encuentro algo.

Mientras se aseaba en el cuarto de baño, Ginés pensaba en lo que su tía acababa de decirle. Sabía que tenía razón. Empezaba a ser demasiado mayor para andarse con tonterías y, desde luego, ya era hora de buscar un trabajo en condiciones. Había pasado por una época en la que había querido ser escritor e incluso había redactado algunos cuentos, pero no eran muy buenos. Ahora, lo que realmente le habría gustado era ser profesor de Universidad, pero sabía que a su edad lo empezaba a tener bastante difícil para prepararse una oposición. Por su mente, también había pasado crear su propia academia.

Salió del baño con el libro en la mano y se dirigió por el largo pasillo a la salita de estar. Era una estancia estrecha. Había un sofá de tres plazas junto a la entrada y otro de dos, formando un ángulo recto, sobre el que se encontraba sentada su tía Rosell, absorta en un programa anodino de una cadena privada. La televisión, una de las primeras Philips en color, estaba situada sobre una mesa con ruedas de la misma época, junto a la estufa. En el centro había una mesa camilla con cuatro sillas y entre

el sofá y la tele estaba la mecedora donde su tía Carmen pasaba la mayor parte de su vida. Junto a esta tenía encendida una lámpara de pie, de forja, que utilizaba para hacer ganchillo. A pesar de que siempre se estaba quejando de sus males, su tía Carmen seguía teniendo una vista magnífica.

—Buenos días, Carmen. ¿Cómo está usted esta mañana? —Ginés siempre le hablaba de usted y la llamaba por su nombre, ya que su tía Carmen jamás le había demostrado afecto ni le había permitido tocarla.

—Pues regular, hijo. Me duelen mucho las piernas.

—Vaya, eso debe de ser por el calor —repuso Ginés instintivamente, pues a su tía siempre le dolía algo. Se remojó el gaznate con un trago de leche del vaso que su tía Rosell le había dejado sobre la mesa y se recostó en el otro sofá leyendo el libro que llevaba en las manos. Era un ejemplar ilustrado de *Las Mil y una Noches*, editado por Sopena en 1958. Lo había comprado por internet y aunque ya se lo había leído, se trataba de uno de sus libros de cuentos favoritos.

De pronto Ginés se fue diluyendo hasta desaparecer de la casa de sus tías, situándose en la antigua Persia, en un mundo lleno de magia y peligros mientras Scheznarda comenzaba a relatar la historia de *El Mercader y el Genio*.

Cuando Irene salió del trabajo sus tripas rugían como una fiera salvaje. Había sido una mañana muy ajetreada y no había tenido tiempo ni para tomarse un café. Desde el portal de su casa ya se olía el guiso que había preparado su madre para comer. El estofado era su comida preferida. En ese momento se arrepintió de haber estado tan seca con ella por la mañana. Accedió a su casa con el ánimo de enterrar el hacha de guerra, pero nada más llegar, su madre le dirigió una mirada tan helada que el mal humor le arremetió con fuerza. «Vaya», pensó.

Se sentó a la mesa. Su hermana había empezado a picotear el guiso sin esperar a nadie. Su padre se estaba lavando las manos, mientras su madre servía el resto de platos.

—¿Qué tal el día? —Preguntó su padre al entrar en el comedor.

—Regular, han despedido a un chico que empezó a trabajar el lunes pasado en una gasolinera. —En cuanto hubo dado la explicación se arrepintió.

—Vaya, qué raro. —Comenzó el ataque su madre mientras se sentaba—. Sería de extrañar que esos chicos sin educación y de mala raza pudieran mantener un trabajo. Menudo desperdicio invertir tiempo y dinero en esa gente. La cabra siempre tira al monte.

Su padre miró a su madre e hizo su gesto de «ya empezamos», pero Irene no quiso entrar al quite porque conocía a su madre. Estaba enfadada por lo que había ocurrido durante la mañana y no podía evitar comportarse así. Además, a su madre no le gustaba el trabajo que ella desempeñaba y no paraba de insistirle en que buscara otro empleo «mejor».

—Bueno, ¿y tú qué, papá? ¿Qué tal en el trabajo? —Irene intentó desviar el tema de conversación.

—Bien, hija, ahora la empresa está casi vacía porque todo el mundo está de vacaciones. Pero ya se lo decía a tu madre, veremos lo que pasa después de verano. Con esto de las negociaciones del convenio, van a convocar huelgas...

—Tonterías, Bazán siempre será Bazán. Ha sido una buena empresa y lo seguirá siendo. Además, ya te queda poco para jubilarte.

Su madre no soportaba que su padre se quejara del trabajo, era algo que ella creía tener seguro y no quería que la preocupara con eso.

La comida discurrió de la manera acostumbrada: su madre hablaba mucho, su padre la escuchaba atentamente como si la subida de los tomates fuera lo más importante que hubiera sucedido durante el año. Irene pensaba en sus cosas y Elisa en las suyas.

Cuando terminaron de comer su hermana llevó su plato a la cocina y, sin decir nada, se metió en su cuarto para dormir la siesta. Irene y su madre recogieron la mesa y encendieron el lavavajillas mientras su padre dormitaba en el sofá. Irene aprovechó el momento de intimidad para hablar con su madre.

—Mamá, siento haberte contestado así esta mañana, pero es que me incomoda que me llames al trabajo.

—Bueno, hija, si llego a saber que te acordabas de lo de esta tarde, no te llamo. Pero no te preocupes que no volverá a pasar.

Irene la abrazó por detrás.

—Quita, hija, que tengo que terminar de recoger las cosas. Acuéstate un rato si quieres.

Irene suspiró y se retiró a su habitación a descansar un poco.

A las cinco y diez salía de nuevo de su casa. El piso de Clara estaba en el centro de Cartagena, en la plaza de la Merced (o plaza del Lago, como la conocía todo el mundo). La zona había tenido su periodo burgués unos veinte o treinta años atrás. Sin embargo, la gente había ido abandonándola para irse a vivir a las crecientes zonas residenciales de la periferia, convirtiéndose en los noventa en uno de los peores barrios de la ciudad, debido a la congregación de drogadictos y ladrones. Ya en el nuevo milenio, el barrio había empezado a mejorar, pues el Ayuntamiento estaba apostando fuerte por la revitalización del casco histórico. Casi habían desaparecido los delincuentes que tan mala fama dieron a la zona, sin embargo, los pisos (la mayor parte viejos y casi en ruinas) se habían alquilado a inmigrantes, sobre todo del norte de África, hacinándose varias familias en una misma vivienda. Hacía mucho que se había dejado de hacer reformas y de pintar las fachadas, al tiempo que los alquileres subían. Cada vez se congregaban más familias en un mismo piso para hacer frente al precio, y cuantas más familias en las casas, más se cobraba por el alquiler. La mayor parte de los nuevos habitantes solo volvía a su morada para dormir, si podían, porque a través de los balcones abiertos entraban los lloros de los niños mezclados con los sonidos de la calle. Entre esta gente vivía Clara, en uno de los pocos edificios decentes que quedaban en la zona.

A la madre de Irene no le gustaba nada que fuera sola a ver a su amiga y aunque ella intentaba hacerse la dura, la verdad era que el barrio de Clara le daba un poco de miedo. Cuando iba a verla, nunca lo hacía en moto porque pensaba que se la podían robar.

Llegó a la plaza Juan XXIII. Allí estaban los puestos de flores entre los que tanto le gustaba pasear. No había más que dos o tres. La mayoría de las macetas se alineaban en el suelo, marcando un camino. Otras se colocaban sobre tablas y cajas, que hacían las veces de mostrador. En ocasiones, a mediodía, los vendedores dejaban la mercancía expuesta y se iban a dormir a la furgoneta en la que cada jornada cargaban las macetas y los cubos de flores. A Irene siempre le habían gustado las plantas, quizás porque a su madre no. Soñaba con un hogar lleno de ellas y le apenaba que en su piso solo pudiera tenerlas en el comedor, porque el resto de la casa era bastante oscuro. Siguió adelante y entró en la calle San Fernando, peatonal y muy estrecha, llena de tiendas a ambos lados. Hasta ese lugar, Cartagena ofrecía una cara más moderna y cuidada, pero en ese punto se iniciaba el cambio. Las tiendas eran

pequeñas y llevaban allí años y años. Se podían encontrar zapatos, ropa, verduras, retales, joyas, *suvenires*, bisutería, bolsos de todo tipo, a precios económicos. A la hora que pasó Irene, la calle estaba repleta de gente. Había chicas de quince o dieciséis años con prendas ajustadas paseando en grupo, inmigrantes con las manos en los bolsillos, vendedores ambulantes de toda clase de loterías, mujeres de mediana edad comprando ropa para sus hijos. Todos ellos caminando y curioseando entre fachadas descuidadas, vestidas de balcones adornados con plantas de plástico.

—Hola, guapa. —Le dijo un hombre con acento extranjero.

Irene no contestó y continuó su camino. El calor era aún muy intenso y notó cómo una gota se escurría por su cara. Quizás estuviera caminando demasiado rápido. De fondo se oía la cantinela del vendedor de los iguales, «¡Tengo el gordo para hoy!».

Llegó a la Serreta y entró en la calle de las Beatas, que desembocaba en la plaza del Lago, donde vivía Clara. Casi todo el mundo paseaba, buscando las escasas sombras, porque la temperatura en las casas era asfixiante. Había hombres y niños fundamentalmente, y la mayoría norteafricanos. Hablaban mucho, de manera muy expresiva, abrazándose y besándose cuando un nuevo miembro se acercaba al corrillo. Irene mantenía la vista fija al frente. Este tramo era el que más miedo le daba. Se cruzó con una mujer de aspecto desaliñado que había visto muchas veces por allí. Tenía el pelo gris, aunque no era muy mayor, suelto y desgredado. Lucía un vestido sobre el que llevaba una chaqueta de chándal. Siempre el mismo vestido con chaquetas diferentes.

Por fin llegó a la plaza y llamó al timbre. Clara no tardó en abrirle.

En cuanto subió al segundo piso, saludó a su amiga rápidamente y le dijo que iba al baño. Siempre le entraban ganas de orinar cuando pasaba nervios. Clara cerró la puerta con llave y se dirigió a la cocina para coger el café y unas galletas. Irene salió del aseo y ayudó a su amiga a sacar el azúcar, las tazas y el hielo para el café. En aquel piso el calor era sofocante. El comedor tenía unas amplias cristaleras que daban a la calle. Durante el invierno la temperatura era agradable, pero en cuanto el verano hacía su aparición, aquel lugar se convertía en una sauna. Abrieron las ventanas para que entrara algo de brisa y se sentaron en los sofás.

—Pero, cuéntame, ¿qué tal el vestido? ¿Está ya listo?

—Ya queda poco. Hoy me hacen los últimos retoques.

—Me encanta toda la parafernalia de las bodas, me das una envidia... ¿Quieres azúcar?

—Sí, échame una cucharada. No sabes lo que dices, Clara. Es un agobio. Tienes que preparar un montón de cosas para un solo día.

—Ya. Pero ese día eres como una reina.

Irene observó a su amiga. Se la imaginaba a ella vestida de novia, con su piel pálida y perfecta. El vestido blanco haría que su cabello destacara como una llama. Siempre había envidiado el pelo cobrizo de Clara, sedoso y rizado como el de una

actriz.

—Espero que estés preparada para la despedida. Nos lo vamos a pasar de muerte.

—Claro, lo estoy deseando. —Irene parecía ilusionada con la idea—. Hace tanto tiempo que no salgo de fiesta, que no sé si me acordaré de cómo se coge un cubata.

Clara sonrió.

—¿Cómo está tu hermana? Hace un montón que no la veo.

—Bien, supongo. La verdad es que no hablo demasiado con ella. No para mucho por casa.

—Pues deberías estar más tiempo con ella. Yo soy hija única y es lo peor que le puede pasar a una persona. Tú, que tienes la suerte de tener una hermana, deberías disfrutar de ella.

—Pues sí, pero ella también debería pensar así. Pasa olímpicamente de todo. Si tiene que fregar, le importa un pepino. No cena con nosotros y apenas se relaciona con nadie en casa. Ella es feliz entrando y saliendo, yendo con sus amigos, que cualquiera sabe quiénes son. Cada uno elige cómo quiere vivir. Y ella lo ha hecho.

Irene había hablado apresuradamente y cuando terminó, se creó un silencio que acabó por romper Clara.

—Hablas como tu madre. —Aquellas palabras hirieron profundamente a Irene—. A lo mejor le pasa algo.

—Es posible. La verdad es que hemos estado demasiado volcados en la dichosa boda. Pero, sinceramente, la veo muy demacrada y el tiempo que está en casa se lo pasa dentro de su habitación.

—Ya. Pues deberías hablar con ella, os hará bien a las dos. Oye, por cierto, ¿cómo está el novio?

Irene nunca le había dicho nada a su amiga, pero a Miguel no le gustaba nada Clara. La encontraba demasiado directa y sus ideas chocaban frontalmente. Las pocas veces que habían salido juntos, Miguel había acabado enfadado.

—Bien, está como siempre, ya sabes. Te manda recuerdos.

—Ah, estupendo. Dale un besazo en los morros de mi parte.

Se echaron a reír las dos.

—Pero, ¿con lengua o sin lengua?

—Un buen lametazo, claro.

El café estaba flojo, pero a Irene no le importó. Últimamente no tenía demasiado tiempo para quedar con su amiga y le había hecho mucha ilusión poder verse esa tarde.

—¿Cómo te va el trabajo? —Le preguntó Irene.

—Bien, supongo. Los críos de hoy en día son lo peor. Bueno, qué te voy a contar yo a ti. Me llevo bien con ellos, pero no hay manera de que el inglés penetre en sus cabezas duras como piedras. En vez de que hablen inglés, los cabrones están consiguiendo que acabe yo hablando *espanglis*.

Clara se quedó callada con el vaso entre las manos. Irene esperó porque su amiga

era una parlanchina en cuanto a cosas triviales se refería pero cuando había que hablar de sus sentimientos era otra cosa.

—El otro día vi a Carlos. —Rompió el silencio Clara.

—Ah. ¿Y qué tal?

—Estaba con otra.

Irene no sabía qué decir. Pero Clara continuó hablando.

—El muy idiota estaba con otra tía diferente. Yo ya sabía que eso podía pasar, total, lo dejamos porque me puso los cuernos, el muy cabrón. Pero verlo con otra me dolió mucho.

—Eso es normal, yo solo he estado con Miguel pero si lo dejáramos y lo viera con otra, imagino que me fastidiaría mucho.

—No, no es por eso. Es que todavía me gusta. Si ahora mismo me dijera que quiere volver conmigo, yo le diría que sí.

—Pero no puedes hacer eso, te ha hecho daño. Y te lo seguirá haciendo. Tú misma dices que está liado con otra. Ese tío lo único que quiere es divertirse.

Clara todavía sostenía la taza de café entre las manos. Miró a su amiga muy intensamente.

—Tú no lo entiendes, Irene, porque no has vivido nada. Siempre has estado en casa con tu familia. Y tu novio es el de toda la vida. La emoción más fuerte que has sentido fue cuando Miguel se declaró con su parafernalia romántica. Y las emociones más fuertes que vas a vivir, de ahora en adelante, son las que tengan que ver con que tus plantas florezcan cada primavera o con que tus hijos saquen notables en el colegio. Esa es tu vida. Pero a mí, Carlos me daba riesgo, me daba empuje, con él he hecho cosas que ni te he contado porque te escandalizarías. A lo mejor, es mucho peor mi situación porque me he colgado de un tío del que no me puedo fiar y que seguramente es el único que puede llenar mi vida.

Irene se quedó callada, con los ojos muy abiertos.

—No me puedo creer lo que me has dicho.

Clara comenzó a llorar desconsoladamente.

—Lo siento, Irene, siento haberte dicho todo eso. Pero lo peor de todo es que lo pienso.

El comedor quedó en silencio. De fondo, desde la calle, se oían los lloros de un niño y la regañina de su madre.

—No sé qué decir, Clara. No te entiendo, no entiendo por qué te has quedado colgada de una persona que solo se preocupa de sí misma, va contra toda lógica. Y no sabía que mi vida te pareciera tan mezquina, llevo una vida normal. Hago lo que la gente normal hace. No necesito hacer sexo en el baño de un avión para que mi vida tenga sentido.

Clara desvió la mirada.

—No era mi intención ser dura contigo. Lo siento.

—Pues, lo has sido.

Las dos quedaron en silencio durante un rato.

Irene se acercó a Clara y la abrazó. Permanecieron así un rato, sintiendo el calor del cuerpo de la otra. Clara se apartó el pelo rojizo de la cara.

—Lo siento, Irene, de verdad, siento haber sido tan dura. Yo no tengo derecho a tratarte así.

—No te preocupes. Entiendo que esas cosas las has dicho porque no te encuentras bien. —En el fondo tenía la sensación de que Clara sabía bien lo que decía.

—Somos un par de tontas, ¿verdad?

Permanecieron un rato abrazadas mientras el café se aguaba con el hielo. Ya no hablaron más, no hacía falta, habían firmado una tregua. Pusieron la tele y se tomaron el café con un programa de marujeo.

Cuando Irene salió a la calle todo le parecía más amenazante que cuando llegó. Apretó el paso en dirección a su casa, mientras la conversación con su amiga ocupaba toda su mente. ¿Cómo era posible que Clara se hubiera quedado tan colgada de una persona que la hacía sufrir tanto?

Cualquiera que hubiera visto a Aurelio el *Napias* caminar por la calle, empujando su carrito cargado de objetos sucios y viejos, habría pensado que era un mendigo, pero se habría equivocado. Aurelio no era mendigo, pues jamás había pedido nada a nadie. Él no cotizaba en la seguridad social, ni tenía seguros de ningún tipo, ni una casa, ni un coche en propiedad, pero sí trabajaba. Aurelio el *Napias* era buscador.

Para la mayor parte de la gente, un contenedor de basura es el sitio donde se tiran las cosas inútiles, que ya no sirven y que no tienen valor. Para Aurelio, el contenedor de basura era su medio de vida. Le resultaba increíble la cantidad de cosas que podía encontrar, cosas que tiraban unos, cosas que otros podían comprar. Y Aurelio sabía buscar. Conocía los contenedores donde valía la pena restregarse con la basura; conocía la forma de las bolsas que solo contenían desechos y las que podían albergar algo interesante. Aurelio hacía la mejor labor de reciclaje en toda la ciudad y si la vida fuera justa, quizás el Ayuntamiento debería haberle pagado un sueldo y hacerlo funcionario.

Por supuesto, no era el único buscador de Cartagena, pues el negocio había empezado a tener bastante competencia desde hacía unos años y eso era debido al intrusismo. Él había sido de los pioneros, pero los mendigos, rateros y drogadictos se habían dado cuenta de que era una forma relativamente sencilla de sacar dinero. Aunque todo es relativo, porque no era un trabajo fácil.

Ese verano estaba resultando de los peores que podía recordar. El calor era insoportable y se negaba rotundamente a salir a trabajar por las mañanas. Hacía ya casi seis meses que habían demolido el edificio en el que había estado viviendo durante dos años. «Residencial Puertanueva», o algo parecido, habían puesto en un cartel en el solar que había quedado.

Últimamente, el casco viejo de Cartagena se estaba plagando de solares (casi parecía que hubiera vuelto la Guerra Civil) y eso era malo para Aurelio y los que vivían como él. Por lo visto, se les había metido en la cabeza a los mojigatos del Ayuntamiento acabar con todos los edificios viejos y construir nuevas urbanizaciones en el que a partir de ahora iba a ser el Barrio Universitario. Sí, Aurelio había visto los carteles y sabía los planes que tenían.

Cuando acabaron con su vieja casa, tuvo que buscarse otra y por suerte no fue necesario ir muy lejos. Al otro lado de la plaza del Lago, en la calle del Ciprés, había encontrado otro edificio viejo y abandonado, casi en ruinas, con una ventana abierta en la planta baja. Al principio le había dado un poco de repelús, pues estaba todo lleno de una sustancia negra, como si fuera aceite o algo así, pero cuando descubrió que la sustancia estaba seca y no era peligrosa, no se lo pensó más y llevó allí todos sus pertrechos. Con una camisa vieja (por supuesto, procedente de algún contenedor) colgada en la ventana a modo de cortina, había quedado bien acondicionada y su

intimidad suficientemente satisfecha.

Aurelio se levantó a las seis de la tarde. Su novia, Trinidad, siguió durmiendo a pata suelta. El colchón era viejo y sucio y los muelles se le clavaban en la espalda, pero a él no le importaba. Se sentía como un rey en su nuevo hogar y le encantaba dormir. Le dolía la cabeza como de costumbre, así que salió y fue a la tienda de regalos y golosinas, Ana María, que estaba cerca de su casa. Allí se compró una cerveza y nada más salir se la bebió en dos tragos. Notó cómo el dolor de cabeza empezaba a remitir y se sintió con fuerzas de nuevo para empezar su jornada laboral. En el carrito del supermercado llevaba la botella de vino, pero al levantarse siempre le apetecía algo fresco.

Miró el contenedor que había delante de la tienda y se dirigió hacia él para levantar la tapa. En el interior había ya bastantes bolsas, pero observó una abultada que parecía contener revistas. La sacó fuera para abrirla con más tranquilidad y se fijó también en una caja que había en el fondo. Cuando la abrió, un olor nauseabundo inundó sus fosas nasales. Estaba llena de patatas podridas, así que cerró rápidamente el contenedor y se dispuso a abrir la bolsa que había extraído. De su interior salieron dos libros viejos (*Los Hermanos Karamazov* y *La Perla*), además de un montón de revistas de cine. Pensó que igual tendrían algún valor y los echó a su carrito. Se acercó a su casa y cogió un gramófono que había encontrado la noche anterior cerca del Ayuntamiento. Lo puso en su carrito junto a unas bengalas que robó del desguace de barcos militares y echó a andar.

Caminó por la calle Caballero hasta la plaza San Francisco. Allí estaba la tienda de compra-venta «El Bazar del Maquinista». Hasta ahora aquella tienda había sido su principal fuente de ingresos. Vio al dueño hablando con otro hombre alto y de pelo grisáceo. Aurelio se quedó mirando al segundo y frunció el ceño. Dudó unos instantes y estuvo a punto de darse la vuelta, pero el dueño de la tienda lo vio y lo saludó sonriente.

—Hombre, Aurelio. A ver qué nos traes hoy.

Sacó los libros y las revistas de cine y se los enseñó. El hombre los miró con desdén y dijo rápidamente:

—Pero, hombre, esto es basura. ¿No ves que esto no lo compra nadie? Te puedo dar si quieres un euro por todo, no vale más.

—¿Pero qué dices, zambullo, te crees que soy gilipollas? Los libros están de puta madre y las revistas seguro que las quiere algún pringado de esos a los que les gusta el cine.

—Que no, Aurelio, que no. Las revistas te las puedes llevar y los libros, pues eso, si quieres te doy dos euros por los dos. A ver, ¿qué más traes?

Sacó las bengalas y se las enseñó obedientemente. Había unas de color negro y otras blancas, por lo menos veinte, y todas llevaban escritas las instrucciones en ruso.

—Hombre, ¿esto qué es?

—Creo que son bengalas —repuso Aurelio con la esperanza de conseguir algo

más por ellas.

—¿Bengalas? Y encima están en ruso. Esto no tiene salida, Aurelio, no lo quiere nadie.

—¿Cómo que no? Aquí tenéis ropa militar y cascos y espadas de mierda. Alguien querrá también las putas bengalas.

—Qué va. Es distinto, hombre. Las bengalas no las quiere nadie y además estas seguro que ni funcionan. Bueno, te doy tres euros por todas y que conste que te estoy haciendo un favor, ¿eh?

—¿Un favor? Eres un sinvergüenza y lo sabes perfectamente. Algún día pagarás por tus pecados. —Aurelio empezaba a estar un poco cansado de que siempre le pusiera pegas por todo. Ahora se disponía a sacar el gramófono, era su gran joya y esperaba embolsarse un buen pellizco por él.

—Bueno, borrón y cuenta nueva. Por esto me tienes que dar unos talegos.

El dueño de la tienda cogió el gramófono y lo puso sobre una mesa. Le quitó la tapa y lo examinó con cuidado. Al poco dijo:

—Vaya, qué lástima. Esto tampoco vale para nada, hombre. ¿No has visto que no tiene aguja? Joder, Aurelio, ¿quién va a comprar un tocadiscos sin aguja?

—¡Ya estoy hasta los huevos! —gritó Aurelio—. ¡Vete a la mierda! Dame diez chapas por todo y ya no me ves más por aquí.

El dueño de la tienda sacó los diez euros del bolsillo y se los dio.

—Venga, hombre, no te pongas así. Ya sabes cómo son los negocios. No te puedo pagar por las cosas más de lo que valen, sino perdería dinero.

—¡Sí, ya! —Contestó Aurelio—. Pues ten cuidado con lo que haces con las bengalas.

—¿Por qué?

—Pues porque a lo mejor funcionan todavía —Aurelio echó a andar empujando su carrito, y mientras se alejaba, siguió mirando de reojo al hombre que acompañaba al dueño— y con esa forma que tienen, seguro que te da por metértelas por el culo.

—Vaya pieza —comentó el hombre alto, de pelo canoso.

—Sí, desde luego que es una buena pieza. Pero aquí tenemos que trabajar con gente así. Ellos son nuestros mejores proveedores.

—Ya —sonrió el hombre de pelo canoso—, si no lo decía por él.

—¿Qué quieres decir, Antonio?

—Nada, hombre, nada. Era una broma. Bueno, ¿qué pasa con mi asunto? ¿Conoces a alguien que me pueda ayudar?

—No sé, Antonio. Ya sabes que nosotros no queremos follones. Aquí es todo legal.

—Ya, hombre, ya lo sé. Yo no quiero que os metáis en ningún lío, pero si me dieras el teléfono de alguien que pudiera echarme una mano ya sabes que yo te lo agradecería.

—Bueno, quizás conozca a alguien que le interese. Pero, yo no quiero saber nada,

¿eh? Te arreglas tú directamente con él.

—Eso está hecho. Ponme el teléfono y el nombre en un papel y mira si ha entrado alguna postal nueva de Cartagena.

—Que no, Antonio, que no ha entrado nada. Ya sabes que en cuanto consiga algo, serás el primero en saberlo.

—Así me gusta. —Antonio le dio un palito en la espalda con la mano derecha, en la que le faltaba el dedo anular—. Pues nada, hasta otra y no te olvides de las postales.

Mientras el hombre de pelo canoso se alejaba de la tienda, una mujer de mediana edad se acercó al dueño.

—Oiga, ¿qué precio tiene el gramófono ese de ahí?

El hombre la miró sin saber muy bien a qué se refería. Entonces cayó en que era el que el *Napias* acababa de traerle.

—¿Ese? Pues mire, eso es una pieza de museo, ¿sabe? Ni CD ni nada. Si le gusta la música de calidad ese gramófono tiene que ser suyo. Estamos de acuerdo en que no tiene aguja, pero la puede conseguir usted en cualquier tienda de música por poco más de un euro.

—Es que mis padres tenían uno muy parecido cuando yo era pequeña —continuó la mujer— y, la verdad, me gustaría tenerlo.

—Bueno, pues por ser usted, se lo puedo dejar en cien euros.

La mujer lo miró un poco confundida, y mientras sacaba el monedero de su bolso, no paraba de pensar que aquel era su día de suerte.

Irene descansaba ya un rato en casa cuando su madre llegó muy sonriente.

—¿A que no sabes lo que me ha pasado?

—Pues no —respondió Irene sin mucho interés.

—He pasado por la puerta de una tienda de compra-venta que hay en la plaza San Francisco y he visto un gramófono como el que tenían mis padres cuando era pequeña.

—Qué bien.

—Sí, y lo mejor era el precio: cien euros. Debe valer por lo menos trescientos.

—Vaya, me alegro por ti, mamá. Entonces, ¿lo has comprado?

—Sí, lo traerán luego a la hora de la cena. He pagado la mitad y la otra mitad cuando lo traigan. Qué suerte, nena, qué suerte.

Salieron de la casa y pasearon por La Alameda y la calle del Carmen hasta Santa Florentina, en dirección a la tienda de novias. A su madre, que tan dada era a hablar, ya se le había pasado la emoción de la compra y se había sumido en un profundo silencio. Irene también estaba cansada y no se sintió con ganas de profundizar en las preocupaciones que intuía que tenía su madre.

Su suegra esperaba ya en la tienda. Tenía porte de gran señora. Su escaso metro setenta de altura y sus ochenta kilos estaban embutidos en un vestido negro con cinturón. Sudaba a mares pero en ningún momento hizo gesto de enjugarse el sudor. El pelo negro le brillaba lustroso, como si lo hubiera encerado. Les hizo un breve saludo con la cabeza a las dos y esperó en silencio a que ellas tomaran la iniciativa.

—¡Qué calor está haciendo! —Comenzó su madre—. Este año es peor que ninguno que recuerde, ¿verdad, Reden? —Este era el nombre de su suegra, María de la Redención.

Las tres mujeres entraron en la tienda, un local limpio y puro como las novias que iban a casarse, pensó con sarcasmo Irene. La dependienta era una mujer de mediana edad decorada con un baño de oro tintineante y que parecía recién peinada en una peluquería de los años sesenta.

Su hermana llegó al poco. La madre de Miguel apretó los finos labios cuando la vio entrar. Elisa parecía cansada y su madre empezó a insistir para que le contara si le sucedía algo. Elisa desvió el tema y se puso a rebuscar entre los vestidos de fiesta. Su madre la observó un instante, pero enseguida se puso a parlotear con la dependienta y con la madre de Miguel.

Pasados unos minutos, Irene entró con todo su séquito en el amplio probador lleno de espejos, donde corrieron las cortinas para crear intimidad. Se encajó el vestido de color hueso o blanco roto o beige, al que le habían hecho algunos retoques para adaptarlo a su figura. Realmente parecía una muñeca de porcelana con su carita de niña y su pelo castaño y rizado. Siempre que se veía con el uniforme de novia, notaba un cosquilleo en el estómago, una pequeña emoción. Era un vestido

totalmente ceñido, con escote en forma de barco. Tanto su madre como su suegra parecían contentas pero su madre siempre tenía que sacar algún defecto, este lado baja un poco más que el otro, aquí hace una arruga... Era incansable, y eso que su suegra era la que pagaba el vestido, como mandaba la tradición. La dependienta siempre ponía buena cara y todo parecía sencillo con ella, cosa que a Irene la ponía casi tan nerviosa como el comportamiento de su madre. Se sentía como un maniquí más del escaparate con tres mujeres revoloteando alrededor suyo mientras su hermana revoloteaba alrededor de los vestidos de fiesta.

—Bueno, ya vale —explotó Irene—. Arregle eso de las arrugas y ya volveremos a por el vestido la semana que viene. —Nada más decirlo se arrepintió de haber usado un tono tan brusco—. ¿No, mamá?

—Ay, hija. Está nerviosa, es normal. —Repuso su madre disculpándose ante la dependienta que seguía sonriendo y asintiendo.

Salieron de la tienda y se despidieron de la madre de Miguel, que siguió su camino hacia la calle Real con andar pesado.

Al llegar a la plaza de España Irene también se despidió en dirección al videoclub. Miguel ya la estaba esperando en la puerta. Miguel era rubio, con la piel sonrosada, y ese día vestía una camiseta roja, que lo hacía parecer una especie de cangrejo en salmuera. En cuanto Irene llegó a su altura, su novio la abrazó y la besó.

—Hola, cariño. ¿Cómo ha ido la prueba del vestido?

Irene se desasió.

—Bien, ya está casi listo. Oye, ¿por qué no hacemos otra cosa en vez de ver películas?

Miguel pareció contrariado.

—Otra cosa, ¿cómo qué? ¿No habíamos quedado en ver películas y comprar pizzas?

—Sí, pero no sé. Podríamos hacer algo diferente.

—¿Algo como qué? Ya te ha llenado la cabeza de tonterías esa amiga tuya, ¿verdad?

—Déjalo.

—No, no lo dejas. Quieres algo diferente, pues dime qué.

—No, nada. Vamos dentro.

Miguel no pareció muy conforme pero entró detrás de Irene. Comenzaron a ver el expositor con todos los estrenos. Entonces Miguel cogió a Irene por la cintura y le cuchicheó al oído.

—A lo mejor podríamos alquilar solo una película.

Irene sabía lo que significaba aquello. Y se sentía un poco culpable por haber sido tan brusca con él antes. Hizo un esfuerzo por disimular su estado de ánimo y le contestó.

—Vale.

Salieron del videoclub con *Tomb Raider* en la bolsa y pasaron a recoger las

pizzas.

El piso donde vivirían a partir del trece de septiembre estaba a unos diez minutos. Como de costumbre, Miguel se empeñó en ir cargado con todo, mientras Irene le daba conversación.

Una vez en su futura morada, cogieron platos y vasos de la cocina y se dirigieron al comedor. Se acomodaron en el sofá mientras en la tele aparecía el menú de la película. Miguel apretó el *play* y se lanzaron a devorar las *pizzas*. Irene se comió un trozo de cada una mientras Miguel acabó con el resto. Ambos cenaron con la mirada fija en la pantalla. Él estaba encantado con la trama de la película, a ella no le atraía en absoluto. La típica historia de la niña rica que se dedica a buscar tesoros escondidos y resolver acertijos ancestrales. Pamplinas para gente fantasiosa que no conocía el mundo real. La vida transcurría entre rutina y decepciones y desde luego no existían los príncipes encantados ni los tesoros por descubrir. Tan solo los problemas se alternaban unos con otros, soportados gracias a pequeñas alegrías que recargaban de nuevo las baterías de la esperanza.

Irene apoyó la cabeza en el pecho de Miguel, que de vez en cuando le daba besos en la frente. Sabía que su novio se sentía feliz y no pudo evitar pensar que en realidad era como un niño grande. Lo abrazó con fuerza. Cuando terminó la película, recogieron los restos de la cena y los depositaron en la cocina.

Miguel pasó al cuarto de baño, mientras ella le esperaba desnuda en la cama. Apagaron la luz y se abrazaron bajo las sábanas. Sus besos se limitaban a juntar los labios acariciándose suavemente, pues a su novio no le gustaba utilizar la lengua. Hicieron el amor durante unos minutos, sin emitir sonido alguno. Él se apartó con cuidado y se desplomó boca arriba mirando el techo.

—Miguel, ¿y si esta noche nos quedamos a dormir aquí?

—¿Qué dices? —Parecía aterrorizado ante la idea—. Mi madre no sabe que venimos al piso y, si se enterara, le daría algo.

Irene no insistió. Él le dio un beso en la mejilla, se quitó el condón y entró en el aseo para ducharse. Ella se quedó a oscuras, mirando la ventana que había en la habitación y que daba a un patio interior. Entraba algo de luz entre las rendijas de la persiana. Lentamente se incorporó y comenzó a vestirse. Minutos después, Miguel conducía su coche por La Alameda.

A la una en punto de la noche del viernes, Irene entraba en su casa procurando no hacer ruido. Su madre podía estar tranquila porque siempre llegaba pronto.

8

Luis e Ismael habían pasado la noche juntos. Habían salido de fiesta por la discoteca *Cartagena y Punto* y se habían recogido pasadas las cinco de la mañana. Ismael había traído *farlopa*. Después de un par de rayas los dos iban como una moto y se habían convertido en los dueños del mundo. Luis había sido reticente durante mucho tiempo a probar las drogas, pero cuando murió su padre tiroteado por la policía, hacía ya casi dos años, el mundo pareció caérsele encima. Durante seis largos meses estuvo depresivo, sin ganas de hacer nada, y la influencia de su amigo Ismael lo ayudó a despertar. Luis probó la cocaína. Descubrió que con una buena dosis podía olvidar las penas rápidamente y un sentimiento de euforia invadía todo su cuerpo. Desde entonces, no podía salir de fiesta sin pensar en meterse una raya, y poco a poco iba necesiéndola hasta para trabajar.

Ismael había ligado con dos chicas la misma noche. Con la primera solo se había calentado, pero a la segunda consiguió llevarla a los reservados. Mientras tanto, Luis había entretenido a su amiga, invitándola a un cubata y hablando de motos. Ismael era un tipo alto, moreno y con los ojos verdes. Tenía mucho éxito con las muchachas, y a veces ligaba sin ni siquiera dirigirles la palabra. Solo con bailar un poco en la pista, ya sabía qué chicas lo estaban mirando, y no tenía más que elegir entre ellas. Luis era muy distinto, bajo, con el pelo largo y rizado y la peculiaridad de tener un ojo de cada color. Había muchachas a las que les gustaba este detalle, pero otras a las que les asustaba. Luis era más tímido. Sin embargo, mientras que Ismael ya había estado dos veces en un centro de menores, a él no lo habían atrapado nunca.

Luis se despertó en su casa a las once de la mañana. Ismael dormía en un catre junto al suyo, que había sido de su hermano mayor hasta que se casó. Luis despertó a Ismael, que abrió los ojos rojos como tomates. Los oídos aún les zumbaban de la noche anterior.

—Vamos. —Le apremió Luis, al ver que no se movía—. Que hay cosas que hacer.

—*Joer*, macho, tenemos tiempo. —La voz de Ismael sonó ronca y cascada—. Habla más *abonico*, ¿eh? Que me va a reventar la *perola*.

—Pues tómate una aspirina, cojones. Son muchos talegos para perderlos.

Ismael se incorporó, con mala cara.

—Tengo algo mejor que una mierda de aspirina.

Sacó la *farlopa* y esparció un poco sobre una pitillera. Con el carnet de identidad formó cuatro rayas y, metiéndose en la nariz un pequeño tubo de oro que le colgaba

del cuello, aspiró la primera.

—Venga, Luis, sopla una y busca algo de companaje. Tenemos que coger fuerzas.

Luis esnifó una raya y al poco volvió con los restos de una *pizza* que devoraron tumbados en la cama.

—Vaya *paya* la de ayer, colega. Una fiera, no paraba de gritar, la *jodía*, y por poco nos pillan. Y tú no te comes un *torrao*, tío, a la amiga la tenías en el bote, te lo digo yo. Y tú *na* más que le dabas conversación. Eres un *pringao*.

—Deja de decir gilipolleces, anda. La *piba* no me gustaba, ¿vale? Cómete el trozo que queda, que voy a tirar la caja.

—De puta madre, macho. *M'he quedao hinchao*.

Luis se dirigió al armario chapado que había en la habitación y sacó una bolsa.

—¿Qué es eso, tío?

Luis la abrió de manera ceremoniosa.

—Ostia, no me jodas, colega. ¿*Ande* coño vamos con una *pelambreira* rubia? —Se quejó Ismael.

—Toma. Calla y póntela.

—¡Qué dices! Estás *zumbao*, cómo cojones vamos a ir por media Cartagena con esa mierda en la *perola*. Tú *flipas*, nos van a calar *enseguía*.

—Sí, ya. Tú ves a dos tíos con una peluca rubia, ¿y qué? Llamas a la policía porque no es Carnaval, ¿no? No me jodas. Póntela, tío, no nos tienen que identificar.

Ismael movió la cabeza, resignado.

Se aplicaron las pelucas y unas gafas de sol. Salieron de la casa y se montaron en la moto de Luis, que habían vestido con una matrícula falsa. Ismael iba de paquete y sujetaba una barra de hierro en la mano derecha, que ocultaba con el antebrazo.

Fueron por el Paseo de Alfonso XIII hasta la calle Ramón y Cajal, circulando despacio y respetando todas las señales de tráfico (en contra de lo que solían hacer).

Luis aparcó frente al Museo Arqueológico Municipal, cuya fachada se hallaba pintada de esqueletos de peces. La calle estaba casi desierta, así que los dos muchachos avanzaron lentamente por el jardín de entrada, pasando frente a una pequeña fuente cuyos caños estaban formados por ánforas. El calor era sofocante, sobre todo bajo aquellas pelucas, pero ellos estaban muy excitados y no les importaba.

Ismael ocultaba la barra de hierro en la espalda. Entraron en el museo, que estaba completamente vacío. Una celadora, vigilaba la entrada sentada frente a una mesa mientras leía el *HOLA*.

—Buenos días. —Los saludó examinándolos con recelo—. ¿Me permiten los carnés de identidad? —Era la pregunta de rutina que tenía que hacer a todos los visitantes.

Ismael sacó la barra de hierro y la elevó en el aire amenazante.

—¡Este carné te voy a dar, puta! —Gritó bruscamente—. Si te mueves una pizca te abro la *perola*, ¿entiendes?

La mujer se llevó las manos a la cara e instintivamente deslizó la silla hacia atrás, al tiempo que emitía un grito ahogado. Luis se puso a su lado, la cogió por el brazo y la arrastró con ellos.

—No me hagáis daño, por favor —sollozó la mujer—. Tengo cuatro hijos y seis nietos, por favor.

—Si se está *quietecica* y hace lo que le digamos, no le pasará nada. —La tranquilizó Luis.

—Pero, si nos tocas las pelotas —rugió Ismael, con la barra de hierro siempre levantada—, te abro la *perola*. ¿*M'escuchas*? Te lo juro por mis muertos que te la abro.

La mujer asintió con lágrimas en los ojos. Las piernas le flaqueaban mientras avanzaban por el pasillo que se encontraba frente a la entrada. Los muchachos se detuvieron ante una vitrina.

—Míralo —dijo Luis—, es ese de ahí. Es cojonudo, macho, me flipa para mi vieja.

—No digas *chorrás*, tío —contestó Ismael mientras elevaba la barra de hierro sobre su cabeza—. Vale mucha *guita*. Nos vamos a forrar... al menos *pá* unos meses.

Y cuando terminó de hablar descargó el hierro con fuerza sobre el cristal, que saltó en pedazos. La celadora comenzó a llorar, a la vez que la alarma rompía el silencio de aquella mañana. Luis alargó la mano entre los cristales rotos, cogió el objeto que los había llevado hasta allí y se marcharon corriendo.

La celadora se dejó caer al suelo, donde permaneció acurrucada hasta que estuvo bien segura de que aquellos endemoniados chicos habían desaparecido. Después, lentamente se dirigió a su mesa y temblorosa descolgó el teléfono para llamar a la policía.

Irene escuchó unos golpecitos en la puerta, seguidos de la voz de su madre que la animaba a levantarse. Serían ya cerca de las dos, y su padre querría comer. Era una costumbre que se seguía en su casa: siempre que se podía, la familia comía junta.

Antes de salir al comedor, pasó al baño. Giró el mando del agua caliente de la ducha apartando un poco el manojito de flores de plástico que su madre había colocado, de acuerdo con su sentido estético, en un lugar tan incómodo. Se lavó concienzudamente, procurando eliminar cualquier rastro de Miguel en su cuerpo.

Cuando apareció, la mesa estaba lista y su familia esperaba sentada. Se disculpó, pero su padre no parecía muy conforme. Para él, cumplir los horarios era una cuestión de suma importancia.

Su madre había preparado una ensalada de pasta, que se había erigido como el plato típico de los sábados de verano. La presentación estaba cuidada al detalle. La patata, el pimiento y el atún, mezclados, ocupaban la parte central, mientras que el huevo duro cortado en forma de gajos recorría el perímetro. Una aceituna negra y una ramita de perejil culminaban la puesta en escena.

—Ah, hija, se me olvidó comentarte ayer que tu tía Rosario te ha traído el regalo de boda. Te ha dejado un sobre con 60 euros.

—Vaya rácana. —Saltó Elisa—. Van a venir a cenar su marido, su hijo *Constantinito* y ella, que entre los tres comen como diez, y te dan sesenta euros. Ya les vale. Con eso no llega ni para pagar lo que se van a zampar.

—Ay, hija, qué cosas tienes. Lo importante es que esté la familia junta ese día.

—No digas tonterías, mujer. —Arremetió su padre—. Tu tía tiene una cara impresionante. Ya veremos cuando se case el *Constantinito*, si se casa, si no te pondrá mala cara cuando le des los sesenta euros. Porque eso es lo que se le va a dar.

—Ay, Pablo, si es que tus hijas son iguales que tú. Qué desgracia. Parece mentira que te pongas así. Han pasado una mala racha.

—Sí, una mala racha —se burló su padre—. ¿Os acordáis esta primavera cuando la vimos que iba a comprar el pan con el abrigo de pieles?

—Ay, cómo eres.

Todos se echaron a reír, Elisa sonrió.

Sacaron la fruta a la mesa. Su padre se zampó dos plátanos ávidamente.

—Por favor, Pablo, parece que no hayas comido en la vida. ¿No comes fruta, Elisa?

—No tengo hambre.

—Te estás quedando en los huesos, qué manía os ha dado a las jóvenes de comer poco por eso de las modas. Una mujer ha de tener sus formas, si no ¿qué? Ni es mujer ni nada, es como un zagal.

—Ay, mamá, déjame.

Cuando terminaron de comer, las tres mujeres se levantaron de la mesa. Su madre

se dirigió a la cocina para fregar los platos, mientras Irene preparaba el café y su hermana recogía la mesa. El padre se repantingaba en el salón viendo el informativo y esperando a que le llevaran el café. En la cocina, su madre abrió el grifo del agua y el lavavajillas.

—El otro día dijeron que habían pillado a una pareja restregándose en el portal.

A Irene los cotilleos de la escalera le importaban más bien poco, pero su madre continuó charlando mientras ella colocaba la cafetera al fuego. Su hermana había entrado en la cocina con el mantel.

—Dijeron si sería la hija pequeña de la del segundo. Menuda vergüenza, ¿es que no tienen sitios para hacer esas guarradas? Tu padre me respetó hasta el momento en el que nos casamos. Y así debe ser.

Su madre adoptó el tono contundente que acostumbraba a utilizar para dichas cuestiones. Irene sabía que aprovechaba esos momentos para dejar clara su opinión y que sus hijas entendieran que mantener relaciones antes del matrimonio era una de las peores cosas que una hija podía hacerle a su madre.

El café comenzó a burbujear.

Su hermana no llegó a sacudir el mantel en el cubo de basura sino que se quedó de pie mirando fijamente a su madre.

—¿Y tú qué te crees, mamá? Hoy en día las novias no van de blanco al altar porque sigan siendo vírgenes. Eso pasó a la historia. Hoy todas se acuestan con sus novios. —Irene se sorprendió por el tono tan serio que iban adquiriendo las palabras de su hermana—. Todas van a las casas de sus novios cuando los padres no están o se meten en un coche para ir a algún descampado. O a las casas de la playa, que dan mucho juego. ¿Acaso crees que Irene queda con su novio solo para ver películas? Pues me apuesto algo a que no. Seguro que ni encienden la tele. Seguro que en cuanto cierran la puerta del piso se lanzan el uno contra el otro y se van directos a la cama. —Elisa se quedó mirando la cara contorsionada de su hermana y entonces se hizo consciente de lo que acababa de decir.

Irene lanzó sobre la encimera el trapo que llevaba en la mano y corrió a su cuarto mientras el café hervía, desparramándose por los fogones. Su madre se convirtió en una figura de piedra. La casa quedó en silencio, solo se oían las voces de la televisión. Seguro que su padre no se había enterado de nada, absorto como estaba en las noticias de deportes.

Irene se desplomó sobre la cama y se aferró a su peluche preferido, un oso medio bizco. Estaba estupefacta. No se esperaba un golpe tan mezquino por parte de su hermana. Siempre habían mantenido una cierta rivalidad entre ellas, quizás porque se llevaban pocos años. Pero esta vez había ido demasiado lejos. Y ahora se encontraba herida en su amor propio. La había dejado en evidencia ante su madre, desmoronando la imagen de sí misma, edificada con el esfuerzo del día a día, en la que no se reflejaban determinados aspectos de su vida que su madre no podría entender.

Alguien golpeó suavemente la puerta de su habitación. Entró su madre, con los

ojos acuosos.

—Hija, yo... —Se acercó lentamente a la cama y tomó asiento, muy despacio—. A mí no me importa lo que hagas tú con tu novio. Yo no lo sé, pero supongo que las cosas ahora son diferentes. Además te vas a casar en quince días.

Su madre hablaba despacio, con tono bajo y no miraba a los ojos a su hija, que permanecía aferrada a su peluche, sentada en la cama.

—Yo no sé lo que le pasa a Elisa. —Continuó su madre—. Y estoy muy preocupada. He pensado que a lo mejor está tomando alguna droga. No lo sé. ¿Te ha dicho a ti algo?

Irene negó con la cabeza.

—Ya. No sé qué hacer. —A su madre se le escaparon las lágrimas de los ojos—. Se ha encerrado en su habitación y no quiere abrir.

Irene la abrazó y las dos lloraron. Percibió la fragilidad de su madre y en ese momento la quiso más que nunca. Las madres tienen que ser pesadas, insistentes, amorosas, pero cuando se derrumbó, entonces vio a la mujer que existía tras esa coraza de madre. Pensó en los anhelos e ilusiones que habría dejado en la cuneta de la vida y rompió a llorar por las dos, porque se veía abocada al mismo futuro. Y lo peor de todo: ese futuro era lo que siempre había deseado, desde pequeña. Se imaginaba a sí misma hablando sobre el encarecimiento del pollo y adornando con fundas de tela floreada la tapa del inodoro.

Al poco, su madre parecía haberse tranquilizado. Se desasía del abrazo y se enjugó los ojos con un pañuelo.

—Ay, hija, espero que el día de la boda no haga este calor porque si no, el maquillaje se me va a correr con el sudor.

Le estampó un beso y salió de la habitación. Irene se quedó un momento más sentada en la cama. Después se levantó y se arrastró al baño para enjuagarse la cara.

Al poco, se oyó el sonido del timbre. La voz de Miguel retumbó al entrar en la casa.

—Buenas tardes.

Si alguien podía ser feliz en el mundo, ese era Miguel. Para él la vida era fácil y simple. Vivir era una sucesión de acontecimientos que venían dados unos por otros. Así de sencillo. Esa tarde llegó radiante. Era sábado, había quedado con su novia, hacía un día esplendoroso y el guiso que le había preparado su madre ese mediodía tenía un *saborcillo* delicioso a romero. Qué más podía pedir a la vida. Cuando vio a Irene se acercó a ella y le imprimió un sonoro beso en la mejilla.

—Todavía no estoy lista, tengo que arreglarme un poco.

—¿Se puede creer, Pablo, que tenga que arreglarse? Si está guapísima. —Su padre parecía no haberse enterado de lo sucedido un rato antes.

—Hombre, a mí me lo vas a decir, que tengo una mujer y dos hijas preciosas.

Y mientras los dos hombres se entretenían parloteando, Irene entró en su habitación para ponerse unos vaqueros y una camiseta de tirantes. Tenían que ir a

pagar las reformas que habían hecho en su piso.

Una vez en la calle, Miguel la cogió por la cintura.

—¿Qué te pasa? Estás muy seria.

—No tengo ganas de hablar de eso ahora.

Continuaron avanzando en silencio a través de La Alameda para torcer después por una perpendicular. Miguel procuró esforzarse por hablar como si no pasara nada.

—He traído el dinero. Me dijeron que abrían a las cuatro. Como saldremos pronto, luego podemos ir a ver alguna tienda de muebles, si tú quieres.

Pasearon cogidos de la mano, cada uno pensando en sus cosas. Parecía que a Miguel se le había pasado el momento de felicidad. Pausadamente se giró hasta quedar frente a Irene.

—¿Qué...? —Miguel no pudo terminar la frase porque Irene le interrumpió.

—He discutido con mi hermana. Yo no sé qué narices me pasa, llevo una semana que termino peleándome con todo el mundo. Lo de mi hermana ha sido una cosa rara porque la muy —dudó un momento antes de continuar— zorra —hizo una nueva pausa— le ha dicho a mi madre que tú y yo nos acostamos juntos.

—¿Eso le ha dicho? —Miguel parecía sorprendido.

—Sí. Y mi madre se ha puesto a llorar.

—Pero, ¿por qué ha hecho eso? —No salía de su asombro.

—Y yo qué sé.

—Bueno, tampoco es tan grave. Supongo que tu madre ya se lo debía de imaginar.

—Eso dices ahora, Miguel, pues ayer bien preocupado que estabas por si tu madre se enteraba de que nos acostábamos.

Miguel se paró en medio de la acera y cogió a Irene por los hombros, mirándola a la cara, y la besó. Bajó las manos hasta la cintura, abrazándola.

—Cariño, a partir de ahora las cosas van a ser diferentes. Ya lo verás. Que no te importe lo que te haya dicho tu hermana, estará enfadada por algo y lo habrá pagado contigo.

Irene se sentía un poco mejor. Se abrazaron allí, en medio de la estrecha acera, bajo un sol dictador, interrumpiendo el paso de los escasos peatones. Al cabo de un rato reemprendieron su camino. Miró a su novio con añoranza. En ese momento se sintió muy cerca de él y pensó que era una tontería y una pérdida de tiempo enfadarse. Lo único que se conseguía era pasarlo mal.

Aquel sábado, el último de Agosto, Aurelio el *Napias* abandonó el sueño a las cinco de la tarde, bastante antes de lo que acostumbraba. Su novia, Trinidad, seguía dormida en la piltra, junto a él, roncando a pata suelta. Aurelio se alejó de su casa en dirección al Mercadona, donde compró una botella de vino rosado, dos latas de berberechos, un paquete de jamón en lonchas, un trozo de queso y pan, todo un manjar en comparación con lo que acostumbraban a comer. Trinidad no lo sabía, pero hacía ya seis meses que se habían trasladado a su casa nueva y le apetecía celebrarlo.

Aurelio era hijo de una prostituta que ejerció en el Molinete hasta que murió. Desde pequeño, su madre siempre lo había obligado a que estudiara para que pudiera llevar una vida mejor que la suya y Aurelio lo hizo bastante bien hasta que terminó el instituto. Inició la carrera de Económicas en la Universidad de Murcia, donde arrendó un piso con otros compañeros. Y de pronto, quizás por estar lejos de la influencia materna, se torció. Aurelio descubrió el placer de la fiesta y la bebida. Perdió el interés por los estudios y pronto no quiso saber nada más de su vieja. Encontró unos nuevos amigos que le revelaron lo fácil que era ganar dinero robando y gastárselo bebiendo. No tardó mucho en pasar su primera temporada en la cárcel y al poco de cumplir veintitrés, lo encerraron durante dos años. Cuando por fin salió, algo reformado, volvió a Cartagena a visitar a su madre y descubrió que había muerto seis meses atrás. Toda la herencia la había repartido entre sus otros dos hermanos, pero a él no se le ocurrió ir a visitarlos ni a reclamarles nada. Lo que le había sucedido era justo, mas se sintió tremendamente solo y perdido.

Sin saber a dónde ir se compró dos botellas de *whisky* y una de vino y forzó la puerta de un piso abandonado frente a la plaza del Lago. Pasó cuatro días completamente borracho, sin probar bocado sólido. Al cabo, cuando ya el estómago se le había encogido tanto que no sabía si volvería a admitir alimento, Aurelio salió a la calle y se arrastró por los contenedores de basura. Buscó restos comestibles y los engulló allí mismo, sin importarle los gusanos o las cucarachas. Inclinado y con la cabeza metida en un contenedor, mientras devoraba una *pizza* medio podrida, Aurelio descubrió unos pantalones viejos y los cogió. Pensó que quizás le vendrían bien, dentro de un tiempo, cuando empezara a hacer más frío. Introdujo la mano en los bolsillos para ver si estaban rotos y se llevó una grata sorpresa cuando descubrió en el interior dos billetes de cinco mil pesetas. Aquella noche lo celebró de nuevo bebiendo, pero en su mente empezó a forjarse una idea muy clara. La gente tira cosas que tienen valor. A veces porque no se dan cuenta; otras porque están cansados y deciden renovarlas; muchas porque no saben lo que valen. Era un poco como jugar a las máquinas tragaperras, solo que (mejor o peor) aquí siempre tenías premio. Aurelio vio una posibilidad de negocio y desde entonces había vivido de ello. Al cabo de un tiempo consiguió ganar hasta para irse de putas de vez en cuando y fue así como alternó con Trinidad. Después de algunos encuentros se encariñaron el uno con el

otro, quizás más él que ella, y Aurelio le propuso vivir juntos. Ella aceptó aunque le aclaró que nunca dejaría su trabajo y él le contestó que le parecía bien. Desde entonces, Aurelio siempre había celebrado con ella las ocasiones que para él eran especiales. Era demasiado el tiempo que había pasado solo y valoraba enormemente poder compartir la vida con una persona y disfrutar con ella los ratos buenos, que no son muchos.

Cuando salió del Mercadona, avanzó por la calle de las Beatas y se introdujo en un portón abierto de la calle Villalba Larga. Subió al primer piso y llamó a la puerta suavemente.

—¿Quién es? —Preguntó una voz desde el interior, con acento marroquí.

—Soy el *Napias*. —Susurró Aurelio.

De pronto, la puerta se abrió. Apareció un hombre marroquí de unos cincuenta años, con la cara muy arrugada y una enorme barriga.

—Pasa, *Napias*. ¿Cuánto quieras?

—Un gramo, que me lo ha encargado la Nena.

Aurelio entró en el salón de un piso viejo y sucio. Todo el mobiliario lo constituían un sofá, una mesa pequeña, una cómoda y un aparador con una tele enorme encima. Parecía que hacía siglos que nadie había limpiado allí.

—Claro, tú no te preocupa. ¿Tú quiera un poco de costo? Yo regala un talego —y se lo alargó para que lo tomara.

—No, gracias. —Aurelio apartó el paquete que le ofrecía—. Ya sabes que yo no me drogo.

—Tú no sabe lo que pierdes, *Napias*. La vida fuera más fácil para ti.

—Una buena botella de vino también ayuda a olvidar las penas. Y es más sano que esa mierda.

El marroquí se dirigió a la cómoda que tenía en el salón y extrajo un pequeño paquete de papel.

—El alcohol muy malo también, *Napias*, tú ya lo sabe. Mucho peor que la *farlopa* o el costo. Destruye tu cerebro poco a poco y tú sufra resacas de cojones.

—Cada uno tiene sus gustos.

Aurelio se guardó la droga, le pagó y salió corriendo de allí. No le gustaba nada aquel marroquí malnacido al que llamaban el *Dromedario*. Aurelio siempre había pensado que le habían puesto ese nombre porque no se conformaba con jorobarte una vez, si tenía oportunidad siempre te jorobaba una segunda (por supuesto, Aurelio no sabía que el camello es el animal que tiene dos jorobas y el dromedario solo una). Y precisamente por eso, porque no soportaba a aquel tipo y no se fiaba de él, no quería que Trinidad se acercara por allí y sabía que la única forma de conseguirlo era comprándole la droga él mismo.

Cuando regresó a su casa la tarde de aquel verano, su novia seguía durmiendo. Aurelio dispuso la comida sobre una caja, descorchó la botella de vino con un viejo sacacorchos y lo sirvió en dos copas que se había traído de su anterior piso ocupado.

Con una copa en cada mano se acercó a Trinidad.

—Eh, Nena, despierta. ¿Sabes qué día es hoy? —Aurelio no tenía calendario, sin embargo, a pesar de pasarse borracho la mayor parte del día, poseía una memoria fantástica para las fechas.

Trinidad abrió los ojos lentamente. Se descubrieron inyectados en sangre y su cara muy seria. Su voz crujió áspera y de mal humor.

—Eh, ¿qué pasa, *Napias*? Déjame dormir.

Aurelio le acercó la copa de vino.

—Venga, Nena, vamos a brindar. Hoy hace seis meses que estrenamos casa.

Trinidad se incorporó lentamente. Sus ojos parecían vacíos, y su cara demacrada estaba totalmente pálida.

—Joder, macho, ¿qué tontería es esa de que hace seis meses que estrenamos casa? ¿Tú crees que esto es una casa? ¿Por esta mierda vale la pena celebrar algo?

—Pues, sí, Nena, es nuestra puta casa. —Aurelio subió el tono, cabreado. No le gustaba nada cuando ella empezaba así, pero se lo pensó mejor y continuó hablando suave. Estaba demostrado que por las malas no se conseguía nada—. Venga, Nena, vamos a brindar. Te he comprado jamón y queso y... berberechos.

—¿Y el pico? Te dije que no me quedaba. —Trinidad hablaba casi con odio en la voz. Parecía que pensaba que él tenía la culpa de todos sus problemas. Aurelio sabía que se encontraba mal y que no se tranquilizaría hasta que no se metiera su dosis—. ¡Seguro que no me has comprado el pico!

—¡Que sí, coño, te lo he comprado! Pero antes vamos a brindar.

Trinidad cogió la copa con una sonrisa forzada, en la que se mostraban los numerosos dientes perdidos, se la acercó a los labios y de pronto la lanzó contra la pared.

—¿Qué coño haces? —Gritó él, ya fuera de sus cabales, y se bebió la copa de vino de un trago—. Está bien, quieres tu puto pico, pues toma tu puto pico —y le lanzó a la cara el paquete que le había comprado al Dromedario—. Y espero que lo notes bien cuando te entre por las venas, como si fuera un caballo de verdad, y que te las reviente, puta.

Aurelio agarró la botella de vino y trepó al primer piso. Se fue a un rincón y se sentó en la penumbra de la habitación, bebiendo trago tras trago. Mientras tanto, Trinidad comenzó a prepararse la dosis, calentando la droga en una cuchara. Siempre llevaba encima el kit de supervivencia: cuchara, mechero, goma para el brazo y jeringuilla. Observó con gusto cómo empezaba a hervir y lo introdujo en la jeringa. Era un ritual complejo, pero ya hacía mucho tiempo que lo tenía totalmente dominado. Dejó la cuchara a un lado y mientras aguantaba la jeringuilla con la mano izquierda se apretó la goma con la derecha, para impedir la circulación. Observó su brazo escuálido con las venas bien marcadas bajo su reseca piel. Los puntos rojos cubrían todo el recorrido de las venas. Trinidad los observó reconociendo en cada uno una dosis de placer y comenzó a fantasear con lo que estaba a punto de sentir. Clavó

la aguja, que atravesó la piel apergaminada casi con un crujido, y apretó para inyectar el líquido. Arrancó la goma de su brazo y se desplomó boca arriba. Notó un agradable sueño que la envolvía y de pronto una fuerte oleada de placer. Era un éxtasis mágico, como una unión sexual con el mismísimo Dios. Sus ojos abiertos tenían un tono acuoso y un reguero de baba le manaba por la comisura de la boca. Si alguien la hubiera visto en aquel estado, seguramente habría pensado que estaba muerta y quizás, en parte, habría tenido razón, pues en ese momento se encontraba en el Paraíso.

Aurelio apuró la botella de vino y se quedó dormido. Cuando se despertó eran más de las diez de la noche. Bajó a la planta inferior y buscó a Trinidad, pero su esfuerzo fue en vano. Se habría ido a trabajar. La comida seguía sobre la caja donde él la había dejado, así que se echó a la boca unas lonchas de jamón y unos trozos de queso, los bañó con un buen trago de vino barato y salió a trabajar.

El cielo se encontraba totalmente despejado. Empezó a andar empujando su carrito y se dirigió hacia el primer contenedor. Antes de abrirlo se detuvo un momento, absorto en las estrellas. Mantenía la vista clavada en la Estrella Polar. Aurelio estaba fascinado con este astro, para él era un gran misterio al que no podía encontrar explicación y se había convertido en una obsesión. Allí, en medio de la calle, con la vista perdida en el cielo, no cesaba de preguntarse: «¿Cómo puede ser? ¿Cómo es posible?».

Después del robo, Luis e Ismael se escondieron en casa de Luis, donde habían permanecido toda la tarde. Su madre les preparó un cocido para comer, y tras explicarle Luis que su jefe le había dado vacaciones por unos días, le preguntó dónde habían pasado la mañana. Ellos le explicaron que habían ido a pescar y que habían cogido bastantes peces, pero como el agua estaba tan sucia en el puerto, los habían soltado. La madre de Luis no se quedó muy convencida, mas hacía ya tiempo que dejaba que su hijo tomara las riendas de su vida.

Perdieron la tarde viendo la tele y por la noche, cuando ya calculaban que la cosa se habría calmado, salieron a dar una vuelta por el puerto. Compraron dos cervezas en un bar y se sentaron en un banco frente al monumento a los *Héroes de Cavite*. Se trataba de un monolito que honraba a los marinos españoles fallecidos en la guerra de Cuba en 1898, y que fue inaugurado por los reyes de España en 1923. Ismael sacó un espray del bolsillo y se dirigió hacia el monumento.

—¿Qué haces, tío? —Lo detuvo Luis un poco enfadado.

—¿Qué pasa, macho? Voy a hacer un grafiti. Soy un artista.

—Déjate de tonterías, no me gusta esa mierda. Esto forma parte de la ciudad, ¿sabes? Es un puto monumento y seguirá aquí cuando tú y yo nos pudramos bajo tierra.

—Vete, a tomar por culo, tío. —Respondió Ismael, mientras quitaba el tapón del espray—. ¿Qué *chorrás* estás diciendo?

Luis se acercó a su amigo y le aferró el brazo.

—Te lo digo muy en serio, ¿eh? Si jodes eso, te parto la cara, macho.

Ismael se lo quedó mirando y vio que hablaba en serio. Los ojos de Luis, uno verde y otro marrón, no dejaban impasible al que los miraba fijamente. Siempre transmitían emociones, unas veces de calor y confianza, otras de agresividad y fuerza. En aquel momento Ismael sintió la furia. Volvió a poner el tapón del espray.

—Bueno, tío, pues no hay *grafiti*. —Lanzó el bote lejos y se acercó al banco para pegarse un buen trago de cerveza, que le refrescó el gaznate. El bochorno de la noche era sofocante—. Eres un *encerrizao*. ¿Qué coño te pasa?

—Una vez conocí a un hombre. —Comenzó Luis a explicarse—. Hace ya un par de años. Era actor, ¿sabes? De esos que salen por las series de la tele. Yo estaba aquí al lado, en el Ayuntamiento viejo, haciendo una *pintá*. Antes me gustaba hacerlo, tú ya lo sabes. El tipo se puso a mi lado, mirando cómo pintaba, sin decir nada. Cuando terminé me giré y lo vi allí plantado mirando mi obra. Yo me quedé pasmado, porque lo había visto muchas veces en la serie esa que daban por las noches. De pronto el tío me mira y me dice: «Ese edificio está medio en ruinas, porque es viejo y no se ha cuidado. Pero quizás dentro de algún tiempo, volverá a nacer, y estará ahí para siempre porque forma parte de la historia. Yo también soy viejo, como el edificio, sin embargo, yo moriré y la gente se olvidará de mí. A ti te pasará lo mismo, chico.

Deberías respetarlo, porque por mucho que lo intentes él siempre será más importante que tú. Seguirá de pie, albergando la historia, mientras nosotros dormimos bajo tierra».

—¿Qué *chorrás* dices, Luís? Joder. Y le hiciste caso a ese gilipollas.

—Esas palabras se me quedaron grabadas, ¿vale? Me acuerdo como si fuera ahora. El tío tenía razón. Nosotros no somos nadie en comparación con los edificios, con la Historia de la ciudad. Nosotros moriremos, nuestros hijos morirán y la ciudad seguirá ahí, dando a nuestros nietos un lugar para vivir.

—¿Qué coño dices, macho? Yo no quiero tener churumbeles, son un puto coñazo.

—Mira, Ismael, me importa una mierda que no quieras tener hijos. Pero, mientras estés conmigo respeta la ciudad, ¿vale? Le debemos mucho, aunque tú no lo entiendas.

—Sí, cojones. Porque lo del robo de esta mañana es respetar la ciudad, ¿no?

—Pero no es lo mismo, joder —se justificó Luis, echando un nuevo trago de cerveza—. Lo de esta mañana era ganarnos el pan, pero con un grafiti no ganamos nada, ¿vale?

—Vale, tío, lo que tú digas —se resignó Ismael—. Y hablando del robo, ¿qué coño vamos a hacer ahora?

—Pues seguir con el plan. Tengo que llamar al cabrón este para dárselo y que nos dé la *guita*.

—Espera, tío —Ismael se levantó del banco, se puso frente a Luis y le puso la mano en el hombro mientras apuraba la cerveza—. Tú lo has visto, macho, es *cojonúo*. Creo que podemos sacar algo más. Siete mil quinientas chapas es una miseria, macho, nos hemos jugado el culo esta mañana.

—No sé, ya quedé en un precio.

—Sí, pero *ahora* las cosas han cambiado. Antes tampoco sabíamos grandemente qué era.

Luis lo miró pensativo y miró al cielo despejado de aquella bochornosa noche. Fijó la vista en la Estrella Polar, que estaba deslumbrante.

—No sé, Ismael, puede que tengas razón. Igual deberíamos pedirle más a ese cabrón. ¿Hasta cuánto crees que podríamos llegar?

—No sé. Creo que quince mil chapas puede estar bien. Con eso tendríamos solucionada una buena temporada.

—Pues, sí. —Se convenció Luis, al fin—. ¿Qué cojones? Ahora nosotros tenemos el poder. Podemos pedir lo que nos salga de los huevos.

—Hombre, menos mal que vuelves a ser tú, macho. Esta noche estás un poco falluto.

—Sí. Pero una cosa. El lunes tenemos que ir a *La Senda*. No quiero que mi vieja ni nadie de allí sospeche nada.

—Eso está hecho. Pero tú pídele quince mil chapas.

Se levantaron del banco, abriéndose camino por la calle Mayor. Compraron otra

cerveza y se encaminaron a la zona de Príncipe de Asturias, que era donde habían planeado arrancar su fiesta aquella noche.

12

Al contrario que a la mayor parte de la gente, a Ginés le gustaba levantarse temprano los domingos por la mañana. Entre otras cosas porque era el día por excelencia de los mercadillos, y a él le encantaban, sobre todo aquellos en los que se vendían cosas de segunda mano o antigüedades. Aquel domingo se levantó a las ocho de la mañana y, tras desayunar, condujo hasta Murcia. Había estado en un mercadillo cerca de la estación de autobuses, donde consiguió una edición limitada del Quijote con ilustraciones de Dalí, por tan solo doscientos euros. Era una ganga, sabía que si decidía venderlo, en internet le podía sacar por lo menos dos mil. Abandonó Murcia muy contento y, como aún era pronto, se dirigió al mercadillo de San Javier, localizado en la explanada de un autocine. Este albergaba una amplia variedad de artículos: vendían ropa y zapatos baratos, comida y herramientas, y la parte central acogía un pasillo que era el que fascinaba a Ginés, el de libros y objetos antiguos y de segunda mano.

Ginés se aproximó a un puesto y saludó al vendedor. Era el dueño de la tienda de Cartagena *El Bazar del Maquinista*. Exponía sobre la mesa algunos uniformes militares modernos, espadas y bayonetas de la Guerra Civil. Ginés ya poseía algunas mejor conservadas en su colección particular. Siguió caminando y se detuvo frente a otro tenderete en el que se exhibían algunos muebles antiguos: una cómoda, dos sillas y una mecedora isabelina. Sus tías tenían una como aquella pero más cuidada, pues la rejilla de esta se revelaba candidata para acabar directamente en la basura. Sin embargo, observó la perfección de las patas, realizadas curvando la madera. Ginés no sabía muy bien cómo explicarlo pero, para él, todo lo antiguo gozaba de un encanto especial. Con los libros le sucedía igual. La mayor parte de volúmenes antiguos se presentaban adornados con grabados y litografías que por sí mismos eran una obra de arte. De hecho, mucha gente se dedicaba a descuajar estos grabados y venderlos sueltos para decoración, como láminas o cuadros. A Ginés esto le parecía un sacrilegio.

Anduvo lentamente hasta un puesto de libros. También conocía al vendedor, se llamaba Andrés.

—¿Qué tal, Ginés? —Lo saludó el hombre. Presentaba el torso desnudo, repantigado en una silleta bajo una sombrilla enorme. Eran las once de la mañana y el sol caía a plomo.

—Bien. —Ginés tenía los ojos atrapados en los libros e instintivamente buscaba alguno que pudiera interesarle—. ¿Me has traído la colección de Julio Verne que me dijiste?

—No, no, lo siento. Esta semana he estado muy liado y no he encontrado el momento de catalogarla. A ver si para la que viene. O si quieres pásate un día por el almacén y te la enseño. Pero, vamos, estoy seguro de que va a ser para ti. Es una primera edición original.

—Si es tan buena como dices —repuso Ginés sin apartar la vista de los libros— y llegamos a un acuerdo en el precio, yo también estoy seguro de que será para mí.

Ginés descubrió el libro *El Príncipe de la Niebla* y lo arrancó de entre los demás. No lo había leído, pero había oído que era una buena novela de misterio. Era la primera de su autor y ya había recibido un premio. Comenzó a leer un párrafo de la parte central. Era su forma de comprobar si estaba bien escrito y merecía la pena invertir el tiempo.

Mientras estaba abstraído en su momento de lectura un hombre alto y canoso, privado del dedo anular de la mano derecha, pasó a su lado. Ginés sintió un escalofrío que achacó al párrafo que estaba leyendo. El hombre canoso se detuvo un momento en el tenderete de libros y saludó al dueño. Examinó la mercancía y continuó su camino hacia el puesto de artículos militares.

Ginés concluyó el párrafo y compró el libro. Desde luego, parecía que Carlos sabía escribir. Echó un vistazo rápido en el resto de puestos y se encaminó hacia el coche. El calor era casi insoportable y con el Quijote que había conseguido en Murcia, ya había hecho la compra de la semana. Subió al coche y puso el aire acondicionado al máximo, mientras por la radio sonaba *No, woman, no cry* de Bob Marley. Enseguida se incorporó a la autovía en dirección a Cartagena y el Mégane se puso a ciento cincuenta sin dificultad.

Tras detenerse para comprar el periódico, llegó a su casa. Cuando atravesó la entrada de su edificio percibió un gran alivio, pues la diferencia de temperatura era asombrosa. Subió al segundo piso por las anchas escaleras marmóreas. Aunque era una finca antigua, hacía ya diez años que habían instalado el ascensor, pero Ginés nunca lo utilizaba. Se introdujo en su casa, mirando de refilón el árbol genealógico, y se dirigió a la salita de estar.

—Buenas, ya estoy en casa.

—Buenas. —La voz de su tía Rosell se escapó del fondo del pasillo.

Ginés se dirigió a la salita y encontró a sus tías en su emplazamiento acostumbrado. Su tía Rosell veía la tele mientras su tía Carmen hacía ganchillo, sumida en sus pensamientos y sus penas. Se acercó y besó a Rosell.

—Buenos días, Carmen. ¿Cómo está usted esta mañana? —Ginés seguía todos los días el ritual acostumbrado.

—Pues regular, hijo, regular. —Las respuestas de su tía tampoco variaban mucho—. Las piernas me están matando y estoy un poco mareada.

—Bueno, no se preocupe usted. Eso será que tiene falta de comer algo, verá como después se le pasa.

Su tía no contestó y Ginés se tiró en el sofá a hojear el libro del Quijote. Dalí no

era uno de sus pintores favoritos. Le gustaba mucho el doble sentido que daba a algunas de sus pinturas, pero no le agradaban sus excentricidades. Leyó la famosa primera frase del Quijote: «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no há mucho que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor». Excelente, con un principio así, daban ganas de leerse el libro entero. Continuó pasando hojas observando detenidamente los grabados. Eran todos surrealistas, típicos de Dalí. Tenían su encanto, aunque a él en concreto le gustaban más las láminas realistas y detalladas de Doré. Ginés tenía en su colección otra edición del Quijote, de mucho menos valor, por supuesto, con grabados de Gustave Doré. Aunque eran en blanco y negro, resultaban tan reales que parecían una ventana a través de la cual se podía espiar la vida del Ingenioso Hidalgo.

Cerró el Quijote y asió el periódico. Miró la portada un momento y lo abrió por el final. Miró las películas que televisaban ese día. Nada interesante. Volvió a saltar al principio y omitió unas cuantas páginas hasta que llegó a la sección de Cartagena. Allí, incluyendo una fotografía, se detuvo en un artículo que llamó su atención.

Robo en el Museo Arqueológico

Se llevaron el pendiente de oro helenístico que se encontró en las excavaciones del anfiteatro

LA VERDAD CARTAGENA

Sobre las doce del mediodía de ayer, dos jóvenes armados con una barra de hierro penetraron en el Museo Arqueológico de Cartagena. Tras amenazar a la celadora, rompieron la urna que protegía el pendiente helenístico, llevandoselo consigo.

Según declaraciones de la celadora del museo, A. Martínez, los malhechores eran dos jóvenes con peluca rubia y gafas de sol. Aprovecharon la escasez de visitas para llevar a cabo el robo.

La policía local se presentó en el lugar unos 15 minutos después, cuando los ladrones ya se habían dado a la fuga.

Según fuentes internas al museo, las medidas de seguridad no son las adecuadas, hecho que ya ha sido denunciado por el director en diferentes

ocasiones. No hay ningún guardia, siendo las únicas medidas de seguridad unos sensores colocados en algunas de las urnas.

Además, la poca afluencia de público que tiene el museo en el mes de Agosto facilitó la fechoría, ya que la celadora es la única encargada y responsable del recinto. "Aquí viene gente de todas clases, pero nunca habíamos tenido ningún problema" —declaró A. Martínez.

El pendiente fue encontrado en la excavación del anfiteatro de Cartagena en el año 1968. Se trata de una llamativa pieza, de la que la Reina Doña Sofía quedó prendada cuando visitó el museo, pidiendo que se le hiciera una copia.

Según fuentes policiales, la pieza robada está realizada en oro y dada su manufactura y su antigüedad, puede alcanzar un alto valor en el mercado negro.

13

Cuando concluyó el artículo, Ginés se quedó embobado con la foto del pendiente. Le sonaba de algo, no sabía exactamente de qué, pero estaba casi seguro de haberlo visto antes, y no precisamente en el museo.

La joya tenía forma de disco con el borde dentado y un granate en el centro. De la semicircunferencia inferior colgaban cuatro cadenas, cada una de ellas con una campánula, dejando al centro una *anforita*.

Permaneció estudiando la foto un buen rato. ¿De qué le sonaba? No se acordaba. Cuando por fin se dio por vencido bajó el periódico. De repente, pegó un salto en el sofá. Allí, sobre la televisión, se mostraba gloriosa la foto de su abuela Eulalia, que lucía majestuoso el mismo pendiente o al menos uno muy parecido al del periódico. «¡Vaya!», pensó. «¿Es posible que mi abuela se hiciera una réplica de este pendiente, como la Reina?». Ginés volvió a revisar el artículo. Según decía, el pendiente se había encontrado en el 68 y su abuela murió de cáncer de páncreas en el treinta y cinco. Entonces no podía ser una reproducción. Levantó la cabeza y se dirigió a sus tías, que en realidad eran hermanas de su abuela Eulalia.

—¿Habéis visto la noticia que aparece en el periódico?

—No. —Su tía Rosell lo observó intrigada—. ¿Qué ha sucedido?

—Dice que ayer robaron del Museo Arqueológico un pendiente helenístico — seguía mirando el periódico— y sale una foto. Pero es increíble porque es idéntico al que lleva mi abuela en esa foto.

—¿Me dejas verlo? —Su tía Rosell se inclinó hacia él y alargó la mano. Su tía Carmen había dejado de hacer ganchillo y atendía la conversación con interés, pero sin intervenir.

Ginés le pasó el periódico y Rosell lo examinó detenidamente. Estudió la foto del periódico y la foto de Eulalia, de nuevo la del periódico y otra vez la de Eulalia.

—Pues, sí, el parecido es realmente asombroso. —Su tía Carmen pareció perder interés y volvió a sus labores—. Debe de ser una casualidad, la verdad es que nunca había reparado en ese pendiente.

—Pero aquí dice que el pendiente se encontró en el 68 en unas excavaciones del anfiteatro romano. ¿Cómo es posible que la abuela tuviera uno igual en el treinta y cinco?

—Pues no lo sé, hijo —repuso su tía—. Ya te lo he dicho, debe de ser casualidad. Nunca había reparado en ese pendiente. Será alguna baratija que Eulalia compró en algún sitio. Quizás haya más pendientes como este y se fabricaron reproducciones de los otros antes de hallar este. No lo sé.

—Puede ser. —Ginés se mostró decepcionado. Se había permitido fantasear con un gran misterio alrededor del pendiente y su abuela. Pero su tía tenía razón, indudablemente habría cientos de pendientes como aquel por los museos de toda España y miles de copias en el mercado. Sobre todo de la época en que se encontrara el primero. Era algo bastante habitual.

—Venga, no le des más vueltas. —Le acarició la cara y Ginés escapó de la vorágine de sus pensamientos—. Es curioso que sea parecido al de tu abuela, pero sin duda será una copia más de las muchas que deben de existir de ese tipo de pendiente.

—Sí, tienes razón.

Ginés volvió al sofá y retomó la lectura del periódico. Sin embargo, no podía evitar, de vez en cuando, bajarlo un poco y persistir contemplando la foto de su abuela.

El arroz estaba destinado a ser cocinado el Día del Señor, al menos así lo entendía la madre de Irene que, fuera invierno o verano, servía paella todos los domingos.

Elisa había regresado a casa a las tantas de la madrugada. Su madre llevaba toda la mañana tratando de hablar con ella, pero cuanto más lo intentaba, menos resultados obtenía. Irene, harta ya de la situación, simplemente la ignoraba. Pero el que peor lo pasaba era su padre, que vivía con la sensación de que todas las mujeres de su casa le ocultaban algo.

Así es que el arroz de aquel domingo, que estaba en su punto, parecía pasado y soso. Toda la familia comía en silencio, aunque Elisa, más que comer, jugueteaba con la comida.

—¿Qué tal ayer, Irene? —Habló su madre intentando aparentar que todo era normal—. ¿Terminasteis ya de pagar las reformas?

Irene estaba fuera de juego, no esperaba que su madre le preguntara nada.

—¿Eh? Sí, sí. Fuimos a la empresa y le pagamos la factura. Todo fue bien.

—Ya te dijimos que eran de confianza. Tu padre los conoce desde hace muchos años y siempre nos han hecho las obras. La última fue la de la casa de la abuela y quedó todo fenomenal, ¿verdad, Pablo?

—Sí. —Su padre no tenía ganas de hablar, se encontraba enfadado y no estaba dispuesto a disimular.

Una vez que hubieron dado cuenta del arroz, las mujeres comenzaron a recoger los platos. Irene procuró no coincidir con su hermana en la cocina. Su padre esperaba el postre sentado a la mesa. Trajeron las *tarrinas*.

—Mujer, no me digas que has preparado arroz con leche de postre, si ya me he comido un *platazo* de paella.

—Ay, Pablo, siempre te ha gustado el arroz con leche y yo entre semana no tengo tiempo para hacerlo. Si no lo quieres, te lo guardas para mañana, que haré hervido.

Irene percibió cómo su madre se ponía más nerviosa conforme hablaba. Sin embargo, su padre calló y engulló el arroz. Una vez que hubo terminado, como si hubiera estado cogiendo fuerzas durante la comida, apartó la *cazuelita* de barro, cruzó las manos y miró a las tres mujeres que componían su familia.

—¿Me queréis explicar qué es lo que está pasando en esta casa?

Una vez planteada la pregunta fue como si un agujero se hubiera abierto bajo los pies de las mujeres. El silencio se prolongó unos instantes espesos, grises.

—Ay, Pablo, ¿qué va a pasar? Que estamos todos un poco nerviosos con la boda. Solo eso.

Irene odiaba esa forma que tenía su madre de tapar los problemas, pretendiendo aparentar un hogar perfecto.

—No me cuentes historias, Mari Luz. —Se giró hacia su hija mayor—. Irene, ¿qué pasa, cariño? ¿Tienes algún problema con Miguel? Si es eso, si hay que

suspender la boda, al carajo todo, lo primero sois vosotras.

A Irene le sorprendieron las palabras de su padre. Nunca habría imaginado que él pudiera pensar que existían problemas en su relación. Y más le asombraba la facilidad con la que estaba dispuesto a aprobar la ruptura con Miguel. Tardó unos segundos en contestar y lo hizo balbuceando.

—No..., yo..., no, no tengo problemas con Miguel, estoy bien con él.

Su padre había adoptado el papel de policía en busca de pistas, mientras que ellas parecían conspiradoras de segunda clase. Elisa se anticipó al interrogatorio de su padre.

—Yo también estoy perfectamente. Lo que pasa es que ayer le dije cosas desagradables a Irene y ya sabes cómo es mamá, se pone enseguida nerviosa. —En este momento Elisa se volvió hacia su hermana—. Irene, siento mucho lo que pasó ayer, no debería haberte hablado así. Lo siento de verdad.

Irene indagó en los ojos de su hermana y comprendió que estaba a punto de llorar. Entonces se levantó y la abrazó muy fuerte.

Su padre las observó entre sorprendido y satisfecho porque sus labores investigadoras hubieran llegado a tan buen puerto. Sin embargo, su mujer no parecía tan contenta con el resultado; ella sospechaba que había algo más. Pero la cosa quedó ahí.

Continuaron recogiendo, mientras Pablo leía el periódico. Le gustaba hojearlo después de comer, con la tripa bien satisfecha. Se aflojó el cinturón del pantalón, esperando el café negro y bien cargado.

Irene se refugió en su habitación para descansar un poco, pero antes telefoneó a su novio.

—Hola, Miguel.

—Hola, ¿qué tal?

—Bien, supongo. ¿Cómo quedamos hoy? ¿Vas a venir a mi casa a cenar?

—Pues no sé, hoy se supone que toca en la mía, ayer ya estuvimos en la tuya.

A Irene no le agradaba ir a casa de su novio, la consideraba poco acogedora y se sentía fuera de lugar ante el tándem que formaban la madre posesiva y la hermana neurótica.

—Ya, pero tampoco tenemos que ir alternándonos siempre. Podemos ir donde queramos.

—Sí, pero es que yo quiero cenar en mi casa. —Su tono se suavizó—. Cuando terminemos, te llevo en coche a la tuya.

Irene demoró unos segundos la respuesta porque no quería resignarse a ceder. Pero se sintió obligada a hacerlo.

—De acuerdo, pero me vienes a buscar también.

Aurelio se despertó pasadas las siete de la tarde. Como era habitual, Trinidad yacía a su lado roncando atronadoramente. Tenía un fuerte dolor de cabeza y sabía que solo dos cosas se lo aliviarían: el alcohol o el sexo. Metió la mano entre las piernas de su novia, debajo de las bragas. Ella abrió los ojos rojos y lo miró con cara cansada.

—Déjame, *Napias*. ¿Qué hora es?

—Venga, Nena, lo de ayer fue una mierda. —Aurelio seguía acariciándola—. Venga, hoy tengo ganas de estar contigo. Tengo la polla como un cirio y dado que no hay ninguna Virgen por aquí a quien ponérselo, a lo mejor quieres ser tú la afortunada.

Trinidad se rió por la broma de su novio y se relajó. Poco a poco empezó a disfrutar con el tacto de sus dedos. Sacó un condón de los que repartían las voluntarias de la Cruz Roja y se lo dio. Aurelio se lo puso rápidamente y se montó sobre ella. El dolor de cabeza se había aplacado por completo. La besó en la boca. A pesar de que le faltaban numerosos dientes, a él le gustaba mucho. Era la única persona con la que podía compartir su vida y eso era muy importante. Sus cuerpos huesudos se unieron con cariño.

Cuando concluyeron, reposaron los dos boca arriba, cogidos de la mano. Al poco ella extrajo su kit de supervivencia e inició los preparativos de una nueva dosis. El bienestar provocado por el sexo ya había sido relegado y el habitual malestar pugnaba por ocupar su mente.

Aurelio permaneció tumbado y asió la botella de vino. Se refrescó el gaznate mientras pensaba en la Estrella Polar y en lo maravillosa que había brillado la noche anterior. Fue en la cárcel, atisbando entre los barrotes de la ventana, donde se dio cuenta por primera vez. Sucedió una noche parecida a la anterior, en que la Estrella centelleaba con una luz cautivadora. Aquel día en la cárcel, Aurelio estuvo contemplando el cielo más de una hora, recreándose con las historias de marinos a los que la Estrella había servido de guía. Se preguntó si sería capaz de recobrar el camino gracias a ella si algún día se perdiera. Pero entonces, sentado en el catre de la celda, lo asaltó una gran duda. ¿Cómo era posible que la Estrella Polar indicara siempre el Norte? Pugnó por dilucidar una explicación lógica, mas no fue capaz. Sus conocimientos de Astrología flaqueaban en demasía, aunque alcanzaban para hacerle pensar que aquello no tenía sentido. ¿Sería un timo lo de la Estrella Polar? ¿Cómo era posible? Si la Tierra giraba sobre sí misma y alrededor del Sol, si a su vez estaba inmersa en el Sistema Solar, que era una Galaxia que se movía a velocidades inimaginables, y la Estrella Polar formaba parte de otra Galaxia que también se movía y seguramente en direcciones distintas, ¿cómo era posible que siempre indicara el Norte de la Tierra y no variara su posición?

Aurelio escapó de sus lucubraciones cuando Trinidad se metió el chute y emitió un pequeño gemido. Se levantó mientras ella caía extasiada, con los ojos abiertos. Le

desagradaba verla así. Atajó un buen trecho de su botella de vino y partió a ganarse el pan empujando su carrito.

Se había enterado de que en el solar donde planeaban construir el Barrio Universitario habían aparecido los restos de una calzada romana. Quizás consiguiera agenciarse algo de valor si cavaba un poco. Quizás unas monedas, alguna joya o incluso alguna escultura. Los tesoros de este tipo se vendían bien y a buen precio y el domingo por la noche era un buen día para buscarlos sin que nadie le importunara.

Las cenas en casa de Miguel no eran muy ostentosas. Su madre pensaba que había que gastar poco, porque el que guarda un misto cuando puede, tiene fuego cuando quiere.

Llegaron un poco antes de las ocho de la tarde ya que, fuera invierno o verano, en casa de doña Reden esa era la hora de la cena. Miguel dejó las llaves en el platito de Lladró que decoraba la mesita isabelina de la entrada. Atravesaron al pasillo que recorría la casa como una serpiente larga y oscura, y desembocaron en el comedor. Allí se encontraba doña Reden, inclinada sobre la mesa camilla, bordando una mantelería. Su cuerpo estaba embutido en un vestido negro, como era habitual. Elevó la mirada, abandonó sus labores sobre la mesa y aguardó de pie a que Irene se acercara y le plantara un beso, cosa que hizo al momento.

La mesa ya estaba preparada. Llegara a la hora que llegara, siempre parecía que se hubiera retrasado. Por eso prefería que la recogiera Miguel, así si llegaban tarde no era solo culpa suya. Al poco, emergió de su cuarto la hermana de Miguel, con su habitual presencia desaliñada, y se situó al lado de su madre. Irene se aproximó y saludó a la hermana.

—Hola, Rosario.

Era una mujer joven. Había cumplido los treinta unos meses atrás, pero aparentaba cuarenta o cincuenta. Apenas se distinguía quién era la madre y quién la hija. Tenía, a diferencia de su madre, el pelo rubio muy claro y rizado, que mantenía atrapado en una coleta de la que escapaban algunos rizos rebeldes. Sus ojos eran azules, transparentes, y habrían sido preciosos de no ser por el ligero estrabismo que sufría. Por lo demás, la hija era un pálido reflejo de la madre. Ambas compartían la misma figura rolliza y la misma nariz regordeta, que, por suerte, no había heredado Miguel.

Miguel se quedó huérfano cuando tenía seis años y su hermana ocho. Como su padre era militar, les quedó una paga decente que le evitó a su madre el infortunio de trabajar. Sin embargo, a ella le agradaba coser ajuares de novia, lo que ayudaba a la economía familiar. Los dos hermanos crecieron a la sombra de su padre. De hecho, la pared estaba presidida por la foto de su figura uniformada. Su madre lo hacía presente siempre que podía, y cuando de pequeños cometían alguna travesura, siempre les advertía de que su padre los observaba desde el cielo y estaba muy defraudado con ellos. Así, Miguel tenía un cierto temor hacia la figura de su padre, que le parecía lejana y severa.

La hermana de Miguel trajo los platos con huevos revueltos y ensalada de lechuga y tomate. A Irene no le caía demasiado bien la muchacha, pero no podía dejar de sentir cierta lástima por ella. La madre bendijo la mesa.

—¿Qué tal tu familia? —Le preguntó doña Reden.

—Bien, están todos bien en casa. —Irene respondió mecánicamente.

—Me alegro. Ah, por cierto, Miguel, ayer vi a tu tita Paquita en la iglesia y me dijo que a ver cuándo ibais a visitarla.

La tita Paquita era una mujer de unos setenta años que estaba peleada con el mundo porque pensaba que la gente nunca se comportaba con ella todo lo bien que debiera. Irene no pudo evitar un gesto de desagrado al imaginar otra tarde más atendiendo sus quejas en aquella salita sin ventilación. Menos mal que Miguel salió al paso.

—Mamá, ahora no podemos ir a verla. Estamos muy ocupados con la boda.

Se revelaba un poco inquieto, como siempre que osaba llevar la contraria a su madre. Pero fue su hermana quien contestó.

—Vaya, parece que se vayan a casar unos príncipes. No creo que organizar una boda sea tan costoso. Mi amiga Encarni se casó hace unos años y tampoco fue para tanto.

Doña Reden modeló un gesto de desagrado en la comisura de los labios.

—Tú no sabes lo que es organizar una boda y probablemente nunca lo sabrás. — Los ojos de su hija comenzaron a humedecerse y su estrabismo se acentuó—. Anda, ve a la cocina y trae más pan, que va a faltar. —Entonces se enfrentó a Miguel y a Irene—. Si estáis muy ocupados con la boda, no es necesario que vayáis a su casa. Yo hablaré con ella y le explicaré a la pobre mujer que su sobrino favorito y su futura esposa no tienen tiempo para ir a visitarla.

—Mamá, tampoco es eso.

—Sí, hijo, es eso y más. Tú no sabes lo importante que es la familia. Cuando tu padre murió lo pasamos muy mal en esta casa. Tú no te acuerdas porque procuré que vosotros no lo advirtierais. Pero si no llega a ser por mi familia... Ya sabes que por la de tu padre, nos hubiéramos muerto de hambre. Pero si no llega a ser por el apoyo de mi familia yo no habría sido capaz de sacar a mis dos hijos adelante.

Irene observaba cómo la técnica de doña Reden funcionaba perfectamente con su hijo.

—Bueno, mamá, ya veremos. A lo mejor el fin de semana que viene podemos sacar un momento.

—¿El sábado o el domingo?

—Pues, ¿tú qué dices, Irene?

—No sé, me da igual.

—Entonces mejor el sábado.

En los ojos de doña Reden resplandeció un brillo de satisfacción.

La cena prosiguió normalmente. La hermana de Miguel se levantó a por el frutero. Después del incidente con su madre, se mantuvo absorta el resto de la noche. Una vez terminada la cena, Irene se sintió mejor. Cada vez que iba a casa de su novio se encontraba inmersa en una prueba de la que no sabía si conseguiría salir bien parada.

Recorrieron con el coche la calle Real, la plaza de España y La Alameda. Había

mucha gente por las calles, ya que al menos por la noche refrescaba un poco. Miguel aparcó en doble fila, justo delante del portal de Irene, y accionó los intermitentes.

—Bueno, cariño —se despidió—, mañana te llamaré.

—Vale.

Se dieron un largo beso e Irene se apeó. Miguel aguardó a que entrara en el portal y después emprendió el regreso hacia su casa. Irene recorrió cansinamente las escaleras hacia la suya.

Ginés había perdido todo el domingo mirando la foto de su abuela. La explicación de su tía Rosell parecía la única posible; sin embargo, a él no acababa de convencerle.

Por eso, ese lunes se había levantado a las nueve, cosa que sorprendió mucho a su tía, para dirigirse al Museo Arqueológico. Era el primer día de septiembre y se percibió claramente en el aumento de tráfico. Condujo por la calle Ramón y Cajal, pasando cerca del formidable edificio que estaban levantando para el nuevo Corte Inglés.

Tuvo suerte, porque un aparcamiento lo esperaba cerca de la entrada del Museo Arqueológico. Se bajó del coche y recorrió el mismo camino de entrada que el sábado por la mañana habían hecho Luis e Ismael. Ginés sabía que el museo se había inaugurado en ese lugar en 1982, envolviendo el hallazgo de una *necrópolis tardorromana* que se encontró en 1967. Cuando cruzó la puerta se encontró con la celadora acomodada tras una mesa.

—Buenos días. —Lo saludó la mujer, sonriente.

Ginés era alto, sobre metro ochenta. Lucía el pelo moreno y corto, tocado hacia atrás. La nariz recta y larga era herencia familiar, al igual que los ojos grandes y verdes. Pero lo que más llamaba la atención de su fisonomía, eran los labios carnosos, que muchas mujeres no podían dejar de mirar. A aquella señora le pasó lo mismo. A pesar de que tendría unos sesenta años, se quedó helada admirando su boca.

—Buenos días. —Ginés percibía enseguida cuando le entraba por el ojo a alguien. Suponía que debido a su edad aquella mujer no sentiría ningún interés por él, pero había reparado en cómo lo miraba.

—Verá —Ginés se aproximó a la mesa y continuó susurrando—, soy periodista y me gustaría hacerle algunas preguntas en relación al robo del sábado pasado.

La mujer se mostró contenta al oír aquello. Por lo visto le agradaba ser la protagonista, reflejada su persona en los medios de comunicación.

—Sí, claro, pregunte lo que quiera.

—En realidad, más que sobre el robo, me gustaría informarme sobre el pendiente. ¿Sabría usted decirme de qué época es?

—Pues yo no soy ninguna experta en el tema, pero he tenido numerosas oportunidades de escuchar al director del Museo dando explicaciones al respecto. Por lo visto, la técnica de ornamentación utilizada en el pendiente tiene vigencia desde el 2000 a de C. hasta el S. III a. C. Según creo, era un procedimiento desarrollado en la orfebrería mediterránea.

—Vaya, veo que domina usted el tema. —La mujer sonrió satisfecha y él atajó—.

¿Cuándo se encontró el pendiente?

—Eso es fácil. Fue hallado en una excavación del anfiteatro romano, en septiembre de 1968.

—¿Sabe la fecha exacta? —Ginés estaba pensando en acudir después al archivo Municipal para rastrear alguna noticia relacionada con su descubrimiento.

—No, lo siento. Pero si va al archivo municipal no le será difícil encontrar la noticia. —Parecía que le hubiera leído el pensamiento—. Ahora lo tienen todo informatizado.

—Vaya, es bueno saberlo. Gracias. —Anotó algunas cosas en su libreta y tras meditar un momento continuó—. ¿Cree que pudieran existir reproducciones del pendiente?

—Sí, seguro. Como ya le dije a un compañero tuyo la misma Reina Sofía tiene un par de pendientes como este.

—Ya, pero, ¿cree que es posible que existan otros pendientes como este o que se hicieran réplicas anteriores a su descubrimiento?

—Ummm, estos pendientes eran joyas únicas creadas por un orfebre para alguna persona importante. Se han encontrado en España otros tesoros elaborados con la misma técnica, pero nada tan hermoso como el pendiente de Cartagena.

—Pero, habría otro pendiente igual que este, ¿no?

—Sí, efectivamente, los pendientes iban en parejas, pero si no apareció en la excavación, es improbable que la otra pieza haya llegado a nuestros días. ¡Piense que tiene más de dos mil años!

—Entiendo. —Lo que iba descubriendo desmontaba por completo la teoría de su tía Rosell e incrementaba cada vez más la curiosidad de Ginés—. Bueno, me ha sido usted de gran ayuda. Creo que iré a echar un vistazo en el Archivo Municipal. Muchas gracias por su tiempo.

—De nada. Como puedes ver, aquí tampoco tenemos mucho trabajo. —La mujer sonrió amablemente y Ginés se encaminó hacia la puerta.

Quince minutos después aparecía en el Archivo, situado en la planta baja de la Biblioteca Municipal. Se plantó delante de un ordenador, ante la mirada atenta del serio archivero, y echó un vistazo a los nombres de los periódicos. El Noticiero de Cartagena era el que parecía tener más números, así que entró en él y se fue al uno de septiembre de 1968. Las páginas estaban escaneadas en formato pdf y no había buscador, así que tendría que examinarlos uno a uno. Pero lo bueno era que cada periódico se componía tan solo de cuatro hojas, por lo que tampoco se convertiría en una tarea insoportable. Comenzó a pasar páginas ojeando los titulares. Algunos eran curiosos, como «Hallazgo de un Cadáver con Traje Doble». También los anuncios de la época le llamaban la atención «Restaurante Pepe Díez les ofrece un Cubierto Especial y Selecto a 125 ptas».

Cuando se sumergía en el día quince, comenzó a preguntarse si la noticia del hallazgo del pendiente habría aparecido en los periódicos. ¿De verdad sería tan

importante? Él había visitado varias veces el Museo Arqueológico y nunca había reparado en la joya antes del robo. Continuó examinando periódicos y llegó al día veinte. Por fin, en la cuarta página, justo en el centro de la parte superior y con grandes letras, encontró el artículo que buscaba:

El Pendiente de Oro del Anfiteatro Romano de Cartagena

El pasado día 14, a las once de la mañana, en el área del anfiteatro romano de Cartagena, donde un equipo del Instituto Central de Restauración de Obras de Arte y Arqueología, viene realizando un corte estratigráfico, apareció una joya de singulares características, acerca de la cual han remitido el correspondiente informe técnico al director de dicho equipo, señor Sánchez Meseguer, el delegado local de Excavaciones Arqueológicas de Cartagena, señor San Martín Moro, y el provincial de Murcia, señor Jorge Aragoneses.

La joya resulta ser un pendiente de oro en forma de disco con borde dentado y granate central, del que cuelgan cuatro cadenillas rematadas por otras tantas campanulas que quedan a derecha e izquierda –dos a dos– de una esferilla también suspendida. La altura total de las piezas es de 0,032 m. El diámetro del disco 0,014 m.

El estrato arqueológico en que fue hallada a juzgar por el material concurrente (fragmentos de cerámica de barniz rojo, ibérica pintada local, ibérica gris, de imitación campaniense, terra sigillata aratina, sedgalica e hispánica, lucernas republicanas, estucos romanos) y la morfología del nivel colindante (gravera) testimonian una situación de arrastre en un medio de rellenos artificiales, surgidos, seguramente, al construir el anfiteatro.

Desde un punto de vista técnico la nota más relevante es la decoración granulada

que esta joya ofrece. La técnica del gránulo de oro soldado a superficies lisas del mismo metal gozó de amplia vigencia en el mundo mediterráneo antiguo.

Surgida en Egipto y Asia Anterior casi simultáneamente hacia el año 2000 a. de JC. fue empleado después por los orfebres prehelénicos, púnicos y etruscos alcanzando durante los siglos VIII – VI a. de JC. el momento de máximo esplendor. En la Península Ibérica piezas de orfebrería tan importantes como la de La Aliseda (Cáceres) –s. II –VI a. de JC.–, El Carambolo (Sevilla) –s. VI a. de JC.–, Cortijo de Evora en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz) –s. VI – V a. de JC.– y Santiago de la Espada (Jaén) –s. III a. de JC.–, la poseen.

Tipológicamente el pendiente descubierto puede estar en relación con originales helenísticos en los que la anforilla colgante como signo talismánico estuvo de moda.

La calidad técnica modelo, proporción y belleza general del pendiente inclinan por el momento a considerarla más como obra de importación que como producto de un taller local.

La presencia de esta pieza en la zona puede estar justificada por la existencia de un yacimiento ibérico del que se conservan testigos importantes entre los que cuentan un grupo de once ánforas de las llamadas de <<obús>> recuperadas en el período de trabajo precedente.

Ginés retiró una copia en papel del artículo, le abonó por ella al archivero y se marchó. Mientras conducía su mente trabajaba a marchas forzadas para encontrar una explicación. Todo aquello era insólito. ¿Cómo era posible que su abuela poseyera una copia de un pendiente que aún no se había encontrado?

La mañana había transcurrido con tranquilidad. Algunos educadores, de vuelta de vacaciones y con sus fotos en la mano, no habían parado de parlotear. María había salido de su despacho para hablar con los recién incorporados y dar las directrices de la semana al resto. Irene consiguió terminar algunos informes, que pudo eliminar de la pila de cosas pendientes que siempre se balanceaba sobre su mesa.

Después de comer el ambiente era más sosegado. Florián, uno de los educadores que había regresado de veraneo, se acercó a Irene.

—Hola, guapa. ¿Qué tal? ¿No te has arrepentido todavía de estar con tu novio?

—No, todavía no. —Consiguió arrancarle una sonrisa con la manida broma del eterno pretendiente.

—Bueno, entonces la boda sigue adelante, ¿no?

—Sí, ya queda poco. Y tú, ¿tienes ya el traje para venir?

—Yo en tu boda solo me pongo traje si es el de novio, si no, ni me molesto. Mira, por ahí viene tu pupilo preferido —anunció el educador señalando a Luis, que se aproximaba a ellos—. Bueno, te dejo. Me alegro de que sigas tan guapa como siempre.

—Hola. —Saludó Luis tímidamente.

—Hola, Luis. ¿Cómo está tu madre?

—Bien, bien, mucho mejor. Ya está en casa.

—Vaya, sí que ha sido rápida la recuperación.

—Bah, solo era un esguince, lo que pasa es que me asusté. Yo, si a mi madre le pasara algo,... no sé.

Irene tenía la sensación de que Luis estaba preocupado por algo y que toda aquella conversación no era más que un trámite por el que tenía que pasar. Pero continuó hablando como si tal cosa, su olfato para calar a la gente nunca había sido demasiado fino.

—¿Y qué tal el trabajo?

—Bien, bien. Don Eliseo es un tío de puta madre. Muy majo.

—Me alegro, él también está muy contento contigo.

—Ya, claro, como que le saco mucho trabajo *pa'lante*. Puedo servir ya cinco platos de vez. Y me dejan una de propina... Soy bueno, te lo aseguro. Soy el mejor camarero de *Los Techos Bajos*.

—Tampoco estaría mal un poco de modestia, ¿eh?

—Ya, sí, claro. —No lo dijo muy convencido.

—¿Hoy estabas en turno de mañana?

—Sí, por eso me he *veníó* con la Susana al taller de manualidades. He hecho un cenicero de arcilla que me va a venir de cojones para el regalo de cumpleaños de mi vieja.

—No hables así.

—Bueno, total —continuó Luis—, que con esto me soluciono la papeleta del regalo, porque el cabrón del Eliseo me paga cuatro duros.

—Quizás deberías hablar de las personas con más respeto, Luis. No cobras mucho pero acabas de empezar.

—Sí, supongo que tienes razón. Además, yo sé que a ella le va a hacer mucha ilusión el rollo ese de que lo haya hecho yo. Le gusta que venga a los talleres y remede cosas. Le va a encantar, porque mi madre echa más humo que el *Renol 4* de mi abuelo. —El muchacho parecía muy contento y muy ilusionado por haber sido capaz de fabricar él mismo el regalo. Irene lo percibía en su cara y en su forma de hablar.

—Bueno, ¿y cuándo es su cumpleaños?

—Pues aún falta una semana. Lo que pasa, que no sé qué hacer. Si me lo llevo para casa seguro que me lo pilla. Mi madre lo mira todo, todavía se piensa que me drogo.

—Si quieres te lo guardo yo y el día de su cumpleaños te lo llevas. Así no podrá descubrirlo.

—Bueno —el muchacho sonrió de nuevo e Irene se perdió en su extraña mirada multicolor—. Muchas gracias, Irene. De ti sé que me puedo fiar.

—Pues no tardes mucho o a lo mejor me lo llevo para mi casa.

Los dos rieron y Luis sacó un trozo de periódico arrugado. Al abrirlo apareció el cenicero de barro. Era pesado, con forma ovalada. Luis había dibujado pequeños peces en los laterales con buen pulso y cierta gracia. Al verlo Irene pensó que después de todo no le habría importado llevárselo a su casa.

—Vaya, Luis, es precioso. Pero el barro no está cocido.

—Ya, es que eso forma parte del regalo.

—Bueno, pero así se va a estropear enseguida. Si quieres, te lo pongo yo en el horno.

—No, no, qué va, no hagas eso. Es que le voy a decir a mi madre que cuando el cenicero se rompa ella tiene que dejar de fumar, porque así le va a dar un cáncer y se va a ir al otro barrio.

—Ah, vale. Me parece una idea excelente. Pues no te preocupes que yo te lo guardo.

—Muchas gracias, Irene, eres la mejor.

Y se fue con su pose de hombre seguro, consciente de que Irene lo examinaba mientras se alejaba.

«No deja de ser un crío», pensó ella con ternura.

Luis e Ismael abandonaron la Asociación sobre las siete de la tarde. La moto los aguardaba en la puerta, ansiosa por hacer rugir su motor de doscientos cincuenta centímetros cúbicos.

—¿Dónde vamos? —Preguntó Luis a su colega.

—Vamos a pillar *farlopa* —Ismael sacó un plástico vacío del bolsillo—, que ya no me queda.

Luis atrapó su pelo rizado en una coleta y saltó sobre la moto. Su amigo subió detrás.

—Bueno —continuó Luis, mientras arrancaba—, pero vamos fuera del barrio, que no quiero que mi vieja se entere.

—La ostia, macho, qué *pesao* estás con tu vieja. Bueno, podemos ir a ver al *Dromedario*. Pero no llevo *guita*. ¿Te queda algo?

—Pues no. Da igual, que nos fíe el cabrón y ya le pagamos después de la venta del pendiente.

La moto casi despegó del suelo cuando Luis apretó el acelerador. Se alejaron de Los Mateos bajando por San Diego hasta la calle de las Beatas. Aparcaron la moto en un solar destartalado y se dirigieron hacia la calle Villalba Larga con paso altanero. Los edificios decrepitos velaban las calles estrechas y demacradas. Niños marroquíes jugaban a la pelota y grupos de hombres parloteaban en su idioma, de lo que Luis no entendía ni papa. Los moros no le gustaban mucho, pero tampoco tenía inconveniente en tratar con ellos si los necesitaba para algo, como era el caso. Hacía ya varios años que los marroquíes controlaban la zona de la plaza del Lago y era uno de los sitios más asequibles para pillar. Encontraron la puerta de la calle abierta, así que ganaron el primer piso e Ismael castigó la puerta con una patada.

—¿Quién coño es? —Preguntó desde dentro el *Dromedario*.

—Soy Ismael, abre, mamón, que venimos a pillar.

La puerta se desencajó con un crujido y el marroquí barrigón los examinó con mala cara.

—A ver si tú tenga cuidado cuando llama. ¿O es que tú quiera tirar la puerta?

—Venga, queremos *farlopa*, macho. —Ismael se acercó a él y le echó el brazo por el hombro. Luis se mantenía al margen, reservado—. Déjate de broncas y saca la papela.

El *Dromedario* se aproximó a la cómoda grasienta y extrajo una pequeña bolsa de plástico. Ismael se la arrancó de la mano antes de que el marroquí pudiera reaccionar.

—Trae *p'acá*. —Gritó y esparció un poco en la mesa empezando a moldear dos rayas. El *Dromedario* lo abordó por detrás, descargándole un puñetazo en las costillas.

—Antes tú paga, cabrón.

Ismael lo miró con la cara contorsionada. Se dio la vuelta y se le encaró.

—Pero, ¿qué coño te pasa, tío? ¿Es que no hay confianza? —Y le pegó un empujón. Luis se mantenía junto a la cómoda, observando sin intervenir. El Dromedario sacó una pistola y le apuntó a Ismael a la cabeza.

—¿Tú qué crea que es esto, pedazo mierda? ¿Tú crea que es un juego? Si tú quiera droga, tú paga primero o te salta los sesos. —Se señalaba la cabeza furioso mientras hablaba.

Luis avanzó desde la cómoda y antes de que el Dromedario se percatase de lo que sucedía le atravesó la sien con una navaja de mariposa. Cuando extrajo la hoja de la cabeza, la sangre manó a presión, salpicándolo todo. Ismael brincó hacia atrás para no mancharse.

—Pero, ¿qué haces, tío?

—Ya estoy hasta los huevos de este hijo puta. Busca la *guita* y las *papelás* y vámonos cagando leches.

Luis se arrodilló y recogió la pistola de la mano inerte del Dromedario. Se la cedió a Ismael para que la guardara.

—Joder, macho, me has *pillao* por sorpresa, ¿sabes? No esperaba que te lo fueras a cargar. —La voz le temblaba ligeramente—. Habrá que tener *cuidao* de no dejar rastro o nos podemos meter en un *tinglao* con la pasma. —Ismael registraba la cómoda de donde había retirado cuantiosos paquetes de droga, de distintos tipos—. Joder, macho, esto es el paraíso. Tiene *costo*, *tripis*, *farlopa*, *caballo*... lo que quieras. Y todo a un módico precio, ¿eh, Dromedario? Hoy nos lo vas a poner *baratico*.

—Venga, coño, déjate de tonterías y registra la habitación.

Ismael corrió a la puerta del fondo. Tan solo había un armario y una cama. Luis lo escoltó. Entre los dos registraron el armario sin obtener resultados. Luis rajó el colchón de la cama con su navaja y se relamió al ver cómo empezaban a brotar los billetes.

—¡Bingo!

Se lo guardaron en los bolsillos, contando por lo menos tres mil euros.

—Hoy es nuestro día de suerte —rió Ismael, deleitado con el tacto del dinero.

—Sí, no ha estado mal. Con esto y lo que saquemos de la venta del pendiente tenemos para ir tirando por un tiempo.

—Sí, macho, si queremos hasta nos podemos tomar unos cuantos meses *espatarraos*. Tenemos *guita* y mucha droga, ¿qué más queremos? Me emociono de solo pensarlo.

—Bueno —replicó Luis estudiando la cara de su amigo—, cuando vendamos el pendiente, yo por lo menos pienso desaparecer de la ciudad. Ya estoy hasta los huevos de esta mierda. Me voy a Madrid.

—Pero, ¿qué dices tío, ahora que empezamos a ser los reyes del cotarro?

—Por eso mismo. Aquí empezamos a estar metidos en demasiada mierda. Y no quiero que mi madre se entere de *ná*. Si un día aparezco muerto prefiero que sea lejos de aquí.

—Joder, macho, qué filosófico estás. Déjate de gilipolleces. ¿Por qué vas a aparecer fiambre?

—Bueno, nunca se sabe lo que puede pasar. En Madrid conozco a un tío que me ha ofrecido varias veces un trabajo. Creo que lo voy a coger. Se dedican al tema del alunizaje. Es un trabajo fácil, seguro y rápido. Se están forrando. Si quieres te puedes venir conmigo. Seguro que les hace falta más gente.

—Joder, yo no quiero irme, Luís, cojones. Pero... si tú te vas... me voy contigo, macho. Si no te iba a echar mucho en falta, ¿sabes? Eres mi mejor amigo.

—Ya lo sé —sonrió Luis, contemplando la cara afligida de Ismael—. ¿Te estás poniendo *sensitivo*?

—¿*Sensitivo* yo? Vete a tomar por culo, macho. Venga vámonos que esta casa huele a chorizo *podrío*.

Abandonaron la habitación y rodearon el cadáver del Dromedario, inmerso ya en un gran charco de sangre.

—Adiós, Dromedario —se burló Ismael mientras salían—, y gracias por tu generalidad.

—¿Generalidad? —Preguntó Luis, mientras bajaban las escaleras—. ¿Qué coño es eso de «tu generalidad»?

—Pues, eso, macho, por dejarnos la droga a buen precio.

Luis sonrió mientras surgían a la calle en silencio, y arrancaban el paso en dirección al solar donde los esperaba la moto. En la plaza Roldán vieron a un vagabundo, con un carrito aparcado a su lado, que registraba el interior de un contenedor. Cuando pasaban junto a él, el vagabundo desenterró la cabeza y los miró con curiosidad. Tenía el pelo negro, muy corto y enredado, pero a Luis sobre todo le llamó la atención su enorme nariz. Era una trompa aguileña, con la punta curvada hacia dentro, y se desplazaba como si tuviera vida propia cuando el hombre movía la boca. Luis pensó que debía de ser una persona malvada, pues el castigo que soportaba era de los peores que había conocido: alguien con semejante nariz, condenado a arrastrarse por los contenedores de basura. ¿Cómo podría soportar el olor? ¿Acaso existiría un castigo peor?

—¿Cuándo vas a llamar al cabrón del pendiente? —Le consultó Ismael mientras saltaba sobre la grupa de la moto.

—Mañana. Si queremos pedirle más *guita* hay que dejar un poco de tiempo para que se ponga nervioso.

—Joder, macho. Siempre estás en *tó*.

Luis sonreía mientras giraba el acelerador. Por fin se acercaba su momento. Con la venta del pendiente, tendría suficiente para dispensar a su madre algo de dinero y desaparecer de su vida para siempre. Por fin podría emigrar a Madrid, la capital, e integrarse en una banda de verdad, con la que ganaría mucho dinero. Desde allí continuaría enviándole pasta a su madre, sin necesidad de que ella supiera a qué se estaba dedicando. Porque, por supuesto, ella creería que había encontrado un trabajo

decente.

Cuando Ginés abandonó el Archivo Municipal, se encaminó a visitar a su mejor amigo. Esteban se había casado hacía un año y vivía en la calle Jiménez de la Espada, cerca del cruce con Príncipe de Asturias, en un edificio relativamente nuevo. Aunque el piso no era muy grande, había conseguido persuadir a su mujer para apropiarse de una habitación y colmarla de estanterías y expositores donde exhibir su particular colección de la Segunda Guerra Mundial. Esteban regentaba un bar muy cerca de su casa y allí era donde empleaba la mayor parte del día. Ginés le contó lo que le había sucedido con el pendiente de su abuela. A Esteban se le antojó muy curioso y, como era ya la hora, lo invitó a que se quedara a comer. Ginés aceptó y perdieron parte de la tarde bebiendo cervezas y hablando del tema, sin encontrar esclarecimiento.

Eran más de las seis de la tarde cuando Ginés volvió a su casa.

—¡Ya estoy aquí! —Gritó nada más entrar.

Nadie contestó. Se tambaleó por el pasillo hasta la salita de estar y allí encontró a su tía Carmen, acompañada por un programa del corazón y sus labores de ganchillo.

—Buenas tardes, Carmen. ¿Dónde está la tía?

—Ah, hola, hijo. No te había oído llegar. Cada día estoy más sorda. —Sin embargo, el volumen de la tele era bajo y Ginés sabía perfectamente que su tía no se perdía detalle—. Rosell ha salido a comprar. Dijo que no tardaría mucho.

Se marchó a su habitación, cogió el libro de *Las Mil y una Noches* y regresó a la salita para desplomarse en el sofá, dispuesto a vivir aventuras muy diferentes a su vida cotidiana. Sin embargo, aquel día no llegaba a sumirse del todo en la historia. Sus pensamientos volaban con demasiada facilidad a la realidad y cada poco tiempo se veía obligado a dejar de leer para persistir mirando la foto de su abuela y el enigmático pendiente que pendía del lóbulo de su oreja.

Su tía Rosell apareció después de las ocho, cuando Soledad ya tenía la cena preparada.

—Siento llegar tarde —se disculpó—, pero es que había mucha gente en la tienda. Mirad qué zapatos me he comprado.

—Son muy bonitos —la aduló Carmen, sin ni siquiera mirarlos—. Pero vamos a cenar, que empiezo a estar un poco mareada.

Ginés sabía que su tía Rosell acostumbraba a quedar con sus amigas para ir al bingo algunas tardes. Era una de las pocas salidas que hacía y siempre se veía obligada a ingeniar alguna excusa, pues Carmen nunca lo habría aprobado.

Mientras su tía guardaba las compras en su cuarto y se aseaba las manos, Ginés preparó la mesa para la cena. Aunque estaba Soledad para hacer este trabajo a él le gustaba ayudarla en algunas cosas y bromear con ella. Era una mujer mayor, pero muy vivaracha.

El magnífico comedor de que disponía la casa estaba reservado para ocasiones especiales, sobre todo para cenas o comidas con invitados, cosa que rara vez sucedía.

Por eso, normalmente cenaban en la mesa de camilla de la salita, donde ya los aguardaban los platos perfectamente ordenados. Soledad sirvió de primero una sopa de marisco.

—Hoy he ido al Museo Arqueológico —Ginés rompió el silencio tras la primera cucharada y estudió la cara de sus tías—, y después al Archivo Municipal. He estado investigando un poco sobre el pendiente que robaron.

—Vaya, qué interesante. —Su tía Rosell se mostraba intrigada con el tema—. ¿Y qué has descubierto?

—Pues, no mucho, la verdad. Pero sí lo suficiente como para saber que es una pieza única. Se han encontrado joyas confeccionadas con la misma técnica, pero ninguna igual a este pendiente.

—Entonces, debe de ser muy valioso, ¿no? —Indagó Rosell. Su tía Carmen sorbía la sopa en silencio y de vez en cuando levantaba la cabeza para mirarlos—. Si es una joya única, supongo que lo venderán caro los ladrones.

—Supongo que sí, pero eso no es lo que a mí me interesa. Lo realmente inquietante es que si el pendiente se encontró en 1968, ¿cómo podía mi abuela tener uno igual en 1935? Eso es lo que no consigo entender.

—¡Uy, hijo, qué cosa tan complicada! —Exclamó su tía Rosell—. Eso se lo tendrás que preguntar a algún experto en esos temas. —Sorbí una nueva cucharada, desviando la mirada—. Ummm, la sopa está excelente. Soledad se supera cada día.

—Bueno, pero vosotras sabréis algo del pendiente de la abuela, sale en algunas fotos.

—Pues, no sé, Ginés. Yo no sé... —Su tía se manifestaba incómoda, sin saber por dónde continuar.

—¿No sabes qué, tía?

—¿Quieres olvidarte ya de eso? —Esta vez fue Carmen la que gritó. Ginés observó su cara enojada—. Me siento mareada y me puede dar una crisis —exclamó mientras bajaba bruscamente la cabeza para seguir sorbiendo la sopa.

—Vamos, Ginés, no te pongas pesado otra vez con el mismo tema —intervino Rosell en tono conciliador. A Ginés le pareció captar una mirada de reproche dirigida a su hermana—. Lo del pendiente debe de ser una casualidad como ya te dije. Igual alguien tuvo una premonición, soñó con el descubrimiento del pendiente y entonces hizo copias antes de que se descubriera. No lo sé. Pero, tienes que entender que no nos gusta que hables así de tu abuela o que vayas investigando tonterías sobre ella, como si fuera un juego. Nosotras la tenemos aún muy presente. No te puedes imaginar lo que es perder a alguien por culpa del cáncer cuando está en la flor de la vida. Eulalia tenía solo diecinueve años cuando murió. Para nosotras fue muy duro y entiende que no nos guste tratar el tema.

—Pues no, no lo entiendo. ¿Quieres decir que preferís olvidarla a recordar cómo murió?

—No. Solo quiero decir que preferimos recordarla cuando estaba sana, cuando

aún disfrutaba de la vida, cuando era feliz. No ganamos nada recordando el sufrimiento de sus últimos años.

—Bueno, pero, ¿eso qué tiene que ver con el pendiente?

—¡Ella quiso que la enterráramos con el pendiente! —Bramó su tía Carmen—. ¿Es que no lo entiendes? Por eso nos recuerda su muerte y su agonía. Deja a tu abuela descansar en paz.

Rosell la escudriñó, estupefacta.

—Pero... —Ginés quería más información, pero Carmen lo atajó antes de que pudiera preguntar nada.

—El pendiente se lo había regalado tu abuelo. Era lo único que le quedaba de él antes de que la abandonara. Ella seguía muy enamorada, a pesar de que el muy bastardo se marchó cuando se enteró de que estaba embarazada. Su último deseo fue que la enterráramos con el pendiente.

—Está bien. —Ginés hundió la cabeza en el plato de sopa y comió sin levantar la vista—. Siento si os he hecho recordar cosas desagradables, no era esa mi intención. Solo quería... Bueno... Era bastante raro todo este asunto y lo sigue siendo, la verdad. Pero no era mi intención que lo paséis mal.

—No te preocupes. —Rosell le acarició el pelo negro y Ginés alzó la cabeza para mirarla—. Sabemos que no lo has hecho con mala intención.

Soledad había permanecido en la cocina durante toda la discusión. Ahora que se había mitigado, trajo una fuente con pechuga a la plancha y patatas hervidas. Ginés retiró los platos sucios mientras ella servía, ante la mirada de aprobación de su tía Carmen.

Concluyeron de cenar sin hablar más del tema. Ginés les dio las buenas noches y se dirigió a su habitación. Se desplomó en la cama y abrazó el libro de *Las Mil y Una Noches*.

Lamentaba haber provocado aquella discusión familiar. Sabía que sus tías eran mujeres mayores y delicadas, las únicas que lo habían querido siempre, aunque cada una a su manera. Y Ginés compartía lo duro que era ser privado de un ser querido y sabía que a veces lo mejor era relegar los recuerdos dolorosos.

Había perdido a sus padres cuando solo tenía siete años. Su padre murió en un accidente, arrollado en la calle por un coche. Recordaba verlo en el hospital en coma, con miles de tubos emergiendo de todos sitios. En aquel momento no entendió realmente lo que sucedía y, cuando murió, solo sintió vacío y miedo, pero no dolor. Al poco tiempo, su madre lo abandonó. Lo confió un día a sus tías, y nunca más volvió. Ellas denunciaron la desaparición a la policía, mas no volvieron a saber de ella. Él se sintió más vacío.

Durante un tiempo le explicaron que sus padres habían tenido que irse de viaje. En el fondo, él sabía que no era cierto, que sus padres no iban a volver, aunque aceptó aquel engaño como una burla al dolor.

El tiempo pasó y fue un día de primavera de sus catorce años cuando, de repente,

como una revelación, se hizo consciente de lo que había sucedido. En ese momento lloró todo lo que no se había desahogado antes y sufrió un dolor sordo y profundo en el pecho. Durante varios meses se fue despojando de todos los reproches, toda la ira, todas las lágrimas que tenía dentro, y al fin quedó en paz consigo mismo.

Así que Ginés entendía lo duro que es perder a una persona querida. Y podía intuir cómo se sentían sus tías ante un tema tan delicado. Quizás hubiera metido la pata, pero él tampoco conocía la historia del pendiente porque nadie se la había contado.

Continuó reflexionando un buen rato sobre lo que había ocurrido y solo conseguía sentirse cada vez peor. Sin embargo, como un manojito de mala hierba que por más que se fumigue siempre rebrota, floreció de nuevo la duda. Sus tías le habían justificado por qué les incomodaba hablar del pendiente, pero no le habían explicado lo que él realmente quería saber. ¿Cómo era posible que su abuela tuviera una copia del pendiente antes de que lo encontraran? Quizás fuera verdad que no lo sabían, pero tal vez estuvieran tratando de ocultar algo. De hecho, la contestación airada de su tía Carmen se podría calificar de muy sospechosa. Normalmente no participaba en las conversaciones y era extraño que hubiera replicado de aquella manera. Claro que el hecho de que le viniera a la memoria la dolorosa muerte de su hermana podría justificar aquella reacción. Con todo, si sabían que el pendiente se lo había regalado su abuelo antes de abandonarla, ¿cómo era posible que no supieran de dónde había salido? ¿Nunca habían hablado con ella sobre el pendiente? ¿Y por qué habían mostrado tan poco interés el domingo pasado cuando se publicó la noticia en el periódico y Ginés se la mostró? ¿Era solo porque les recordaba la muerte de su hermana o quizás estaban encubriendo algo?

Tras estas preguntas la realidad se mostraba insólita y misteriosa. Era posible que sus tías no le estuvieran ocultando nada, aunque sospechaba que no era así. Pero, ¿por qué habrían de mentir? ¿Qué misterio se podía silenciar tras aquella joya de la antigüedad? ¿Qué tenía que ver su abuela con todo aquello?

Ginés no lo sabía, mas estaba dispuesto a averiguarlo. Por ahora no volvería a tocar el tema con sus tías, por lo menos hasta descubrir algo más. Ahora bien, ¿por dónde podría empezar? ¿Cómo podría discernir si sus tías decían la verdad o no?

Ginés se giró en la cama nervioso.

Sus pensamientos se convirtieron en un torbellino de imágenes que viajaban desde todos los rincones de su mente.

Cerró los ojos e intentó dominar sus ideas.

¿Cómo podría saber si sus tías mentían?

Tendría que empezar comprobando si era verdad lo poco que le habían dicho.

¿Y qué era lo poco que le habían dicho?

(Por fin la mente de Ginés se abrió y vio claro el camino a seguir).

Que su abuela había muerto de cáncer de páncreas.

Cuando Irene volvió del trabajo por la tarde, se encontró la casa vacía. Su madre debía de estar charlando un rato en casa de Salvadora, su amiga del quinto piso. Su padre hacía horas extra en el trabajo para entregar a tiempo el pedido de unas piezas para una fragata; y su hermana, como siempre, se hallaba desaparecida.

Estaba agotada, así que se adentró en la cocina y se apropió de un vaso gigante de leche merengada. Después se encaminó al salón. Le agradaba tener la casa a su completa disposición. Se descalzó y plantó los pies desnudos y algo sudados sobre el sofá, regocijándose en la libertad que sentía al poder actuar a su antojo sin que su madre pusiera el grito en el cielo. Cogió el mando de la tele (protegido por su madre con una funda de ganchillo) y presionó el botón verde de encendido. Las imágenes se hicieron de rogar unos segundos, pero finalmente, la pantalla se colmó de luz y colorido. Mostró a una señora de su casa que gimoteaba porque había sido una mala esposa. La presentadora la acribillaba con las preguntas más apropiadas para avivar el suplicio sin parecer una mete-cizañas, todo ello, claro, asesorada a través del pinganillo por quién sabe qué psicólogo o psicóloga de buenos oficios.

Irene bebió un trago la leche. Su amiga Clara había afirmado en una ocasión que aquellos programas eran para personas que buscaban la emoción que no encontraban en sus vidas. Así, desde una existencia anodina se podía participar en el reencuentro de una madre con su hijo después de muchas vicisitudes o asistir a una declaración de amor con anillo y ramo de flores incluidos. «Puede ser que Clara tenga razón», pensó, «pero también se buscan emociones en las novelas o en las películas».

Irene dejó la televisión encendida para no sentirse sola en casa y se encaminó a la cocina, donde relegó el vaso al fregadero. Después se dirigió al cuarto de baño para asearse un poco, pues Miguel no tardaría en llegar. Se cepilló los dientes y se lavó la cara, se arregló el pelo y se roció con colonia de la que él le había regalado en su cumpleaños. Volvió al salón. Estaba pensando en llamar a Clara para hacer tiempo cuando sonó el timbre de la puerta. Era Miguel.

Se saludaron con un breve beso en los labios y se dirigieron a la habitación de Irene. Se tumbaron en la cama boca arriba comentando simplemente cómo había ido el día. Nunca sucedían grandes novedades en el trabajo, pero empezaban a utilizarlo como un tema recurrente de conversación. Mientras Irene parloteaba sobre los nuevos proyectos que iban a presentar, Miguel se acercó a ella y comenzó a acariciarle el pelo y la cara, para después bajar poco a poco la mano.

—Miguel, para.

—¿Por qué? Si no pasa nada. Tus padres no están.

—Ya, pero me siento incómoda. Y además pueden venir en cualquier momento. Después de lo que pasó el sábado, no me apetece.

Miguel quitó la mano bruscamente.

—Qué más da lo que diga tu hermana, tú tienes que hacer lo que te parezca.

—Ya, lo dices tú.

—Ya estamos otra vez.

—Pues sí, porque me exiges cosas que tú no haces. ¿Por qué no me metes mano en casa de tu madre, allí en el salón bajo el crucifijo y la foto del rey?

—Mi madre no tiene foto del rey.

—Me da igual, ya me entiendes.

—No, no te entiendo, ¿por qué siempre la tienes que tomar con mi familia? Es lo único que tengo. Tú no sabes lo que es perder a un padre.

En ese momento se oyó la puerta de la entrada, su madre había regresado. Irene dio un brinco de la cama al oír el ruido y abrió de par en par la puerta de la habitación. Miguel se incorporó lentamente y salió, al tiempo que su suegra hacía acto de aparición en el pasillo.

—Hola, Mari Luz. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. —Se mostraba muy seria—. ¿Cómo ha ido el trabajo?

—Bien.

—¿Te quedas a cenar?

—No, creo que me voy a ir ya. Estoy un poco cansado.

La madre de Irene parecía algo decepcionada ante la respuesta de Miguel, pero no dijo nada, mientras su hija lo acompañaba hasta la puerta.

Al rato estaban las dos en la cocina preparando la cena para el resto de la familia. Entre el olor a laurel de la sopa y el orégano de las *pizzas*, la madre de Irene se encontró inspirada para hablar con su hija, intentando ser tan sutil como el toque de aceite de soja que acostumbraba a poner en la ensalada.

—Hija, ¿va todo bien con Miguel?

—Sí, mamá, todo correcto —repuso secamente.

—No sé, parece un poco áspera con él. A los hombres hay que tratarlos con mucha mano izquierda y con mucho mimo. Son como chiquillos, les tienes que dar una de cal y otra de arena.

—Mamá, déjalo ya. No me apetece hablar de eso ahora.

—Bueno, yo solo lo digo por tu bien, ya sabes que más sabe el Diablo por viejo que por Diablo.

—Que sí, anda, pásame el tomate.

Su madre obedeció, pero no se quedó tranquila. Sin embargo, se mordió la lengua y continuó cocinando apesadumbrada.

A las nueve en punto estaban todos cenando. Su padre apareció a mesa puesta, igual que su hermana. Irene sabía que su madre estaba muy tensa, pues no le gustaba que su hija pequeña llegara a aquellas horas y no colaborara en los quehaceres. Pero no quería que su marido la emprendiera de nuevo con que en aquella casa todo el mundo hacía lo que le daba la gana. Su madre siempre intentaba evitar los conflictos excepto cuando los provocaba ella misma. Esa noche lo consiguió, en parte debido al cansancio de su marido. La cena transcurrió tranquila y cuando terminaron, Irene se

encerró en su habitación, dejando que su madre y su hermana desempeñaran el trabajo.

Se desnudó y se tumbó boca arriba, tentando al sueño. Su mente se encontraba colapsada de pensamientos y sentimientos.

¿Pasarían por lo mismo todas las mujeres antes de casarse?

Cuando por fin el sueño vino a visitarla, lo hizo en forma de horribles pesadillas.

22

Ginés se levantó a las ocho. Después de ducharse se preparó el desayuno y se acercó a la salita para tomárselo. Allí estaban sus tías, haciendo ganchillo. Carmen continuaba tejiendo una colcha que había empezado meses atrás y que algún día colocaría sobre su cama. La luz del sol penetraba tímidamente por la ventana que daba al patio de luces.

—Vaya, ¿dónde vas a estas horas? —Lo interrogó Rosell sonriendo. Era evidente que le agradaba verlo atareado.

—Voy a ir a la biblioteca —mintió Ginés—. Quiero buscar información sobre la Edad Media para un relato que estoy pensando.

—¿Has vuelto a escribir?

—Bueno, por ahora solo me estoy informando. —Ginés apuró el vaso de leche y el trozo de bizcocho y mientras se levantaba continuó—. Si consigo encontrar una buena historia, a lo mejor sí.

—Eso está bien. A ver si algún día tenemos un escritor famoso en casa.

—Sí, seguro. Um, este bizcocho de Soledad está delicioso.

Le dio un beso en la frente a su tía y se dirigió a la cocina, para dejar el vaso vacío en el fregador.

Cogió su cartera y las llaves que tenía en el recibidor y se detuvo para observar el árbol genealógico familiar. Lo había mandado hacer el padre de sus tías, su bisabuelo Ginés. Tenía forma de árbol con ramas entrelazadas, en cuyas hojas aparecían los nombres de los antepasados y, con algunos, las fechas de nacimiento y defunción. En las ramas superiores se veían las tres últimas hojitas con los nombres de sus tías y su abuela. En ellas solo figuraba la fecha de nacimiento. Sintió una punzada en el estómago al pensar que cuando el árbol se dibujó su abuela aún vivía.

Abandonó el piso y se encaminó hacia el Paseo de Alfonso XIII. A esas horas de la mañana la temperatura era aún agradable, por lo que la caminata le sentó bien. Bajó por la calle de Ángel Bruna y se detuvo ante un austero edificio blanco, en cuya puerta ya había dos personas esperando. Allí se emplazaban los juzgados.

—¿Están en la cola? —Preguntó Ginés y un hombre trajeado asintió.

Se puso detrás y esperó. Eran las nueve menos veinte, por lo que aún quedaba un rato para que abrieran. Poco a poco fue llegando más gente y a las nueve la cola casi llegaba a la esquina del edificio. Entraron. Lo obligaron a sacar todo lo que llevaba en los bolsillos (llaves, teléfono móvil, etc.) para atravesar un detector de metales, y se encontró ante un mostrador. El hombre que había al otro lado se dirigió a él.

—¿Qué desea?

—Quería pedir un certificado de defunción.

El hombre se acercó a una máquina que había en el pasillo, apretó unos botones y le entregó a Ginés un *ticket*.

—Espere a que le llamen por una ventanilla —le dijo y volvió a su sitio.

No tardaron mucho en hacerlo, pues eran tres las ventanillas desde las que despachaban y él era el tercero. Su número brilló en la pantalla y se acercó. Al otro lado había una mujer con cara de pocos amigos.

—Quería pedir un certificado de defunción.

—¿Falleció en Cartagena?

—Sí.

—¿Tiene la fecha de la muerte? —Demandó la mujer secamente.

—Pues, murió en el treinta y cinco, y le puedo dar el nombre.

—Verá usted. Aquí tenemos cientos de certificados de defunciones cada año, los cuales se encuentran ordenados por fechas y encuadrados en diferentes volúmenes. ¿Cree que puedo abandonar mi puesto e iniciar una búsqueda manual, uno a uno, para encontrar el certificado que usted busca? Como muy bien podrá usted observar hay una gran cantidad de gente esperando a ser atendida.

—Verá —intervino Ginés amablemente y se acercó un poco más a ella, mirándola a los ojos—, es usted muy guapa y estoy seguro de que si quisiera también podría ser muy simpática. ¿No sería posible que yo entrara y consultara el libro de las defunciones del treinta y cinco para ver si encuentro la que busco? No creo que hoy nadie más venga a pedir una defunción de ese libro en concreto. Sería mucha casualidad.

La mujer lo miró a los ojos sin inmutarse.

—La única forma de que usted pudiera entrar en este espacio reservado y proceder a la consulta del archivo, sería depositando una instancia dirigida al Señor Juez, pidiéndole permiso para hacerlo y argumentando sus razones.

—¿Y me podría conceder el permiso hoy mismo? —Viendo que no había nada que hacer, Ginés se decidió por bromear, pero la mujer no lo entendió así.

—Seguramente, teniendo en cuenta la carga de trabajo a la que se hace frente en este juzgado, tardaría más de un mes en prestar atención a su solicitud. —Hizo una pausa—. Y lo más seguro es que la denegara.

—Bueno, entonces, ¿no hay nada que pueda hacer?

—Sí, por supuesto —la mujer abrió más los ojos—, como bien le he dicho puede traer la fecha exacta de la defunción.

Ginés se dio la vuelta para marcharse.

—Gracias. Le aseguro que volveré.

Y escuchó a su espalda cómo la mujer decía con voz mecánica:

—¡Siguiente!

Avanzó hacia la salida, pero se detuvo un momento. Se acercó a la máquina de donde habían sacado el *ticket* con el número para la cola y cogió otro. Viendo la

cantidad de gente que había, calculó que disponía de al menos un par de horas antes de que volviera a ser su turno.

Abandonó los juzgados y se encaminó a la calle del Carmen. Sacó el coche del *parking* y condujo rápidamente hacia Lo Campano. Este junto con Los Mateos eran los peores barrios de la ciudad, pero allí se situaba el cementerio municipal de Nuestra Señora de los Remedios.

Ginés llegó poco después de las nueve y media, detuvo el coche en la explanada acondicionada como aparcamiento, que estaba completamente vacía, y avanzó hacia la puerta de entrada. El año pasado Ginés había publicado un artículo sobre ese Cementerio en la revista Cartagena Nueva. Comenzaba con una introducción general donde indicaba que había sido en el S.XVIII, cuando los ilustrados se replantearon la idea del cementerio español. Así, en la Real Cédula de tres de abril de 1787, se prohibió enterrar dentro de las iglesias y construir cementerios en el interior de las ciudades. Sin embargo, fue ya en la segunda mitad del S.XIX cuando se construyeron en las afueras de las poblaciones la mayoría de los camposantos españoles. Y Cartagena no fue una excepción. Carlos Mancha fue el arquitecto artífice del trazado de la totalidad de los cementerios de la comarca. Este donde se encontraba Ginés era una cuadrícula, con una vía principal en el centro que conducía de la entrada a la Iglesia, erigida en un punto elevado, al que se accedía por unas escalinatas. Muchos pensaban que la iglesia también había sido obra de Mancha, pero fue en realidad Oliver quien la ejecutó. Se trataba de un edificio ecléctico con motivos procedentes del románico italiano y el *cuattrocento*, aliñados con unas gotas de *bizantinismo*.

Prosiguió caminando por el pasillo central. En aquel cementerio se exponía una gama de enterramientos muy variada que iba desde los humildes nichos y la fosa común a los grandes panteones arquitectónicos y sepulcros escultóricos. Observó los Panteones enormes e impresionantes que custodiaban ambos lados del pasillo. Procedían casi todos de finales del XIX y principios del XX. Muchos de ellos habían sido diseñados por Carlos Mancha y algunos, como el de Aguirre, por Beltrí.

Ginés se detuvo. Allí, a la izquierda del pasillo de entrada se encontraba el Panteón de su familia. Era un edículo que imitaba la forma de una iglesia de tres naves, con un pequeño campanario y un rosetón en la entrada. Bajo dicho rosetón rezaba la inscripción: «Familia Paleta». Estaba edificado en ladrillo y, aparte de lo mencionado, carecía totalmente de adornos. Era un panteón único y muy alejado de los estilos egipcio o neoclásico de sus vecinos.

Ginés abrió con su llave y entró en el interior. Era una estancia amplia, donde las tres naves estaban separadas por tres arcos pequeños de medio punto, a cada lado de la central. Frente a la puerta de acceso, al final de la nave central (que tenía unos cuatro metros de larga), se encontraba el altar presidido por la Virgen del Rosell. Debajo de esta descansaban varios jarrones con flores ya secas y cuatro cirios. Un sarcófago ocupaba la estrecha nave de la derecha y a su lado arrancaba la escalera que conducía a la cripta, cuyas dimensiones se traducían al exterior en el espacio

acotado por las rejas y los respiraderos. En la pared de la izquierda se exponían las lápidas con los nombres de las personas que allí estaban enterradas.

Ginés sintió un escalofrío al pasar los ojos sobre la lápida de su padre. Leyó la esquela: «Bartolomé Paleto Peralta, Gran padre y esposo. 12-02-1980 a la edad de 47 años». Recordó el accidente y su tristeza años después cuando por fin comprendió que nunca volvería a verlo. Su padre se había criado con sus tías y se había casado bastante tarde para su época, a la edad de treinta y cinco años. Su madre era más joven que él, tenía veintiocho. Conociendo a sus tías, Ginés suponía que habrían sido muy protectoras y en parte sería culpa de ellas que no se casara antes.

Continuó hacia la izquierda y encontró la lápida de su abuela Eulalia. Estudió la foto. Aparecía muy joven, no debía de tener más de diecisiete años y era muy guapa. La joven miraba de reojo a la cámara, mostrando parcialmente el recogido que llevaba en la parte posterior de la cabeza. Observó que también en aquella foto lucía el pendiente. Bajó la vista un poco y encontró la fecha que buscaba: tres de diciembre de 1935. La anotó en un papel y volvió a pasear la vista sobre el epitafio de su padre. Se preguntó por qué su madre lo abandonaría siendo un niño. No le guardaba rencor por ello, pero sí sentía curiosidad por conocer a dónde habría ido y cuáles habrían sido sus razones. Aunque realmente, no tenía claro si quería saberlo.

Echó un último vistazo. Escrutó a la Virgen del Rosell y, aunque no era creyente, deseó de verdad que su padre estuviera en un mundo mejor.

Abandonó el panteón y cerró con llave. Veinte minutos después se encontraba de nuevo en los juzgados. Su papel mostraba el número cincuenta y cuatro y la pantalla con luces rojas el cuarenta y tres, por lo que aún tuvo que esperar un rato. Cuando por fin llegó su turno, la fortuna le agradó con la misma mujer que antes.

—Quería pedir un certificado de defunción.

—¿Falleció en Cartagena?

—Sí.

—¿Tiene la fecha de la muerte?

—El tres de diciembre de 1935.

—¿Nombre?

—Eulalia Paleto Peralta.

La mujer se perdió en el interior y tardó unos diez minutos en volver. Cuando regresó llevaba una fotocopia en la mano que entregó a Ginés.

—Normalmente, para buscar un certificado tan antiguo, pedimos a los usuarios que vuelvan al final de la mañana. Los índices de estos volúmenes no suelen ser correctos y el trabajo se hace más lentamente, no podemos perder tanto tiempo.

—Entonces, ¿por qué lo ha buscado? —Cuestionó Ginés mientras asía la hoja de papel.

—Ya es la segunda vez que viene usted hoy —la mujer sonrió por primera vez y pareció mucho más joven y más guapa—. No podía hacer que volviera una tercera. Además, no todos los días me dicen lo guapa que estoy.

—Bueno, pues muchas gracias.

—De nada.

—Por cierto.

—¿Qué?

—Está usted mucho más guapa cuando sonrís.

Ginés avanzó hacia la salida con el certificado en la mano. La mujer llamó al siguiente, pero esta vez una amplia sonrisa iluminaba su cara rejuvenecida.

Llegó a su coche y se aposentó en el asiento del conductor. Inició la lectura del certificado que no había sido fácil de conseguir.

Número 1724

Nombre y Apellidos

Eulalia
Paleta
Peralta

En Cartagena, provincia de Murcia
a las diez y minutos del día
cuatro de Diciembre de mil novecientos
Treinta y Cinco ante D. José Doñero Pérez
Juez Municipal y D. Emiliano de la Fuente
y Sanz, secretario, se procede a ins-
cribir la defunción de D. Eulalia Paleta Peralta,
de diecinueve años, natural de Cartagena,
provincia de Murcia, hijo de D. Ginés y
D^a Carmen, domiciliado en Calle de
Avarre, número 6, piso 1,
de profesión y de estado Soltera

..... falleció en su domicilio
..... el día tres
de l actual mes, a las veintitrés y ocho
minutos, a consecuencia de hemorragia aguda y
fractura del craneo por traumatismo
según resulta de certificación facultativa
y reconocimiento practicado, y su cadáver habrá de recibir sepultura
en el Cementerio de Los Remedios

Esta inscripción se practica en virtud de comunicación
del Juzgado de Primera Instancia de esta
ciudad de fecha de hoy
consignándose además

habiéndola presenciado como testigos D. Carlos Pa-
checo Sanchez y D. Luisa Calveron Franco,
mayores de edad y vecinos de Esta Ciudad.

Leida esta acta, se sella con el del Juzgado y la firman el señor
Juez, los testigos y manifestante
de que certifico

Cuando Ginés completó la lectura de la partida de defunción no se podía creer lo que allí ponía. «Falleció en su domicilio [...] a causa de hemorragia aguda y fractura del cráneo por traumatismo». No sabía muy bien qué estaba sucediendo ni por qué sus tías le mentían, pero estaba claro que su abuela no había muerto por cáncer de ningún tipo. Aquello le resultaba desconcertante. Releyó el certificado para asegurarse de que había interpretado bien lo que allí ponía y no había sido una mala pasada que le hubiera jugado su imaginación.

Durante la segunda lectura encontró otra cosa bastante extraña. Indicaba que su abuela había muerto en su domicilio, en la calle del Adarve, n.º 6, 1.º. ¿Dónde estaba esa calle? Según le habían explicado sus tías, su abuela se quedó embarazada de su abuelo cuando eran novios y después de eso él la abandonó. Ella tuvo a su hijo y al poco murió de cáncer (ahora Ginés sabía que al menos esto no era cierto), pero que él supiera ella siempre había vivido en casa con sus padres, que era la actual casa de sus tías y de él en la calle del Carmen. Luego, eso tampoco era cierto, cuando su abuela falleció ya no vivía con sus padres. ¿Por qué le habían mentido sus tías? ¿Qué estaban ocultando? Ginés no lo sabía todavía, pero pensó que sería mejor indagar un poco por su cuenta antes de volver a enfrentarse directamente a ellas.

Introdujo la llave en el contacto y la giró. Mientras el coche arrancaba, bajó las ventanillas y encendió el aire acondicionado al máximo. Aquel calor era insoportable.

Luis e Ismael habían salido a tomar unas copas al bar enfrente de su casa. El dueño era amigo de la madre de Luis y les fiaba. Aunque con lo que habían conseguido el día anterior podían haber pagado todo lo que debían, Luis le dijo a Ismael que nadie debía saber que tenían dinero, porque sino empezarían a rumorear que habían ejecutado algún golpe y al final llegaría a oídos de su madre. Estaban a dos de septiembre, así que tendrían que esperar por lo menos al día cinco, que era cuando Luis cobraba en el restaurante.

El bar presentaba el aspecto de no haber sido limpiado nunca: la mugre ribeteaba los cantos de todo el mobiliario. El cristal de los vasos se mostraba traslúcido, por eso Luis solo bebía cubatas bien cargados en aquellos vasos, para desinfectar al máximo.

El local estaba vacío, el dueño, Guirao, se refrescaba con una cerveza y fumaba tranquilamente en el otro lado de la barra.

—Eh, tío, ¿lo que decías ayer de irte a Madrid iba en serio? —Arremetió Ismael después de echar un trago de JB a palo seco.

—Pues, claro. Yo no bromeo con esas cosas. —Luis bebía un *gin tonic* con mucho limón exprimido.

—No sé, me acojona dejar *tó* esto, ¿sabes? Seguro que allí el curro está de pelotas, pero aquí hemos *vivío* toda nuestra puta vida.

—Yo no puedo seguir aquí. Me agobia mucho el tema de mi vieja. No quiero que sufra más y no sé si la voy a poder seguir engañando. No es tonta, macho. Cuando terminemos lo del pendiente, me voy.

—Ya, si entiendo lo que quieres decir. Pero me acojona, tío. Ahora que si tú te vas yo me voy contigo. Ya te lo dije.

—Ya lo sé, macho. —Luis le dio una palmada en la espalda a su amigo y ambos sentenciaron el cubata de un trago—. Vamos fuera. Creo que ya es hora de llamar al hijoputa del pendiente. Hasta luego, Guirao.

El susodicho los escrutó sin decir nada.

Atravesaron calles regidas por casas cochambrosas hasta la subida al Castillo. Allí, en lo más alto de la colina vigilaba el Castillo de los Moros. Era una fortificación realizada en el S.XVIII con el objetivo de proteger el frente abaluartado del Hospital de Marina y la entrada a la ciudad por las Puertas de San José. Actualmente se encontraba abandonado y era un lugar al que nadie se atrevía a acercarse, pues según los rumores, allí se refugiaban drogadictos desesperados y fugitivos de la justicia. Se transmitían historias de turistas que aconsejados por las guías publicadas de Cartagena se habían acercado a visitar el Castillo y habían bajado en pelotas. Desde luego, esos turistas no volverían a la ciudad.

Luis sabía que la subida al Castillo era un lugar tranquilo para la gente del barrio, donde no corrían ningún peligro y no solía haber nadie. Por eso se dirigió hacia allí,

para hacer la llamada sin que nadie los molestara. Sacó el móvil y buscó el número. Ismael lo miraba mientras se colocaba el teléfono en la oreja dispuesto a hablar.

—Hola, soy Luís, el del pendiente... Sí, salió en el periódico... No, es que hemos estado un poco liados y no le hemos podido llamarte antes... La verdad es que ha sido un trabajo peligroso. Y todavía tenemos que andarnos con cuidado porque la *pasma* nos está buscando... Sí, por supuesto que tenemos el pendiente, somos profesionales... La cuestión es que queremos negociar el precio... Bueno, no fue tan fácil como decías... ¿Mañana por la noche?... Vale, pero te repito que tendremos que negociar el precio... Bueno, mañana hablamos... Adiós.

—¿Cómo habéis *quedao*? —Indagó Ismael.

—Mañana a las diez, en Cala Cortina.

—¿Y nos va a pagar más?

—No lo sé, mañana tendremos que discutirlo con él. Pero si no nos paga más no se lo damos y punto.

—Pues sí, ahora tenemos el toro por los cuernos, ¿eh? Que le den por culo a ese cabrón. O nos da lo que queremos o se queda sin el puto pendiente.

—Eso es. Y después de eso nos vamos a Madrid.

—Joder, macho, a la capital. Me da un poco de cague, ¿sabes? Pero cada vez me apetece más.

—Ya verás cómo nos va a ir de puta madre. —Luis le echó el brazo por el hombro a su amigo y empezaron a bajar la cuesta del castillo.

—Venga, vamos a volver al bar a celebrarlo.

—Pues, sí, qué coño. Vamos a celebrarlo.

Ginés se encaminó al bar de Esteban. Se encontraba un poco desorientado con todo lo que había descubierto y pensó que quizás comentarlo con su amigo le proporcionara alguna idea para continuar la investigación.

Se detuvo frente a la entrada y observó el cartel: Bar El Eje. Solo ellos dos sabían que el bar se llamaba así en honor a la alianza entre Alemania, Italia y Japón, en la Segunda Guerra Mundial. Desde luego, ni Esteban ni él eran partidarios de los nazis, pero sentían pasión e interés por esa oscura etapa de la humanidad, en la que millones de personas (porque los nazis también eran personas) llegaron a creer que un genocidio podía estar justificado, o que los judíos o los negros no eran más que animales.

El bar era pequeño, de los llamados en forma de tubo: frente a la barra había un pasillo estrecho, ocupado por tres mesas con sus correspondientes sillas, cediendo a los aseos la posición del fondo. Estaba repleto a aquellas horas, pues muchos de los trabajadores de las oficinas de alrededor bajaban allí a almorzar. Esteban elaboraba unas *marineras*^[2] y unas patatas con ajo que eran conocidas en toda la calle.

—¿Qué tal, Ginés? —Lo saludó su amigo, mientras retiraba una copa bajo el mostrador y servía una caña—. ¿Quieres comer algo?

Hasta ese momento no se había percatado, pero la verdad era que tenía bastante hambre. El tiempo de espera en los juzgados, añadido al paseo por el cementerio y los nervios, sobre todo después de descubrir que sus tías mentían, le habían producido un agujero en el estómago.

—Sí, ponme unas patatas con ajo y medio catalán. —Su amigo le lanzó la cerveza, que se deslizó suavemente por la barra—. He llegado en hora punta, ¿eh?

Las tres mesas estaban ocupadas y en la barra no quedaba ningún taburete libre. Había un grupo de cuatro mujeres en la primera mesa criticando apasionadamente a su jefe, mientras daban cuenta de su tostada y de vez en cuando se reían; un hombre con aspecto desaliñado pidió cambio para seguir alimentando la máquina tragaperras; en la mesa central una pareja de abuelos almorzaba sin hablar y sin mirarse; en la del fondo, un grupo de trabajadores con monos azules engullía sus bocadillos, sin mucha conversación.

—Pues sí, ya ves cómo está el patio. —Esteban sirvió una tapa de calamares y otras dos cañas que le había pedido una pareja joven de la barra—. Vente para dentro, Ginés, y hazte tú el bocadillo.

Ginés se deslizó por debajo de la barra, rebanó un trozo de pan y lo colocó en la tostadora.

—¿Cómo llevas tus investigaciones? —Esteban preparaba un bocadillo de magra con tomate para los trabajadores del fondo. Entonces señaló hacia arriba con la cabeza y continuó—. Pon una tapa de tortilla y se la llevas a la mesa tres.

—Oye, te voy a tener que cobrar, ¿eh? —Bromeó Ginés, mientras cogía un plato y empezaba a prepararlo—. Quería comentarlo contigo.

—¿El qué?

—Pues eso, lo de mis investigaciones. He descubierto algo muy curioso.

Ginés cruzó por debajo de la barra y entregó el plato en la mesa. Los hombres ni lo miraron, pero el corrillo de mujeres de la entrada lo observaba de reojo. Ginés aparentó no darse cuenta. Volvió a entrar y cogió su pan tostado, que decoró con unas pinceladas de tomate rayado, aceite y sal.

—¿Y bien? ¿Qué has descubierto?

—He ido hoy al registro civil y he pedido una partida de defunción de mi abuela. —Instaló el jamón serrano sobre el pan y cerró el bocadillo, pegó un trago a la caña y un mordisco. Con la boca llena continuó—. No murió de cáncer, sino por contusiones en la cabeza.

—¿En serio? ¿Y no sabías nada de eso? —Parecía que todos los clientes estaban servidos, así que Esteban se puso una caña y se relajó un momento junto a su amigo—. Joder, ¿por qué te engañarían tus tías?

—Pues no lo sé. Eso es lo que tengo que averiguar. Pero está claro que me están ocultando algo.

—Esteban, ¿me dices cuánto es? —Preguntó un hombre trajeado que estaba en la barra.

Lo calculó de cabeza un momento.

—El cortado y el cruasán, uno cincuenta.

El hombre pagó y se marchó.

—Además, hay otra cosa extraña en todo esto —reanudó Ginés.

—¿Cuál? —Dio un trago a su cerveza.

—El certificado indicaba que mi abuela vivía en otra dirección que no es la nuestra. Yo siempre había creído que ella vivía con sus padres cuando murió, pero por lo visto no fue así.

—Joder. La verdad es que es bastante raro. ¿Por qué no hablas con tus tías y se lo preguntas directamente?

—No puedo. Ya lo intenté y me respondieron con una sarta de mentiras y evasivas. Tengo que descubrir algo más por mi cuenta antes de hablar con ellas. Quiero estar completamente seguro de que me están engañando antes de volver a remover el tema.

—Bueno, ¿y por dónde piensas empezar?

—Pues, no lo sé. Podrías ayudarme.

—¿Yo? Menuda ayuda te has buscado, macho. Bueno, ¿qué es lo que tienes?

—Poca cosa. Solo sé que no murió de cáncer, sino por contusiones en la cabeza y que cuando murió no vivía con sus padres, sino en otra dirección.

—Dices que murió por contusiones en la cabeza. Quizás murió en un accidente o algo.

—Bueno, pero ¿por qué mis tías iban a querer ocultármelo?

—Pues no lo sé. A lo mejor, lo primero que deberías investigar es por qué se marchó de casa. ¿Has mirado dónde vivía?

—Pues no. Podría verlo en un callejero, pero de todas formas no creo que me resuelva nada.

—Bueno, solo tienes dos datos para empezar. Tendrás que utilizarlos y comprobar si te llevan a algún sitio.

—Lo veo difícil, pero sí, tienes razón.

—Hombre, Ginés, ya lo sabes que no es fácil. Este tipo de cosas nunca son fáciles. Hace muchos años que murió tu abuela... tienes muy pocos datos sobre ella... vas a necesitar mucha suerte. Y, a veces, algunos misterios de familia, vale la pena no descifrarlos. Una amiga de mi mujer se enteró a los veinte años, a los veinte, escucha lo que te digo, de que era adoptada. Se pilló un cabreo de narices con sus padres porque no se lo habían dicho antes. No te puedes imaginar la que se armó. Total, que intentó buscar a sus padres biológicos. Después de un montón de tiempo encontró a su madre, y agárrate, porque resulta que era monja, lo que te digo, monja. Lógicamente no podía tenerla, así que la dio en adopción.

—Venga ya, te lo estás inventando —Ginés sonrió, pero su amigo lo miró con cara seria, como diciendo «No, no. Es verdad». Sin embargo, Ginés sabía que con Esteban era difícil saber a qué atenerte, pues a veces, contaba historias como aquella, muy impactantes, sin dejar realmente claro si eran ciertas o no.

—Esteban, ponme otra de chorizos con patatas —gritó una mujer de la barra y él emprendió a preparar el plato.

—Joder, cómo comen por aquí. Bueno, pues me voy a ir. —Ginés cruzó por debajo de la barra mientras Esteban terminaba de servir el plato—. Voy a hacer lo que me has dicho, empezaré por buscar dónde vivía. A lo mejor me dice algo, aunque lo más seguro es que ya ni exista el edificio donde residió. Hace casi setenta años.

—Pues nada, que tengas suerte. Y no te desanimes. No todos los días tenemos un misterio de familia para resolver. Pero ten cuidado.

—No te preocupes. Venga, gracias por el almuerzo y por la ayuda.

—De nada, y ya sabes dónde estoy. Ah, por cierto, conseguí el otro día un casco inglés.

—Eso tengo que verlo. Hasta luego.

Al pasar delante de la primera mesa, las mujeres se quedaron mirándolo descaradamente.

Desde que se había levantado por la mañana, Irene tenía en la cabeza la idea de hablar claro con su hermana. Estaba ya harta de que todo el mundo lo pasara mal por su culpa.

Elisa había sido siempre una niña mimada. Su madre fue mucho más transigente con ella de lo que había sido nunca con su hija mayor. Cuando la pequeña cometía alguna travesura, la culpa era para Irene por no haberla vigilado. Ella nunca conseguía alcanzar las expectativas que tenían sus padres, sin embargo, Elisa conseguía arrancar una sonrisa solo con balbucear cualquier tontería.

Irene recordaba amargamente un día cuando tenía once años, en el que había quedado con sus amigas después de merendar. Por esa época Irene estaba *loquita*, como todas sus compañeras, por un chico dos años mayor, que se llamaba Víctor. Era todo lo que una chica de esa edad podía desear: alto, simpático, jugaba al fútbol fenomenal. El equipo del colegio participaba en una liguilla comarcal y Víctor era el delantero estrella. Entrenaban tres tardes a la semana en el campo del colegio, y aquella era una de esas tardes. Cuando salieron de clase quedaron a las seis, después de merendar, para ir a ver el entrenamiento. Cristina era una de las mejores amigas de Irene por esa época y una de las chicas más lanzadas y extravertidas que había conocido. Irene le había mendigado varias veces que hablara con Víctor de su parte para que le pidiera salir. Ella así lo hizo y aquella tarde estaba todo dispuesto. Víctor había accedido a dar un paseo con ella después del entrenamiento. Y, ¿quién sabe lo que podría pasar? ¿Le pediría salir por fin?

Irene marchó a su casa corriendo para volver lo antes posible. Mientras engullía el bocadillo de *nocilla* su madre la miraba de reojo. Se quitó el delantal e Irene se percató de que llevaba la falda y la blusa de salir.

—Cariño, me tengo que ir a hacer unas compras.

—Vale —repuso Irene sin prestar demasiada atención, con la vista clavada en los dibujos de la tele, pero sus pensamientos embutidos en el maravilloso encuentro que la esperaba.

—Ya, cariño, pero es que no podemos dejar a Elisa sola en casa, es muy pequeña.

En ese momento se estropeó toda su fantasía e Irene comenzó a hablar con los ojos muy abiertos y la boca llena de pan.

—¡No! ¡Llévatela, yo no me quedo en casa!

—Irene, ya sabes que se cansa, es muy pequeña y no la puedo llevar de un lado para otro.

Irene intuía que la batalla estaba perdida.

—¿Y no puedes ir otro día a comprar? Yo he quedado con mis amigas. Es muy importante para mí.

—Venga, cariño, ya sabes que voy todos los viernes. Ya quedarás otro rato con ellas, si hay más días que longanizas.

Irene se resignó sin contestar y enterró la cabeza entre los hombros, mientras su madre sonreía al ver que su hija cumplía con su deber.

Irene miró hacia el otro lado del comedor donde estaba su hermana jugando tranquilamente, ajena a todo, con una *Barby* desgredada y pintarrajeada, aquella que había sido la muñeca más mimada y cuidada de Irene.

Al día siguiente, cuando volvió al colegio, su amiga Cristina le dijo que Víctor la había estado esperando un buen rato y al ver que no aparecía se mostró muy decepcionado. Por lo visto debió de ser así, pues aunque Irene le pidió a Cristina que intentara explicarle lo sucedido, el chico nunca más quiso volver a quedar con ella. Siempre le quedó la duda de qué habría sucedido si ella hubiera podido estar aquella tarde en el campo de fútbol en vez de velar por su hermana pequeña.

Ahora sentía algo parecido, pues aunque nadie se lo había pedido expresamente, Irene notaba la presión y el ruego silencioso de su madre para que hablara con ella y descifrara cuáles eran sus preocupaciones. Así que después de salir del trabajo aquella tarde y mientras se dirigía a su casa, iba decidida a zanjar el tema de una vez por todas y enfrentarse a la niña mimada. Aunque, por otra parte, también albergaba la esperanza de que su hermana no estuviera en casa, y así poder relegar su papel de juez y verdugo para más adelante.

Pero su hermana se encontraba en su habitación, escuchando la música que resonaba por toda la casa. Irene abandonó su bolso y las llaves encima de su cama, y respirando hondo, llamó a la puerta de Elisa. Desde dentro se oyó un «pasa» cansado pero claro. Abrió la puerta cuando su hermana se dirigía hacia el equipo de música para bajar el volumen. Notaba las manos sudorosas del calor y los nervios.

—Hola, Elisa. —Irene no pudo disimular que había desenterrado el hacha de guerra—. Quiero hablar contigo.

—Bueno, pues habla. —Su hermana también se presentó a la defensiva.

Elisa se mantuvo de pie impidiendo que su hermana avanzara más en la habitación. Irene la miró como si la viera por primera vez. Realmente hacía mucho tiempo que evitaba mirarla a la cara. Se sorprendió al descubrir sus ojos tan cansados y las comisuras de los labios dibujando una línea de tristeza.

Elisa se había desarrollado más rápido que Irene y había alcanzado la altura de una mujer normal, mientras que Irene resultaba algo baja. Su pelo había resplandecido liso y sedoso, de color miel. Su cara presentaba unos rasgos algo más duros que la carita de muñeca de su hermana. Era una chica muy atractiva e Irene se sorprendió al hacerse consciente del aspecto tan desaliñado que mostraba. Hasta ese momento no se había dado cuenta, pero era muy extraño en ella que siempre se pasaba horas y horas arreglándose. Vestía una camiseta que ya debería haber sido desahuciada y el pelo recogido en una coleta con más mechones fuera que dentro de la goma.

—Bueno, ¿qué? —Atacó su hermana.

—¿Qué te pasa, Elisa? —Irene intentó suavizar el tono.

—¿Qué me pasa de qué? —Elisa nunca había sido fácil de contentar.

—Pues que últimamente estás más rara de lo normal.

—Ah, ¿sí? No me digas. Anda, no me vengas con monsergas, no tengo ganas de hablar. —Se dirigió hacia su hermana, con un gesto de cerrar la puerta tras ella, pero Irene no se movió.

Se sintió dolida, las palabras de su hermana habían surgido como un bofetón; sin embargo intentó que no se notara.

—No, no me voy. Explícame qué narices te pasa, porque estás haciendo sufrir a toda la familia con tu comportamiento y eso no puede continuar así.

—Ya, y tú eres la salvadora de la familia, ¿verdad? La hermana mayor en busca de la unificación familiar.

Irene se alegró de que no hubiera nadie más en casa porque la conversación estaba yendo por unos derroteros que no había esperado.

—No, yo solo quiero que me expliques qué te pasa porque no entiendo tu comportamiento. Lo tienes todo y vives como te da la gana. A lo mejor es ese el problema, que no asumes ningún tipo de responsabilidad, que eres una mimada. —El autocontrol que había conseguido reunir antes se estaba desmoronando y lo sabía, pero una vez inmersa en la espiral, no había podido evitar que las palabras brotaran como lanzas por su boca.

—Ya. —Los ojos de Elisa resplandecían de humedad, pero su expresión era feroz—. Yo lo he tenido todo, claro, y ¿qué es todo, si puede saberse? Oh, sí, yo me podía acostar más tarde que tú a la misma edad. Pero bien que habría querido que todos fueran más duros conmigo, que me prestaran la mitad de la atención que te brindaban a ti. Habría preferido mil veces que me dieran bofetones antes que relegarme al olvido en que me tenían. Porque tú, Irene, acaparabas toda la atención, en ti habían puesto todas las expectativas, todos sus anhelos. Yo solo llegué después.

En ese momento Elisa se vino abajo y comenzó a llorar desconsolada. Irene se quedó clavada, de pie junto a la puerta, con los ojos muy abiertos, intentando evitar que las lágrimas se deslizaran.

—Lo siento, Elisa, lo siento mucho. Yo no sabía que te sintieras así.

Irene dio dos pasos acercándose a su hermana para consolarla y para consolarse a sí misma. Pero las palabras que emergieron de la boca de Elisa en ese momento no las esperaba.

—Estoy embarazada.

Irene se quedó petrificada, sin llegar a tocar a su hermana. Al principio pensó que no la había oído bien. Mas ella repitió las dos palabras que rompieron la cercanía que había sentido momentos antes. Por su garganta intentaban subir expresiones de reproche, «Eh, ¿qué coño te pasa, no sabes que hay anticonceptivos?». Se las tragó con grandes esfuerzos.

—¿Y qué quieres hacer?

—No lo sé, no sé qué quiero hacer con nada.

«Pues haberlo pensado antes», evitó decir Irene, que permanecía clavada en la misma posición.

—¿De cuánto estás?

—De un mes.

—Por una falta no puedes estar segura si no has ido al médico, las pruebas caseras pueden fallar. —Irene expulsó estas palabras para convencerse a sí misma.

—Sé que estoy embarazada, Irene, lo sé, ¿entiendes? Y eres la única persona a la que se lo he dicho.

—Y —Irene dudó a la hora de hacer la pregunta—, ¿sabes quién es el padre? Porque sabrás quién es el padre, ¿no?

—Sí, sé quién es el padre, pero no puedo contar con él.

—¿Has pensado en...?

—Sí, he pensado en abortar.

—Yo, yo no sé qué decir, quizás lo mejor sería hablar con mamá y...

—No, no quiero que ellos se enteren —Elisa miró a su hermana directamente a los ojos.

—No te preocupes que por mí no sabrán nada. De todas formas, si crees que lo mejor en tu caso es abortar, quizás deberías mirar alguna clínica.

—Pero no tengo dinero, Irene, no tengo nada.

Elisa se venía de nuevo abajo. Irene dejó de lado todas sus moralinas, todos sus consejos y se acercó a su hermana, a su hermanita, y la abrazó.

—Me tienes a mí. —Las lágrimas comenzaron a resbalar también por sus mejillas.

Cuando Aurelio abandonó su casa a las seis y media de la tarde, lo primero que hizo fue comprarse una cerveza fresca. Iba tan obsesionado con ese objetivo que entró en la tienda de Ana María sin percatarse del alboroto que agitaba la calle de las Beatas. Una vez que dejó la tienda y pegó el primer trago, su mente pareció abrirse y ceder paso a otro tipo de pensamientos y percepciones. Observó un cúmulo de gente agolpada cerca de dos coches de policía. Se encaminó hacia allí con curiosidad, mientras ultimaba el bote de cerveza. Descubrió una ambulancia, con las luces encendidas, parada en la calle Villalba Larga, justo frente al portón donde vivía el Dromedario. La mayor parte de los curiosos que se acercaban eran marroquíes, aunque también algún que otro español había acudido al rumor de las sirenas.

—¿Qué ha pasado? —Aurelio Interrogó a un marroquí que vivía en la calle de las Beatas y alguna vez le había comprado cosas.

—El Dromedario —y deslizó su dedo índice estirado por su cuello, de izquierda a derecha, dejando claro que lo habían liquidado.

—Pero, ¿cómo ha sido?

El marroquí se encogió de hombros por toda respuesta.

Al principio, Aurelio se alegró mucho al oír la noticia, pues nunca había tragado al Dromedario. Por una parte lo culpaba de que Trinidad se drogara, lo odiaba por ello y por todas las veces que le había insistido a él para que catara su mercancía. El muy cabrón ofrecía droga gratis a los que todavía no la consumían, se la regalaba hasta que se enganchaban, y después se la cobraba a precio de oro. Además, el Dromedario era un malnacido dispuesto a todo por ganar un poco más de dinero. Era de los que si veían que te estabas ahogando, te tiraban un yunque encima.

Sí, a Aurelio le habían dado una buena noticia nada más comenzar su día. Claro que ahora tendría que buscar un nuevo camello donde pillar para la Nena. Eso tampoco sería mucho problema. Sabía que en el barrio había por lo menos otros tres y con todos ellos se podía contactar a través del Taurino. El Bar Taurino había sido algunos años atrás uno de los más célebres de la ciudad por los excelentes pulpos a la plancha que dispensaba. Debido a la degeneración de la zona, el bar cerró y hacía poco que lo habían vuelto a abrir como un puticlub con clientela básicamente marroquí. Eso sí, las putas eran españolas de pura cepa. La mayoría con sobrepeso y el pelo oxigenado, y no como su pobre Trinidad, huesuda y de cabellos rojizos. En el Taurino lo pondrían en contacto con un nuevo camello. Si por Aurelio fuera ya hacía tiempo que habría cambiado de proveedor, pero Trinidad siempre había insistido en que le comprara al Dromedario. Aurelio nunca había entendido esa testarudez de su novia, pero ahora no tenía otro remedio que cambiar y se alegraba de ello.

Observó cómo sacaban una camilla cubierta con una sábana manchada de sangre. La introdujeron en la ambulancia, que arrancó marcha atrás. Al poco aparecieron en el portal cuatro policías de uniforme y otro de paisano. Precintaron la entrada del

edificio con las bandas amarillas, se montaron en sus coches y se marcharon.

—Eh, *Napias*. —Dijo alguien a su espalda y le tocaron el hombro. Aurelio se giró para ver quién lo llamaba.

—Hombre, *Historias*, ¿cómo estás?

—¿Qué ha pasado? —Preguntó el *Historias*. Se trataba de un muchacho joven, de unos treinta años, alto y con el pelo negro peinado hacia atrás. A Aurelio le parecía bastante guapo (seguro que tenía mucho éxito con las mujeres) y desde que lo conocía había envidiado su nariz recta y bien proporcionada.

—Pues, creo que han matado a un tipo.

—¡Joder! ¿Y cómo ha sido?

—Ni puta idea. Me han dicho que le han saltado los sesos. Pero no era más que un camello y un cabrón.

—Bueno —el *Historias* miró alrededor, como si no hubiera visto nunca la calle en la que se encontraba—, yo solo quería pedirte un favor.

—Sí, vente *pá* mi casa, tengo cosas nuevas que enseñarte.

—No, tengo prisa. Verás, ¿has oído algo del robo del Museo Arqueológico?

—Algo he oído, que robaron un pendiente o algo así.

—Exacto. —El *Historias* se mostró bastante emocionado al ver que sabía de lo que le estaba hablando—. ¿Sabes quién lo hizo y por qué?

—¡Pijo! Pues no. Solo sé lo que te he dicho. ¿Por qué lo quieres saber?

—Es una pieza que me interesa, digamos que siento curiosidad por ella. ¿Crees que podrías enterarte de algo?

—Pero, ¿qué quieres saber?

—Pues, eso, ¿quién lo ha robado y por qué? Y si lo han puesto a la venta.

—Bueno —repuso Aurelio mirando descaradamente la nariz de su interlocutor. Estaba enamorado de aquella nariz—, intentaré enterarme de algo. Pero, ¿cómo contacto contigo?

—Si quieres te puedo dar un teléfono móvil. —Mientras lo decía surgió una mano del bolsillo de su pantalón y le alargó un Siemens C45—. Si te enteras de algo llámame o si no, te llamaré yo mañana.

Aurelio tomó el teléfono y un billete de diez euros que iba debajo. Atesoró ambas cosas en el bolsillo y sonrió. Era buen chaval el *Historias*. Más de una vez le había comprado cosas y se las había pagado a un precio razonable.

El *Historias* se despidió y Aurelio volvió hacia casa con la intención de recoger su carrito e iniciar su jornada laboral. Había oído lo del robo del pendiente y suponía que preguntando a algunos contactos podría enterarse de algo. Se acordó de nuevo del Dromedario y sintió ganas de reír. El que hubieran acabado con aquel malnacido lo había convertido por unos instantes en un hombre muy feliz.

Ginés regresó a su casa pasadas las siete de la tarde y se dirigió directamente al salón de baile. Era una sala bastante grande, de unos sesenta metros cuadrados. La puerta de entrada era doble y de corredera, y a ambos lados de la misma se exponían sendos tapices que representaban el puerto de Cartagena. Así mismo, las paredes aparecían ribeteadas con cenefas de escayola de motivos marinos. La enorme lámpara de forja del centro se mostraba coronada por un rosetón de escayola, de donde partían todos los frescos que escenificaban famosas batallas marítimas, muchas de ellas protagonizadas por Don Álvaro de Bazán, marqués de la Santa Cruz. En la parte de la derecha, Ginés había colocado unas espalderas, un tatami, un saco de boxeo (que se mantenía sobre un pié propio, pues nunca se le habría ocurrido agujerear el techo) y una máquina de musculación. Toda la pared frente a la entrada se ocupaba por un enorme espejo que parecía duplicar el espacio. A la izquierda se ubicaba una amplia mesa de estudio, repleta de papeles, y un ordenador. A su lado descansaban algunas estanterías con apuntes y libros técnicos, sobre todo de informática. El contraste con los frescos del techo era impresionante, como si en una sala de Versalles se hubiera instalado el centro de entrenamiento de la CIA.

Ginés se sentó frente al ordenador y lo encendió, accediendo a la página web del Ayuntamiento de Cartagena, donde se encontraba un callejero de la ciudad. Introdujo la dirección que había sido de su abuela, según el certificado de defunción: calle Adarve, número seis. Se demoró unos segundos la aparición de un mapa, en el que un punto rojo indicaba la dirección buscada. ¡Qué raro! Se trataba de una calle paralela a San Vicente, que desembocaba en la plaza de San Francisco, muy cerca de la Iglesia de la Caridad. Esto sorprendió mucho a Ginés.

La suya había sido una familia bien posicionada en la ciudad, pero el barrio donde vivía su abuela no era precisamente respetable. El barrio del Molinete se hallaba en pleno centro de la ciudad y actualmente había sido derruido casi por completo. Se encontraba asentado sobre una colina y se conocía con ese nombre porque en su cima se situaban antaño dos molinos, uno de los cuales se convirtió en ermita. Desde finales del S. XIX este había sido en Cartagena el barrio de los bares, los *cabarets* y las prostitutas, conocido por los rincones del mundo entre todo buen marinero que se preciara. Después de la Guerra Civil se consideró que este barrio era una lacra, por lo que se prohibió la construcción de nuevos edificios en él, consiguiendo que inevitablemente se fueran transformando en ruinas. Así, comenzaron los derribos con el objetivo de expulsar a la población que allí habitaba. Hasta tal punto se había perseverado en el empeño, que hoy en día la colina donde se asentaban edificios, calles y manzanas se había convertido en un enorme solar de tierra y basura.

Le resultaba muy curioso. ¿Cómo era posible que su abuela, viniendo de buena familia, hubiera vivido en un barrio marginal? Aparecía una nueva incógnita a la que

por ahora Ginés no conseguía encontrar respuesta. Pero... se quedó pensando durante unos instantes... miró la partida de defunción... quizás aquello explicaba la causa de la muerte. Su abuela vivía en un barrio marginal, frecuentado por marineros, borrachos, prostitutas e incluso asesinos. Sí, Ginés había oído hablar del Chipé y de gente como él que rondaba por la zona. ¿Y si su abuela no había muerto en un accidente? ¿Y si la habían asesinado? Tampoco era una idea tan descabellada dado el lugar donde residía.

Ginés se percató de que restaban aún muchas piezas por encajar en aquel rompecabezas. Cada dato que descubría no hacía sino generarle nuevas dudas y preguntas.

En primer lugar, si no se había llegado a casar, ¿por qué ya no vivía con sus padres?

Segundo, ¿por qué, si decidió independizarse, se fue a vivir a ese barrio?

Tercero, ¿murió asesinada o en un accidente?

Cuarto y último, ¿por qué sus tías le ocultaban todo aquello?

Se quedó un rato pensando.

Bueno, quinto y de nuevo último, ¿tenía el pendiente helenístico algo que ver con su abuela? ¿Cómo podía poseer ella una copia antes de que lo encontraran?

De momento no disponía de información para acallar todos aquellos interrogantes, así que de nuevo se esforzó por descifrar por dónde podría continuar indagando. Levantó la partida de defunción y la estudió de nuevo de punta a rabo.

¡Los periódicos!

Claro. Tanto si murió en un accidente como asesinada, quizás apareciera algo en los sucesos de la época. Habían pasado ya las siete y media y, además, sabía que la Biblioteca y el Archivo Municipal no abrían por las tardes en septiembre. En fin, tendría que esperar a la mañana siguiente para avanzar.

Tomó el libro de Las Mil y una Noches y caminó a la sala de estar donde sus tías se empapaban de un programa del corazón. Lo abrió y lo emplazó delante de su cara, como si leyera, observando en realidad a sus tías, que se mostraban absortas con los últimos cotilleos. Allí, sentadas y tranquilas, parecían dos ancianitas agradables. ¿Por qué le mentían? Sintió un ansia desenfrenada de levantarse y preguntárselo a gritos. «Sé que mi abuela no murió de cáncer. Murió por un golpe en la cabeza y vivía en el Barrio del Molinete. ¿Me queréis explicar qué estáis ocultando?». Sin embargo, sabía perfectamente que debía agotar todas las vías de investigación antes de enfrentarse con ellas. Así que realizó un esfuerzo para que sus ojos se pasearan sobre las letras del libro que tenía frente a él. Al principio le costó tomar el ritmo, pero enseguida se sumergió en un mundo de fantasía que lo transportó muy lejos de los misterios y preocupaciones de la vida cotidiana.

A pesar de que le daba cierto reparo, Irene normalmente disfrutaba del paseo hasta la casa de Clara. Sin embargo, aquel martes tenía tanta prisa por llegar que le parecía que con cada paso se alejaba más de su destino. Aquella urgencia la ayudaba a sentirse más valiente y apenas se dio cuenta de las miradas curiosas, que en otro momento se le habrían antojado amenazantes, de los moradores de aquellas calles desoladas. Ni siquiera prestó atención a las bandas amarillas de la policía que resplandecían en una calle cercana a la plaza de su amiga.

Al fin llegó, llamó dos veces al timbre y se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Un chirrido le permitió el paso e Irene comenzó a subir las escaleras de dos en dos. Alcanzó el piso exhausta, recorrió el pasillo y se desplomó en el sofá. Clara la observaba con cara de preocupación y la persiguió hasta el comedor, donde se emplazó frente a su amiga.

—¿Qué sucede, Irene?

—Ya sé lo que le pasa a mi hermana, pero no sé cómo ayudarla. —Irene se incorporó mientras hablaba, buscando en su amiga la respuesta a sus problemas.

Clara le ofreció algo de beber, pero Irene declinó la invitación. Tomó aire y disparó las palabras.

—Está embarazada y quiere abortar.

—¡Joder! Pues yo todavía no practico abortos en casa.

—No es una broma, Clara.

—Lo siento, perdona. No sé qué quieres que te diga. Tengo una amiga que es enfermera y le puedo preguntar. Sé que hay en el mercado unas pastillas que son para abortar. —Clara hizo una pausa—. ¿Cuándo te lo ha dicho?

Irene reprodujo parte de la conversación con su hermana sin estar segura de si estaba fallando su confianza. Pero se sintió más tranquila compartiendo su preocupación.

—Yo hablaré con mi amiga para que me indique cuál es el procedimiento del aborto. —Hizo una pausa antes de continuar—. ¿Ves como tenías que hablar con ella? —Clara sonrió—. ¿No te sientes mejor ahora?

—Bueno, en parte sí. —Irene se encontraba muy nerviosa e intentó sonreír—. La verdad es que me gusta poder ayudarla, pero el problema es muy serio. Encima ya sabes lo que yo opino sobre el aborto... Sin embargo, ahora creo que es la mejor solución.

—Bueno, no te iría mal modificar muchas de tus ideas y prejuicios. Igual hasta es bueno para ti que a tu hermana le haya sucedido esto.

Irene la miró extrañada sin comprender muy bien dónde quería ir a parar. Clara sonrió de nuevo y prosiguió.

—No, te lo digo en serio. Me alegro de que hayas arreglado las cosas con Elisa y de que la ayudes en esto. Sé que va a ser bueno para las dos.

Cuando se iba, Irene le rogó a su amiga que la acompañara un rato hasta la plaza de Juan XXIII. Le apetecía pasear un poco, sin prisa, mientras continuaban la conversación. Por el camino, Clara le contó que habían asesinado a un hombre muy cerca de su casa. «Era un traficante de drogas. Eso me han dicho en la tienda de golosinas».

Al oír aquello, Irene se alegró más todavía de que su amiga la escoltara hasta más allá de los peligrosos dominios de la plaza del Lago.

29

Ginés dormía en su cama, inquieto. Desde que se acostó, su mente había estado maquinando y dando vueltas al asunto de su abuela. A pesar de que se encontraba muy cansado no se pudo dormir hasta pasadas las dos de la mañana. Serían las cuatro aproximadamente cuando sus dos tías entraron en la habitación. Iba Carmen en primer lugar, seguida de Rosell, que mostraba un semblante pálido y triste. Carmen se acercó a la cama lentamente, con sigilo. Rosell se mantuvo un poco alejada, observando la estantería de libros, nerviosa. Carmen abrió su bata y mostró un pequeño hacha que llevaba en la mano. Ginés se giró en la cama y quedó boca arriba, roncando suavemente.

—Cuidado, Ginés. ¿Es que no sabes que no puedes jugar con tus tías? —Gimió Rosell mientras se acercaba a la cama, y sus ojos se tornaron blancos de repente.

—Sí —gruñó su tía Carmen mientras elevaba el hacha en el aire—, *dame tu sangre cariño. Tu sangre curará todos mis males. Quiero beber tu sangre joven y fresca. ¡Dámela a borbotones!* —Y cuando gritó de esta manera descargó la hoja afilada sobre su cabeza. En este momento Ginés se despertó.

Después de la pesadilla le costó bastante dormirse, y cuando lo consiguió fue para volver a sumergirse en sueños inquietos.

Por la mañana le costó mucho levantarse, pero la curiosidad venció al cansancio. Así que apartó las sábanas de hilo, bordadas a mano por su tía Carmen, y se vistió. Llegó al Archivo a las nueve y media.

De nuevo cruzó delante del impertérrito archivero para aposentarse frente a uno de los ordenadores que quedaban vacantes. Seleccionó *El Noticiero*. Abrió el ejemplar del dos de Diciembre. Por si acaso, prefirió empezar un día antes de la fecha oficial de la muerte de su abuela, e inició la lectura de los titulares. En la primera página había un apartado de sucesos: «Atropellado y herido por un tranvía». Bueno, aquello podría ser. Ojeó el cuerpo de la noticia: «Francisco Ros Franco de 5 años de edad...». Pues no, no tenía nada que ver. «Niño Herido grave al caerse de una palmera». Nada. Pasó a la segunda hoja, donde aparecían los resultados de la Lotería Nacional, con un premio gordo de cien mil pesetas. ¡Cómo había pasado el tiempo! Recorrió la tercera y cuarta hoja sin resultados.

Cerró el ejemplar y abrió el del día tres de diciembre. Examinó los artículos sin encontrar nada que le sirviera. «Trata de Estrangular a su hija y esta se defiende a mordiscos». Lo cerró y entabló el siguiente.

Nada.

Pasó al día cinco. Por fin, en la primera página, encontró un artículo que llamó su

atención.

Una prostituta asesinada en el Molinete.

Ayer por la mañana se procedió a dar sepultura al cadáver de Eulalia Paleto Peralta, de profesión prostituta, con domicilio en la Calle del Adarve, 6. Según Caridad Pacheco, dueña del lupanar, el día 3 por la noche subió a su habitación con un cliente trajeado. Poco después aparecía muerta en su propio cuarto. La causa del fallecimiento parece ser un fuerte golpe en la cabeza. Las fuerzas de seguridad están investigando el caso, aunque reconocen la dificultad para identificar al asesino.

No se lo podía creer. Volvió a descifrar la noticia una vez más y después otra. Eulalia Paleto Peralta. La fecha, el nombre y el domicilio coincidían, pero la profesión... ¿cómo era posible? Aquella noticia indicaba que su abuela había sido prostituta en el Molinete. Por una parte, eso explicaba que sus tías se hubieran negado a hablar del tema; con lo tradicionales que eran, seguro que aquello habría sido un duro palo para ellas y, sin duda, habrían tratado de olvidarlo.

Por un momento a Ginés le entraron ganas de reír. ¡Su abuela prostituta! Jamás se lo habría imaginado. Desde luego, para sus tías debía de ser un tema muy violento. Pero, ¿cómo y por qué llegaría su abuela a prostituirse? ¿Y cuál sería la causa de su asesinato?

Ahora, el Barrio del Molinete no era más que una colina desnuda en pleno centro de la ciudad. Por la zona seguían ejerciendo algunas prostitutas, sobre todo drogadictas, pero habían desaparecido todos los bares y lupanares de antaño.

«Espera un momento» —pensó de pronto. Quizás no habían desaparecido todos. Recordó la tienda de compra-venta de la calle San Vicente. Esta calle se situaba junto al Molinete y cuando caminaba por ella más de una vez se había detenido ante un solar excavado donde aparecieron ruinas romanas, el lugar donde hallaron la famosa estatua del Emperador Augusto, que ahora se encontraba en el Museo Arqueológico. Sí, recordó detenerse ante el solar para observar las ruinas y, al elevar la vista, toparse la colina desierta del Molinete. Pero bordeando el cerro aún quedaban algunos edificios destartados y, justo al otro lado de ese pequeño solar, había una casa en cuya planta baja resistía un bar, el último de lo que un día fue la calle de la Aurora del famoso Molinete. ¿Cómo se llamaba aquel bar? Intentó recordarlo pero no tuvo éxito. Tampoco le confirió más importancia. Sin embargo, sí que evocó la imagen de muchachas en minifalda y algún cliente que otro entrando y saliendo del antro.

Sí, aquel era el último lupanar del Molinete y seguramente no tardarían mucho en derribarlo. Ginés pensó que quizás en aquel desvencijado lugar pudiera obtener alguna información o, incluso, pudieran ponerlo en contacto con alguna persona que hubiera vivido en aquella época.

Si es que aún quedaba alguien.

Cuando Aurelio se levantó ese día, tomó su habitual desayuno de cerveza, pero no fue a trabajar. Había decidido que permanecería en casa. La noche anterior, cerca de las doce, se había sentado en un banco a contemplar su pasatiempo favorito: la Estrella Polar. Allí embobado, perdido en el cielo, mientras se preguntaba cómo era posible que siempre indicara el Norte, comenzó a pensar en la gente de a pie que le compraba cosas, gente como el *Historias*. Y se percató de que esa gente pagaba unos precios mucho más razonables por las cosas que él vendía. Aurelio casi se desencajó los párpados cuando la Estrella Polar le habló: «¿No te das cuenta de que te están engañando? Deja de ir a las tiendas de compra-venta. Tienes que espabilarte, Aurelio, si quieres salir adelante. Ya tienes algunos clientes más o menos fijos. ¿Acaso no tendrías más si pusieras tu propia tienda de compra-venta? Seguro que sí y sería bueno para todos. Tú ganarías más y a tus clientes les costaría menos. Un negocio redondo».

«Gracias, Estrella Polar», susurró hipnotizado. Bajó la cabeza y asió su carrito para continuar su labor. Mientras andaba no se lo había podido quitar de la cabeza.

¡Montar su propia tienda!

Era una idea excelente. A él nunca se le habría ocurrido y le estaba enormemente agradecido a la Estrella Polar por haberle cedido la idea. Era por eso que ahora se encontraba en su casa, ordenando todo el material que había conseguido reunir y dispuesto a sacarlo a la acera y exponerlo para que la gente lo viera, preguntara y, por supuesto, comprara.

—¿Qué coño estás haciendo? —Indagó Trinidad al despertarse y observar que Aurelio estaba clasificando toda la basura que los rodeaba—. ¿Estás limpiando la casa?

—Joder, Nena, estoy ordenando mis cosas. Voy a poner una tienda aquí, en la puerta. —Se mostraba entusiasmado.

—¿Qué tonterías dices? —Trinidad se incorporó y comenzó a buscar su set de supervivencia—. ¿Se te ha ido la chaveta o qué?

—Que no, joder. Lo tengo clarísimo. Nos vamos a forrar con esto, Nena, ya lo verás. Por una puta vez he visto las cosas claras.

—¿Pero quién te va a comprar a ti, *Napias*?

—Coño, pues muchos de los que compran en las tiendas de compra-venta. De hecho ya he vendido cosas algunas veces y tengo varios clientes más o menos fijos. Estoy harto de los de las tiendas de compra-venta que me pagan una mierda y lo venden después a precio de oro. Esta vez voy a poner una tienda de venta directa, sin intermediarios. Ahí está el secreto. Yo cobraré más y mis clientes pagarán menos. ¿Lo entiendes?

—Pues no, *Napias*, joder, no entiendo nada. Me parece todo una gilipollez. Pero haz lo que te dé la puta gana. —Y comenzó a preparar su dosis.

Aurelio, algo dolido, recogió unos libros viejos, ropa, algunos muebles, como una silla y un taburete, cintas de casete, discos de vinilo, vasos y platos de alguna vajilla incompleta. En fin, muchas de aquellas cosas ya había olvidado que las tenía y lo fue sacando todo por la ventana de su casa para exponerlo sobre un tablero, apoyado en varias cajas vacías que había dispuesto en la acera. Cuando todo estuvo colocado, casi parecía el tenderete de un vendedor de alguno de los muchos mercadillos de segunda mano. A continuación agarró un cartón y con un rotulador casi gastado escribió «SE VENDEN COSAS USADAS».

Después se desplomó al lado, esperando a que alguien lo viera y se acercara a curiosear. No había pasado mucho tiempo cuando Aurelio vio que por la calle venía una chica jipi que sabía que vivía en la plaza del Lago. Se la quedó mirando, recreándose especialmente en sus tetas, pequeñas, pero bien formadas.

—Buenas tardes. —Lo saludó la muchacha amablemente, mientras estudiaba el cartel—. ¿Has puesto una tienda?

—Buenas tardes. —Aurelio se incorporó entusiasmado pensando que quizás aquella muchacha fuera su primera cliente—. Tengo de todo. Puedes echar un vistazo y ver si hay algo que te interese.

—¿Tienes algo de música?

—Sí. —Aurelio señaló una caja en el suelo—. Ahí tienes discos y cintas.

—Gracias.

La muchacha se aproximó a la caja y examinó los discos uno a uno. Cuando los hubo recorrido todos volvió atrás y extrajo uno. Era *A por ellos... que son pocos y cobardes* de Loquillo y los Trogloditas.

—¿Cuánto cuesta este?

—¿Ese? Bueno, ¿qué te parece... dos euros?

—De acuerdo, me parece un buen precio. Sobre todo si se oye bien.

—Esperemos que sí. Yo no te puedo dar garantía.

—Ya, no te preocupes. —La chica le tendió los dos euros—. Gracias. Ya me seguiré pasando a ver lo que tienes.

—Sí, claro, cuando quieras.

Aurelio atesoró el dinero en el bolsillo, entusiasmado. ¡Había hecho su primera venta! La muchacha se marchó y Aurelio contempló su culo redondeado mientras giraba la esquina. ¡Joder, cómo estaba la tía! Se volvió y arrastró el cuerpo por la ventana de su casa. Agarró la botella de vino y se concedió un buen trago para celebrarlo.

Al poco pasaron cuatro marroquíes y se detuvieron a mirar.

—¿Cuánto? —Preguntó uno, señalando una olla vieja.

—Tres euros. —Repuso Aurelio, indicando la cantidad con los dedos de la mano derecha. El marroquí le dijo algo a sus compañeros y después asintió, alargándole los tres euros.

Entonces se acercó un chaval que Aurelio conocía. El muchacho, también

marroquí, vivía por el barrio y estaba metido en bastantes fregados.

—¿Has puesta una tienda? —Era un chico alto y muy delgado, que presentaba el rostro bastante demacrado para su edad. Vestía unos pantalones marrones muy anchos y una camisa estampada del mismo color.

—Sí. ¿Te interesa algo?

—A lo mejor. ¿Tú cuánto quiera por la pelota? —Señaló un balón de fútbol medio deshinchado.

—El dinero es lo de menos, a lo mejor podemos llegar a un acuerdo.

—¿A cuál?

—Necesito información.

—¿De qué?

—¿Sabes algo del robo del Museo?

—Sí, yo algo he oída.

—¿Quién lo hizo?

—Pueda ser alguien de Los Mateos. Yo no sé segura.

—Bueno, ¿podrías enterarte?

—A lo mejor.

—Está bien, llévate la pelota y mantenme informado sobre el tema.

—De acuerdo. —El muchacho agarró el balón—. Si yo me entera de algo tú te entera.

Mientras el chaval se marchaba, Aurelio volvió a escurrirse por la ventana para refrescar el gznate con su dosis de morapio. Aquel apuntaba a ser un buen día.

Ginés cruzó la plaza del Sevillano y avanzó ligero por la calle San Vicente. Se detuvo un momento frente al solar donde se halló la estatua de Augusto y desde allí examinó la colina arrasada del Molinete. Contempló el último lupanar y por fin pudo leer el nombre: *Bar Kentucky*. Se encaminó hacia él por la calle desierta y empinada. Salvó la puerta con recelo, pues no sabía si allí sería bien recibido. Había una barra y tres mesas redondas. Tras la barra vigilaba un hombre con el torso desnudo y sudado que lo observaba sin disimulo. En las mesas estaban sentadas tres chicas jóvenes, todas ellas con minifalda, y una acompañada de un marroquí. Se acercó a la barra.

—Buenas tardes, ¿me pone una cerveza? —Ginés pensó que así no tendría que beber en vaso.

—Buenas tardes. —Repuso el hombre de la barra, mientras se giraba para coger la bebida.

Una de las chicas se acercó y le acarició el cuello por detrás.

—Hola, cariño, me llamo Trini. ¿Me invitas a algo? —Era una muchacha baja y extremadamente delgada. Su pelo rojizo estaba sucio y despeinado y tenía la cara y los hombros cubiertos de numerosas pecas. Ginés se fijó en su boca de finísimos labios, privada ya de la mayor parte de su dentadura.

—Lo siento. —Denegó mirándola ahora a los ojos. Los tenía rojos como el sol del amanecer y no conseguía fijar la mirada. Reparó en su brazo escuálido, herido por innumerables marcas rojas, que se extendían en oleadas—. Solo quería algo de información.

—¡Vaya puta mierda! —Gritó la muchacha y volvió a su mesa.

—¿A qué te refieres? —Curioseó el camarero mientras servía un tercio de San Miguel junto a un vaso opaco.

Ginés apartó el vaso y echó un primer trago a la cerveza.

—Pues verá, estoy investigando sobre mi abuela. Según parece fue prostituta aquí, en el Molinete, en concreto en la calle del Adarve.

—¿Y bien?

—Pues, quería saber si vive alguien aún aquí en el Molinete que la hubiera podido conocer.

—Vamos a ver, pero, ¿de cuándo estamos hablando?

—Mi abuela murió en el treinta y cinco.

—Coño, eso hace un huevo de tiempo.

—Pues sí, va a ser muy difícil, ¿verdad?

—Bueno, no sé, chaval. Espérate un momento.

El hombre abandonó la barra y entró por una puerta que había en el fondo del bar. Ginés echó un nuevo trago mientras pensaba en su abuela, viviendo en un antro parecido a aquel en el año treinta y cinco, esperando la llegada de algún cliente para pedirle que la invitara a una copa. Si murió en el año treinta y cinco, hacía ya casi

sesenta y ocho años. ¿Sería posible que viviera aún alguien que la hubiera conocido? Desde luego, mucha casualidad sería, pero en fin, nunca se sabe. Casualidades mayores se han visto.

Al poco regresó el camarero.

—Está bien, dice que te recibirá.

—¿Qué me recibirá? ¿Quién?

—Pues, la dueña de esto, ¿quién va a ser? ¿No es a ella a quien querías ver?

—Bueno, sí, supongo.

—Son diez euros.

—¿Cómo dice? —Ginés no entendía nada.

—La cerveza, son diez euros.

—Ah, sí, claro. —Extrajo un billete de la cartera—. Toma.

El hombre guardó el dinero.

—Sígueme —le ordenó.

Ginés apuró la cerveza de un trago, estaba un poco nervioso y, con lo que le acababa de cobrar el camarero, no se la iba a dejar allí. Lo siguió por la misma puerta por la que antes lo había visto desaparecer. Observó su espalda peluda y sudorosa. Ascendieron por unas escaleras destartadas al primer piso. El suelo era antiguo y se encontraba muy estropeado; los techos eran altos y las paredes del pasillo estaban empapeladas con dibujos eróticos.

—Por aquí. —Le indicó el hombre, abriendo una puerta—. La señora te está esperando. Yo vuelvo abajo. —Y se marchó.

Ginés atravesó la puerta lentamente. No tenía muy claro dónde se estaba metiendo ni cómo terminaría todo aquello. Entró en una habitación espaciosa. Al principio le costó un poco ver, porque la estancia tenía orientación suroeste y ya habían pasado las ocho de la tarde. Los rayos de sol atravesaban la ventana e incidían sobre la puerta de entrada y la pared que había junto a esta, dando a la habitación un aire casi fantasmal. Junto a la puerta había varios espejos, que reflejaban los rayos y aún creaban más luminosidad. Lo primero que llegó a su mente fue el olor, un olor a rancio, a llevar mucho tiempo cerrado, casi a podredumbre. Ginés pensó que aquel debía de ser el olor que precede a la muerte. Poco a poco sus ojos se fueron acostumbrando a la luz. Distinguió una cama de metro treinta y cinco en el centro de la estancia, con un cabezal de forja. Había una mesilla de noche al lado derecho y un lavabo antiguo, de estilo Tonet, con su jarra y su palangana. Hizo visera con la mano para protegerse de los fuertes rayos de sol. Fue entonces cuando distinguió a contraluz de una de las ventanas una mecedora que se balanceaba lentamente. Se situaba de espaldas a la puerta, por lo que Ginés no era capaz de distinguir si había alguien allí sentado.

—Buenas tardes. —Saludó mientras avanzaba lentamente.

—Por favor, pasa y cierra la puerta. —La voz de la mujer sonó muy mayor. Hablaba muy despacio, vocalizando perfectamente—. Vamos, muchacho, acércate.

Ginés no estaba muy seguro de hacia dónde debía acercarse, pero supuso que era a la mecedora. Se encaminó hacia ella, protegiéndose los ojos con la mano derecha y se detuvo detrás.

—Vamos, acércate más, quiero tocarte. —Al principio se asustó un poco. ¿Por qué decía eso aquella mujer? ¿Qué era exactamente lo que quería de él? Se frotó las manos, nervioso, y dio un par de pasos para ponerse delante de la mecedora, de espaldas a la ventana. Observó los ojos grandes y abiertos de la anciana y entonces lo comprendió: era ciega. Ginés se arrodilló frente a ella y la mujer extendió sus manos arrugadas y manchadas para acariciar su cara.

—Eres un muchacho muy guapo. —Lo aduló.

—Gracias. —Contempló su pelo canoso, recogido en un moño, y su cara ajada, con pliegues tan profundos que eran una canalización perfecta para las lágrimas. Se preguntó si aquellos ojos secos y muertos aún podrían llorar.

—¿Quién era tu abuela, muchacho?

—Se llamaba Eulalia Paleto Peralta. ¿Le suena? —Repuso con esperanza.

—Pues la verdad es que no, chico. No lo sé. Aquí casi todas teníamos motes y nos conocíamos por ellos.

—Bueno, mi abuela fue asesinada a finales del treinta y cinco. Quizás se acuerde usted de eso.

—Vaya, asesinada en el treinta y cinco. ¿Lali *la Colegiala*? Si es ella la llamaban así porque era muy joven y muy guapa, como tú, muchacho, y casi siempre llevaba unas trenzas que le daban un aspecto de niña.

—Puede ser. En las fotos que he visto no llevaba trenzas, pero creo que son de antes de que se hiciera prostituta.

—Prostituta. Bonita palabra. Ya no hay prostitutas como las de antes. Las de antes, las que vivían aquí, en el Molinete, eran putas de verdad. Eran putas porque querían y porque les gustaba. Era la mejor forma para una mujer de tener sus propios recursos. Eran putas porque ganaban dinero. Ahora las muchachas se prostituyen porque están metidas en la droga o porque las traen las mafias de otros países y las obligan. Ya no hay putas como las de antes.

—Por cierto, ¿cómo te llamas, muchacho?

—Me llamo Ginés.

—Muy bien, Ginés. Pareces un buen chico y me gusta que te preocupes por saber lo que le sucedió a tu abuela. No te tienes que avergonzar de que fuera prostituta. En aquella época las prostitutas eran las que dirigían el mundo. Ellas se acostaban con los políticos, con los médicos, con los guardias civiles y hasta con los curas. En la cama, ellas conseguían lo que querían a cambio de sus favores.

—Yo no fui prostituta, ¿sabes? No me dejaron. Era demasiado fea. —Ginés se la quedó mirando y no le pareció que tuviera unos rasgos desagradables para su edad, pero pensó que era muy difícil adivinar cómo había sido aquella mujer de joven—. Yo fui *palanganera*.

—Entiendo. —Viendo que la mujer empezaba a divagar sobre sus años mozos intentó reconducirla al tema que le interesaba—. Entonces, ¿conoció usted a mi abuela?

—No, muchacho, lo siento. Personalmente no. —La anciana carraspeó y tosió varias veces. Era evidente que no estaba acostumbrada a hablar tanto rato. Ginés se dio cuenta de que estaba perdiendo el tiempo. Mucha casualidad habría sido—. Pero por supuesto, oí hablar de ella y de su asesinato. —A Ginés se le iluminaron los ojos—. Se comentó durante mucho tiempo.

—¿Qué sabe usted de lo que sucedió?

—Haz el favor, muchacho, dame un vaso de agua.

—Sí, claro. —Observó que sobre la mesilla de noche descansaba una jarra y un vaso, lo llenó y se lo entregó a la mujer que sorbió lentamente.

—Pues, por aquella época se decía que a la Colegiala la iban a retirar. Por lo visto, hacía algún tiempo que se carteaba con un señor muy respetable que la iba a sacar del oficio. Estas noticias corrían de boca en boca como la pólvora.

—¿Y qué sucedió?

—Nadie lo sabe con certeza. Sencillamente, un día un tipo pequeño y con gafas subió a la habitación con ella. Caridad y sus pupilas le repitieron la descripción a la guardia de seguridad cientos de veces, pero nunca consiguieron encontrarlo. Yo creo que ni siquiera se molestaron. ¡Los muy perros! El caso es que el hombre se fue y en vistas de que la Colegiala no bajaba, Caridad subió a la habitación y la encontró muerta. Le había abierto la cabeza con un orinal. ¿Puede haber muerte más indigna?

Ginés sintió mucha rabia en ese momento. Así, por las buenas, justo cuando su abuela tenía esperanzas de empezar una nueva vida, venía aquel tipo y la asesinaba. ¿Por qué lo habría hecho? No sabía mucho de su abuela, pero estaba seguro de que fue una mujer que sufrió mucho.

—Bueno, ¿y qué pasó? —Interrogó a la anciana. La mujer continuó balanceándose en su mecedora mientras se humedecía los labios.

—Pues nada, no pasó nada. A tu abuela la enterraron y al asesino no lo encontraron nunca.

—Vaya, pues siento mucho que fuera así. Ese cabrón se merecía que lo ahorcaran.

—Se merecía mucho más. Tu abuela estaba en la flor de la vida. Si lo hubiéramos cogido la gente del Molinete, la muerte del Chipé no habría sido nada comparada con la suya.

Ginés había oído hablar del Chipé, un chulo y asesino de la derecha, muy hábil con la faca, al que lincharon el dieciocho de julio del treinta y seis, el día del golpe militar que desencadenó la Guerra Civil. Por lo visto, después de muerto, lo quemaron, lo hundieron en las aguas del puerto y lo arrastraron por las calles de toda la ciudad.

—Sí, se lo habría merecido. —Afirmó él cabizbajo—. Bueno, me ha sido usted de gran ayuda y le agradezco mucho que haya querido recibirme.

—No te preocupes, muchacho. Ha sido un placer. Una vieja como yo no tiene mucha gente con la que hablar. Yo también te agradezco tu visita.

—Gracias de nuevo. —Ginés se dirigió hacia la puerta.

—Espero que encuentres lo que buscas, Ginés, aunque ya es un poco tarde para hacer justicia.

—Lo sé, pero yo solo quiero saber la verdad.

—Pues suerte, muchacho.

Ginés atravesó la puerta y descendió las escaleras. Se despidió del camarero dándole las gracias sinceramente; al fin y al cabo, la cerveza no había resultado tan cara. «Las personas nunca dejan de sorprenderte», pensó mientras salía a la calle. En ese momento un par de muchachos jóvenes entraban en el bar, cargados de cadenas de oro y con la camisa abierta, mostrando el pelo del pecho. Uno era bastante alto, con el pelo negro y corto y muy atractivo. El otro, más bajo y con melena larga, tenía una mirada intensa y desconcertante, debida a sus ojos, uno marrón y otro verde. Ambos sonreían cuando cruzaron la puerta del bar. Ginés siguió su camino, observando el cielo sangriento que dibujaban los últimos rayos de sol. Debían de ser las nueve pasadas.

Se apresuró en dirección a su casa, pensando que sus tías se iban a enfadar mucho con él por la hora a la que iba a llegar para cenar.

Irene estaba muy nerviosa. Hacía ya un buen rato que había llegado del trabajo y estaba tumbada en el sofá, viendo la tele.

El día anterior, después de hablar con Clara, había disfrutado de un momento en el que se sentía segura de lo que su hermana y ella iban a hacer. Pero aquella noche había sufrido pesadillas terribles en las que aparecía su sobrino nonato amenazándola y culpándola porque ella había incitado a su madre a abortar. Se había despertado en medio de la noche, desconcertada bajo la escasa luz que se colaba entre las rendijas de la persiana. Había vuelto a dormirse, pero las pesadillas también volvieron.

Durante todo el día había arrastrado una sensación pegajosa, como si los malos sueños hubieran dejado una fina capa de moho sobre sus pensamientos. Había *sentido* a su sobrino vigilándola y esperando, una vez liberado de la cárcel de las pesadillas.

Así, entre nervios y esperanzas había soportado Irene el lento devenir del día, deseando que Clara la llamara para darle la información que hubiera podido obtener.

Era ya casi de noche cuando por fin llamó. Se encontraba rendida delante de la televisión, mientras se recomponía con un vaso de leche merengada. Allí estaba de nuevo el circo de intimidades, la pornografía de sentimientos.

Depositó el vaso sobre el posavasos de rafia de colores, que a Irene le recordaba la bandera gay, y contestó.

—¿Sí?

—Hola, guapa, ¿cómo estás?

—Nerviosa, Clara, muy nerviosa.

—Tranquila. He hablado con mi amiga. Dice que hay unas pastillas para abortar, como te dije. Pero que en Cartagena este método no se utiliza, hay que pasar por el quirófano.

—Uf.

—Pero dice que las mujeres solo pasan en el hospital unas cuatro o cinco horas, y que es con anestesia local o con sedación.

—¿Y los supuestos legales? Todo eso de que tiene que haber malformación en el feto o haber sido fruto de una violación.

—Ya, pero también está el supuesto psicológico. Y dice mi amiga que eso es el cajón de sastre. Tu hermana tendrá que pedir cita con el psiquiatra de la clínica, que es privada. Después, si el psiquiatra lo estima, que seguramente será así, le darán cita para abortar. Todo le costará entre cuatrocientos y quinientos euros.

Irene miraba la bandera gay del posavasos de su madre sin poder apartar la vista: violeta, amarillo, rojo,...

—Irene, ¿estás ahí?

—Sí, sí. Es que... mi hermana no tiene ese dinero.

—Bueno, entonces, ¿qué vais a hacer?

Seguía observando los colores vivos de la rafia.

—Yo sí lo tengo, Clara. Es solo que está todo en la cuenta común que tengo con Miguel.

—Ya. Y si se da cuenta de que has sacado quinientos euros sin decírselo, te pedirá explicaciones, ¿no?

—Pues sí, pero da igual. Si se da cuenta ya me inventaré algo. Dame el teléfono. Clara se lo dictó y después continuó.

—Ah, Irene, sé que no es el mejor momento, pero quería comentarte que ya está todo listo para la despedida. Aunque no vamos a ser muchas, verás cómo nos lo pasamos genial.

Irene no contestó.

—Clara llamando a Irene. ¿Estás ahí?

—Sí, sí. Es que... no sé. Con todo este follón de mi hermana, se me han quitado las ganas de salir.

—Venga, no seas tonta. Te vendrá bien relajarte un poco. ¿Cuánto hace que no sales de fiesta?

—Mucho, ya lo sabes. Pero a Miguel tampoco le hace gracia y seguro que al final tendremos alguna discusión por este tema.

—Bueno, pues ese es su problema. Este viernes es nuestra noche...

Irene permaneció unos segundos en silencio.

—Supongo que tienes razón, Clara.

En el otro lado del teléfono estalló un grito de alegría.

Eran las ocho y media de la tarde cuando Luis e Ismael abandonaron el bar.

—¿A qué hora hemos *quedao*? —Preguntó Ismael.

—A las diez, macho, ya te lo he dicho.

—*Pijo*, aún falta más de una hora. ¿Qué hacemos?

—Pues, vamos a fundirnos algo de guita. Vamos al *Kentucky*.

—*Acho*, tienes ganas de sacar el pajarito a pasear, ¿eh?

—Pues sí, coño. Estoy hasta los *güevos* de trabajo y preocupaciones. Quiero divertirme un poco.

—Venga, vamos.

Luis arrancó la moto y como de costumbre salió derrapando. Bajó por San Diego, atravesando la calle de las Beatas hasta la plaza de la Serreta, para subir hasta la misma puerta del *Kentucky*, donde aparcaron. Luis examinó a un tipo de unos treinta años, casi igual de alto que Ismael, que se iba en ese momento. Lucía el pelo corto, barba bien afeitada y buenas ropas. Aquel tío no pertenecía a ese ambiente. ¿Qué coño estaría haciendo allí? Le sostuvo la mirada mientras se marchaba. Luis sonreía. Estaba contento porque ya faltaba poco para ultimar el negocio y en cuanto entraron en el bar, se olvidó de inmediato del otro.

—Un *jotabé* con *yelo* y un *yin tonic* con mucho limón. —Exigió Ismael acercándose a la barra.

—Aquí no tenemos limón. —Respondió el camarero mientras comenzaba a preparar las copas.

Una chica pelirroja se levantó y se acercó a ellos.

—Eh, nenes, ¿me invitáis a algo?

—Claro. —Ismael sonrió, echándole la mano a la cintura—. ¿Qué quieres?

—Un *Bacardi cola*. —Pidió directamente al camarero.

La muchacha arrastró un taburete y se sentó junto a ellos. Cuando el camarero puso su copa (por supuesto, con coca-cola solo) pegó un buen trago y echó mano al paquete de Luis.

—Vaya, chico, aquí guardas una buena herramienta.

Luis sonrió mientras ella empezaba a frotar y apretarle la entrepierna. Otra prostituta, teñida de rubio, se acercó.

—¿Y a mí? ¿No me vais a invitar?

—Lo siento, nena. —Repuso Luis, levantando la mano—. Solo queremos una para los dos. Nos gusta compartirlo todo.

La chica regresó a su mesa y se derrumbó sobre la silla.

—Eh, pero no creáis que va a ser más barato. —A la pelirroja le costaba vocalizar—. Tendréis que pagar por cada uno.

—No te calientes el tarro, nena. —Continuó Ismael, mientras le cogía la otra mano y se la llevaba a su paquete. Le echó mano a una teta, mientras Luis hacía lo

mismo—. Estamos de celebración y la guita no es problema, ¿vale?

—Vale.

Después de tres cubatas cada uno le indicaron a la chica que querían subir arriba. Ella los condujo por las escaleras hasta una habitación pequeña, en la que solo había una cama de noventa y una pequeña coqueta.

—Eh, Luis, vamos a hacernos una raya. —Ismael esparció la *farlopa* sobre la coqueta. Dibujó las rayas con una navaja y cogió entre los dedos el tubo de oro que llevaba colgado del cuello. Esnifó la primera y miró a la puta—. Eh, nena, ¿quieres una?

—Bueno. Si me invitáis.

La chica se acercó, asió el tubo y se metió otra raya. Luego la siguió Luis. Y empezaron otra ronda por el otro agujero de la nariz.

Comenzaron todos a desnudarse y la muchacha se tumbó en la cama. Ellos dos se pusieron enfrente de ella, de pie, completamente desnudos.

—Queremos que nos la chupes. —Exigió Luis. No sabía por qué pero lo que más morbo le daba en el mundo era follarse a una guarra junto con su amigo Ismael. Aquello tenía un morbo especial, era como hacer el amor con su amigo, pero sin hacerlo. Y no es que él fuera maricón, ni mucho menos. Él no aguantaba a las nenazas, con sus maneras afeminadas y sus risitas estúpidas. Él era un tipo duro, pero no podía evitar sentir cierta atracción por su amigo. Al fin y al cabo era la persona con quien más confianza tenía y con quien compartía casi todo.

La chica se sentó en la cama y se acercó a ellos. Los dos penes erectos apuntaban al techo, y parecían gritar «sí, a mí, vamos, chúpame». El de Luis destacaba en tamaño sobre el de su amigo. Ella se los metió en la boca, ayudándose con las manos rápidamente. Al fin y al cabo, se trataba de terminar lo antes posible. Entonces, se apartaron.

—Ahora queremos follarte. —Dijo Luis apretándose los huevos.

La chica se echó en la cama, pero Ismael la cogió del brazo y la levantó.

—No. Queremos hacerlo de pie. Déjame a mí por detrás. —Pidió Ismael mientras se ponían los condones y Luis asintió. En el sexo siempre estaba dispuesto a complacer a su amigo.

Luis se puso delante de la muchacha y la cogió en brazos de forma que, cuando se la metió, las piernas de ella le rodearon fuertemente la cintura. Ismael se puso detrás agarrándola por las nalgas. La chica pegó un pequeño grito de dolor, mientras ellos empezaban a moverse rápidamente, levantándola en peso, subiéndola y bajándola como si fuera un juguete.

—Uah, esto es la ostia, macho. —Gritó Ismael moviéndose cada vez más rápido.

—Sí, cómo me pone. —Luis vio que la chica tenía los ojos cerrados y apretaba las mandíbulas fuertemente, haciendo chirriar los pocos dientes que le quedaban. Seguramente le estaban haciendo daño, pero eso a él le daba igual. Para eso pagaban, joder. Miró la cara de placer de Ismael y se excitó mucho viendo cómo disfrutaba.

—Me voy a correr, pijo. —Gritó.

—Yo ya casi estoy. —Lo siguió Ismael moviéndose más y más rápido. La muchacha soltaba pequeños gemidos con los dientes apretados—. Venga, nena, así muévete, puta. Ya... ya casi estoy... Síiiiiii...

Los dos se detuvieron y empezaron a reír. Lanzaron a la chica a la cama y se limpiaron con un poco de papel.

—Joder, macho, ha estado de puta madre. —Se regocijó Luis mientras se vestían.

—Sí, tendríamos que hacerlo más a *menúo*. —Sugirió Ismael y Luis se puso muy contento al oírlo.

Esnifaron otro par de rayas. La muchacha pareció agradecida por la nueva dosis y ellos se sentían los reyes del mundo. Bajaron por las escaleras y pidieron la cuenta.

—Vamos a ver. —Empezó el camarero—. Han sido nueve cubatas más los dos polvos. Son ciento cincuenta euros.

Luis pagó y se marcharon. Ya eran las diez menos cuarto, hora de acudir a su cita. Cinco minutos después aterrizaban en Cala Cortina con un espectacular derrape.

Cala Cortina era la única playa situada cerca de la ciudad de Cartagena. Era una cala pequeña que se había acondicionado hacía pocos años para el uso de los bañistas. Disponía de un aparcamiento para los coches y un bar. En verano se llenaba, aunque a aquellas horas de la noche estaba desierta. El mayor defecto de esta playa era que se situaba muy cerca del puerto y del valle de Escombreras, donde se encontraba la refinería de Repsol y otras industrias. Muchas veces la gente bromeaba diciendo que se veían peces con pies o con cuatro ojos.

Allí, en el aparcamiento de la playa vieron un coche aparcado. Luis condujo hacia él, dirigiendo las luces de la moto para comprobar si había alguien en el interior. Conforme se iban acercando pudo distinguir el coche que era.

—¡Coño! —Exclamó—. ¿Has visto ese coche?

—Sí —contestó Ismael—. El *hijoputa* debe de estar *forrao*.

—Joder, macho, no hay muchos coches como ese en Cartagena: un CLK 55 AMG, a todo lujo, macho. Nada menos que ocho cilindros convertidos en trescientos sesenta y siete caballos; de cero a cien en cinco coma dos segundos; doscientos cincuenta kilómetros por hora; asientos deportivos; llantas de aleación con doble radio; pijo, algún día tendré un coche como ese.

—Bueno, o quizás, hoy. ¿Quién sabe lo que puede pasar?

—¡Eh, Luís! Estás como una puta cabra.

—Bueno, tío. Vamos a ver cómo va la cosa.

Se acercaron al coche lentamente y se detuvieron frente a él, enfocándolo con la luz de la moto. Los cristales estaban tintados y no se veía nada del interior. De pronto se abrió la puerta del conductor. Vieron aparecer una pierna enfundada en unos pantalones vaqueros y unos zapatos negros, de piel. A continuación salió el resto del cuerpo. Se trataba de un hombre cincuentón, de pelo canoso. Tenía unos ojos muy pequeños, casi hundidos en las cuencas, tras unas gafas plateadas. Resaltaba su nariz

grande de punta redondeada. Cuando bajó del coche sonreía y la boca casi le llegaba de oreja a oreja. A Luis le recordó un poco a *Joker* de *Batman*. El tipo cerró la puerta y se acercó a ellos. Fumaba un puro y Luis pudo observar que le faltaba un dedo de la mano derecha.

—Bueno, bueno, bueno. —Empezó el tipo sonriendo. Luis aparcó la moto y se bajaron—. Supongo que tú debes de ser Luis.

—Soy yo, sí.

—Bueno, pues tengo que daros la enhorabuena por el buen trabajo que habéis hecho. ¿Quién es tu amigo?

—Ismael. Me ayudó a dar el golpe. Ya le dije que no podía solo.

—Sí, ya lo recuerdo. Fue por él, por lo que subimos el precio inicial, ¿verdad?

—Sí —confirmó Luis—. Pero ahora las cosas han cambiado. Nos está buscando la policía. Nos hemos metido en un buen follón y necesitamos más dinero. Nos vamos a ir de la ciudad.

—Entiendo. Pero antes de hablar de dinero, me gustaría ver el pendiente.

—*Acho*, pero ¿qué dices? ¿Te crees que lo hemos traído? Cuando cerremos el trato y veamos la *guita*, te *disimos ande* está. —Saltó Ismael, ante la mirada de reproche de Luis.

—Bueno, muchachos, creo que no habéis entendido cómo funcionan las cosas.

—Sí, sí lo entendemos. Tenemos que llegar a un nuevo acuerdo. Hasta entonces el pendiente está bien guardado. —Mientras hablaba, Luis metió la mano en el bolsillo y sacó la navaja de mariposa sin que nadie se diera cuenta. La ocultó abierta tras la pierna—. Si quieres el pendiente tendrás que pagar lo que pidamos.

—Ya os he dicho que las cosas no funcionan así.

Luis notó una presión en el cogote, el contacto de un frío tubo de metal. «Mierda», pensó y se quedó totalmente inmóvil.

—Este es mi amigo Pepe —informó el tipo de pelo canoso, señalando con el puro a alguien detrás de ellos. Ismael se giró para mirar, pero Luis no se atrevió a moverse—. Es muy tímido, ¿sabéis? Realmente se llama Pedro, pero como el pobre tartamudea, al final se ha quedado con el nombre de Pepe. Es gracioso, ¿verdad?

Luis notó cómo la presión aumentaba en su cabeza.

—Como ya os he dicho mi amigo es muy tímido y casi nunca habla. Está muy cansado de que la gente se ría de él por su problema. Normalmente pide las cosas con gestos o con golpes. Así que, Luis, si el gesto de la pistola en la cabeza no es bastante para que tires ese cuchillo, quizás te lo pueda pedir de otra forma.

—Vale, vale, está bien. —Luis soltó la navaja y notó cómo desaparecía el tubo de acero de su cabeza—. ¿Qué coño quieres de nosotros?

El tal Pepe se puso a cachearlos por detrás y cogió la pistola que Ismael le había robado al Dromedario.

—Lo sabes perfectamente, Luis. —El tipo canoso dio una nueva calada al puro y le tiró el humo en la cara—. Solo quiero el pendiente.

—¡Pijo, pues vamos a llegar a un acuerdo! —Gritó Luis—. El pendiente está a buen recaudo y si nos pasa algo a nosotros, no lo verás nunca.

—Tienes tablas, chaval, para ser un pordiosero. Pero creo que te falta un poco de inteligencia. —El *Joker* apareció de nuevo, tras una sonrisa despiadada. Después continuó dirigiéndose a Pepe—. Mételes en el coche.

Luis miró a Pepe por primera vez. Era una mole de casi dos metros de alto, con unas espaldas inmensas. Llevaba el pelo negro recogido en una coleta y dos carbones negros engastados en las cuencas de sus ojos tras una nariz afilada. Vestía pantalón y chaqueta de cuero negro y una camisa de un rojo intenso, cosa extraña para el calor que hacía, pero útil para disimular las manchas de sangre. El tipo mostraba cara de asco cada vez que los miraba, como si los odiase a muerte. Les empujó con la pistola y caminaron en dirección al coche. Pepe abrió el maletero y les indicó con un gesto que se metieran dentro.

—Vete a tomar por culo —gritó Ismael. Inmediatamente el tipo enorme le pegó un puñetazo en la barriga y un fuerte golpe en la cabeza con la culata de la pistola. Ismael cayó sin sentido en el maletero y Pepe lo empujó y le metió los pies. Con un gesto le indicó de nuevo a Luis que entrara. Este hizo lo que le pedía. Se acurrucó junto a su amigo, maldiciéndose por haber dejado que los cogieran y que la noche hubiera dado un giro tan amargo. Al menos, mientras permaneciera allí encerrado tendría tiempo de pensar algo para salir del atolladero. Cuando Pepe cerró la puerta del maletero, lo último que vio fue el agujero negro del cañón de la pistola apuntando a su cabeza.

A las diez de la noche Aurelio empezó a recoger su chiringuito. Había sido un día bastante productivo pues había ganado más de treinta euros, vendiendo sobre todo a marroquíes. «¡Qué buena es la inmigración!», pensó.

Terminó de guardar las cosas en el interior de su casa y depositó el tablero y las cajas junto a la ventana por la que entraba. Era consciente de que no podía dejar nada en la acera, pues las veces que lo había hecho, los basureros del turno de noche habían arramblado con ello.

Estaba colocando la última caja cuando le sonó el móvil.

—Sí, ¿quién es?... Ah, sí, *Historias*, ¿qué pasa?... Sí, algo he averiguado. Me han dicho que fueron unos pintas de la asociación *La Senda*, de Los Mateos... —El chico marroquí había cumplido esa misma mañana su parte del trato y le había facilitado la información—. Una Asociación de esas que trabaja con los pobres o algo así,... ya... No, es todo lo que he podido averiguar, ni nombres ni nada... De acuerdo... De nada. Adiós.

Colgó el teléfono y agarró su carrito. Tenía que ir a buscar material antes de que pasara el camión de la basura y vaciara los contenedores. Desde ahora ese sería su plan de trabajo: por la tarde regentaría su nueva tienda y después iría a visitar a sus proveedores para conseguir nuevos artículos.

Después de buscar en varios contenedores se aposentó en un banco de la plaza del Lago a descansar. Rápidamente su mirada fue cautivada de nuevo por la Estrella Polar. Aquella noche tenía un brillo especial, muy especial. Tan solo una vez al mes, más o menos, le parecía a Aurelio que la Estrella lucía de aquella manera. Quizás se debiera a la influencia de la luna, no lo sabía exactamente. Pero aquel brillo despertaba en su interior un instinto animal, de depredador. La Estrella le hablaba con sus destellos, clavándose en lo más profundo de su mente. Aurelio la contemplaba hipnotizado, sin poder apartar la vista, entendiendo perfectamente sus palabras. Su brazo se movía solo para coger la botella de vino y llevarla a su boca, mientras su mirada permanecía atrapada en el firmamento.

Cuando por fin bajó la vista, mantenía abiertos los ojos inyectados en sangre, sin pestañear. Bebió vino varias veces, en tragos enormes que casi vaciaron la botella. Una muchacha sudafricana atravesó la plaza. Llevaba ropas ajustadas, de colores llamativos. Una gorra verde sujetaba su pelo trenzado y marcaba los rasgos de su cara pintada a brochazos. Sus caderas eran anchas y los ojos enrojecidos de Aurelio se clavaron en su enorme trasero. Mientras la muchacha se alejaba tranquilamente, el *Napias* saltó de su banco y, abandonando su carrito, corrió hacia ella, tambaleándose.

35

Las pesadillas no se marcharon aquella madrugada del cuatro de septiembre, a 9 días de su boda. Irene se levantó con un tremendo dolor de cabeza, sentía una gran presión en las sienes y la frente. Tragó una aspirina con el café y partió hacia el trabajo.

Había hablado con su hermana después de la llamada de Clara. Y estaba convencida de dar el paso y abortar.

Su Derbi Atlantis no corría tan rápido como era habitual, así que llegó a la Asociación con retraso. Allí la esperaba Rosaura repasando unas facturas mientras mordisqueaba la punta del lapicero. María estaba trabajando en su despacho con la puerta cerrada.

«Espero que hoy sea un día tranquilo», pensó Irene.

Pero como suele ocurrir cuando se desea con desesperación algo, a las nueve y media sonó el teléfono.

—¿Oiga? Oiga, ¿es eso *La Senda*?

—Sí, soy Irene. ¿Quién habla?

—Hola, soy Eliseo, el dueño de *Los Techos Bajos*. Llamo ahora porque no sabía a qué hora abrían eso.

—Sí, dígame, Don Eliseo. —A Irene le dio un vuelco el corazón. Sin darse cuenta bajó el tono de voz, para que Rosaura no pudiese enterarse de lo que hablaban.

—Pues mire, vamos a ser claros. Yo estoy contento con el trato que se me ha dispensado y hasta ahora el chaval había respondido, ¿me entiende? Pero el muy sinvergüenza lleva ya desde el viernes sin venir a trabajar. Estamos hasta arriba, ¿sabe? Porque la gente gusta de ir a tomarse unas tapitas y una caña, que aquí las hacemos buenas-buenas, y todavía hace calor. Y el canalla, el muy... perdóneme este lenguaje, señorita, pero ha traicionado mi confianza y eso son cosas que Eliseo Saura no olvida. ¿Me entiende? Así que esa es la situación.

«Lo sabía», pensó Irene, que había recibido un bofetón con las palabras de aquel hombre. «Sabía que tramaba algo». La confianza traicionada de Don Eliseo Saura no era comparable al abismo que se le abría a Irene bajo los pies.

—Siento mucho lo que ha ocurrido, Don Eliseo, y le agradezco que lo haya puesto en mi conocimiento. El pasado lunes estuvo Luis en la Asociación, pero desde entonces no lo he vuelto a ver. De todas formas puede ser que su madre haya empeorado o le haya pasado cualquier cosa.

—Bueno, pero yo ahora no tengo camarero, ¿me entiende? Ha tenido que venir mi hijo, un señor estudiante de arquitectura, a trabajar en el restaurante, en puesto de poder disfrutar de sus merecidas vacaciones. Si está claro que estos chicos no tienen

remedio, haces lo posible por ayudarles, pero no hay solución.

—No sé qué decirle en este momento. Procuraré informarme.

—Sí, sí, ya. Bueno, adiós.

Y colgó.

Irene se quedó con el auricular en la mano y la mirada perdida.

—Eh, cielo. ¿Qué te pasa?

Delante de ella se alzaba una camisa floreada en tonos azules y amarillos.

—Luis.

—Oh, oh. —Lino cogió una silla y se sentó frente a Irene—. ¿Qué ha hecho?

—No ha ido a trabajar desde el viernes. Acaba de llamar su jefe para echarme la bronca. Ahora llamaré a su madre, a ver si ella sabe algo, cosa que dudo.

—Bueno, ha podido pasarle algo. Luis siempre ha respondido bien.

—No, no creo que le haya pasado nada, Lino. La semana pasada un educador me dijo que había estado alardeando de que le iba a tocar la lotería.

—Amigo, ha vuelto a las andadas. Menudo chasco.

—¿Qué sentido tiene lo que hacemos, Lino?

—Eh, el que sea posible que Luis haya metido la pata, no quiere decir que lo que hacemos no tenga sentido. ¿Vale, cariño? Ahora tienes que pensar en las veces que sí que ha valido la pena, piensa en Jonathan, ese chaval por el que nadie daba dos duros. El pobre no sabía hacer la o con un canuto y ya había sido internado dos veces en un centro. Pero, mira, entre la novia que se echó, que no sé lo que pudo ver en él, y tú, conseguisteis que el chico tirara para adelante. Luises, por desgracia, hay muchos, y *Jonathanes*, menos. Pero esos pocos merecen la pena.

—Tienes razón, Lino.

—Ah, ¿sí? Bueno pues la tarifa para estos casos es de cincuenta euros.

—Irene sonrió.

—Venga, guapa, ánimo.

Lino se levantó y dejó la silla de nuevo en su sitio. A Rosaura la curiosidad la corroía y no cesaba de mirar de refilón a Irene, pero no preguntó nada. Ella se dedicaba a ir recogiendo migajas para después componer la torta.

Irene quería hablar con María de lo sucedido pero primero tenía que atar todos los cabos posibles. Abrió la ficha de Luis y buscó el nombre de su madre. Angustias María. Llamó y al tercer toque, haciendo honor a su nombre, una voz temblorosa se oyó al otro lado.

—¿Sí?

—Señora Angustias, soy Irene, de la asociación *La Senda*. ¿No estará en casa su hijo Luis, verdad?

—No, no. ¿Sabe usted dónde está? ¿En qué lío se habrá metido esta vez? —Y rompió a llorar—. Ay, qué desgracia. Ay.

—Yo no lo sé, señora. Pero acaba de llamarme el dueño del restaurante donde trabajaba su hijo y no sabe nada de él desde el viernes.

—Qué sinvergüenza, si su padre viviera. A él sí que lo respetaba. Yo no sé, señorita. Ayer estuvo en casa con un amigo pero no ha venido a dormir. A lo mejor ha tenido un accidente con la moto esa que le compró su padre. Ay, qué desgracia. ¿Ahora de qué vamos a vivir? Yo limpio, pero eso da para poco. Ay, qué desgracia.

—Tranquila, Angustias. A lo mejor se ha quedado en casa de su amigo.

—¿Del Ismael? No creo.

—De todas formas, si no aparece, puede ir a la policía y denunciar su desaparición. Ah, por cierto, ¿cómo tiene la pierna?

—¿Mi pierna?

—Sí, ¿no había tenido un esguince?

—¿Yo? ¿Qué le ha contado el sinvergüenza de mi hijo?

—Ah, perdone creo que me he confundido. Bueno, gracias y perdone.

—Ay, qué desgracia.

Irene colgó el teléfono con cuidado. Luis llevaba tramando lo que fuera más tiempo del que ella creía. ¿En qué se habría metido?

Ahora sí que tenía que hablar con María. Pero su jefa llevaba toda la mañana con la puerta cerrada y no había salido todavía. Así que preguntó en el punto de información *Rosaura*.

—Está entrevistando a un chico que quiere entrar como voluntario.

«Bueno, otro voluntario. A ver lo que dura este».

Volvió a sus asuntos pendientes. Quería hacer una programación de charlas de gente que estuviera trabajando y que hubiera superado una situación como la de aquellos chicos, aunque iba a ser difícil.

Al rato, la puerta del despacho de María se abrió y apareció ella acompañada de un muchacho alto y moreno.

—Mirad, este es Ginés. Nos va a echar una mano con los chavales. Ha estudiado historia pero sabe mucho de informática. Esta es Rosaura, encargada de la contabilidad, y ella es Irene, la orientadora laboral.

Si no se la hubieran presentado, probablemente nunca se habría fijado en ella. Porque Irene no era el tipo de chicas con las que Ginés solía salir. Esas chicas eran como un cuadro expresionista: manchas de colores vivos y llamativos, que normalmente no aguantaban una segunda ojeada. Sin embargo, Irene era delicada y discreta, pintada a pequeñas pinceladas, donde cada mirada aportaba un nuevo detalle. Su cara se asemejaba a la de las muñecas de porcelana que coleccionaba su tía Rosell. Los ojos eran lo más llamativo, su color avellana estaba enmarcado por espesas pestañas negras; grandes, luminosos, pero atenuados por cierta inclinación en los extremos que le otorgaba una mirada triste. Su nariz era pequeña, dibujada con líneas breves, que se hacían ligeramente respingonas en la punta. Sus labios concentraban toda la voluptuosidad del rostro, e incluso del cuerpo; pequeños pero carnosos, siempre con el aspecto de estar preparados para recibir un beso, o para darlo. La cara era un óvalo pequeño rodeado por una mata de cabello espeso y sedoso, de color miel. Su cuerpo era delgado y no había nada en él que rompiera esa tendencia.

El muchacho era muy guapo. Tenía el pelo negro y su rostro le recordaba a las estatuas griegas. Pero lo que más la sorprendió fue la fuerza de su mirada. Irene nunca había sentido que la miraran con tanta intensidad.

Sin darse cuenta, Irene se estiró, intentando parecer menos bajita de lo que era. Pensó en la coleta maltrecha que llevaba y se arrepintió de no haberse lavado el pelo esa mañana para llevarlo suelto y brillante; y de haberse puesto una camiseta vieja y oscura, en vez de lucir algún vestido veraniego.

—Irene —le dijo María—. Ginés te va a echar una mano con el proyecto de informática que estás preparando. Si lo aprueban, él será el monitor contratado. Mientras tanto, puede llevar el mantenimiento de los equipos. A lo mejor es posible hacer un pequeño taller para los educadores con los equipos que tenemos, a algunos les hace falta ponerse al día con la informática. Bueno, mira con él las tareas que puede realizar y lo organizas todo. Si necesitáis algo, estoy en mi despacho.

Irene se percató de la mirada de envidia que le lanzaba Rosaura. Tomó una de las sillas que quedaban libres, la colocó al lado de la suya y le hizo un gesto a Ginés para que se sentara.

—Tenéis mucha actividad aquí, ¿verdad? —Preguntó Ginés.

—Sí, la verdad es que sí. La Asociación empezó siendo muy pequeñita, pero ahora cubre casi todo el barrio.

—Espero no ser una molestia.

—No te preocupes, solemos tener voluntarios de tanto en tanto. El único problema es que normalmente se quedan poco tiempo. —A Irene le llegó el olor dulzón de la colonia que utilizaba Ginés. Miguel no solía utilizar, solo despedía el fuerte olor del suavizante para la ropa que utilizaba su madre.

—¿Tan mal los tratáis? —Bromeó, mientras Irene sonreía.

—No, somos muy buena gente. Lo que pasa es que la tarea es dura. El trabajo con estos chicos es muy difícil. ¿Por qué has decidido hacerte voluntario, Ginés? No respondes al perfil.

—Ah, ¿es que hay perfil de voluntario? Yo pensaba que la gente hacía estas cosas porque le gustaba ayudar a los demás, hacer algo útil en el tiempo que les queda libre. Me imaginaba que habría gente de todo tipo.

—Pues no. Normalmente los voluntarios que tenemos aquí son chavales que han terminado o están estudiando alguna carrera de la rama social y van consiguiendo algo de experiencia a través de voluntariados.

—Bueno. Entonces no respondo al perfil. La verdad es que estoy de vacaciones y cuando empiece a trabajar seguiré teniendo bastante tiempo libre, así que como estoy cansado de oír a mis tías quejarse porque siempre estoy metido en casa sin hacer nada, he pensado que sería buena idea buscarme una tarea útil. María ha sido muy amable conmigo y me ha explicado cómo funciona todo esto y cómo son los

chavales. Pero supongo que me irán surgiendo cosas...

—Claro, tú pregunta lo que necesites.

Irene aspiró el aroma que desprendía Ginés mientras abría un documento en el ordenador para redactar las tareas del nuevo voluntario. Le explicó la propuesta en la que estaba trabajando para solicitar un taller de informática.

—Deberías dejarme un currículum tuyo y hacer una programación del curso de informática, con fechas y contenidos. Eso ayudará para que nos concedan la subvención.

—Claro, eso está hecho. —Ginés sonrió amablemente, mientras ella le entregaba una copia impresa de sus tareas.

—Supongo que los contenidos serán muy elementales: manejo de *Windows*, conceptos básicos de organización de archivos y algo de Office, sobre todo *Word*, ¿no?

—Sí —continuó Irene. El muchacho parecía listo y eficiente, además claro, de tremendamente guapo—. También sería bueno que explicaras algún programa de dibujo...

—¿El *Paint*? Algo sencillo, ¿no?

—Exacto. Y si da tiempo, tendrías que dedicar un capítulo al ocio. Es decir a instalar algún juego de esos de última generación. Seguro que les gusta a los chavales y hace que se tomen más interés por la informática.

—Bien, me parece una buena idea. ¿Tenéis conexión a internet?

—Sí, sí, todos los ordenadores están conectados.

—Entonces dedicaré también un capítulo a internet. Conozco unas cuantas páginas sobre el arte más antiguo del mundo, con las que sin duda los chavales se tomarán más interés por la informática.

—Oye, ¿a qué te refieres? —Irene se puso seria de pronto. No se esperaba un comentario tan burdo de aquel muchacho que en un principio le había caído tan bien.

—Hombre —Ginés sonreía todo el tiempo y contestó como si no se hubiera dado cuenta de que ella se había sentido molesta—, pues a páginas de música, claro. A estos chavales les suelen gustar grupos como Los Chunguitos. Les puedo preguntar cuáles son sus grupos favoritos y que entren en su página web. Seguro que les encanta.

—Sí, sí, claro. Me parece buena idea. —Irene se ruborizó y le agradeció que se pusiera de pié y no la mirara a la cara.

—¿Dónde me puedo poner a trabajar? —Ginés buscaba con la mirada un sitio libre.

Irene señaló uno de los ordenadores que utilizaban los educadores. «¿Páginas de música? Ese no es el arte más antiguo del mundo. Lo ha dicho para pillarme», pensó Irene.

Rosaura no perdía de vista al nuevo voluntario mientras seguía mordisqueando el lapicero. Irene volvió a su tarea, pero le costó concentrarse. La llegada de voluntarios

siempre le provocaba cierto trastorno porque normalmente María delegaba en ella esas cuestiones, sin darse cuenta de que una persona nueva en la oficina requería un gran esfuerzo de adaptación. Además, aquel voluntario era más guapo y mostraba una actitud más positiva de lo habitual.

El resto de la mañana transcurrió apaciblemente. Irene le contó a María lo que había sucedido con Luis y ella le contestó con el discurso de costumbre. «Con estos chavales no se puede ir más allá de donde ellos te dejan llegar. Hay que intentar hacer lo que podamos, pero no amargarnos cuando no conseguimos el objetivo». Irene sabía que tenía razón, pero cada fracaso con un chaval era una nueva derrota. Sabía que tendría que cambiar esa actitud si quería seguir trabajando allí porque si no, terminaría desquiciada.

Después de eso prosiguió con sus papeleos, interrumpidos momentáneamente por Ginés, que venía a preguntarle algunas dudas, o a pedirle consejo sobre cómo estructurar alguna cosa. El muchacho tenía una charla inteligente y agradable y a Irene le gustaba que la interrumpiera y la rescatara de la rutina donde se encontraba inmersa.

Cuando llegó la hora de comer, Irene se quedó la última. Cuando estuvo segura de que se encontraba sola, descolgó el teléfono y marcó el número que le había dado Clara la noche anterior.

—Clínica Gálvez, dígame.

—Sí, hola. —Estaba nerviosa—. Verá, quisiera informarme sobre cómo abortar.

—Bien. ¿Cuándo tuvo usted su última regla?

—No, no es para mí. Es para una amiga.

—Pues, ¿cuándo tuvo su amiga la última regla?

—Hace algo más de un mes.

—¿Está segura de que está embarazada?

—Sí.

—Bien, entonces el procedimiento es el siguiente. Yo le doy hora con el psiquiatra, quien tendrá que determinar si el caso entra dentro de los supuestos legales. En caso de que sea así, le daremos hora para la operación.

—De acuerdo. ¿Cuándo puede ser la visita con el psiquiatra?

—Pues, espere un momento. ¿Le viene bien mañana a las doce?

—Bueno, yo no podré ir, pero creo que ella sí. De acuerdo, resérveme esa hora y en caso de que no pudiera la llamaría esta tarde.

—Muy bien. ¿Su nombre?

—¿Es necesario?

—Sí. No se preocupe porque aquí es todo absolutamente confidencial.

—De acuerdo. Elisa Solano Máiquez.

—Muy bien. Pues mañana a las doce.

—De acuerdo. Gracias. Adiós.

—Hasta mañana.

Irene telefoneó a su hermana para decirle que tenía que asistir a la cita con el psiquiatra. Elisa mostraba la voz triste y apática, pero cuando Irene le informó de que el procedimiento del aborto estaba en marcha, pareció animarse un poco. Le dio las gracias varias veces y se despidió.

Se repantigó en su silla de trabajo, con la cabeza echada hacia atrás. Se sentía tremendamente cansada y tenía grandes dudas acerca de lo que estaba haciendo. Con gran esfuerzo se levantó, cogió las llaves de la moto y salió al almacén.

Mientras conducía en dirección a su casa no paraba de pensar en Ginés.

A las seis de la tarde ya tenía Aurelio la tienda montada en la puerta de su casa. Se había levantado media hora antes, un poco mareado, y se había acercado al solar de al lado a orinar. La micción había surgido bastante más oscura de lo normal, pero no tenía importancia.

Tras su habitual cerveza, había instalado el chiringuito a la espera de clientes. La verdad era que le había costado mucho levantarse. La noche anterior había sido un poco extraña; una de esas noches en las que perdía el control sobre sí mismo y se dejaba llevar por los designios de la Estrella Polar; una de esas noches en las que se pasaba con el vino y después sufría una resaca de las malas. Pero, ¿qué había sucedido cuando perdió el control? Recordaba a una negra, más bien gorda. Sí, se acordaba de haberla acechado y atraparla por los pelos. ¿La había llevado al solar del Puerto Rico? Era posible, sus recuerdos constituían una gran nebulosa. Al principio, la chica había gritado y había pataleado, pero cuando Aurelio le mostró el cuchillo, se tranquilizó. Sí, no había estado mal perderse entre aquella carne abundante y oscura. Aurelio no podía recordarlo muy bien, pero tenía la sensación de que no había estado mal. Desde luego, aquello no tenía ni punto de comparación con lo que sentía cuando estaba con Trinidad. Con ella era muy diferente, a ella la quería y esto no era más que un impulso, un arrebató, una orden proveniente del cielo. Y Aurelio la seguía al pie de la letra. La Estrella Polar lo había ayudado en muchas ocasiones y él tenía que obedecerla para que no se enfadara. Después de todo, tampoco se lo mandaba muchas veces. Tan solo una al mes, más o menos.

—*Napias*, yo me gusta esos guantes. —Aurelio escapó de sus pensamientos. Al principio no sabía exactamente qué hacía ni dónde estaba. Se encontró frente a él al muchacho marroquí que el día anterior le había proporcionado información sobre el pendiente. El mismo que se llevó la pelota de fútbol.

—¿Eh? ¿Qué dices? ¿Qué guantes?

El chico señalaba sobre la mesa. Como vio que Aurelio no se enteraba se acercó y los cogió.

—Estos. —Eran unos guantes de boxeo, el de la mano derecha tenía descosido el dedo gordo, pero por lo demás estaban en buenas condiciones.

—Bueno —repuso Aurelio, intentando volver al mundo real. Aún le dolía la cabeza—. ¿Qué me traes a cambio?

—Yo he descubierta más cosas del pendiente. ¿Tú te interesa?

—Venga, ¿qué has descubierta?

—¿Tú va darme los guantes?

Aurelio se frotó la frente, aturdido.

—Sí, coge los putos guantes. ¿Qué has descubierta?

—El *Escombros*.

—¿Qué? —Aurelio abrió mucho los pequeños ojos azules, inyectados en sangre,

y levantó la cabeza.

—Como tú oiga. —El chico se puso los guantes e hizo como si boxeara mientras seguía hablando—. Yo he oída que el *Escombro* quiera el pendiente. Parece que sea algo gorda.

—¿Qué más sabes? ¿Traes algo sobre los chavales que lo robaron?

—No, solo lo que yo ya te diga. —El muchacho empezó a caminar, moviendo los pies muy rápido, como pegando saltos y boxeando contra el aire—. Pero tú cuida tu culo. Con el *Escombro* mejor nadie se juega.

Y se fue la mar de contento con sus guantes nuevos.

Aurelio se quedó sentado con la cabeza entre las piernas. Así que el *Escombro* estaba detrás del pendiente. A Aurelio se le revolvió algo en el interior. De repente sintió náuseas, se levantó corriendo hacia el solar y vomitó la cerveza y los restos de comida que le quedaban de la cena. Mientras estaba allí doblado, con el vómito resbalando por la punta de su nariz, Aurelio sonrió.

El *Escombro*.

El chaval tenía razón: con el *Escombro* no se juega. Era un tipo influyente y peligroso. Pero la cosa empezaba a ponerse interesante. ¿Por qué había tanto interés en el pendiente? Al fin y al cabo solo era una joya más. Una joya por la que un coleccionista podría pagar un precio muy elevado. Sí, podía ser. Quizás si Aurelio consiguiera hacerse con el pendiente se resolvería la vida por una temporada.

Quizás.

Y además estaba el *Escombro* involucrado. A Aurelio no le habría importado encontrarse con él. De hecho, le habría gustado tener algo que él quisiera.

El *Escombro*.

¡Maldito cerdo!

Ojalá pudiera encontrarse con él.

Ojalá pudiera conseguir el pendiente.

A última hora de la tarde, Ginés se acercó a la mesa de Irene para entregarle la programación del curso de informática.

—Muchas gracias, Ginés.

—He estado pensando que a lo mejor, además del taller de informática, podría dar a los chavales unas charlas sobre la historia de Cartagena, para que la conozcan.

—Puede ser buena idea. Lo que pasa es que estos chicos suelen tener problemas para concentrarse y no muestran mucho interés por la historia.

—Puedo pensar cómo hacerlo para que les resulte ameno.

—De acuerdo, pero déjame antes que se lo comente a María.

Cuando concluyó el documento que estaba redactando, Irene se dirigió al despacho de su jefa y le explicó la propuesta de Ginés. A María le encantó la idea.

—¿De verdad? —Ginés parecía muy contento cuando Irene le anunció que tenía el visto bueno—. Ahora ya es un poco tarde, pero mañana por la mañana me lanzo a ello. Oye, Irene —Ginés dudó antes de continuar—, ¿te apetece ir a tomar una cerveza después del trabajo?

—Pues, hombre, yo...

Ginés no la dejó continuar.

—Perdona, Irene, no te preocupes. No debería haberte metido en este compromiso. Es el primer día y todavía no nos conocemos. Habrá más días.

—No, no, no es por eso. —Irene se sintió incómoda—. De acuerdo. Acepto tu cerveza.

Se quedó mirando a Ginés un segundo, como si aquellas palabras no las hubiera pronunciado ella. Al momento se arrepintió de haber aceptado la invitación. ¿Qué le pasaba? ¿Acaso era una buscona que se iba a tomar cervezas con el primer tío bueno que conocía? Esperaba que Rosaura no hubiera escuchado la conversación, tenía miedo de lo que pudieran pensar los demás. Pero ahora no podía echarse atrás.

O no quería.

Ginés la esperaba de pie en la calle, mientras Irene sacaba su moto.

—Conozco un bar cerca del puerto que está muy bien —propuso Ginés.

—Vale, ¿dónde tienes tu coche?

—¿Mi coche? No lo he traído. Me apetecía dar un paseo.

Irene dudó unos momentos antes de contestar.

—Bueno, yo te llevaría pero es que no tengo casco para el acompañante...

Sabía que todo aquello eran excusas porque no quería que se subiera en la moto con ella. ¿Y si alguien la reconocía?

—Bien, no te preocupes. Yo voy andando. Si quieres nos vemos en la plaza del Ayuntamiento.

—De acuerdo.

Irene se cubrió con el casco y arrancó la moto. Partió nerviosa por las cuestas de Los Mateos, pero antes de salir del barrio, giró en redondo y volvió a buscar a Ginés, que caminaba a paso ligero.

—Sube.

Él la miró sorprendido. Se montó en la moto y se sujetó a ella por los hombros. Irene notó sus manos, grandes y fuertes, y sufrió una pequeña descarga en el estómago. La brisa del mar acariciaba sus brazos y su cuello y la ayudó a relajar un poco sus músculos tensos. Las manos le sudaban y así con fuerza los puños de la moto.

El bar era pequeño, con unas cuantas mesas para sentarse y (a pesar de no tener más que un cliente en ese momento) el suelo estaba plagado de papeles y porquería.

—No es un lugar idílico, pero si te gusta la cerveza, aquí tienen de todo tipo.

Mientras Ginés pedía, Irene tomó su móvil y llamó a Miguel para decirle que iba a llegar tarde porque tenía que hacer unas cosas antes de ir a casa. No fue muy explícita, pero Miguel tampoco le preguntó.

Ginés regresó con dos medias pintas de Guinness, bien frías, y se sentó frente a ella, al lado de un ventanal con vistas a una calle estrecha. Los dos se lanzaron a sus cervezas sin hacer comentario alguno. Cuando abandonaron los vasos de nuevo sobre la mesa, Irene fue la primera en hablar.

—¿Y a qué te dedicas, Ginés?

—Doy clases en una academia y en la UNED. El resto del día, leo.

—Vaya, a mí también me gusta leer. Antes leía más, pero ahora no tengo tiempo. Cuando empiezo una novela, me pico y ya no puedo dejarla. El otro día cogí el primer libro después de un montón de tiempo. Determiné que tenía que leer algo que pudiera empezar y acabar en el día. Ya sabes, un libro de historias cortas. Así que me decidí por *Las mil y una noches*.

—¿No me digas? Es justo el libro que estoy leyendo yo. ¿Por qué capítulo vas?

—Pues, voy por el primero.

—Bueno, ya verás como te gusta. Yo ya lo he leído varias veces y no me canso.

—Sí, la verdad es que me gusta. Pero lo he cogido sin prisa. Entre el trabajo y los preparativos de la boda casi no me queda tiempo. —Lo soltó de improviso, como una bofetada. Ginés se quedó sin palabras un momento, pero en seguida reaccionó.

—¿Te vas a casar?

—Sí. Solo me queda una semana.

—Pero eres muy joven, ¿no?

—Bueno, no soy tan joven, y lo importante es encontrar a una persona que te quiera.

—Ya, y a la que quieras tú, claro. A mí los compromisos siempre me han dado un poco de miedo. Nunca he aguantado demasiado tiempo con la misma chica.

A Irene no le agradaba hacia dónde estaba derivando la conversación. Tomó un trago de la cerveza y se limpió los labios con una servilleta de papel.

—Es verdad que hay gente a la que le cuesta dar ese paso, pero yo soy muy clásica con estas cosas. ¿Qué te ha parecido la Asociación? —Irene notaba el olor de la colonia de Ginés y observaba su piel blanca y tersa. Cuando hablaba no era capaz de sostenerle la mirada durante mucho tiempo. Era como si él tuviera una fuerza interior mucho mayor que la suya y fuera capaz de proyectarla en la mirada. Irene volvió a mirarlo a los ojos. Era una mirada pícaro e intensa, pero sincera y divertida. Se dio cuenta de que tras aquellos ojos verdes se encontraba un hombre del que podría acabar enamorada y eso le daba mucho miedo. ¡Su vida estaba muy bien como estaba!

—Hacéis una gran labor con los chicos. Me parece que hay que estar hecho de una pasta especial para trabajar como lo hacéis.

—Bueno, tú ahora también navegas en este barco.

—Sí, pero yo solo estoy de paso, solo vengo a hacer un curso de informática y poco más.

—Todos somos importantes.

Irene sostuvo la mirada de Ginés un momento. Se produjo un silencio y los dos volvieron a sus jarras de cerveza. El camarero se entretenía leyendo el periódico mientras tarareaba la música del blues que sonaba de fondo. El cliente de la barra salió por la puerta con un ligero bamboleo.

—Bueno, ¿y qué tal son los chicos? ¿Se harán hombres de provecho? —Ginés sonrió.

—Supongo que la mayoría no. Pero como dice mi jefa, hay que luchar por esos pocos que lo consiguen.

—Imagino que tu trabajo, a veces, tiene que ser desesperante.

—Pues sí, algunas veces sí. Hoy mismo ha sido un mal día.

—¿Por qué? ¿Porque he entrado yo?

—No, no, al contrario. La verdad es que tú me has hecho el día más agradable...

—Irene se ruborizó de nuevo, cuando se dio cuenta de lo que estaba diciendo y observó cómo Ginés sonreía, con un brillo de satisfacción en sus enormes ojos verdes —. Quiero decir, que no ha sido culpa tuya. Es que hoy hemos tenido un problema con un chico en el que teníamos puestas muchas esperanzas. Parecía que podía cambiar. Estábamos todos convencidos, pero nos engañó. Nos ha demostrado que estaba jugando con nosotros.

—¿Y eso?

—Pues, es un chico inteligente, Luis. Muy inteligente, de hecho. Le conseguimos trabajo, se llevaba bien con el resto de los chicos y hacía tiempo que no teníamos noticias de que hubiera vuelto a delinquir. Pero ha desaparecido. Ni su madre ni su jefe saben nada de él. ¿Qué te parece?

—No sé, le ha podido pasar cualquier otra cosa. ¿Por qué pensáis que os ha estado engañando? —Ginés se mostraba bastante interesado en el tema.

—Puede que tengas razón, que le haya pasado cualquiera sabe qué, pero lo dudo.

La semana pasada estuvo alardeando de que le iba a tocar la lotería. Y estos chavales nunca han comprado un boleto, ¿sabes? Además nos mintió. El viernes pasado salió del trabajo porque dijo que su madre se había roto una pierna, pero hoy me he enterado de que era mentira. —Ginés asintió, mientras Irene continuaba con su explicación—. Así que me temo que está metido en algún lío. Supongo que pronto volverá, probablemente cuando se le acabe el dinero y quiera trabajar de nuevo o vaya a casa de su madre, que la pobre bastante tiene. En fin, esto es así.

—Ya. —Ginés permaneció un momento pensativo, para recuperar después la viveza de sus ojos—. ¿Y solo hay chicos?

Irene sonrió. Apuró el último trago de cerveza antes de contestar.

—Qué va. Lo que pasa es que tenemos muchas menos chicas. Ellas tienen menos problemas para conseguir un trabajo y normalmente se meten en menos líos que los chavales. Pero también hay alguna «buena» —hizo el gesto de las comillas con los dedos índice y corazón de ambas manos. Irene miró el reloj—. Vaya, Ginés, me tengo que ir. ¿Quieres que te deje en algún sitio?

—No, tranquila, yo vivo aquí al lado. Pero gracias. Me voy a terminar la cerveza.

Irene se despidió y cuando salía por la puerta no pudo evitar girarse ligeramente para ver si Ginés la estaba mirando. Pero Ginés seguía sentado en la mesa, de espaldas a la puerta, sin mostrar mucho interés por ella.

Salió a la calle con la sensación de haber viajado a muchos kilómetros de su casa y de su entorno. Se sintió a la vez más viva y más muerta que nunca. Aquel chico le gustaba, era muy atractivo y muy simpático, aunque conseguía sacarla de quicio. Parecía tener un arte especial para dejarla en evidencia. Estaba segura de que a él le habría gustado que se hubiera quedado más tiempo. Y en parte no había querido quedarse para hacerse la dura. Sin embargo, se había girado y él no estaba mirando. Era una tontería, pero esos pequeños detalles decían muchas cosas.

De pronto la abordó una ligera angustia, ¿qué narices estaba haciendo? Estaba coqueteando con un chico al que acababa de conocer, una semana antes de su boda.

¿Acaso no están bien las cosas como están?, se preguntó mientras conducía en dirección a su casa.

Cuando Irene se despidió, Ginés apuró su cerveza y permaneció mirando el cristal del ventanal que tenía frente a él. No le interesaba lo que había fuera, sino la chica delgada que se reflejaba, mientras caminaba hacia la salida. La observó andar lentamente. Parecía insegura. Vio cómo abría la puerta, se detenía un momento y, sí, giraba la cabeza con disimulo para mirar hacia él. Eso era buena señal. ¡Había mirado!

Esperó cinco minutos antes de dejar el bar. Cogió un taxi y le indicó que lo llevara a Los Mateos. Tenía que recoger su coche. Por supuesto, no era verdad que hubiera ido andando a la Asociación, pero había oído que ella iba en moto y había querido ponerla a prueba, para ver cómo reaccionaba. Al principio, se había decepcionado mucho cuando no había querido subirlo, pero luego había vuelto. ¡Sí! Eso era otro punto a su favor.

Montó en su coche y condujo rápidamente. Se le había hecho tarde otra vez y apareció en casa pasadas ya las nueve de la noche. Había sido un día muy intenso. Si no fuera por el pendiente jamás se le habría ocurrido ofrecerse como voluntario en una asociación, mas la experiencia había resultado muy gratificante. Era bueno sentirse útil aunque no le pagaran por ello, pues había muchas formas de compensación. De hecho, para él lo mejor del día y del trabajo había sido conocer a Irene. La verdad era que se había sentido muy a gusto con ella y no le importaría contarle por qué había entrado en la Asociación y las investigaciones que estaba realizando. Quizás ella lo ayudara.

Sus tías ya habían cenado, así que calentó los dos trozos de pechuga que tenía preparados y se sentó en la mesa de camilla de la salita de estar.

—Tienes que aprender a respetar los horarios, Ginés —le recriminó su tía Carmen—. Ya sabes la hora a la que se cena en esta casa y si no vas a venir, por lo menos avisa.

—Sí, ya lo sé, Carmen, y lo siento. —Ginés intentaba llevarse bien con sus tías siempre que podía—. Es que he conocido a una chica. Nos hemos ido a tomar una cerveza y al final se nos ha hecho tarde.

—¡Hombre! —Su tía Rosell pareció alegrarse mucho—. ¿Y quién es esa chica?

Antes de que pudiera contestar, Carmen volvió a la carga.

—¿Y ayer? ¿También conociste a una chica? —Cuando hablaba así, no lo miraba. Tenía los ojos clavados en sus agujas de ganchillo e iba soltando las puñaladas verbales, como quien no quiere la cosa.

Este comentario hizo que Ginés se acordara de su visita al *Bar Kentucky*, el día anterior, y de su conversación con la *palanganera*. Estaba claro que sus tías le habían mentado y que su abuela había ejercido de prostituta en el Molinete. ¿Cómo había llegado a eso? Ginés sabía que ya no podría encontrar más información, aparte, claro,

de la que sus tías pudieran darle. Por eso estaba empezando a tomar fuerza en su mente la idea de volver a enfrentarse a ellas, para que le contaran la verdad de una vez por todas. Sin embargo, decidió contestar a la pregunta de su tía Rosell.

—Pues, es una chica muy agradable. Se llama Irene y trabaja en una Asociación de Los Mateos, con chicos problemáticos que viven allí. Intentan enseñarles buenas costumbres, encontrarles un empleo y ayudarlos a cambiar de vida.

—¿Y la de ayer? —Volvió Carmen a la carga—. ¿También era una samaritana?

Ginés ya no pudo aguantar más y las palabras salieron de su boca antes de que fuera consciente de lo que estaba diciendo.

—Pues, ayer estuve hablando con una anciana que vive en el Molinete. —Era una sensación muy rara, se sentía como un espectador más que contemplaba la escena con cara de asombro—. Y esa mujer dice que oyó hablar de mi abuela, de la época en que fue prostituta allí, en el Molinete, y de su asesinato.

Un poco avergonzado por lo que acababa de decir escondió la minada en el plato y cortó la pechuga lentamente, esperando alguna respuesta. Parecía que sus tías se hubieran quedado mudas.

—¿Qué estás diciendo, Ginés? —Le espetó atropelladamente su tía Rosell—. ¿Por qué dices esas cosas?

—¡Déjalo! —Gritó Carmen. Había parado de hacer ganchillo, pero no elevaba los ojos—. Es un desvergonzado. Siempre lo ha sido y siempre lo será. No respeta nada, ni le interesa nada más que sus dichosos libros polvorientos.

—¿Cómo puedes hablar así de tu abuela? ¡Sinvergüenza!

Ginés permaneció en silencio durante un momento, mientras se echaba un trozo de pechuga a la boca. Lo masticó lentamente, intentando tranquilizarse y hablar con serenidad.

—Ayer volví al Archivo Municipal. —Ahora miraba a sus tías para estudiar cómo reaccionaban. Su tía Rosell lo examinaba con cara de incredulidad. Carmen seguía en su mecedora, con la cabeza gacha, rígida como una estatua—. Encontré una noticia del cinco de diciembre de 1935, que hablaba del asesinato de una prostituta en el Molinete. Se llamaba Eulalia Paleto Peralta. Después fui a hablar ...

—¡Cállate ya, desvergonzado! —Gritó Carmen de nuevo y tiró las agujas de ganchillo al suelo—. ¿Es que nos quieres matar a disgustos?

—No. —Ginés se plantó de pie, pero intentó hablar con calma—. Mi abuela no murió de cáncer, como os empeñáis en hacerme creer. Puede que os duela recordar ciertas cosas, pero es mi familia y yo también tengo derecho a saber qué sucedió.

Carmen se levantó de la mecedora, recogió las agujas del suelo y se encaminó hacia la puerta.

—Vámonos, Rosell. No tenemos por qué aguantar esto.

Rosell se puso en pie. Carmen abandonó la habitación y se marchó a su cuarto.

—Ya no me podéis ocultar que mi abuela fue prostituta. —Ginés miró a los ojos a su tía Rosell, pero ella tenía la vista clavada en el suelo, muy seria. Ginés mostraba

los ojos enrojecidos y la voz le flaqueaba, era evidente que le costaba enfrentarse a sus tías de aquella manera, pero continuó—. Eso ya lo he descubierto por mí mismo. Ahora quiero saber por qué. Si era de buena familia, ¿cómo llegó a prostituirse?

Su tía mantenía la mirada perdida en el suelo. Estaba dudando. Por fin, se derrumbó en el sofá.

—Está bien, Ginés. —Estaba muy seria. Miró a su sobrino mientras continuaba hablando y Ginés advirtió que también ella presentaba los ojos llorosos—. Supongo que tienes derecho a saber la verdad. Y no vale la pena que te lo sigamos ocultando.

—Gracias, tía. Quiero saber qué sucedió.

—Esto me va a costar una pelea con mi hermana... pero si lo quieres saber estás en tu derecho.

—Tu abuela se enamoró de un muchacho cuando solo tenía quince años. Nuestro padre se negó rotundamente a que la cortejara porque no era de buena familia. Era un simple cochero y él siempre había querido algo mejor para sus hijas. Eulalia era muy cabezota y creo que estaba realmente enamorada de él. Por eso cuando nuestro padre se negó a que el chico la pretendiera, tomó sus cosas y se marchó a vivir con él. Nuestro padre se puso enfermo de cólera y casi la mata, pero al final le tuvo que permitir irse. Sin embargo, a los cinco meses de cohabitar, tu abuelo se cansó de la convivencia en pareja y echó a Eulalia a la calle. La gente murmuraba que era un caza-fortunas y como ella se había marchado de casa, renunciando a su herencia, él ya no se quiso casar. Yo no sé qué fue lo que pasó entre ellos, Eulalia nunca nos lo contó. Era tremendamente orgullosa y jamás se le pasó por la cabeza volver a nuestra casa, así que buscó refugio en el Molinete. Una tal Caridad Pacheco a la que apodaban la *Negra* la acogió en su prostíbulo y allí dio a luz a tu padre, pues se había quedado embarazada. Después de eso comenzó a ejercer la prostitución, pero pagaba todos los meses a unas monjas para que cuidaran a su hijo y así creciera en un ambiente sano. Un día apareció muerta en su habitación. Según se dijo había subido con un cliente y cuando este se fue la hallaron muerta. Mi padre fue al prostíbulo a recoger sus cosas y desde entonces nosotras nos hicimos cargo de cuidar al pequeño Bartolomé, tu padre.

—Es todo lo que sé, porque desde que se marchó de casa, ninguno de nosotros volvió a hablar con ella.

—Dices que vuestro padre fue a recoger sus cosas. ¿Dónde están? Me gustaría verlas.

—Está bien, Ginés. Hay una maleta con los objetos personales de tu abuela. Te la daré si quieres verla, pero prométeme que no volverás a sacar el tema delante de tu tía Carmen. Está muy mayor y muy sensible y si continúas dándole disgustos puede empeorar.

—De acuerdo. Lo prometo. —Ginés se acercó a su tía. Se sentó en el sofá junto a ella y la abrazó—. Siento si os he hecho daño, pero tenéis que entender que a nadie le gusta vivir engañado. Solo quiero saber la verdad.

Rosell le devolvió el abrazo y permanecieron así un rato.

—Voy a por la maleta y ya dejamos el asunto por esta noche.

Se levantó y abandonó la salita de estar. Ginés se quedó en el sofá pensando en lo que acababa de descubrir. La historia de su abuela era realmente triste. Primero se enamora de un tipo que la traiciona; por orgullo se mete a prostituta; y cuando parece que por fin puede escapar de esa vida, muere asesinada.

Su tía volvió con una pequeña maleta en las manos.

—Aquí la tienes. —Aún presentaba los ojos tristes e intentaba evitar la mirada de su sobrino.

—Gracias. —Ginés la cogió.

—Recuerda tu promesa y no vuelvas a sacar el tema delante de tu tía Carmen.

—Está bien, lo haré.

—Buenas noches, Ginés. —Rosell se encaminó a la puerta de la habitación—. Espero que encuentres lo que buscas y que tu curiosidad quede satisfecha.

—Buenas noches.

Su tía se marchó y Ginés también se levantó para dirigirse a su habitación. Aquel era su territorio y se sentía más cómodo, con más intimidad. Se tumbó en la cama y abrió la maleta. Disfrutó de una emoción muy intensa mientras apartaba la tapa. Era como abrir una ventana al pasado para observar las intimidades de su abuela.

La maleta estaba repleta de ropa vieja. La extrajo toda y la depositó sobre la cama. Entonces, lo primero que llamó su atención fue un libro. Lo cogió con cuidado y comenzó a hojearlo. Era la primera edición completa (en 1924) de *Luces de Bohemia*, la famosa obra de teatro de Valle Inclán. Apartó el libro a un lado y continuó rebuscando. Encontró algunas fotos de su padre cuando era tan solo un bebé. Ginés supuso que su abuela las debía de guardar con mucho cariño, y más si era cierto que no vivía con ella, sino que lo cuidaban unas monjas. Encontró un paquete de cartas sujetas mediante una cinta roja. Las sacó y las depositó sobre la cama. Observó una cadena de oro con una medalla de la Virgen y debajo de esta una foto de su abuela. Era una foto erótica en la que su abuela aparecía desnuda. No era una foto obscena, pues estaba sentada en una silla de perfil y tan solo se le veía el contorno de las nalgas y un pecho, pequeño y bien formado. Lucía el pelo recogido en sendas coletas que le daban un aspecto inocente y provocativo a su cara regordeta. A Ginés le pareció muy guapa y muy sensual y entonces se fijó en que de nuevo, en aquella foto, su abuela aparecía acicalada con el pendiente. De hecho, era lo único que llevaba puesto. Por lo visto, debía de ser muy importante para ella. Apartó la foto y terminó de registrar la maleta. Encontró varios dedales y agujas y una caja de cerillas. Por último, había un trozo de periódico doblado. Ginés lo abrió y observó que sobre las noticias había dibujado un plano de una casa y en el margen, una suma de cantidades de dinero. ¿Habría estado su abuela pensando en comprarse una casa?

Volvió a depositar en la maleta el trozo de periódico, así como el resto de cosas, excepto las cartas. Quitó la cinta roja y abrió la primera. Era una carta de su

bisabuelo, en la que le pedía por favor que volviera a su casa. Tenía fecha de mayo de 1932, por lo que Ginés supuso que se la mandaría antes de que fuera a vivir al Molinete, seguramente cuando se marchó con su abuelo, el cochero que después la abandonó. Había dos cartas más como aquella. Su bisabuelo tenía una letra recta y sobria, trazada con mucho cuidado. La siguiente carta no tenía remite ni dirección, tan solo ponía a quién iba dirigida: *Para La Colegiala*. Ginés la abrió y advirtió que estaba firmada por un tal Isidro Martín. ¿Sería el amante del que se decía que pretendía retirarla? Sin más demora entabló su lectura.

ESTIMADA SEÑORITA:

HA LLEGADO A MI CONOCIMIENTO QUE TIENE USTED EN SU PODER UNA JOYA DE INCUESTIONABLE BELLEZA. ME REFIERO A UN PENDIENTE DE ORO EN FORMA DE DISCO DENTADO, DEL QUE CUELGAN UNA ANFORILLA Y VARIAS CAMPANITAS. SI ESTUVIERA DISPUESTA A VENDETRLO POR UN PRECIO TRAZONABLE, YO ESTARÍA MUY INTERESADO.

LE AGRADEZCO DE ANTEMANO SU COLABORACIÓN,
SIEMPRE A SUS PIES,
ISIDRO MARTÍN.

Después halló otra carta del mismo tipo. Tampoco presentaba dirección ni remite. Ginés pensó que seguramente habría sido enviada con un mensajero que incluso podría haber llevado instrucciones de esperar una respuesta. En esta carta insistía en la compra del pendiente, pidiéndole que pusiera ella el precio. Por último, había una tercera donde aceptaba pagar mil pesetas y fijaba con ella en verse el día tres de diciembre, por la noche, para realizar la compra.

¡El día tres de diciembre! ¡Vaya! Era el día que murió su abuela. ¿La habría matado el tal Isidro Martín? Era una posibilidad y todas las piezas encajaban. El tipo se mostraba muy interesado en conseguir el pendiente. Había aceptado pagar por él una importante cantidad para la época. ¿Y si hubieran quedado aquel tres de diciembre para hacer la venta, pero su abuela se hubiera arrepentido en el último momento? Quizás el tipo no habría estado dispuesto a irse sin lo que había ido a buscar y la habría matado para robárselo. «¡Malnacido!», pensó Ginés con ira.

Pero sí, las piezas encajaban.

Así que habían asesinado a su abuela para robarle el pendiente.

Pero, ¿por qué había tanto interés en aquel maldito pendiente?

¿Sería casualidad o era una copia del que se encontró en el Anfiteatro?

Tendría que volver a preguntarle a su tía por el pendiente. Allí había algo que no

le habían dicho todavía. Sin embargo, tendría que mantener su promesa y no sacar el tema delante de su tía Carmen.

Devolvió las cartas a la maleta y se desnudó para meterse en la cama. «Mañana será otro día», pensó mientras cerraba los ojos y se rendía a la insistencia del sueño. Había sido un día lleno de emociones. La cara de Irene surgió en la oscuridad, sonriente y delicada. Ginés se concentró en ella y en su conversación de la tarde. Así quizás tuviera sueños agradables.

Transcurrió mucho tiempo hasta que el maletero del Mercedes se abrió de nuevo. Luis siempre había soñado con subirse a un coche como aquel, pero nunca habría imaginado que lo haría en semejantes condiciones. Cuando por fin se abrió la puerta, había tenido mucho tiempo para pensar e incluso para dormir. Era ya de día. Pepe los sacó a rastras del maletero a Ismael y a él, porque tenían el cuerpo entumecido y no se podían mover, y los encerró en una habitación completamente vacía de lo que parecía una nave industrial. Les obligó a despojarse de toda la ropa excepto los calzoncillos. Después de eso, Ismael no había cesado de quejarse del fuerte dolor de cabeza, y cuando Luis le miró la herida, encontró un enorme chichón bajo un corte que había sangrado en abundancia. La habitación era estrecha y muy calurosa; las paredes, de bloques de hormigón, y el techo, de uralita.

Se pasaron todo el día allí encerrados, asfixiados de calor y sudando como cerdos, pensando en cómo escapar. Pero no encontraban salida. Había una pequeña ventana que daba al exterior, mas tenía una reja. La puerta era de seguridad y no existía forma de abrirla. ¡Si al menos hubiera tenido su navaja!

Comenzaba a oscurecer cuando Pepe regresó a la habitación, seguido de su jefe. El matón los amenazó con la pistola y les empujó hacia la pared del fondo. Sacó unas esposas y se las puso a Ismael, dejándolo encadenado a un tubo de agua. Extrajo otras del bolsillo trasero e hizo un gesto para ponérselas a Luis. Este extendió los brazos, pero cuando Pepe iba a cerrarlas alrededor de su muñeca hizo un movimiento rápido y le lanzó un puñetazo a la cara. Pepe dio un paso atrás y Luis intentó pegarle una patada en los testículos, pero falló y le golpeó en el muslo. Pepe le apuntó con la pistola a la cabeza y Luis se quedó quieto, mientras le introducía el cañón en la boca. Le empujó y le apretó la cabeza contra la pared. Luis sentía el frío sabor del acero y no se atrevió a moverse otra vez. Una vez que lo hubo anclado con las esposas a un tubo de la pared, Pepe se separó sonriendo y le lanzó una patada a los testículos. Luis sintió un dolor inmenso en la barriga e intentó apretársela, pero tenía los brazos encadenados al tubo y no pudo bajarlos. Pepe abrió la boca en una fuerte risotada. A Luis le saltaron las lágrimas y sintió náuseas. El dolor era muy intenso y la sensación de impotencia, de estar a la merced de aquel hijo-de-perra, la acentuaba. Cuando notó que iba a vomitar hizo fuerza por levantar la cabeza y consiguió su objetivo: alcanzó los zapatos de Pepe. Era casi todo líquido, ya que no habían comido nada desde el día anterior, pero a Pepe pareció no hacerle ni pizca de gracia, porque dejó de reír. Luis se sintió un poco mejor, pero el tipo se acercó y le lanzó un derechazo a la cara. La nariz empezó a sangrarle.

—¡Déjalo en paz de una puta vez! —Gritó Ismael.

Pepe se volvió hacia él, sonriendo, y le propinó también un tremendo puñetazo.

—¡Ya basta, Pepe! —Lo detuvo por fin el tipo de pelo canoso.

Luis se encontraba fatal, aún tenía náuseas y le dolía horrores la nariz rota.

Intentó secarse la sangre con el hombro desnudo, pero no le sirvió de mucho. Miró al frente y descubrió que veía doble. «¡Joder!», pensó, «¿Conseguiremos salir de esta?». Observó cómo dos tipos de pelo canoso se dirigían hacia él. Los dos andaban a la vez y se movían exactamente igual. Luis llevaba suelta la larga melena, que le tapaba gran parte de la cara. Sus rizos deslucían apelmazados y manchados de sangre.

—Bueno, chicos, tenéis dos opciones. —El tipo lo agarró por los pelos y le tiró con fuerza hacia atrás, para mirarlo a los ojos. Al principio se quedó desconcertado al descubrir aquellos ojos de distinto color. Esto hizo que Luis se animase y sin saber por qué volvió a recuperar la visión normal. El tipo continuó—. Podéis darme el pendiente ahora o tendré que dejar que Pepe se siga divirtiendo con vosotros. Tenéis que decidir.

—¡Vete a tomar por culo, *hijoputa!* —Gritó Ismael. El tipo de pelo canoso lo miró sonriendo; entonces intervino Luis.

—Está bien. —Succionó el aire por la boca porque la nariz la tenía destrozada y no podía respirar por ella. El tipo le soltó el pelo, mientras él continuaba—. Está bien. Le daremos el pendiente. Suéltenos e iremos a buscarlo.

—¡Qué gracioso, Luis! Realmente eres muy gracioso. —Se alejó unos pasos y sacó un puro. Arrancó la punta con los dientes y la escupió mientras lo encendía con una cerilla—. Parece que aún no os habéis dado cuenta de cómo funcionan las cosas. Vais a decirme dónde está el pendiente y nosotros iremos a por él. Si no lo encontramos lo pasaréis muy mal.

—Eso no podemos hacerlo. Si le decimos dónde está el pendiente nos tendrá en su poder y no tendremos nada con qué negociar. —Luis se detuvo para respirar por la boca, se estaba quedando sin aire—. ¡Sea razonable! Tenemos que llegar a un acuerdo.

—El tiempo de los acuerdos ha pasado, Luis. Ahora solo tenéis una opción y es decirme dónde habéis guardado el pendiente.

Luis lo miró a los ojos, desafiante.

—Eso no se lo diré jamás. Antes prefiero que me mate.

El tipo de pelo canoso sonrió al exhalar una bocanada de humo.

—Lo harás, muchacho. Lo harás.

Pepe mostró una amplia sonrisa y se dirigió hacia ellos frotándose las manos, mientras su jefe se deleitaba con el habano pegando una nueva calada.

42

Irene había pasado toda la mañana con dolor de estómago. Tampoco aquella noche había dormido mucho y las ojeras se hacían patentes como dos descosidos en su cara de muñeca. Y cada día que transcurría se encontraba peor. Esa noche había pensado mucho en Ginés, más de lo que ella habría deseado. Y no era capaz de despojarse de esa terrible convicción de que estaba perdiendo el rumbo de su vida.

Ginés apareció por la Asociación poco después de llegar Irene y se instaló en la misma mesa. No hizo comentarios acerca de la tarde anterior, cosa que Irene le agradeció. Rosaura escrutaba por encima de sus gafas, olisqueando el aire como una hiena en busca de carroña.

A las diez apareció una chiquilla, Lola, acompañada de una educadora, y se plantaron delante de la mesa de Irene.

—¿Qué tal, Lola?

—Bien.

Irene se quedó mirándolas sin comprender.

—Mira, que te traigo a Lola porque habías quedado con ella hoy para ayudarle a preparar el currículum y todo eso.

—Ah, sí, claro. Siéntate, Lola.

Irene no se acordaba, pero al mirar su agenda confirmó que allí figuraba la cita. Lo había anotado hacía ya varias semanas y se le había olvidado por completo. Tenía que centrarse.

—Bueno, yo os dejo. —La educadora se alejó.

—Yo, cuando tenga pasta —comenzó la chica—, me voy a pintar el pelo rojo, como el de la Loreto —señaló a la educadora con la cabeza—. Así que búscame un curro.

—Eh, eh, hoy vienes arrollando.

—Oye, ¿y ese? —Curioseó Lola señalando con el dedo a Ginés, que levantó la cabeza y le sonrió un momento.

—Es un monitor de informática.

—Jo, está muy bueno. ¿No me puede hacer el currículum él?

—Pues no, porque él solo entiende de informática.

—Bueno, pues empieza.

Lola era una chica bajita y delgadísima, que siempre iba embutida en pantalones ceñidos y desgastados. Tenía cierta discapacidad cognitiva, pero era capaz de llevar una vida normal. Con sus dieciséis años estaba a cargo de sus dos hermanos pequeños porque, a pesar de que vivían su padre y su madre, cada uno iba por su lado y

aparecían por casa solo cuando se les antojaba. En muchas ocasiones Lola se veía obligada a mendigar a sus vecinos un poco de comida. Su hermano mediano ya había estado interno por varios robos.

Irene era consciente de que iba a ser complicado encontrarle un trabajo porque tenía dificultades para cumplir un horario y no estaba acostumbrada a esforzarse de manera continua en nada. Pero tenía que comenzar el proceso.

Al cabo de un rato, cuando terminó de hablar con ella, se acercó a la mesa donde estaba Ginés para ver cómo le iba todo.

—Me va muy bien, he buscado actividades para hacer en el aula y que la historia de Cartagena no les resulte pesada. Si tienes tiempo, luego lo comentamos.

—Vale —miró su reloj—. Ahora me voy un momento fuera, que tengo que hacer una llamada.

Irene cogió su móvil y se refugió en el almacén con la luz apagada, se apoyó en su moto y marcó el número de su hermana.

—Hola, Irene.

—Hola. ¿Cómo ha ido todo?

—Bien, supongo. La psiquiatra era una mujer muy amable. Me ha estado haciendo preguntas.

—¿Y? —Insistió Irene.

—Tengo cita para mañana a las cinco.

El teléfono enmudeció por unos instantes.

—¿Estás segura, Elisa?

—Sí, completamente. ¿Qué te pasa?

—No sé, no quiero incitarte a hacer algo que tú no quieras.

—Tú no me estás incitando, soy yo la que quiere hacerlo. Pensaba que tú me estabas ayudando. —Irene percibió el dolor de su hermana.

—Lo siento, Elisa, lo siento. Yo también estoy un poco nerviosa, no sé, siempre había creído que había otras alternativas antes que hacer eso.

—Ya, pero yo quiero hacerlo, ¿entiendes? Y estoy segura de lo que hago. Y me gustaría que me ayudaras porque me siento sola.

Irene advirtió en la voz de su hermana cómo hacía esfuerzos por no llorar.

—¿A qué hora has quedado mañana?

—A las cinco.

—De acuerdo.

Cuando salió del almacén, tenía la sensación de que, a pesar de sus dudas, estaba haciendo lo correcto, que no era otra cosa que apoyar a su hermana.

La mañana transcurrió tranquila. Hizo algunas llamadas a las empresas donde había chavales de la Asociación trabajando, para hablar con los jefes o el encargado y hacer un seguimiento. En general, no eran los mejores trabajadores, pero cumplían.

Cuando colgó el teléfono después de la última llamada miró a su alrededor, observó la sala como si la viera por primera vez, sus cristales sucios, los ordenadores

encendidos, las montañas de papel por todas partes. Contempló a Rosaura concentrada en el ordenador con el ceño fruncido y tecleando con sus uñas rojas y largas, que hacían un molesto ruidito al contacto con las teclas. La puerta de María, al fondo, seguía entreabierta intuyéndose su presencia. Desde el otro lado de la pared venían las voces de los chavales en el taller de manualidades. Entonces pensó en Luis y se preguntó si volvería a aquella clase. Miró todo aquello y se preguntó si el resto de su vida sería tan predecible como hasta ahora. Pensó en sus padres y en Miguel. Pensó en su piso, en las comidas familiares del domingo, y sintió vértigo. Sí, probablemente sería así siempre... y se acomodaría a ello. Eso también lo sabía.

Hacía tiempo, había escuchado por la radio un reportaje sobre las bodas de conveniencia, pactadas por los padres de los que se casaban. Y decían que en muchos casos, a pesar de que los cónyuges no se querían, se acomodaban a la situación y hasta podían llegar a ser felices. Porque no esperaban nada del matrimonio, para ellos no suponía ese carácter romántico. Sin embargo, ella sí que lo esperaba todo. Era una romántica empedernida que se emocionaba con las películas de Sandra Bullock y que estaba enamorada de Richard Gere. Pero las películas terminaban en el momento en el que la pareja se unía definitivamente, cuando se disipaban las dudas, cuando se daban el primer beso, o cuando la casa ardía de pasión, igual que en Como Agua para Chocolate. Ella intuía que cuando se casara su sueño acabaría, como en las películas. Y había vivido poco todavía como para imprimir FIN en su pantalla. Miguel era un buen chico. Ese era su valor principal y su gran logro, porque su madre no había podido imprimir su malicia en él. Mas eso era todo lo que podía ofrecerle. Y no era bastante. Sus ojos empezaron a humedecerse. Una semana, ese era el tiempo que le quedaba. Ya tenían reservado el restaurante, ya habían repartido las tarjetas, ya estaba elegido el detalle que se entregaría a las mujeres y el puro de los hombres, ya habían encargado los enormes ramos para engalanar la iglesia y contratado al cuarteto de cuerda para amenizar la tediosa misa. Todo estaba listo, menos ella.

—Escucha, Irene, se ha acabado el jabón en el baño, ¿dónde...? —Ginés no terminó su frase al encontrarse con los ojos de Irene—. ¿Tienes alergia? Aquí hay demasiado polvo. Toma, que llevo un pañuelo de papel.

Irene cogió el pañuelo avergonzada. A pesar de la vergüenza, empero, se sintió arropada. Intentó recomponerse, mientras Ginés se dirigía discretamente a su mesa.

—Está en el almacén, al lado de la puerta hay unos botes.

La voz de Irene sonó un poco forzada, pero esperó que Rosaura no se diera cuenta.

«Tranquila, Irene, todo va bien, ahora no es el momento de ahogar penas». Intentó poner al día su agenda y organizar sus contactos, una tarea rutinaria, porque no era capaz de concentrarse en nada.

—He terminado con la programación del curso. —Irene no se había dado cuenta de que Ginés se acercaba a su mesa y lo descubrió sobresaltada. Ginés se aproximó un poco más, poniéndose en cuclillas a su lado y bajando el tono de voz—. ¿Te

apetece que vayamos a comer juntos después del trabajo? Conozco un sitio aquí cerca...

—No, Ginés. No puedo. Otro día.

—Ya. Bueno, el sitio está aquí cerca y...

—De verdad, otro día a lo mejor.

—Sí, vale.

Ginés regresó a su sitio lentamente. Irene se encontraba incómoda, siempre le ocurría cuando le decía que no a alguien. Solía ser muy sumisa y le costaba gran esfuerzo llevar la contraria. Durante mucho tiempo había sido la niña buena de la familia, la que hacía lo que se le mandaba. Su hermana era la desobediente, la rebelde, la que daba los dolores de cabeza a sus padres. Se habían resignado a llevar esos papeles adelante. Y cuando ella se comportaba de una manera que no era la esperada, su madre le echaba en cara que estaba cambiando, que no la reconocía, que no podía ser su niña. A Irene le dolían estos comentarios y volvía de nuevo al redil. Quizá ese había sido el origen de muchos de sus problemas, incluidos los que tenía con Miguel.

Siempre había querido mucho a Miguel, pero su amor había mutado a lo largo del tiempo. Al principio fue pasional, como en casi todas las relaciones. Después se enfrió un poco, dando paso al cariño y al compromiso. Y todavía seguía sintiendo ese cariño por Miguel, pero el sentimiento de compromiso con un futuro común se estaba esfumando. Ella le quería, mas ya no le amaba. Hacía tiempo que se había dado cuenta de esto, de que Miguel y ella ya no formaban una pareja perfecta. Él se acomodaba a su vida y ella se resignaba. Con todo, no podía romper la relación; ni Miguel ni su familia esperaban eso de ella, y no podía hacerlo.

O sí. Miró a Ginés, que estaba imprimiendo un documento. Lo vio alto, fuerte, con iniciativa. Un chico que la invitaría a cenar en bares curiosos en vez de comer unas *pizzas* frías en casa. Que la besaría con delicadeza como si fuera una figura de porcelana o la agarraría con pasión desenfrenada, pero nunca con desidia.

Ya eran casi las dos. Rosaura recogió sus cosas a toda prisa.

—Me tengo que ir porque me está esperando mi marido. Hoy es nuestro aniversario. Uy, seguro que me ha comprado alguna joya. Es muy detallista. Chao.

Irene la miró como si viera una pieza exótica en el museo de los horrores. Y como si un resorte se hubiera disparado en su pecho, apagó el ordenador y se dirigió a Ginés.

—¿Sigue en pie lo de la comida?

Ginés la examinó sorprendido sosteniendo en las manos el último papel que había expulsado la impresora.

—Claro, ¿a qué viene este cambio?

—Pues, está claro, vamos a celebrar el aniversario de Rosaura.

Los dos sonrieron con una mirada de complicidad.

Llegaron al mismo bar que la tarde anterior.

—Eh, ¿pero no me dijiste que este bar estaba especializado en cervezas?

—Sí, pero también tiene unas tapas estupendas.

Había poca gente en ese momento y pudieron ocupar el mismo rincón.

—Las patatas con ajo y los *montaditos* son una maravilla y tienen unas brochetas enormes que están...

—Ya, bueno, yo creo que tomaré los *montaditos*. Y unas aceitunas también. ¿Tienen *marineras*^[3]?

—Claro, están buenísimas. ¿No prefieres un *matrimonio*^[4]?

Ginés sonrió e Irene arrugó el labio superior de la boca y movió la cabeza a los lados, como diciendo irónicamente «Qué gracioso».

El camarero se acercó con parsimonia y les tomó nota.

—¿Estás ya más tranquila?

—Sí, he tenido un pequeño bajón. Soy muy sensible y a veces pienso más de lo que debería.

—Supongo que todos lo hacemos en algún momento.

El camarero regresó a la mesa y sirvió las dos cervezas que habían pedido.

—Hoy parece que no hace tanto calor como los días pasados, ¿verdad? —Dijo Irene.

—¿Tan aburrido soy que tenemos que recurrir al tema del tiempo?

Irene lo miró fijamente un momento, y enseguida comenzaron a reírse los dos.

—No, tienes razón. No pareces nada aburrido, así que ¿por qué no me hablas un poco de ti?

—¿Tienes curiosidad? —Preguntó él con picardía.

—Sí, porque sigo pensando que es muy extraño que un chico como tú esté pasando su tiempo como voluntario en una Asociación.

Ginés se mostró un poco sorprendido.

—Es cierto, no me va mucho, aunque ahora que he empezado me va gustando.

—Sí, pero eso no responde a mi pregunta.

—No, no responde porque me resulta difícil hablar contigo de estas cosas, aunque ese es el motivo por el que te he invitado a comer.

Ahora fue Irene la que se sorprendió.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, no te preocupes. No soy ningún psicópata que te sigue por las mañanas y se ha buscado un trabajo en tu empresa para estar más cerca de ti. No, no es eso. — Irene relajó algo su expresión, y Ginés hizo una pausa antes de continuar—. Estoy buscando algo.

Los *montaditos* de jamón y queso aparecieron sobre la mesa acompañados de las aceitunas y las *marineras*, pero ninguno de los dos comensales les hizo caso.

—¿El qué?

—Todavía no lo sé. Yo... espero que esto se mantenga en secreto. —La interrogó con la mirada e Irene asintió, intrigada—. No sé por qué pero confío en ti y a lo mejor me puedes ayudar. Voy a comenzar por el principio. Mi padre murió siendo yo un niño, en un accidente de tráfico —Irene percibió cómo la voz de Ginés vibraba con estas últimas palabras—, y mi madre desapareció poco después. Se largó sin más. Supongo que no tendría fuerzas para cuidar ella sola de un hijo. No sé, pero no le guardo rencor. —Irene creyó que decía la verdad—. Total, que desde pequeño vivo con mis tías-abuelas, Rosell y Carmen. Carmen está llena de rarezas, yo creo que la soltería no le ha sentado muy bien. Rosell es para mí mi madre, la verdad es que me mima como a un chiquillo. Fue ella la que me animó a estudiar Historia y la que me da el dinero que a veces me hace falta para comprar más libros, porque leo más rápido de lo que puedo pagar. La verdad es que mi vida es bastante normal: trabajo, como te dije, en una academia del Paseo y en la UNED. Con eso voy trapicheando y llego a fin de mes sin un duro en el bolsillo, pero con todos mis caprichos cubiertos. —Ginés bajó un poco la voz, ligeramente avergonzado—. Te estoy abriendo mi vida y la verdad es que no es todo lo ejemplar que debiera. Me cuesta hacerlo, pero creo que es la única manera de que confíes en mí, porque me gustaría mucho contar con tu ayuda. —Ginés le dedicó una mirada intensa que ella no supo muy bien cómo interpretar.

Irene tomó un trago largo de cerveza y él esperó a que terminara para continuar.

—El que yo entrara en la Asociación no fue fruto de la casualidad. Hace algunos días estaba en casa leyendo el periódico cuando vi la noticia de que habían robado en el Museo Arqueológico el pendiente helenístico. ¿Lo oíste?

—Sí, algo me suena.

—Se trata de una pequeña pieza de oro con forma de sol con unos *colganticos*. Es una joya muy bonita y puede valer una pasta en el mercado negro. Sin embargo, hay una cosa muy curiosa. —Se detuvo y bebió cerveza para aumentar la intriga.

—¿Cuál?

—Mi abuela, la madre de mi padre, luce un pendiente igual que ese en una foto que está en el salón de la casa de mis tías. ¿No es extraño?

—Pues, no sé. A lo mejor es una reproducción, ¿no? —Irene prendió uno de los *montaditos*, un poco decepcionada.

—Eso pensé yo al principio. Pero la foto está hecha unos treinta años antes de que se encontrara el pendiente en una excavación del Anfiteatro Romano. —Irene frunció el ceño y paró un momento de masticar. Ginés había vuelto a conseguir captar su interés—. Sí, tiene que ser una reproducción, pero no me explico cómo se pudo hacer antes de que lo encontraran. Mi tía Rosell dice que quizás alguien soñó con el pendiente y fabricó uno igual; no parece una explicación muy creíble.

Irene volvió a la carga con el *montadito* mientras ponía a trabajar los engranajes de su mente a marchas forzadas.

—Bueno, a lo mejor es otro pendiente de la misma época, que tu abuela consiguió

de alguna forma.

—También lo pensé, y es poco probable. Se trata de una joya artesanal muy antigua. Es muy difícil que hayan podido llegar a nuestros días dos piezas iguales.

—Vaya, eso complica la historia. Si no es una copia y es poco probable que existan varios pendientes iguales... llegamos a un callejón sin salida.

—Exacto. Es algo que no me explico. ¿Cómo podía mi abuela tener una copia del pendiente antes de que se encontrara? No paro de preguntármelo.

—Espera un momento. —Irene sonrió y pegó un nuevo bocado al *montadito*. Después continuó con la boca llena—. Creo... que ya... lo tengo. —Se tapó con una servilleta de papel para evitar que las migajas salieran disparadas.

—Venga ya. —Ginés sonrió incrédulo—. ¿Qué es lo que tienes?

—La solución. —Irene entabló un largo trago de cerveza. Ahora disfrutaba ella haciéndose la interesante—. He resuelto el misterio del pendiente.

—¿Y cuál es la solución?

—No sé si te lo quiero decir. —Bromeó ella muy alegre.

—Eh, eh, no me hagas esto —Ginés sonreía, feliz e intrigado. ¿Sería verdad que lo había resuelto? Alargó las manos y cogió las de Irene—. ¿Sabes los días que llevo calentándome la cabeza con eso? No consigo explicármelo.

—Bueno, está bien. —Irene le apretó las manos, mientras se explicaba—. Tu problema es que siempre has pensado que fuera una copia. Has dicho: «¿Cómo puede ser que mi abuela tuviera una copia antes de que se encontrara el original?».

—Sí, ¿y qué?

—Pues está claro, Ginés. No puede ser una copia. El pendiente de tu abuela es el original.

—¿Cómo que el original? Entonces, ¿el del Anfiteatro es la copia?

—No, no. ¿Ves? Sigues cegado por el mismo pensamiento. Ninguno es una copia. Es el mismo pendiente.

—¡Claro! Tienes razón. A mi abuela se lo robaron y de alguna forma llegó al Anfiteatro, donde se encontró. Sí, puede ser. Quizás durante la Guerra...

—Es posible.

Irene se liberó de las manos de Ginés y atrapó una marinera. Él la siguió.

—Bueno, ya está resuelto el misterio.

—Sí, más o menos. En realidad, solo una pequeña parte. La historia se complica más. A raíz del pendiente, empecé a sentir curiosidad por la vida de mi abuela. Nunca había sabido mucho de ella salvo que murió joven.

Ginés echó un trago largo a su cerveza, que ya empezaba a quedarse algo tibia. Irene intentaba calibrar hacia dónde se dirigía la conversación, por qué le contaba todo aquello. A pesar de sus dudas, se alegraba de estar en aquel bar sucio con Ginés.

—Mi bisabuelo fue un hombre bien situado en la Cartagena de principios del siglo veinte. Tenía dinero y posición. Y crió a sus hijas entre paños de algodón. Eso lo sé porque he visto fotos: colegios de monjas, con uniforme; chachas y profesores

privados; excursiones a la playa. Sin embargo, mis tías siguieron puras y solteras hasta hoy, pero mi abuela se hizo prostituta.

Irene no sabía si reírse o mantenerse seria. Ginés se dio cuenta y continuó.

—Bueno, ríete si quieres. Supongo que suena gracioso, ¿verdad? Una casa bien, con dos hijas castas y una puta, para compensar. La verdad es que mi abuela lo debió de pasar muy mal. Y mis tías también, supongo. Yo no sabía nada de esto y todo surgió a partir de la noticia del robo del pendiente. Me puse a investigar, y por mis propios medios descubrí que mi abuela había vivido en el Molinete y que se había prostituido. Hablé con una anciana que la conoció, al menos de oídas. El caso es que ayer me enfrenté a mis tías para que me contaran lo que sucedió en realidad. Carmen se marchó a su cuarto y no me quiso hablar, pero mi tía Rosell por fin entendió que tenía derecho a saberlo. Me explicó que mi abuela se marchó de casa con quince años porque se había enamorado de un cochero y su padre se negó a la unión. Por lo visto, al quedar desheredada el cochero la abandonó estando embarazada. Como era muy orgullosa se negó a volver a la casa de su padre y buscó refugio en el Molinete. Por eso, al final, terminó prostituyéndose para ganarse la vida.

—Vaya. Siento haberme reído antes.

—No te preocupes, sé que podía sonar gracioso. El caso es que todo respondía a un determinado orden en mi vida, y me gustaba que así fuera. Pero, ahora me planteo cosas que había dado por olvidadas, ya no me puedo fiar de lo que cuentan mis tías porque parece que han hecho verdaderos esfuerzos por modificar el pasado.

—Piensa que para ellas tiene que ser muy duro recordar aquello. Si tu abuela murió joven y además llegó a prostituirse, debió de ser un golpe muy fuerte siendo ellas tan puritanas.

—Sí, pero hay más cosas, Irene. —Ginés se acercó a la mesa y bajó un poco el tono de voz—. Mi abuela murió asesinada.

Irene meditó un momento.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Pues, ya te he dicho que estuve investigando por mi cuenta. En el Archivo Municipal encontré la noticia de una prostituta que había sido asesinada en el Molinete. Ponía el nombre completo, y la fecha de la muerte coincide. Era mi abuela.

—¿Y crees que eso puede tener relación con el pendiente?

—Pues sí. Ayer, cuando hablé con mi tía Rosell, me entregó una maleta con los objetos personales de mi abuela. Encontré dentro unas cartas de un tipo que se interesaba por comprarle el pendiente. Acordaron un precio y quedaron el día tres de diciembre de 1935 para hacer la venta.

—¿Y?

—Y ese es el día en que mi abuela murió.

Irene se quedó meditando un momento.

—Ya. Entonces crees que ese tipo mató a tu abuela para robarle el pendiente.

—Exacto.

—Ya. Y te preguntas por qué hay tanto interés en ese pendiente.

—Exacto. Mataron a mi abuela para robárselo. Y ahora, casi setenta años después lo roban del Museo Arqueológico. Hasta ahora pensaba que eran dos pendientes distintos, pero eso no tiene sentido. Tiene que ser el mismo pendiente.

Irene abrió los ojos y estudió fijamente a Ginés.

—Ya entiendo, te hiciste voluntario porque crees que los chicos que robaron el pendiente eran de la Asociación.

—No es que lo crea, Irene, estoy seguro de que uno de los que robó el pendiente era Luis.

Irene se quedó muda un rato, pensando en que había coincidencias que hacían real aquella posibilidad.

—Ya, pero, ¿por qué estás tan seguro?

—No niegues las evidencias. Tú misma me dijiste que hace una semana Luis alardeaba de que iba a tener un golpe de suerte. Ha dejado el trabajo. Y los que robaron el pendiente eran dos chicos jóvenes.

—Pues si es así, ha tenido que ganar mucho dinero con el robo para no aparecer por casa.

—Ojalá sea eso.

Irene lo miró sorprendida como si se diera cuenta de algo.

—Esto es peligroso, ¿verdad?

—Sí, sospecho que sí.

—De todas formas me alegro que me lo hayas contado.

—No es que te lo haya contado y ya está, es que me gustaría que me ayudaras.

—No veo cómo. Yo no soy ninguna experta en historia, ni me muevo en los bajos fondos, ni soy buena con los acertijos.

—Entonces, ¿no quieres ayudarme? No quieres involucrarte conmigo en esto, ¿verdad?

Irene guardó silencio y miró alrededor. El bar permanecía vacío y el camarero les dedicaba miradas de curiosidad de vez en cuando mientras mordisqueaba un palillo. La música de blues ambientaba tenuemente, como la tarde anterior. Antes de responder aspiró lentamente y dedicó una sonrisa a Ginés.

—Bueno, puedes empezar contándome todo lo que sepas sobre ese pendiente.

Ginés acometió un *montadito* de lomo con queso mientras meditaba por dónde iniciar la explicación. Quizás lo mejor sería contarle algo de la historia de Cartagena.

En ese momento sonó el móvil de Irene.

—¿Sí? Ah, hola, Clara... ¿Sí? ¿Ya está todo listo?... Bueno... Vale... Entonces, primero la cena y después al Cartagena y Punto —Ginés ojeó a Irene un momento y ella desvió la mirada—. Sí, sí, a mí me da igual... Pero algo sencillo, Clara, por favor. Ya sabes que a mí estas cosas... Oye te llamo luego, que estoy comiendo. Venga, un beso, hasta luego.

Irene se disculpó con un gesto mientras relegaba el móvil al fondo de su bolso.

—Lo siento.

—No importa.

—Es que hoy mis amigas han decidido celebrar mi despedida de soltera.

—Espero que os la paséis muy bien.

—Gracias. Bueno, me ibas a contar todo lo que supieras del pendiente.

—Sí. Realmente no hay mucha información. Solo que es anterior a la llegada de los romanos a Cartagena y que seguramente es una obra de importación. —Irene frunció el ceño y Ginés se explicó—. Quiero decir, que lo más probable es que no se hiciera aquí, en Cartagena, sino que por la técnica utilizada, de gránulo, es más probable que proceda de Grecia, por eso este pendiente es conocido como el pendiente helenístico.

—Vaya. La verdad es que la historia nunca ha sido mi punto fuerte, a lo mejor porque nunca he tenido un buen maestro.

—Te puedo explicar un poco de la historia de la ciudad, si quieres.

—Sí, claro. Me encantaría.

—Vale. Entre el Siglo VI y el III a. C. toda la parte sur de la Península Ibérica estaba ocupada por una región que se conoce como Tartesios. —Ginés gesticulaba mucho con las manos mientras hablaba. Transmitía con facilidad su entusiasmo a quien lo escuchaba—. Se supone que era un estado muy rico, culto y pacífico. No se puede saber con seguridad, pero algunos historiadores lo describen como una especie de paraíso. Dicen que sus habitantes llegaban a vivir hasta ciento cincuenta años.

—¿En serio? —Irene abrió los ojos sorprendida.

Ginés sonrió mientras continuaba.

—Supongo que no. Solo son leyendas. Pues bien, la parte oriental de Tartesios se llamaba *Mastia*. Algunos autores dicen que esta región tenía una ciudad con el mismo nombre, *Mastia*, que era su capital, y la identifican con el asentamiento de la actual Cartagena. No se ha encontrado ningún indicio de que esto sea cierto, son solo suposiciones. Los mastienos que supuestamente vivían aquí, como te he dicho, eran gente culta y pacífica, gobernados por un consejo de ancianos, del cual uno era

elegido como monarca. En aquellos tiempos la ciudad de *Mastia* se encontraba protegida por altas murallas, ayudadas por sus cinco colinas. Además, la ciudad no era como ahora, sino que se asentaba sobre una península.

—¿En serio? ¿Cartagena era una península?

—Sí. ¿No lo sabías?

—No.

—Pues sí, era una península, y la única conexión con tierra firme era a través de un pequeño istmo de tierra por donde hoy está la plaza Bastarreche. Toda la zona que se conoce como el Ensanche estaba cubierta por agua de mar y la llamaban *Almarjal*. Por eso Cartagena ha sido siempre una plaza militar tan importante. El que estuviera prácticamente rodeada por agua de mar, unido a las cinco colinas que la rodean, la convertían en una plaza prácticamente inexpugnable.

—¿Y qué pasó con el *Almarjal*?

—Como eran aguas estancadas, dio lugar a numerosas enfermedades y epidemias. En el Siglo XIX se hizo un proyecto de ensanche, reforma y saneamiento de la ciudad, con el cual se desecó el *Almarjal* y se hizo posible que la ciudad creciera en esa dirección: el actual Barrio del Ensanche.

—Vaya, nunca me había planteado por qué el Barrio del Ensanche se llamaba así.

—Bueno, el caso es que la ciudad de *Mastia*, si es que alguna vez existió, estaba asentada en esa península y protegida por sus colinas y murallas. Sus habitantes se dedicaban fundamentalmente a dos cosas, y de hecho eran enormemente ricos gracias a ellas: las minas de plata y el comercio. Era tal la riqueza que habían acumulado gracias a estas dos actividades y estaban tan agradecidos, que en dos colinas de la ciudad erigieron un templo dedicado a dos personajes divinizados: en el actual monte de San José construyeron un templo en honor a *Aletes*, que según la leyenda fue el nativo que descubrió las minas de plata; y en lo que hoy se llama el Cabezo de los Moros, estaba el templo en honor a Tot, el héroe egipcio que vino a morir a *Mastia* y que era portador del genio del Comercio.

—Vaya, me habría gustado vivir en esa época. —Irene sonrió mientras apuraba su cerveza.

—Bueno, espera que te cuente lo que pasó después.

En ese momento se acercó el camarero para retirar los platos y preguntarles si querían algo de postre. Ginés pidió un *pan de Calatrava* y un *asiático*^[5]; Irene, unas natillas y el mismo café.

—A ver si te vas a emborrachar.

—Bueno, hoy es mi despedida. Y un día es un día. Venga sigue, que está muy interesante.

—¿Por dónde iba? Ah, sí. Resulta que muy lejos de *Mastia*, los cartagineses habían perdido la primera Guerra Púnica contra los Romanos. Así que decidieron venir a Iberia para conquistar nuevos territorios y recuperar fuerzas. El caso es que conquistaron a golpe de espada la mayor parte del sur de la Península, encabezados

por el general Amilkar Barca. Amilkar murió y el ejército cartaginés, liderado ahora por su yerno, Asdrúbal, llegó a *Mastia*, el pueblo pacífico y maravilloso. Como quería asentarse en esta ciudad para establecer su capital, Asdrúbal sabía que no le convenía entrar por la fuerza. Era más sabio hacer un pacto con los indígenas y así tenerlos de su parte. Es por eso que Asdrúbal, aunque ya estaba casado con una hija de Amilkar, se casó de nuevo con la hija del monarca mastieno. Sellaron así un pacto por el cual los mastienos continuarían rigiendo la ciudad en sus costumbres, religión y asuntos civiles, mientras que los cartagineses se hacían cargo de la defensa por mar y tierra. Asdrúbal reforzó las defensas de la ciudad y el puerto y bautizó a la antigua *Mastia* como *Qart-Hadath*, o Ciudad Nueva, que era el mismo nombre de la capital cartaginesa en África. Asdrúbal fue un general pacífico que se dedicó a realizar pactos con las tribus vecinas, mientras hacía todo lo posible por el desarrollo de su ciudad. Su sueño era crear un imperio independiente de Roma y *Carthago*, con capital en la nueva *Qart-Hadath*. Sin embargo, murió a los dos años de vivir en su querida ciudad, asesinado por un esclavo que vengaba a su amo.

El camarero se acercó con los postres y los acometieron mientras Ginés seguía con su explicación.

—Ummm, está buenísimo este pan de Calatrava. —Ginés miró a Irene sonriendo—. ¿Quieres probarlo?

—No, gracias. Bueno, sí. —Irene alargó su cuchara—. Sí, está muy bueno. Pero las natillas también están muy buenas. La verdad es que se come bien en este sitio.

—Claro, por eso te he traído. No es muy lujoso —Ginés miró el suelo sucio—, pero la comida está de vicio.

—Sí, todo muy bueno. Entonces, ¿qué pasó cuando murió Asdrúbal?

—Después de su muerte hubo que elegir rápidamente a un sucesor y el elegido fue Aníbal Barka, hijo de Amilkar y cuñado de Asdrúbal. Aníbal no tenía nada que ver con su cuñado. Era un bárbaro y un guerrero y, al igual que su padre, solo soñaba con conquistar Roma. Enseguida entabló el reclutamiento de efectivos para constituir un gran ejército y lanzar sus ofensivas contra los romanos. Aníbal arrasó Sagunto, que pertenecía a los romanos, desatando así el inicio de la Segunda Guerra Púnica. Preparó un ejército colosal y se lanzó con sus elefantes a la conquista de Roma. Su hermano, que se llamaba también Asdrúbal, quedó encargado de custodiar y defender *Qart-Hadath*. Se estableció un cordón umbilical entre la ciudad y el ejército de Aníbal, a través del cual les abastecían de refuerzos, alimentos, etc. Aníbal cosechó una gran cantidad de victorias y traspasó Los Pirineos y Los Alpes con su ejército. Pero claro, los romanos no eran tontos y se dieron cuenta de que ese cordón umbilical era su punto flaco. Por eso atacaron a la altura del Ebro, venciendo los efectivos cartagineses que allí lo protegían. Asdrúbal partió de *Qart-Hadath* para recuperar el territorio perdido; esa expedición fue un gran desastre y se tuvo que volver a la ciudad con el rabo entre las piernas. Los romanos siguieron conquistando toda la costa mediterránea hasta llegar a asediar la ciudad. Pero *Qart-Hadath* era una plaza

difícil de conquistar. Sin embargo, en el año 210 a. C. un joven general romano llamado Publio Cornelio Scipion descubrió un punto débil. La ciudad se encontraba muy bien protegida por el istmo, donde tenía la entrada, no así por la parte del *Almarjal*. Y había una determinada hora del día, cuando bajaba la marea, en que era posible atravesar a pie dicho *Almarjal*. Aprovechando esto, simuló un ataque frontal, mientras disponía el ataque real a través del Estero. El ejército penetró fácilmente en la ciudad y los cartagineses se vieron obligados a rendirse sin opción. Los romanos bautizaron de nuevo la ciudad con el nombre de *Cartago-Nova*.

El camarero llegó con los cafés. Mientras movía la leche condensada, Ginés prosiguió.

—La ciudad estuvo en poder de los romanos hasta el S. v d. C. Después vinieron los visigodos, los musulmanes, la reconquista, etc.

—¿Y qué pasó con Aníbal?

—Su viaje fue una auténtica epopeya. Llegó a estar a las puertas de Roma, aunque nunca consiguió conquistarla.

—¡Uf! —Irene arrugó la cara después del primer trago de café—. Está fuerte este asiático, pero muy bueno. —Volvió a beber—. Entonces, dices que el pendiente es de la época de los cartagineses o de *Mastia*, ¿no?

—Sí, más o menos. Tampoco se sabe con seguridad. De hecho, como te he dicho, el período cartaginés en la ciudad duró muy pocos años. Es probable que pertenezca a la civilización mastiena.

—A lo mejor lo han robado por eso. Si es uno de los pocos vestigios de esa civilización, debe de ser muy valioso.

—Puede ser. Aunque tengo la sensación de que hay algo más.

—Sí, yo también.

Se produjo un silencio.

—Quiero saber qué hay tras ese dichoso pendiente porque ha estado ligado a mi familia de alguna manera. Para mí es muy importante cualquier cosa que pueda averiguar, porque conllevará también saber algo más sobre mí mismo. —Hizo una pequeña pausa y escrutó los ojos de Irene antes de hablar—. ¿Me ayudarás?

Irene escondió la vista en la mesa unos segundos. Después lo volvió a mirar.

—Sí, en lo que pueda sí. Si me entero de algo sobre Luis te lo diré. Y si te puedo ayudar de otra forma...

—Gracias. Te lo agradezco mucho. La verdad es que estaba un poco perdido y ya me has ayudado más de lo que te imaginas.

—De nada. —Irene sonrió de nuevo—. Oye, ¿qué hora es?

Ginés miró su reloj.

—Son casi las cinco.

Irene se echó las manos a la cabeza.

—Vaya, Ginés, lo siento, pero tengo que irme. He quedado con Miguel y ya voy a llegar tarde.

—Está bien, no te preocupes. Yo también tengo cosas que hacer. Venga, vete, que yo invito.

—No, no, de eso nada. Cada uno se paga lo suyo. —Irene metió las manos en su bolso para sacar el monedero, pero Ginés le cogió el brazo.

—Déjame invitarte. Considéralo como un agradecimiento por ayudarme.

—De acuerdo, está bien. Pues muchas gracias. Me voy corriendo.

Ginés alargó la mano con un papel.

—¿Qué es eso? —Se sorprendió ella.

—Es mi tarjeta con dirección y número de móvil. Ya sabes, por si se te ocurre algo respecto a la investigación y eso. Puedes llamarme a cualquier hora.

Irene dudó, pero lo cogió.

—De acuerdo. Y gracias por la comida. —Abandonó el bar casi corriendo.

—Hasta luego.

Ginés pagó tranquilamente y se dirigió a su casa. Había comido muy a gusto. Había disfrutado muchísimo enseñándole a Irene unas nociones básicas sobre la historia de Cartagena. Y la verdad era que la chica cada vez le gustaba más. En fin, era un caso perdido. Resulta que ahora estaba coladito por una tía a punto de casarse. Vamos, que no tenía ninguna posibilidad. Siempre había tenido mucho éxito con las mujeres, pero nunca había mantenido una relación seria que durara más de un año. De hecho, nunca había salido con una chica con la que se sintiese realmente cómodo, una chica que le transmitiera buenas sensaciones, que sin apenas conocerla ya supiera que podía confiar en ella.

Nunca, hasta ahora.

En ese momento sonó su móvil.

El negocio iba viento en popa. No cesaba de detenerse gente para examinar las cajas dispuestas sobre el tablero y la acera. Las ventas habían aumentado enormemente y ya no compraban solo los moros sino también españoles que vivían en los pisos cercanos. Aurelio estaba muy contento. Sin embargo, ahora había otra cosa que atormentaba su mente: el Pendiente. Debía de ser algo gordo. El *Escombros* no se metía en cualquier fregado y si se había inmiscuido en este, tenía que ser importante. En fin, quizás él también tuviera opción de jugar sus cartas. A lo mejor, incluso tendría ocasión de encontrarse con el *Escombros*, en un ambiente más íntimo, donde pudiera hablar con él.

El día que lo vio en la tienda de compra-venta estuvo a punto de darse la vuelta y marcharse, pero actuó bien al no hacerlo. Fue capaz de pasar delante de él y comportarse como si no lo conociera. Un auténtico ejercicio de autocontrol. Ahora, si consiguiera hacerse con el pendiente, quizás tuviera oportunidad de verlo a solas... Sí, lo estaba deseando.

Pero, ¿cómo podría hacerse con él?

Para empezar, intentaría sacarle información al *Historias*. Él también parecía muy interesado en el pendiente. Sí, tenía que quedar con él.

Cogió el teléfono móvil y marcó el único número de la agenda.

—Sí, hola, ¿*Historias*?... Ah, ¿qué pasa, hombre? Soy el *Napias*... Oye te llamo desde el teléfono este que me diste... Sí, vale... Oye, tenemos que quedar para hablar... Sí, sobre el pendiente... Hay algo importante que deberías saber... Sí, puede que esto sea más gordo de lo que pensamos... No, por teléfono no —y continuó susurrando—, siempre hay gente escuchando... Sí, mejor quedamos... Venga, vale, no te preocupes, cuando puedas... Adiós.

Cuando colgó disfrutó de un cosquilleo en el estómago. Su plan estaba en marcha. El *Historias* pasaría a ver qué tenía que contarle, pero sería él quien le sacara la información. Mientras tanto, intentaría enterarse de algo más por sus propias fuentes. Si conseguía descubrir exactamente quién había robado el pendiente, quizás pudiera hacerse con él. Bien por las buenas o bien por las malas, cuando quería, Aurelio también podía ser muy persuasivo.

Observó a la gente registrando las cajas y examinando el tablero lleno de mercancía. En ese momento había unas ocho personas y Aurelio se sintió muy feliz.

Parecía que por fin la vida le sonreía.

A Irene le resultaba increíble cómo una conversación con un desconocido (porque Ginés era prácticamente un desconocido) pudiera producir tanto impacto en ella.

Llegó a casa con el pecho palpitando, y se alegró al descubrir que Miguel no había aparecido todavía. Saludó a sus padres y corrió al baño para lavarse la cara y los dientes. Al momento llegó Miguel. Desde que entró por la puerta, Irene percibió que su novio no estaba de muy buen humor. Miguel, que siempre se tomaba las cosas con mucha tranquilidad, tenía momentos de muy mal humor sin razones muy justificadas, e Irene había aprendido con los años a dejarle tranquilo hasta que esos vahos se le pasaban.

Miguel se aposentó en el sofá floreado al lado de la lámpara de pie estilo «casa-de-Saramontiel». Su madre enseguida le ofreció tomar algo y su padre entabló conversación sin esperar a saludarle. Miguel se limitaba a escuchar a su futuro suegro sin pelearse por la palabra, como era habitual.

Irene se dirigió a su habitación para guardar la ropa limpia que su madre le había dejado doblada sobre la cama, y al girarse, allí estaba Miguel, con aspecto serio, apoyado en el marco de la puerta.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Comenzó él sin dar tiempo a decir nada.

—Eh, eh, tranquilo. ¿Qué me pasa de qué? —Irene dio un paso atrás.

—Pues, ayer al final no nos vimos y hoy no me has llamado. No sé, estás muy rara.

—Bueno, ayer tuve que terminar unas cosas en el trabajo y hoy también me podrías haber llamado tú. Y puede que tengas razón, estoy rara porque tengo muchas preocupaciones.

—¿Cuáles? —Miguel suavizó el tono a la vez que se acercaba a su novia—. Dímelas y te intentaré ayudar.

—Son cosas mías, Miguel.

—No sé, Irene, te noto muy distante y no me gusta que estemos así.

—Tienes razón y lo siento. Me encuentro un poco nerviosa.

—¿Es por la boda?

Irene intuyó que le estaba preguntando si era culpa de él y si lo seguía queriendo. Lo miró con cariño dispuesta a explicarle cómo se sentía realmente. Observó su cara redonda, rubicunda, con la barba de días que sombreaba sus mejillas. Pero en ese momento la madre de Irene llamó suavemente a la puerta entreabierta.

—Miguel, ¿te vas a quedar a cenar?

—Pues, no sé. —Miguel miró a Irene.

—No, mamá, hoy es la despedida de soltero.

—Ah, ¿es hoy? —Se sorprendió su madre.

—Sí, mamá.

—Bueno, no sé qué modas más raras tenéis la gente joven. —Y cerró la puerta de

la habitación.

—¿Has quedado con tus amigas?

—Claro. —Irene lo escrutó sorprendida—. En eso habíamos quedado, ¿no?

—Pues, no sé.

La despedida había sido un tema harto conflictivo del que los dos habían hablado poco. Ella le había comentado tiempo atrás que quería celebrarlo, salir con sus amigas. Sin embargo, él estaba empeñado en hacer una celebración conjunta o, mejor aún, no hacer nada. Realmente, la cosa había quedado en el aire. Y cada uno había interpretado lo que mejor le convenía.

—Estoy harto, Irene. Estoy cansado de que siempre te tengas que salir con la tuya. ¿Es que no estás bien conmigo? ¿Para qué quieres salir por ahí con esas amigas tuyas? Porque, claro, la marimacho esa de Clara también irá. —El tono de voz crecía progresivamente—. Y tú eres como una marioneta que hace lo que ella le dice, y ella lo único que quiere es que no estemos juntos.

—Miguel, no quiero que hables así de mis amigas. Creo que no está resultando un buen momento para hablar. —Irene concentraba todos sus esfuerzos en mantener la calma—. Lo mejor será que continuemos la conversación cuando estemos los dos más calmados.

—Oh, claro, ya salió la lista. Bueno, chica, yo me voy. Haz lo que te salga de los huevos.

Miguel abrió la puerta con brío y salió por el pasillo como un toro fuera del redil. Irene entendía que se comportaba así para fastidiarla, porque él sabía que a ella no le gustaba que sus padres se enteraran de los problemas que tenían como pareja.

Cerró la puerta con cuidado y se dejó caer hasta el suelo, triste. Transcurrió un rato pensando en lo desgraciada que era y en el egoísmo que llevaba a Miguel a comportarse cruelmente con ella. Después se levantó y se acostó en la cama, con la mirada perdida. Sacó el papel que guardaba en el bolsillo trasero del pantalón y llamó por teléfono desde su móvil.

Cuando colgó, se dirigió al baño para recomponerse y cogió su bolso.

—Hija, ¿quieres que te acerque yo con el coche a casa de Miguel? —La voz de su padre manifestaba dolor y preocupación.

Irene se sintió avergonzada.

—No, papá, prefiero dar un paseo.

Se dirigió por La Alameda hasta la calle del Carmen. Saludó al portero mientras ascendía al primer piso. Las escaleras eran anchas y de mármol blanco. Golpeó con la aldaba la majestuosa puerta de madera tallada. Ginés abrió, parecía contento.

—Hola, Irene. Pasa.

Se sentía un poco violenta; había decidido ir a casa de Ginés movida por un impulso.

La casa era clásica hasta en sus más ínfimos detalles. Había jarrones, portafotos, figuras de porcelana. Todo decorado con un gusto exquisito y de una calidad

suprema.

—Es preciosa tu casa.

—Oh, no es mi casa, es la casa de mis tías. Pasa, que te las presento.

Llegaron a una habitación pequeña y luminosa, que daba a un patio interior. Irene descubrió a dos ancianas de aspecto frágil, sentadas.

—Esta es mi tía Carmen.

Irene se dirigió hacia la anciana que estaba sentada en la mecedora viendo la televisión, pero Ginés la cogió de la mano para que no se acercara. La anciana apenas le dirigió una fugaz mirada y se dejó atrapar de nuevo por la televisión. Irene comprendió que aquella era la tía rara de la que Ginés le había hablado.

—Y aquella es mi tía Rosell.

—Hola, tú eres Irene, ¿verdad? —Rosell se acercó mientras atusaba su moño y se alisaba las ropas—. Mucho gusto, Irene. ¿Te apetece tomar algo?

Irene iba a decir que no, pero Ginés se adelantó.

—Vale, tía, ¿podría ser una de esas limonadas tan buenas que preparas?

Su tía sonrió y contestó mirando a Irene.

—Este sobrino nuestro está demasiado mimado y es un zalamero, así que ten mucho cuidado con él. —Y se encaminó hacia la cocina.

Ginés tomó de la mano a Irene.

—Ven, te voy a enseñar mi habitación.

Irene estudió su cara con desconfianza.

—Venga, no seas tonta. No me voy a aprovechar de ti... el primer día.

Ella sonrió y lo siguió por el pasillo. Entraron en su dormitorio. El mirador estaba abierto de par en par y la luz inundaba la habitación. Irene se quedó embobada con las estanterías de libros antiguos, grandes y polvorientos.

—Es increíble, tantos libros. —Acarició el lomo de algunos y se giró—. Me gusta mucho la luz, la decoración. Es impresionante este lugar. ¿Qué es eso que tienes ahí?

—Son objetos de la Segunda Guerra Mundial. También colecciono algunas cosas, pero lo que más me gusta con diferencia son los libros.

Ginés cogió un tubo verde y lo abrió, sacó algo de dentro y se lo puso en la cara. Era una máscara de gas. Irene se rió.

—Te pareces a Darth Vader.

Y Ginés empezó a hacer la respiración forzada de Vader mientras se acercaba a ella, amenazante.

—Vamos, Princesa Leia, no podrás resistirte a la Fuerza. Ven conmigo, el Lado Oscuro nos hará crecer.

Irene se rió de nuevo y Ginés se despojó de la máscara.

—Ven, te voy a enseñar mi despacho.

Volvieron a caminar por el pasillo. Ginés abrió unas puertas de corredera e Irene descubrió la habitación más hermosa en la que nunca había estado.

—Es un salón de baile, pero como mis tías están ya para pocos bailes, he

instalado aquí mi despacho.

Irene quedó cautivada por los frescos del techo y la enorme lámpara. No sabía hacia dónde mirar porque todo le parecía fabuloso.

—Me encanta, Ginés. Este lugar es impresionante. ¿Quién construyó esta casa?

—Mi bisabuelo. Todo el edificio pertenece a mi familia. Mis tías tienen alquilado el resto de pisos y ellas viven en este. Mi familia siempre ha estado bien situada, creo que yo nací para compensar eso.

Irene vio cómo se dibujaba una sonrisa triste en el rostro de Ginés.

—No creo que eso sea así, tú eres muy joven todavía.

Llamaron a la puerta y apareció Rosell con una bandeja.

—Deja que te ayude, tía.

Ginés tomó la bandeja con los dos vasos y la jarra, apartó los papeles y la depositó sobre la mesa.

—Bueno, chicos, si necesitáis algo, estoy en la salita.

Ginés sirvió la limonada, mientras Irene se acercaba desde el otro extremo de la habitación.

—Oye, Ginés, yo quería decirte que, bueno, que...

—Que te apetecía ver a un nuevo viejo amigo como yo y charlar un rato, ¿no?

—Sí, eso es.

—Escucha, Irene, la mayor parte de las veces pienso que uno ha de ir improvisando en la vida, y no pasa nada. Si hay alguien que no lo entiende, pues peor para él. Yo soy muy comprensivo. —Y sonrió.

—Sí, puede que tengas razón. —Irene se sentó y probó la limonada—. Esto está riquísimo.

—Es una receta especial de mi tía. Mezcla limón y algo de manzana, con hielo o algo así.

—Deberías aprender a hacerlo. —Irene se mostraba más animada—. ¿Has descubierto algo nuevo?

—Ah, sientes curiosidad, ¿verdad? ¿Qué misterios esconderá el pendiente?

—No te burles de mí. —Sonrió.

—He estado pensando en tu hipótesis sobre que el pendiente de mi abuela y el del Museo fueran él mismo. He revisado algunas notas que había tomado e información que conseguí de la Guerra Civil. Creo que tenías razón. —Ginés tomó un papel, se levantó y se dirigió al centro del salón, mientras Irene esperaba sentada a que continuara—. Me lo estoy imaginando como si lo estuviera viendo. —Se giró entusiasmado, mientras gesticulaba con las manos, como intentando dibujar en el aire lo que expresaba con sus palabras—. Imagínate en su casa al tipo que mató a mi abuela para robarle el pendiente. Un piso de la época, decente aunque no muy lujoso. Imagínate que por alguna razón que aún desconocemos este pendiente es muy importante para el tipo. En principio estaba dispuesto a pagar una gran suma de dinero por él y después, llega hasta a matar por conseguirlo. Debe de tener mucho

interés. Ahora imagina que ha estallado la Guerra Civil y el tipo tiene el pendiente de oro en su casa. Al principio no hay problema, pero un día sucede algo que le va a fastidiar. Imagínalo, dando vueltas en la habitación, pensando qué puede hacer...

Salvador está muy nervioso. La pequeña habitación es una biblioteca, pues las paredes están llenas de estanterías con libros que llegan del suelo al techo. Hay una mesa en el centro con una silla enfrente. La mesa está llena de libros viejos y recortes de periódico abandonados por encima sin orden ninguno. Recorre los tres metros de largo que tiene la habitación una y otra vez, primero en una dirección y luego en la otra. En la mano derecha aprieta con fuerza el pendiente helenístico y piensa repetidamente: «¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?».

Se para un momento frente a la mesa desordenada y fija la vista en el Noticiero de Cartagena de hace dos semanas, que está abierto por la página cuatro. Vuelve a apretar el pendiente y sigue paseando. Justo en el centro de esa página cuatro están impresas las siguientes palabras: «CARTAGENA NUEVA» y debajo, en grandes letras: «NOTA DE LA ALCALDÍA». Salvador ha leído la nota ya muchas veces y sabe que no puede esconderlo. Ya ha oído que están entrando en las casas. Lo encontrarán. «¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?» —se sigue preguntando. La Nota de la Alcaldía se expresa de la siguiente manera:

«De todos es conocido el problema planteado por el orden económico por las dificultades que los establecimientos bancarios vienen encontrando para el normal desenvolvimiento de su misión por el atesoramiento de monedas de plata que gente desconocedoras de la misión histórica que a todo ciudadano nos está encomendada viene realizando. Para evitar de una manera rápida y terminante con los que de una manera consciente o inconsciente realizan este sabotaje he acordado dictar las siguientes disposiciones:

Primera: A partir de la fecha queda terminantemente prohibido la tenencia de monedas de plata a los particulares por un importe superior a diez pesetas».

Después de expresar el resto de disposiciones el artículo concluía de la siguiente manera:

«Finalmente se hace saber, para general conocimiento, que en el plazo de cuatro días a partir del de la fecha, se autorizarán los registros domiciliarios para descubrir a los que se opongan al normal desenvolvimiento de este servicio, castigándoles severamente.

Espera esta Alcaldía del patriotismo de los ciudadanos de Cartagena, que tendrán en cuenta las anteriores prevenciones, para bien de la causa que defendemos.

Cartagena 4 Febrero 1937

El Alcalde,

JOSE SEMITIEL».

—Vaya, entonces iban a requisarle el pendiente —comprendió Irene—. Casi puedo verlo, me lo imagino en la habitación pensando qué puede hacer para no perderlo.

—Vale —continuó él entusiasmado, mientras abandonaba la copia de la hoja del Noticiero que había conseguido en el Archivo Municipal—, ahora imagínate que se para de repente, con los ojos abiertos como platos. Se le ha encendido la bombilla.

Salvador sabe que no puede esconderlo por más tiempo. Están entrando en las casas y lo desvalijan todo. La Nota de la Alcaldía solo habla de la plata, pero se están llevando todas las joyas, todo lo que sea oro o plata. Si encuentran el pendiente lo fundirán y lo añadirán a algún lingote para pagar armas a los rusos. No puede permitirlo. Cada vez los registros son más duros... no valen compartimentos secretos... lo encontrarán, sabe que lo encontrarán... «¿Qué puedo hacer?», se sigue preguntando.

Entonces, como si una bombilla se hubiera encendido en su cabeza le viene la solución. «No puedo esconderlo en mi casa», piensa. «He de esconderlo en un sitio donde nadie lo buscaría, un sitio público».

—Y pongamos que vive en la plaza de La Merced, por ejemplo —explicó Ginés, mientras Irene lo miraba fascinada—. Entonces se pone a pensar. Un sitio público... donde nadie pueda encontrar el pendiente... pero donde él pueda volver a buscarlo dentro de un tiempo, cuando pase la Guerra.

—Y se le ocurre hacer un agujero cerca de la plaza de toros.

—Exacto. —Ginés sonrió y le dio un abrazo entusiasmado a Irene, al ver que había seguido perfectamente sus deducciones. Estando así, abrazados, y mientras la miraba a los ojos sintió unos deseos irrefrenables de besarla. Pero, Irene, avergonzada, se deshizo del abrazo. Antes de que pudiera decir nada, Ginés continuó con la historia—. Imagínate que él sabe perfectamente de la existencia del Anfiteatro Romano y piensa en utilizar la estructura de este como referencia para esconder el pendiente y poder volver a buscarlo. ¿Recuerdas lo que decía la noticia de cuando encontraron el pendiente?

—Pues no, Ginés, yo no la he leído. —Irene miraba a Ginés ahora de otra forma.

—Es verdad, perdona. Es que ya me parece que estemos juntos en esto desde siempre. Pues, decía algo así como que el pendiente se había encontrado en un estrato que no se correspondía con su época.

—¿Y eso quiere decir que lo enterraron en una época posterior? —Terminó Irene.

—Exacto.

Eran las tres y media de la madrugada y llovía a cántaros. Salvador no quería que nadie pudiera verlo y pensó que a esas horas y con el tiempo que hacía sería una excelente oportunidad. Cavaba con un pico sobre la tierra reblandecida por la lluvia, pero la peor parte venía cuando intentaba sacarla con la pala. Era puro barro y le costaba una barbaridad, pero sabía que el trabajo merecía la pena. Estaba haciendo un agujero bastante grande, de dos por dos metros, justo al lado de donde había localizado el muro del Anfiteatro más alejado de la plaza de toros. Quería llegar por lo menos a dos o tres metros de profundidad. Sabía que así no habría problemas de que pudiera quedar al descubierto por el agua o de que alguien lo encontrara por casualidad. Estaría allí esperando, hasta que él volviera a buscarlo.

—Y allí lo encontraron en septiembre del sesenta y ocho —continuó Irene—, cuando hicieron las excavaciones del Anfiteatro.

—Exacto.

—Pero, ¿por qué no volvió a buscarlo?

—Pues, no lo sé. Lo más lógico es que muriera durante la Guerra y el pendiente se quedara allí enterrado, esperando a que alguien lo encontrara.

—Tiene sentido. Sí, me puedo imaginar que sucediera algo así.

—Sí, yo también lo pienso —acordó Ginés.

Irene miró su reloj.

—Oh, mierda, son las siete y media ya. Tengo que irme a casa. Hemos quedado a las nueve.

—Pareces una cenicienta, espero que no acabes convirtiéndote en calabaza.

—La Cenicienta no cambiaba, solo se transformaban sus vestiduras.

—Es una lástima que las tuyas vayan a cambiar también. —Repuso Ginés con voz cansada.

Irene no supo cómo interpretar sus palabras.

Antonio Galindo, más conocido en toda Cartagena como el *Escombros*, abandonó su casa cerca de las ocho de la tarde. Era propietario de un ático de doscientos cincuenta metros cuadrados en la plaza de España, sin embargo últimamente pasaba muy poco tiempo en él. Había regresado del trabajo, se había duchado y había salido de allí casi corriendo. Desde su último divorcio la casa tenía un aspecto sombrío y aún permanecía tomada por la decoración que había impuesto su ex-mujer. Si algún día disponía de tiempo quizás se decidiera a cambiarla, aunque lo más probable es que esperara a que hubiera una nueva señora Galindo. Sabía perfectamente que si la cambiaba ahora, cuando hubiera una nueva mujer en la casa le tocaría volver a hacerlo. Por eso, mientras tanto, hacía vida en su yate.

Condujo el Mercedes por el Paseo de Alfonso XIII y se detuvo frente al Carrefour. Hizo una llamada a un móvil.

—Estoy aquí —y colgó.

Permaneció recostado en el asiento del conductor, esperando. Tenía ganas de relajarse un poco y olvidarse de todos los problemas, como la nueva Ordenanza de Edificación Forzosa que querían implantar desde el Ayuntamiento. Consistía en establecer un plazo máximo para construir a los propietarios de los solares que había en la ciudad. Si no edificaban en ese plazo el solar saldría a subasta pública y eso, a Antonio, le fastidiaba. Él construiría cuando quisiera y aguantaría los solares como estaban el tiempo que creyera oportuno. Para eso era el constructor más importante de la ciudad. Y por eso había tenido que quedar con el Alcalde para comer. Y ese tipo de comidas no terminaban en una hora. Habían estado hablando y negociando hasta las siete de la tarde. Por fin, el Alcalde lo había convencido diciéndole que no se preocupara por la Ordenanza. Iba a salir, eso ya no se podía evitar, pero después solo se llevaría a la práctica con los solares que a ellos les interesara. «Esto es bueno para todos, Antonio» —le había explicado—. «Las Ordenanzas son como un cheque en blanco que está a disposición del Alcalde. Y yo soy el Alcalde ahora y seguramente lo seguiré siendo unos cuantos años. Por eso sabes perfectamente de qué lado te interesa estar, ¿verdad?». Antonio asintió, porque realmente, por ahora, le interesaba. Mientras las cosas se pudieran hacer por las buenas, era lo mejor y hasta ahora, con el Alcalde siempre había podido ir por las buenas. A cambio de que la ordenanza no le afectara, el Alcalde le había pedido que le «reservara» un piso en el edificio que estaba construyendo en La Alameda. Su hijo estaba acabando la carrera y pronto necesitaría un hogar donde vivir. Antonio se encontraba de mal humor porque le fastidiaba tener que lamerle el culo a los políticos, sin embargo, sabía que al final salía rentable y creaba menos problemas.

En fin, la comida había resultado un coñazo, pero ahora era otra cosa la que atormentaba su mente. «No, voy a relajarme» —pensó subiendo el volumen de la

música que emanaba de la radio. «No quiero seguir pensando en eso». Pero era inevitable. Una y otra vez el pendiente volvía a su cabeza.

Alguien tocó el cristal. Antonio miró al exterior y vio una chica rubia embutida en una minifalda. Era Laura. Abrió la puerta y percibió el calor de la calle mientras la muchacha subía. Le dio un beso y partió en dirección al puerto.

—¿Qué tal el examen? —Preguntó Antonio—. ¿No tenías uno esta semana?

—Sí, tenía uno, pero no me he podido presentar. Estoy hasta arriba de trabajo.

—Ya. Es el rollo de siempre, ¿no? Si puedes ganar mucho dinero fácilmente, para qué vas a esforzarte por terminar los estudios y buscar un trabajo decente.

—Oye, ¿qué te pasa hoy? ¿Acaso tienes queja del servicio?

—No, la verdad es que no. A mí me encanta que seas puta, pero quizás ya no me interesas a mí ni a nadie cuando cumplas los treinta y pierdas todo tu atractivo. Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Comérsela a los moros por cinco euros?

—Oye, basta ya. No he venido aquí para que me humilles y no necesito sermones de padre. Yo te doy un servicio y tú me lo pagas. Y punto.

Antonio no contestó. Sabía que ya había abierto suficiente herida. La chica era estudiante y se prostituía, según ella, para pagarse los estudios. Pero eso no era cierto, realmente lo hacía para pagarse los caprichos. De todas formas a Antonio le importaba un bledo. Él no pretendía que dejara el oficio ni mucho menos. Tan solo quería humillarla, hacer que se cabreara y se sintiera mal consigo misma por hacer lo que hacía. En ese momento ella ya no podía echarse atrás, estaba montada en el coche y se dirigían al puerto, para subir a su yate. Ya habían quedado otras veces y ella sabía que si quería que él la volviera a llamar, ahora no podía rechazarlo. No querría perder un cliente que le pagaba trescientos euros por noche. Y eso era lo bueno del asunto, lo que a él le daba morbo. Ella no quería acostarse con él, pero se sentía obligada a hacerlo. La tenía acorralada. Y todo por la codicia. Por trescientos miserables euros la noche.

«Qué extrañas son las personas y qué manejables algunas». Antonio sonrió mientras se apeaban del coche en el *parking* del puerto. Caminaron hacia su yate sin mediar palabra alguna. Laura estaba muy seria y la mente de Antonio volvió a ocuparse con el pendiente.

Abordaron el barco y se dirigieron directamente al camarote.

Antonio recordó el día anterior, cuando Pepe se encargó de torturar a los dos chavales mientras él disfrutaba del espectáculo.

Empujó a Laura, que cayó sobre la cama. La chica apartó la mirada y él se dio cuenta de que estaba casi llorando. Eso lo excitó más todavía.

Vio en su mente los puños de Pepe, duros como mazos de hierro. Escuchó los

golpes retumbar en la cara y el estómago de los chavales. El más alto pedía a gritos que parase, pero Pepe no se detenía. Disfrutaba cada golpe como un plato succulento y en esos momentos de excitación hasta hablaba. «¿Os... os... os gusta?». No era muy original, la verdad, pero Antonio no lo había contratado por su inteligencia.

La chica se desnudó lentamente, oteando por el ojo de buey, evitando en todo momento su mirada. Antonio se bajó los pantalones y se echó encima de ella. Comenzó a penetrarla, reparando en la respiración de ella, entrecortada.

Pepe se detuvo un momento. Antonio lo estudiaba indiferente. Pepe se había lanzado y ya no le daba vergüenza hablar, aquellos chicos se encontraban bajo su poder. «¿Do... do... dónde esstá el pen... pendiente?». Luis le escupió a la cara. Pepe se acercó lentamente y le propinó un gancho tremendo en las costillas. Antonio escuchó el sonido de varios huesos al romperse. El chico gritó de dolor y se desmayó.

Antonio se movía cada vez más rápido. Le encantaban las chiquillas de veinte años, sobre todo cuando podía hacer que lo pasaran mal. Y en ese momento lo debía de estar pasando muy mal. Podía sentir bajo su pecho la respiración entrecortada, las piernas le temblaban y la pintura de su cara se había corrido con las lágrimas.

Pepe se dirigió a Ismael y comenzó a machacarle la cara. «Yo no lo tengo, te lo juro. Se lo llevó Luis». El muchacho parecía desesperado. Pepe le echó agua en la cara a Luis para que se despertara. «Si... si... si... no hablas, tú a... a... amigo lo va a pasar fa... fa... muy mal». Se puso delante de Ismael mientras Luis los miraba con la cara ensangrentada. Ismael suplicaba que lo dejaran en paz. Pepe le estampó un rechazazo en el ojo izquierdo. «No veo, joputa, no veo». —Gritó el chaval.

Antonio percibía el placer recorrer todo su cuerpo. Se estaba poniendo a tope viendo a Laura llorar, mientras pensaba en la paliza que le propinaron el día anterior a los chavales. Atrapó a la chica por las nalgas y apretó con fuerza mientras aceleraba el ritmo de su pelvis.

«¡Está bien, joder, está bien! ¡Pero déjanos en paz de una vez, tartamudo de mierda!». Pepe se dirigió a Luis con la cara rasgada de ira. Parecía que lo iba a matar. Entonces intervino Antonio. «Basta, Pepe. Ha dicho que va a hablar». Y Pepe se detuvo con el brazo en alto.

Antonio seguía moviéndose más rápido. Sus pensamientos volaban de las lágrimas de Laura a la escena de tortura de los chavales. Recordó cómo entonces, por fin, Luis había hablado. Sí, señor, había dicho un nombre, el nombre de la persona que tenía el pendiente. Estaba muy excitado. Sabía que ya no podría

aguantar mucho más.

Pepe volvió a la carga.

Antonio aceleró el ritmo aún más.

La sangre saltaba sobre la pared.

Laura lloraba desesperada y Antonio estaba a punto de correrse.

Los chicos ya no gritaban, pero Pepe no cesaba de golpearlos una y otra vez.

Se movía más y más rápido. Laura lloraba.

Los golpeaba una y otra vez. La sangre bañaba el suelo y las paredes.

Laura intentó quitarse a Antonio de encima, parecía que no podía soportarlo más.

La cara de los chavales estaba irreconocible. Las ropas de Pepe, bañadas en sangre.

Antonio se corrió. El rechazo de la chica fue lo último que le hizo falta para estallar de placer.

Irene llegó a casa cansada y con pocas ganas de prepararse para salir. Atravesó el comedor donde su madre planchaba mientras veía la televisión. Su padre leía el periódico a la luz de la lámpara de pie.

—Hija, te ha llamado Clara. Me ha dicho que la llames cuando llegues.

—Vale.

—¿Va todo bien?

—Sí, mamá, todo estupendo.

Y sin esperar réplica, se refugió en su habitación, donde había olvidado el móvil, y marcó el número de Clara.

—Eh, solo quería saber que te estabas engalanando para tu gran noche. Te pondrás guapa, ¿no?

Afirmó con desgana. Cuando colgó todavía le apetecía menos salir, pero quería hacerlo. Se duchó y eligió sus vaqueros, viejos pero muy cómodos, y una camiseta de tirantes finos de color naranja y violeta. Se lavó con cuidado la cabeza aplicándose acondicionador para que sus rizos lucieran más luminosos y suaves. Se maquilló ligeramente, con colores pastel.

Cogió el dinero, las llaves y el DNI y se lo fue acomodando en los bolsillos del pantalón. Antes de salir llamó a Miguel. No quería seguir así con él. En realidad no sabía cómo quería seguir con él.

—¿Sí?

—Hola, Miguel, ¿cómo estás?

—Muy bien, gracias.

El sarcasmo era evidente pero trató de no prestarle atención.

—¿Qué vas a hacer esta noche? ¿Has quedado al final con tus compañeros?

—No.

Irene respiró.

—Yo he quedado con mis amigas, vamos a ir a cenar a un italiano. No creo que se me haga muy tarde.

—Haz lo que quieras.

—¿Por qué te comportas así, Miguel? ¿Por qué te parece tan mal que salga hoy con mis amigas?

—¿Y tú por qué no quieres hacer una despedida conjunta? ¿Por qué te apetece tanto ir a putear con tus amigas?

—Eso no es justo, Miguel, y no esperaba de ti una reacción como esta.

—Bueno, que te lo pases muy bien.

Y colgó. Irene tiró el móvil sobre la cama y lo dejó allí. Atravesó la puerta de su habitación con rabia contenida.

—Me voy, no sé a qué hora voy a llegar y tengo ya veinticinco años, así que os agradecería que nadie me esperara despierto. Hasta mañana.

Y sin aguardar respuesta, se marchó.

La noche apuntaba agradable, el calor del día había menguado y aquella era la mejor hora del día para caminar. El restaurante se encontraba a unos quince minutos andando y agradeció aquel paseo, que la ayudó a relajarse.

Cuando llegó a la puerta del restaurante ya la esperaban todas sus amigas que, la verdad, no eran demasiadas. A aquella despedida solo estaban invitadas las amigas de verdad. Irene había invitado a su hermana a que se fuera con ellas, mas Elisa no había querido.

Allí estaba Clara, dirigiendo el cotarro y abriendo la primera la puerta del restaurante. Un olor a humo de cocina mal ventilada les dio la bienvenida. El camarero las llevó hasta la mesa que tenían reservada, al fondo. Las cinco mujeres tomaron asiento y demandaron una ronda de cervezas.

—Eh, eh, primer brindis por la joven novia —gritó Clara levantando su copa.

—¡Viva la novia! —Gritaron todas.

—¡Viva! —Contestó el grupo de muchachos que cenaba en la mesa de al lado.

Irene observó a las chicas que la acompañaban en aquel momento. Allí estaba Virginia, una muchacha muy delgada que estudiaba todavía, y cuyo anhelo era encontrar pronto un novio. Era la única del grupo que no había tenido nunca pareja e Irene pensaba que se empezaba a agobiar por esa cuestión. Siempre había sido muy tímida y a veces esa timidez la hacía pasar completamente inadvertida. A Clara no le caía demasiado bien, pero Irene sentía cariño por aquella muchacha.

A su lado se sentaba Pepi. A ella la había conocido en sus años de Universidad. Pepi era la primera de la clase, sacaba sobresalientes en todo, pero siempre estaba dispuesta a echar una mano a quien la necesitase. Irene había aprobado más de una asignatura gracias a su ayuda. El novio de Pepi era Ingeniero Industrial y al año siguiente se casaban y se iban a vivir a Madrid. Irene sabía que la iba a echar mucho de menos. Pepi representaba lo que a Irene le gustaría ser. Era segura, inteligente, sabía lo que quería.

Luego estaba Mercedes. Clara siempre decía que era una golfa, pero Irene veía las cosas de otra manera. Mercedes era muy atractiva: alta, delgada, con una esplendorosa melena que se tornaba rubia con la ayuda de las mechas. Siempre llamaba la atención allá donde fuera, todas las miradas eran para ella. Irene creía que Clara estaba un poco celosa. Y ella misma también. Mercedes era dependiente en una *boutique* del centro de Cartagena y desde hacía unos años salía con un guardia civil, con el que ya había entregado la entrada para un piso.

—Eh, chicas, la caaaaaaarta. —Gritó Mercedes—. ¿Qué vais a pedir?

Cada una pidió *pizza* o pasta, que era lo que fundamentalmente se servía en aquel lugar.

—Eh, y tráete una tabla de quesos y una ensalada. —Exigió Clara.

El local era estruendoso, tenían que gritar para oírse las unas a las otras.

—¿Y dónde vais a ir de viaje de novios, Irene? —Curioseó Virginia.

—A Italia. Un crucero por toda la costa italiana —repuso ella sin mucha ilusión.

—¿Un crucero? Oh, qué maravilla. Me encantaría poder ir a Italia en mi Luna de Miel.

—Primero tienes que buscarte un noviete —importunó Mercedes.

Irene la fulminó con la mirada. Clara se percató de la situación y presentó el primer regalo de la noche para olvidar la metedura de pata.

—Eh, Irene, mira lo que te hemos comprado. Te va a encantar, ah, y le das las gracias a tu amiga Mercedes. —Riendo le entregó un paquete envuelto en papel rojo.

Irene rasgó el envoltorio del que surgió una diadema con un pequeño pene de plástico bordeado por un tul blanco.

—Vaya, voy a tener que decirle a la modista que no me arregle el velo, que ya tengo uno. —Lo miró bien—. Es horroroso.

—Ya, pero te lo tienes que poner —ordenó Pepi.

—Vale, pero es horrible.

Clara sacó unos pequeños broches también con un pene que todas se plantaron en las camisetas. Al poco, el camarero sirvió la tabla de quesos y la ensalada y todas se lanzaron a comer. El grupo de la mesa de al lado comenzó a jalearse al novio y pronto uno de los chavales se acercó a la mesa de Irene.

—Oye, ¿eres tú la novia?

Contestó Clara por ella con su habitual mala leche.

—Uy, ha venido el listo del grupo.

El chaval hizo caso omiso.

—Es que nos gustaría que os hicierais una foto nuestro novio y tú. —Y sin esperar respuesta hizo una señal y el novio, un chico alto y desgarbado, se acercó plantándose al lado de Irene.

—Eh, no me saques fotos, de verdad.

Pero la cámara ya había hecho su clic. Irene se sintió muy incómoda y se quitó la diadema que le habían regalado. Los chicos dieron las gracias y se fueron riendo hasta su mesa.

—Eh, Irene, ponte la diadema.

—No quiero llamar la atención. Podemos cenar tranquilamente y ya está.

—No, de eso nada —discutió Mercedes—. Esta es tu despedida. Ya nos has dado bastante la lata con que querías una despedida sencilla, es decir, sin *boy*, así que al menos ponte lo que te hemos regalado.

Irene se volvió a colocar la dichosa diadema, manteniendo la esperanza de no encontrarse con nadie conocido, cosa bastante difícil en Cartagena.

Al poco llegaron las *pizzas*. A Irene le encantaba la marinera, pero lo que le presentaron fue una masa con queso salpicada por unos cuantos mejillones de lata. Aun así no se quejó y la acometió a bocado limpio. En ese momento recordó la comida con Ginés, y lo bien que se lo había pasado en comparación con lo que llevaba de noche.

—Qué suerte tenéis las que estáis sin novio —exclamó Mercedes— a mi Alberto no le ha hecho demasiada gracia que me viniera a la despedida.

—Pues yo no he tenido problema.

—Ya, Paqui, pero es que tu novio es más tolerante.

—Pues a Miguel tampoco le ha hecho ninguna gracia. Hemos discutido hoy por eso.

—¡Vaya! —Exclamó Clara—. ¿Al final no ha salido?

—No. Creo que no.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—La verdad es que los hombres son bastante complicados para lo simples que son. —Sentenció Mercedes.

—¿Y eso qué narices quiere decir?

—Pues no sé, Clara, que yo no los entiendo y ya está. A mí, la verdad, me gustan los hombres machos, los que saben lo que quieren, los que te miman y te regalan cosas porque sí. Y mi Alberto es así, pero a veces se comporta de un modo un poco irracional.

—Tu Alberto es un machista y ya está. Y tú también, claro.

—Eh, eh, Clara, ya vale —intervino Irene—. Que sepáis que la próxima vez que me case, me tenéis que hacer la despedida en un sitio donde los mejillones que se pesquen sean sin lata.

Todas se echaron a reír. Pepi levantó su copa de vino.

—¡Viva la novia! —Gritó.

—¡Viva!

La cena continuó entre risas y canciones. Al poco, uno de los camareros se acercó al grupo con cara de circunstancias.

—Disculpen, señoritas.

—Señoras, somos todas señoras —puntualizó Clara.

—Bueno, señoras, es que están haciendo mucho ruido y las mesas de al lado se han quejado del alboroto.

—Bueno, ese es vuestro problema —siguió Clara—, no hagáis despedidas de soltera si no tenéis espacio para ello. O insonorizad mejor el local.

—Bien, quizá tenga razón, pero yo les pediría que bajaran el tono de voz.

—Vale, no se preocupe —intervino Irene.

A partir de ese momento la cena decayó un poco.

—Nunca me habían llamado la atención —se indignó Clara.

—Bah, no es para tanto.

—Eh, chicas, ¿ahora dónde vamos?

—Al Cartagena y Punto, ¿no? —Saltó Irene.

—Vale, yo pido la cuenta. —Clara levantó la mano—. Eh, *Garsón*, tráiganos la *compte*.

Las amigas pagaron la cena a Irene. Emergieron a la calle riendo sin parar, al tiempo que también salían los chicos de la mesa de al lado.

—¿Dónde vais?

—A dar una vuelta.

—Nosotros tenemos un autobús y nos vamos a Alicante, si os queréis venir estáis invitadas. Hay sitio para cinco guapetonas como vosotras.

Mercedes miraba divertida al grupo de chicos, pero fue Irene la que tomó la palabra.

—Es una gran oferta, pero hemos quedado ya con un grupo en otro sitio. Que os lo paséis bien.

Y sin esperar respuesta echó a andar en dirección a la discoteca. Las demás la siguieron.

—Eh, no os vayáis. Venga, si hay sitio.

—¡Somos buenos, de verdad!

Las voces se perdieron a lo lejos.

—Parecían buenos chicos.

—Bah, no empieces, Mercedes.

—Ok.

Ante la puerta de la discoteca se arremolinaba un pequeño grupo de gente dispuesta a pagar su entrada. El seguridad del local les dio el paso y las cinco se plantaron ante la taquilla y soltaron siete euros por cabeza. Una vez dentro, Irene, como manda la tradición, se acercó a la barra y sufragó una ronda de cubatas para sus amigas. Este era el ritual: las amigas pagaban cena y regalos y la novia la primera copa.

Todavía no había mucha gente bailando en la pista. Eran las doce, una hora temprana para los amantes de la noche. La música estaba alta, así que la conversación quedó en suspenso. Clara se acercó a Irene y le entregó un paquete plano mientras todas las demás se reían por lo bajo.

—¿Qué me habéis comprado?

—Joder, Irene, qué cosas preguntas. Lo de siempre —Clara se rió—, lo que se regala a todas las puñeteras novias. Anda, ábrelo ya.

Irene rompió el envoltorio y extrajo de la caja un picardías de color granate y negro, con unas flores bordadas en la parte inferior.

—Jo, es precioso, es una pasada. Muchas gracias. —Y besó una a una a sus amigas—. Me alegro un montón que estéis esta noche conmigo.

—Eh, un brindis —exclamó Pepi—. ¡Por la novia!

—¡Por la novia!

—Vamos a bailar.

—Mira, Virginia tiene hoy ganas de marcha.

Todas se dirigieron en grupo hacia la pista medio vacía y comenzaron a moverse al ritmo de la música comercial y pachanguera del local. Situaron a Irene en el centro,

que aguantaba estoicamente con su curiosa diadema sobre la cabeza. Las demás bailaban haciendo un círculo. Irene apenas se movía porque se sentía ridícula y culpable, así que desafió a su vodka con naranja con un largo trago. La que estaba fuera de sí era Virginia.

—Oye, ¿ha bebido mucho?

—No sé, se ha tomado la cerveza y el vino.

—Pues vaya, ¡la que lleva encima!

—A lo mejor le deberíamos decir que no beba más.

—Bah, es cuento lo que tiene, seguro.

—No sé. Yo no lo tengo tan claro.

Poco a poco la pista se fue colmando. Mercedes comenzó a hablar con un chico. Pepi seguía con su cubata bailando suavemente y vigilando a Virginia. Clara había perdido el control y bailaba como poseída por el duende de las gogós de discoteca. Irene las observaba sin sentirse del todo ubicada en aquel lugar. Terminó su cubata y se dirigió a la barra a por otro. Recordaba que su medida para ir bien eran dos. Quizás ahora se hubiera rebajado su dosis, después de tanto tiempo sin probar el alcohol.

Pidió otro vodka-naranja. Clara cantaba la canción mientras un grupo de chicos la observaba. Mercedes hablaba ahora con otro tipo distinto al anterior.

—Irene, yo creo que Virginia no está bien —se acercó Pepi—. Hace un rato que se ha ido al baño y no ha vuelto aún.

—Ya, pero seguro que hay una cola de narices.

—No creo, es muy pronto todavía. ¿Quieres que vayamos a mirar?

—Vale.

Las dos se encaminaron hacia el fondo de la pista, donde estaban los lavabos. Por la puerta apareció una chica riéndose. Dentro había dos más observando a Virginia que estaba tirada en el suelo, llorando.

—Eh, Virginia, ¿estás bien?

—Ay, Irene, lo siento, pero esto es una mierda. —Apenas se entendía lo que decía—. Estoy harta de estar sola, ¿por qué no puedo tener un novio? Hasta me conformo con uno como Miguel. No me importa. Pero estoy harta de estar sola.

Irene se sintió dolida, mas hizo como si no la hubiera oído.

—Escucha —intervino Pepi apartando a las dos chicas que todavía estaban de pie, escuchando y observando—. Vamos a irnos a casa, Virginia. Mercedes y yo te acompañaremos, ¿vale?

—No, no quiero. En mi casa metida no puedo encontrar novio. Y estoy harta de mis padres.

Irene dejó que Pepi tomara las riendas de la situación.

—Vale, cariño, ya lo sé, pero ahora los chicos que hay fuera son todos unos callos, es mejor que quedemos mañana y que busquemos otro sitio mejor.

—Bueno, ¿me lo prometes?

—Claro, Virginia.

Entre las dos la pusieron en pie y abandonaron el baño. Caminaron con dificultad y al alcanzar a Mercedes, Pepi le hizo un gesto para que se acercara. Le gritó algo al oído y Mercedes puso mala cara pero no dijo nada. Sostuvo a Virginia por el lado en el que estaba Irene.

—Nosotras vamos a pedir un taxi —explicó Pepi— para llevar a la borracha a casa. Tú te quedas con Clara y después nos vemos.

—¿No queréis que os acompañe? —Irene se quitó la diadema.

—No —intervino Mercedes—, no tardamos nada. Y no te quites la diadema.

Irene la devolvió a su cabeza mientras se acercaba a Clara, a la que explicó lo que había sucedido.

Cada vez se amontonaba más gente en el local y la música subía de volumen. Clara continuaba bailando como una posesa y contestando de malas maneras a los pobres incautos que intentaban ligar con alguna de las dos.

—Oye, Clara, tengo que ir al baño, ¿te vienes?

—Prefiero esperarte aquí.

A Irene no le gustaba ir sola al baño, se sentía desprotegida ante aquella multitud, sin embargo, tuvo que tragarse sus recelos y lanzarse a la masa en busca del ansiado inodoro. Partió bordeando la pista hasta que una mano la cogió por la cintura. Irene se volvió asustada dispuesta a estampar la diestra en la cara de quien hiciera falta. Sin embargo, la mano quedó suspendida ante el asombro.

—¿Ginés?

—Hola, Irene.

—¿Qué haces aquí?

—Pues suelo salir por la noche los fines de semana. Siento haberte asustado. —Ginés escrutó su pelo y continuó—. Me gusta mucho tu diadema, aunque te prefiero al natural.

—Ya. —Irene se quitó el abalorio—. Toma, te lo regalo —y poniéndose de puntillas se lo colocó a Ginés.

Aquel roce provocó en ella un escalofrío. Se sintió asustada y atraída a la vez.

—¿Has venido con tus amigas?

—Sí, pero han tenido que llevarse a una porque estaba ya muy borracha. ¿Y tú?

—Pues, yo estoy esperando a unos amigos. Son un poco tardones.

—Ya.

—¿Te apetece tomar algo?

—No, no. Gracias.

—Oye, muchas gracias por tu ayuda con lo del pendiente. Para mí es muy importante y me alegro de haberlo compartido contigo. —Ginés sonrió—. Espero que guardes el secreto.

—Eh, yo soy una mujer reservada y sé guardar secretos.

Ginés se acercó un poco a ella, Irene no retrocedió.

—Eso me gusta.

—¿El qué?

—Que una mujer tenga secretos y que haya que descubrirlos.

Irene no se movió, esperando. Sabía que aquello no tenía que estar pasando, que debía huir hacia el baño. Pero no pudo, lo deseaba tanto...

—Ginés, ¿no estarás jugando conmigo?

Él se acercó un poco más y le rozó la nariz con la suya.

—Irene, me gustas desde el primer momento que te vi. —Los ojos verdes de él se clavaron en los de ella, con su mirada penetrante y sincera. Irene supo que decía la verdad.

Ginés le acarició la mejilla con el pulgar y la besó. El beso fue suave, ligero como un cosquilleo en los labios, como el roce de un caramelo. Aún mantenían sus labios unidos cuando una voz sonó a sus espaldas.

—Irene.

Se giró. Allí estaba Clara mirándola fijamente, sin comprender bien. Irene se apartó de Ginés sin decir nada, sin despedirse. De nuevo parecía la Cenicienta a medianoche.

—¿Qué pasa, Irene? ¿Qué narices te pasa? Te estabas morreando con un desconocido. Esta es tu despedida de soltera. Te recuerdo que la semana que viene te casas con Miguel. No sé si te acuerdas de él.

Ginés se acercó a ellas.

—¿Qué pasa?

—Pero, bueno, ¿tú quién te crees que eres? El que le acabes de comer la boca no te da ningún derecho. Tiene novio y se va a casar la semana que viene. ¿Comprendes?

—Ya lo sé.

Clara pareció sorprendida.

—Irene, ¿qué carajo está pasando aquí?

—Mira, Clara, tengo que irme a casa. No me encuentro bien. Dile a las otras cuando lleguen que a mí también me ha sentado mal el alcohol. Por ciento, este es Ginés, un voluntario de la Asociación. Esta es Clara, mi mejor amiga. Si queréis podéis resolver vuestras diferencias. Yo me voy a casa.

Irene corrió en dirección a la calle sin escuchar los gritos de sus amigos. Por suerte, una pareja se acababa de apejar de un taxi en la puerta de la discoteca. Irene saltó dentro y le indicó la dirección.

Las casas, las luces, la gente pasaban ante la ventanilla del taxi y se difuminaban en el cristal translúcido que formaban sus lágrimas.

48

Ginés se encontraba en la cama, completamente desnudo. Irene besaba sus muslos y ascendía lentamente por su pecho, rozando sus pezones con los labios. Lo besaba en la boca y sus lenguas jugaban a acariciarse. Irene se ponía encima, sonriente, parecía muy feliz. Ginés estaba muy excitado. Miraba sus pechos firmes y pequeños y los acariciaba con la cara. Irene se reía y Ginés también. Entonces, la miraba a los ojos y veía que tenían un destello muy intenso. Pero ese destello comenzaba a aumentar y se hacía cegador.

—Venga, Ginés, que es la una.

Abrió los ojos y descubrió a su tía Rosell que acababa de levantar la persiana. Se encontraba delante del mirador, observando a la gente que paseaba aquella calurosa mañana de sábado. Ginés reparó en la sábana abultada en la zona donde sus piernas se unían a su cuerpo y se dio la vuelta, avergonzado.

—¿Está la comida preparada?

—Soledad está terminando de prepararla. Tienes tiempo de tomarte un vaso de leche, si quieres. —Su tía se encaminó hacia la puerta de la habitación—. ¿Te lo preparo?

—No, espera. —Ginés se incorporó en la cama, con el torso desnudo. El bulto entre las piernas ya había desaparecido—. Cierra la puerta. Me gustaría hablar contigo de algo.

Su tía dudó un momento, pero hizo lo que le pedía. Se dirigió hacia la cama y se sentó junto a él.

—¿Qué sucede?

Ginés lo meditó un poco antes de contestar.

—Eché un vistazo a la maleta de mi abuela. Había unas cartas. ¿Las habéis leído?

—No. Nuestro padre recogió la maleta y revisó su contenido. Nosotras no hemos querido curiosear nunca en su interior. Eran cosas personales de Eulalia.

—Bueno, pues yo leí esas cartas. Había algunas de vuestro padre pidiéndole que regresara a casa. Pero, había otras de un hombre que le proponía comprarle el pendiente. El mismo que se parece al que robaron del Museo.

—¿Dónde quieres ir a parar, Ginés?

—Pues, ese hombre quedó con ella para hacer la compra el mismo día que la asesinaron. —Ginés se detuvo un momento para dejar a su tía llegar a la conclusión por sí misma—. Creo que ella se arrepintió de vender el pendiente en el último momento y el tipo la mató para robárselo.

—Bueno, es posible. Pero entiende que nosotras ya no queremos saber nada de eso. Para nosotras es agua pasada, Ginés, ¿no lo entiendes? Son recuerdos dolorosos que preferimos no remover.

—De acuerdo, tía. Solo quiero saber una cosa más y no volveré a sacar el tema.

—¿Cuál? —Se mostraba muy seria y distante.

—Creo que el pendiente que han robado del Museo es el de la abuela. No hay forma de que ella hubiera podido tener una copia. Ella tenía el original y es muy antiguo. Quiero saber qué importancia tiene ese pendiente. ¿Por qué se lo robaron a la abuela y por qué lo han robado ahora del Museo?

Ginés se sentía mal por lo que estaba haciendo, pero no podía evitarlo. Su curiosidad lo superaba, necesitaba saberlo. Su tía lo miró resignada.

—Está bien, Ginés. Está bien. Te diré la verdad. Ese pendiente es una joya de familia. Nos ha pertenecido desde tiempos ancestrales... desde la Edad Media por lo menos. Eulalia sabía la importancia que tenía para nuestro padre y por eso, cuando se marchó de casa se lo llevó. Quería castigarlo por no haber aceptado que se casara con el chico que ella quería. Nuestro padre intentó recuperar el pendiente, incluso llegó a ofrecerle que volviera a casa y olvidar lo que había sucedido; ella siempre se negó. Cuando murió fue a recoger sus cosas tan solo para recuperar el pendiente, pero no lo encontró. Supongo que tú tienes razón e igual la mataron para robárselo.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué importancia tiene ese pendiente?

—Ese pendiente, Ginés, ha sido siempre una carga enorme para nuestra familia y en cierto modo fue un gran alivio que lo robaran.

Ginés esperaba impaciente a que su tía le diera la explicación que tanto anhelaba. Rosell dudó, pero al fin continuó.

—El pendiente, Ginés, es una llave. Se supone que nuestra familia fue elegida para custodiarlo y que no cayera en malas manos.

—¿Una llave para abrir qué?

—Está bien, Ginés, no te rías porque esto es muy serio. No es ninguna broma.

—No me reiré, tía. Dímelo ya que estoy intrigadísimo.

—Es la llave de la puerta del Infierno.

—¿Cómo?

—Como lo oyes. Es la verdad. Al menos, así nos lo contó nuestro padre antes de morir. Y no creo que mintiera.

Cuando se lo robaron a Eulalia nuestro padre casi se vuelve loco. Nosotras aún no sabíamos lo que era en realidad, pero él dijo que podría ser el fin del mundo y, cuando estalló la Guerra, de verdad creímos que lo era. Nuestro padre había fallado en su misión y si el pendiente caía en malas manos, podrían abrir la puerta y traer el Infierno sobre la Tierra. Sin embargo, la Guerra pasó y vino el hambre, aunque el mundo siguió su marcha. Nuestro padre enfermó y nos explicó antes de morir lo que era el pendiente en realidad. Pasaron muchos años hasta que volvimos a oír hablar de él. Salió en el periódico la noticia de que lo habían hallado en una excavación del

Anfiteatro Romano y después lo trasladaron al Museo. Nosotras pensamos que allí estaría más seguro que en nuestro poder y por eso lo olvidamos.

—No lo entiendo. —Ginés mostraba cara de incredulidad—. ¿Dices en serio que ese pendiente es una llave que abre la puerta del Infierno? ¿Y dónde está esa puerta?

—Pues, sí, Ginés, lo digo en serio. Al menos eso es lo que nuestro padre nos dijo antes de morir. Y nosotras no sabemos dónde está esa puerta. Nuestra misión solo era guardar la llave, para que aunque alguien consiguiera encontrar la puerta no pudiera abrirla.

—¿Y no os importó que lo robaran del Museo? ¿Y si alguien sabe lo que es y pretende abrir esa supuesta puerta del Infierno? —Ginés no era creyente y aunque su tía parecía estar convencida de la explicación que le acababa de dar, él se negaba a aceptarla como cierta.

—Pues, sí, claro que nos importó, pero nosotras ya no podemos hacer nada. Solo somos un par de ancianas.

—Me lo podíais haber contado a mí. Al fin y al cabo, yo también formo parte de la familia, y quizás esa responsabilidad me corresponda a mí ahora.

—Bueno, no lo sé. —Su tía se relajó por primera vez y miró a Ginés con cara afligida. Alargó la mano derecha y le acarició la cara—. No queremos que corras ningún peligro. Si el pendiente ya no pertenece a nuestra familia es porque el Señor así lo ha querido. Ahora es cosa de la policía recuperarlo y devolverlo al Museo. ¿Qué ibas a poder hacer tú, Ginés? Los que lo han robado pueden ser gente peligrosa.

El tono de sus palabras era más bien una súplica. Ginés comprendió el miedo que tenía su tía a que pudiera pasarle algo.

—Está bien, quizás tengas razón. —Ginés le besó la mano—. Supongo que ahora es asunto de la policía.

—Me alegro de que pienses así. No quiero que te metas en problemas ni corras ningún peligro. Deja que se encargue la policía, que para eso cobran.

—Sí, tienes razón. —Ginés se levantó de la cama y comenzó a vestirse—. Bueno, ¿me preparas ese vaso de leche mientras me lavo la cara?

Su tía caminó hacia la puerta. Estaba triste y arrastraba los pies al andar.

—Claro, hijo. —Y susurrando, mientras deambulaba por el pasillo, continuó—. Por ti, haría cualquier cosa.

Irene sufría un dolor de cabeza formidable que no remitía conforme pasaban las horas. La noche anterior había bebido demasiado. Aun así, aquel dolor era lo que menos le preocupaba. Desde que se había levantado a las once de la mañana no había parado de autodedicarse improperios. Deseaba con todas sus fuerzas poder retroceder en el tiempo y no ir a aquella despedida de soltera tan amarga. ¿Por qué había tenido que besar a Ginés? ¿Con qué cara iba a mirar ahora a su novio?

No era capaz de concentrarse en nada, siempre volvían a su mente las mismas imágenes. Se veía besándose con Ginés mientras Clara la llamaba por detrás. Mierda. Encima Clara lo había tenido que ver todo. ¡Joder!

Después de comer, sonó el timbre de la puerta. Era Miguel. Irene no lo había llamado en toda la mañana porque no sabía cómo iba reaccionar ella misma al oírle. Le había sido infiel. Solo un poco, pero le había faltado al respeto.

Cuando atravesó la puerta, Miguel traía aspecto fatigado. Saludó a la familia de Irene, que tomaba el postre en ese momento, y declinó la invitación al café.

—¿Podemos hablar, Irene?

Lo primero que pensó al oír estas palabras era que ya sabía lo que había pasado la noche anterior. Mas aquello era imposible. Observó a Miguel como si viera a un completo desconocido. No se sintió con fuerzas para besarle o abrazarle, y su novio tampoco provocó la situación.

Se encaminaron a la habitación de Irene y cerraron la puerta. Miguel comenzó a hablar.

—Mira, yo soy más fuerte y más comprensivo de lo que tú piensas. Estoy seguro de que tú eres la persona con la que quiero pasar el resto de mi vida. Quiero que seas tú la madre de mis hijos, la persona que deje en mi casa por la mañana y con la que me encuentre por las noches cuando regrese. Quiero compartir contigo mi vida. —Hizo una pequeña pausa—. Pero no estoy tan seguro de que tú quieras compartirla conmigo. No sé por qué, pero últimamente estás muy rara. Ayer me enfadé contigo, aunque en realidad me enfadé conmigo mismo por no atreverme a expresar todo lo que pienso, porque no veo que tú me quieras tanto como yo te quiero a ti. Yo sé que tú eres una persona muy especial, que podrías estar con cualquier chico que te propusieras, yo solo soy Miguel, un chico poco atractivo, que tiene un trabajo rutinario y una vida rutinaria. Yo soy una persona sencilla, tú ya sabes lo que puedo ofrecerte. Eres tú la que debe tomar una decisión.

—Miguel, no sé por qué me dices todo esto ahora.

—Mira, Irene. Creo que ahora mismo te conozco yo más que tú misma. Tienes un tiempo para reflexionar, la boda es la semana que viene. Y ten en cuenta que ahora mismo, a pesar de que te quiero con locura, tal y como están las cosas, no me voy a casar contigo.

Irene se sintió como si le hubieran quitado el oxígeno, como si el suelo

desapareciera bajo sus pies. Era algo que nunca habría esperado oír de Miguel. En ese momento se sintió totalmente sola y estúpida. Envidió aquella seguridad, aquel valor que estaba demostrando su todavía novio.

—Mira, hoy le había prometido a mi madre que iríamos a ver a mi tía. ¿Te apetece venir?

Irene lo miró sorprendida, lo había olvidado completamente. Y no podía ir. Esa tarde tenía que acompañar a su hermana a la clínica.

—Lo había olvidado. —Miguel se mostró dolido—. Lo siento, Miguel, pero no puedo. He prometido acompañar a mi hermana a un sitio y no puedo fallarle. Es muy importante para ella.

—Y para mí también lo es, Irene. Yo también lo siento. Ya sabes dónde vivo. Piensa, Irene, y analiza qué es lo que quieres.

Sin esperar contestación, Miguel abrió la puerta del dormitorio y salió al pasillo. Irene escuchó como se despedía rápidamente de sus padres antes de marcharse.

Ella permaneció en su habitación, sin poder moverse. De repente, su vida, tan bien amarrada, se iba al garete. Y sintió un miedo terrible. Miguel era el chico con el que había estado desde jovencita. Llevaban muchísimos años juntos y ella creía que se conocían a la perfección. Pero era cierto que nunca se conoce bien a una persona, ni siquiera a uno mismo.

Unos golpecitos sonaron en la puerta de su habitación; pensó que sería su madre, pero era Elisa.

—Hola, Irene, ¿va todo bien?

—No te preocupes. ¿A qué hora tenemos que estar allí?

—A las cinco.

Irene se tumbó un rato en la cama, sin poder dormir. Estuvo llorando en silencio hasta las cuatro, que se levantó y se lavó la cara. Su hermana la esperaba ya lista para salir.

Tomaron un taxi y se dirigieron al hospital. Durante el trayecto ninguna de las dos mencionó palabra. Irene portaba el dinero que había sacado de la cuenta para pagar la intervención.

La clínica tenía la apariencia fría y aséptica de todos los hospitales que Irene conocía. Se dirigieron al ala que les indicó el recepcionista.

—Me lo van a hacer con anestesia local. Dicen que es el método de aspiración. No suena muy bien, ¿verdad?

Irene percibió preocupación en la voz de Elisa. Las manos le sudaban y buscaba en todo momento la mirada de su hermana mayor.

—Bah, no te preocupes —le apretó la mano e intentó transmitirle una confianza que no sentía—. Ya verás como es una tontería. Serán cinco minutos.

Irene se dirigió a una enfermera que tomó los datos. Al poco, llamaron a Elisa para que pasara. Pidió poder entrar con ella, pero tuvo que esperar fuera.

De pronto, aquel hospital se le antojó el lugar más extraño y horrible del mundo.

Había poca gente en los pasillos, parecía un lugar fantasma.

Al cabo de unas horas, después de que Irene preguntara varias veces a las enfermeras si iba todo bien, apareció su hermana, blanca y demacrada.

—¿Cómo ha ido todo, Elisa? ¿Estás bien?

—Sí, sí, pero un poco nerviosa. Vamos a la cafetería, quiero sentarme hasta que me tranquilice un poco. Son más los nervios que he pasado que la operación en sí.

Irene tomó del brazo a su hermana y caminaron hacia el fondo del hospital donde había un frío y desierto restaurante.

—¿Entonces ha ido todo bien? ¿Te duele algo?

—Sí, sí, han sido muy amables conmigo. No me duele nada, solo tengo un poco de malestar. Pero, ahora que lo he hecho, me siento muy mal. Era algo que deseaba mucho, ¿sabes? Quería que esta pesadilla terminara, y pensaba que arrancando de mí a mi... hijo, lo conseguiría. Ahora no estoy segura. Había fantaseado con la idea de tenerlo. Había pensado que quizás podría llegar a cuidarle y a quererle.

—Oh, Elisa, no digas esas cosas, no te tortures. Habrá otros hijos, habrá otras circunstancias. Lo que tienes que hacer ahora es terminar tus estudios, plantearte una vida y luchar por ella.

—Sí, supongo que tienes razón, pero no ha sido tan fácil como pensaba.

La camarera se acercó para tomarles nota. Elisa pidió una manzanilla e Irene la imitó.

—¿Una manzanilla? —Preguntó Elisa.

—No me encuentro muy bien.

—¿Y eso?

—Supongo que la despedida no fue tan buena como esperaba.

—¿Fueron todas tus amigas?

—Oh, sí. Pero Virginia se emborrachó y tuvieron que llevarla a casa.

—¡No! ¿Virginia es esa chica morena y delgadísima? Vaya, ya me parecía a mí una tía rara.

—Sí, es peculiar, pero me cae bien. Es una buena chica. Aunque lo peor de la despedida no fue eso. Estoy hecha un lío, Elisa.

La camarera trajo las dos infusiones todavía humeantes.

—¿Qué pasa, Irene?

—Pues, no sé, Elisa, no sé. Yo... ayer me besé con un chico.

Hubo un momento de silencio. El camarero depositó las dos manzanillas humeantes y se fue.

—Con un chico. Vaya, Irene, eso sí que no lo esperaba de ti.

Irene comenzó a llorar.

—Oh, no, Irene, no llores. —Elisa le acarició el pelo—. No te lo he dicho para recriminarte, simplemente me ha parecido extraño. Siempre has sido una chica modosa y, no sé, pensaba que estabas bien con Miguel.

—Eso creía yo también. Fue una tontería, Elisa, fue un beso pequeño, en realidad

no fue casi nada, nada. —Irene se secó las lágrimas—. Es un chico que conozco de la Asociación, ha entrado esta semana como voluntario. He quedado con él un par de veces después del trabajo y, ayer, pues no sé, nos vimos allí y nos dimos un beso. Yo había bebido y...

—No, Irene, tú querías besarle. Tienes que afrontar lo que ha pasado.

—Ya, pero afrontar eso implica muchas cosas. Hoy Miguel me ha dicho que no quiere casarse conmigo.

De nuevo se produjo un denso silencio.

—Vaya, Irene. —Ahora fue Elisa la que le tomó la mano a su hermana—. ¿Le has contado lo que ha pasado?

—¡No! No le puedo decir eso a Miguel. Sabiendo cómo es, pensaría que soy una puta.

—De todas formas, lo que tienes que hacer ahora es averiguar lo importante que es Miguel para ti, el beso es lo de menos.

—Ese es el problema. Hasta ahora siempre había concebido mi futuro junto a él. Nos imaginaba en nuestra casa, con nuestros hijos, visitando a nuestras familias. Ese tipo de cosas que hacen las parejas. Y de pronto, conforme se acerca la fecha de la boda, siento miedo. Pensé que quizás aquello no era lo que deseaba. Dudaba sobre lo importante que era Miguel para mí. Y entonces conocí a ese chico. Y no sé por qué empecé a compararles y Miguel salía perdiendo. De repente, lo que me ofrecía Miguel no tenía valor, no quería su vida segura. Pero ahora que Miguel me ha cerrado la puerta, quiero volver con él, quiero que todo sea como antes. Quiero borrar todo lo que ha pasado.

—Ay, Irene, siento mucho lo que estás pasando pero tienes que aclararte. A lo mejor solo tienes que retrasar la fecha de la boda.

—No, Elisa, esa boda tiene fecha puesta. Puedo dejarlo pasar, pero no habrá más oportunidades. Con Miguel, no.

—Quizás la solución venga más fácil de lo que tú te imaginas.

—Es posible. La soledad es muy mala, pero no quiero estar con Miguel por miedo a quedarme sola. Y no soy capaz de determinar hasta qué punto puede pesar eso en mi decisión. He fantaseado con la idea de una vida diferente, ya ves, yo que siempre he sido modosa, formal... la niña buena. Pues, de repente, no sé si quiero esa vida que me he construido.

—Si te surgen esas dudas de una manera tan fuerte, a lo mejor deberías planteártelo.

—Puede ser. Estoy hecha un lío.

Irene se levantó para pagar la cuenta y las dos hermanas volvieron de nuevo al hospital.

Antonio se encontraba en su despacho con vistas a La Alameda. Tenía varios proyectos sobre la mesa, mas se sentía incapaz de ponerse a pensar en ellos. Había esperado tanto para conseguirlo y ahora, por fin estaba tan cerca, que el trabajo de la construcción parecía algo secundario. Si había suerte, quizás ese mismo día conseguiría el pendiente.

Se recostó en su sillón, presidiendo la enorme mesa de madera y cuero, y se apretó las manos. Escrutó su mano derecha y observó el muñón de su dedo anular. Antonio sonrió. La gente creía que había perdido ese dedo en una obra, al poco de casarse. Esa era la historia oficial, que decía que se había enganchado la alianza en una hormigonera y se lo había arrancado. Antonio sonrió de nuevo. Si la gente supiera la verdad... En el fondo le habría gustado poder contarlo. Para él era un recuerdo de guerra. Antonio se regocijó en sus pensamientos, le servían para distraer su mente y olvidarse del pendiente por unos instantes. La maldita joya se estaba convirtiendo en una obsesión.

Recordó el día en que perdió el dedo. Fue a los cuatro meses de casarse con su primera esposa. Volvió a su casa del trabajo y nada más abrir la puerta de entrada se topó con su mujer que lo esperaba de brazos cruzados, con el ceño fruncido. «¿Me estás poniendo los cuernos?», le preguntó sin rodeos. Antonio no contestó y se dirigió al enorme salón. «Te he hecho una pregunta», insistió ella. Antonio giró en redondo y se acercó tranquilo, con tono conciliador. «Venga, Isabel, ¿por qué dices eso?». Ella lanzó unas fotos al suelo y se echó a llorar. Antonio recogió las fotos, en las que salía él con otra mujer. «Bueno, no puedo negar las evidencias», repuso, y se fue al cuarto de baño. Isabel lo persiguió, gritando que quería el divorcio. Se quitó la alianza y le pidió a él la suya, pero Antonio se negó. «¡Aquí no se va a divorciar nadie!», gritó. «Tú harás lo que yo te diga, ¿entiendes?». Isabel se puso como loca y comenzó a lanzar todo lo que encontraba al alcance de sus manos. Antonio se acercó a ella y la cogió por el cuello. Isabel empezó a golpearle el pecho, no podía respirar. «Ahora mismo no me interesa un divorcio. Así que tú aguantarás con tu cornamenta hasta que yo lo diga, ¿entendido?». Isabel tenía la boca abierta como un pez fuera del agua y las lágrimas le caían por las mejillas. Con mucho esfuerzo asintió y entonces Antonio la soltó. Ya no hablaron más, pero esa noche, mientras dormía, Antonio se despertó sobresaltado por un fuerte dolor en la mano derecha. Cuando abrió los ojos, gritando, se encontró a Isabel con unas tijeras de podar y su alianza en las manos. Antonio observó su mano derecha, incrédulo, y vio salir la sangre del muñón donde había estado su dedo. Tenía nervios de acero y en ningún momento perdió el control. Se levantó de la cama y llamó a Juanjo, su hombre de confianza por aquellas fechas, para que lo llevara al hospital y le curaran la herida. «La venganza es un plato que se sirve frío», pensaba Antonio y, después, con más tranquilidad, tendría tiempo para eso. Cuando volvió a su casa su mujer había desaparecido, pero no tardó en

encontrarla. La noticia salió en los periódicos: «Una Mujer Muere Aplastada Por Un Saco De Cemento». Por supuesto, ella no había estado cerca de la obra por casualidad, ni el saco se había caído solo. Y desde luego, la policía no había investigado más de la cuenta. Antonio lo tenía todo muy bien arreglado.

Sonrió en la silla de su despacho, mientras recordaba el final de su primer matrimonio. Aún debía de tener la noticia pegada en la última página del álbum de fotos de la boda. En fin, había pasado mucho tiempo desde entonces. ¡Casi veinticinco años! Antonio sabía que ya empezaba a hacerse mayor y el maldito tiempo era de las pocas cosas que no podía controlar en la ciudad.

Cogió el móvil y llamó a Ricardo, uno de sus hombres.

—Oye, ¿cómo va el asunto?... ¿Lo tenéis ya todo listo?... Sí, no te preocupes, con que te lleves a Pepe será suficiente... No quiero errores, ¿eh? Ni más problemas de la cuenta... Venga, necesito tener ya ese maldito pendiente. —Y colgó.

Sábado. Por la noche. El *Napias* acababa de desmontar el chiringuito de la puerta de su casa. Los nervios hervían en su estómago y los intentaba aplacar con tragos de vino. El *Historias* no había llamado aún para quedar. «¡Será cabrón!», pensó. «Le dije que era importante». Preparó su carrito y se dispuso a reponer existencias. Atajó un buen trago de vino y echó a andar por la calle de la Caridad. «¿Por qué no llamará? ¿Es que ya no le interesa?». Observó el cielo y de nuevo quedó cautivado por la Estrella Polar mientras continuaba caminando. Parecía que la Estrella quería decirle algo, así que Aurelio siguió empujando su carrito en la dirección que le indicaba. «¿Cómo es posible?», se preguntaba moviendo los pies inconscientemente. «¿Cómo es posible que esté siempre en el mismo sitio?». Atravesó la plaza de Juan XXIII y se encaminó a la plaza de los Carros. Su vista permanecía atrapada en el firmamento, como si no necesitara mirar para saber a dónde se dirigía. La Estrella lo guiaba mientras él le buscaba una explicación. «¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible?». No podía cesar de hacerse esa pregunta. Al cruzar la calle Salitre casi lo atropelló un coche. El conductor pitó muy enfadado y profirió diversos insultos, pero Aurelio ni se inmutó. Continuaba con los ojos clavados en el cielo. Por fin, desembocó en la plaza de España, donde su carro tropezó con un contenedor de basura. Aurelio escapó de su estado hipnótico y abrió el contenedor. Si la Estrella lo había llevado allí sería por algo. Registró las bolsas, pero no encontró nada de provecho.

«¡Maldita sea!», ¿qué le había querido decir la Estrella?

Entonces, a lo lejos oyó unas risitas y unas voces y algo le resultó familiar. Aurelio abandonó su carro donde estaba y se dirigió hacia el centro de la plaza de España. Allí, entre los árboles, enfrente de la fuente, encontró una pareja sentada en un banco.

No se lo podía creer.

Allí estaba Trinidad con otro tipo. Hablaban y reían y se cogían de la mano. El tipo presentaba aspecto demacrado, el pelo largo y sucio, la cara chupada y los ojos pequeños y tristes. Casi seguro que era un yonqui de mierda. Aurelio permaneció observándolos un buen rato, oculto entre los árboles. Alcanzaba a oír algunas palabras sueltas de lo que decían: «un pico... me muero de ganas... podemos vivir juntos... venga, tía... un pico... somos tal para cual... saca el pico...».

El tío cabrón se la estaba camelando. Por lo visto quería irse a vivir con ella. Seguramente sería un muerto de hambre, un yonqui asqueroso que había descubierto que ella se embolsaba pasta suficiente para pagarse la dosis de caballo. Y seguramente era eso lo único que le interesaba. De hecho no cesaba de insistirle para que se metieran un pico. Y Aurelio sabía que ese era el punto débil de Trinidad. No hacía falta insistirle mucho cuando se trataba de drogarse. Aurelio observó cómo se

levantaban del banco y se escondían detrás de unos arbustos. Se acercó un poco más para poder ver lo que hacían. «¡Maldita zorra!», pensó. Una cosa era que se acostara con tipos por trabajo, pero otra muy distinta que quedara con un yonqui asqueroso para hacer manitas. Aurelio no podía perderla. A pesar de sus desavenencias, ella era lo único que tenía en este mundo. Aurelio la quería.

Vio cómo Trinidad sacaba su kit de supervivencia e iniciaba los preparativos de una dosis. Hundió la jeringuilla en su brazo e hizo presión para que el líquido mágico corriera por sus venas. Se derrumbó de espaldas sobre la tierra y su cara se iluminó con una sonrisa. El yonqui la imitó después. Se preparó una dosis para él y con la misma jeringuilla se la inyectó. El tipo también se desplomó de espaldas con cara de felicidad.

Aurelio esperó unos minutos. Entonces se acercó a ellos. Se fijó en sus ojos vacíos y la boca abierta por donde les resbalaba la baba. Asió el paquete de droga y preparó una nueva dosis. Había visto muchas veces hacerlo a Trinidad, aunque era algo que no soportaba. Sin embargo, puso mucha más cantidad de lo que ella solía.

—Te vas a enterar, hijo de perra —susurró al oído del *yonqui*.

Le incrustó de nuevo la goma alrededor del brazo y buscó su vena. Clavó la aguja sin ningún cuidado. El brazo empezó a sangrar y Aurelio apretó para descargar el líquido mortal.

—Ya está hecho, desgraciado. Te vas a vivir con tu puta madre.

Aurelio se marchó corriendo de allí. Agarró su carrito y se encaminó a su casa parando en todos los contenedores que encontraba por el camino. «Gracias, Estrella Polar», pensó varias veces. Aurelio sabía que era un intercambio. Él hacía lo que la Estrella le ordenaba y ella a cambio lo ayudaba a él en todo lo que podía. Era una buena relación.

Atajó un buen trago de vino y de nuevo el pendiente volvió a su mente. Y el *Escombros*. Tenía que conseguir el pendiente para encontrarse con el *Escombros*. Sí, tenía que hacerlo. Asió el teléfono y volvió a llamar al *Historias*.

—Sí, hola, *Historias*, soy el *Napias*... Sí, oye, te dije que era importante, ¿cuándo vamos a quedar?... Joder, macho, ¿no has tenido tiempo?... Venga, vale, mañana al medio día... Hasta mañana.

Todo había ido bien. Una vez que Elisa se sintió mejor, buscaron una farmacia de guardia donde comprar los medicamentos que le habían recetado para los vómitos y para la hemorragia que podía producirse. Las dos hermanas aparentaban estar más tranquilas.

Tomaron de nuevo un taxi y volvieron a casa sobre las nueve. Encontraron la puerta entreabierta y se miraron sorprendidas. Irene tomó la iniciativa, avanzando lentamente para desvelar el interior. El bolso de su madre yacía en el suelo junto a la entrada.

—¡Mamá! —Gritó Irene al tiempo que se lanzaba corriendo por el pasillo—. ¡Mamá!

—Hija, estoy aquí. —Su voz era un hilo que provenía del dormitorio de sus padres.

Su madre, derrumbada en la cama, se lamentaba del estropicio que había alrededor.

—Lo han destrozado todo, hija. Esos cerdos han entrado y lo han destrozado todo. —Estaba llorando—. Nos fuimos a Murcia a comprar y cuando hemos vuelto...

—¿Dónde está papá?

—En el baño. Ha llamado a la policía, pero todavía no han llegado. Mira, todo roto. —Su madre levantó la cabeza—. Te he estado llamando al móvil pero no me lo has cogido —sollozó con tono de reproche.

—Lo siento, mamá, no lo llevaba encima. Se me ha olvidado.

—Ah, pues entonces, ya te has quedado sin móvil porque seguro que lo han robado también.

Irene entró en el comedor. Todo estaba en el suelo. La lámpara que tan poco le gustaba se encontraba volcada y en su caída había roto el cristal de la mesa auxiliar. El que había hecho aquello se había ensañado. Fue a su habitación y allí también lo encontró todo revuelto, aunque su móvil yacía apagado sobre la alfombra. Toda su ropa, incluida la interior, había sido esparcida y pisoteada. Toda su vida, todos sus recuerdos habían sido violados; toda su intimidad había quedado al alcance de unos desaprensivos.

La casa entera tenía el mismo aspecto, incluida la cocina. Habían sacado las ollas, los vasos, los cubiertos. Habían rajado hasta las cortinas.

Se dirigió al baño.

—Papá, ¿estás bien?

—Sí, hija, ya salgo.

Regresó a la habitación de sus padres. Elisa abrazaba a su madre.

—Mamá, ¿has visto qué cosas faltan?

—No. —Se desasíó del abrazo de su hija—. No quiero mirar nada más.

—Pero, mamá, mira al menos si tienes las joyas.

—Míralo tú si quieres. Yo no tengo ánimo. —Su madre levantó la cabeza y la contempló con ojos húmedos. Parecía destrozada—. ¿Te acuerdas del gramófono que compré la semana pasada?

—Sí. —Irene la miró sorprendida—. ¿Se lo han llevado?

—No, pero lo han hecho añicos. Está roto, Irene, para tirarlo a la basura —y rompió a llorar desconsolada.

Irene comprendió lo que el gramófono destrozado simbolizaba para su madre. Representaba su hogar, sus sueños, toda una vida decorando la casa meticulosamente, a conciencia, para que cada elemento estuviera a juego dentro de sus gustos. Ahora había desaparecido ese hogar. Toda una vida de trabajo, perdida en unos minutos.

—Está bien, mamá, no te preocupes. Todo tiene solución. Ahora vamos a ver qué es lo que falta.

Irene levantó uno de los cajones de la cómoda que estaba en el suelo y donde su madre solía guardar todos sus abalorios. Apartó algunos trastos de encima y allí halló las joyas. La verdad es que no tenían demasiado valor porque su madre solía gastarse todos sus ahorros en artilugios decorativos para el hogar. Pero sí, allí estaban sus pequeños pendientes de boda, su collar de perlas de Majórica, el anillo de la abuela Isabel. Estaba todo desordenado, pero no faltaba nada.

—Aquí está todo, mamá. Elisa, mira qué te falta a ti.

Su hermana se levantó a pesar de los esfuerzos de su madre para que continuara abrazada a ella.

Echaron un vistazo rápido a la casa. Aparentemente no habían robado nada, mas tendrían que tirar muchas cosas. Su madre apareció bajo el dintel de la puerta del comedor.

—¡Madre mía! Y la semana que viene es la boda. —Tenía la mirada perdida—. ¿Cómo va a venir la gente aquí? Esto es un desastre.

—Mamá, ven que te voy a acompañar a casa de Salvadora y te quedas allí un ratito. ¿Vale?

Su madre no intentó llevarle la contraria. Permitió que Irene la guiara hasta el piso de su amiga. Salvadora se llevó sus rollizas manos que siempre olían a lejía a la cabeza cuando Irene le explicó lo que había ocurrido, pero no dijo nada. Tomó a su madre por el brazo y la acomodó en el sofá.

—No te preocupes, Irene. Aquí se puede quedar el tiempo que haga falta.

Cuando volvió a casa, su padre estaba hablando con dos policías nacionales que inspeccionaban el piso. Al rato, aparecieron también dos miembros de la policía científica. Estos venían mejor pertrechados. Hicieron fotos y cogieron algunos objetos.

—Esto nos lo tenemos que llevar. Quizás podamos encontrar alguna huella que nos ayude a identificar a los ladrones.

Mientras los miembros de la policía científica se dedicaban a analizar la casa, los otros dos policías estuvieron interrogando a algunos vecinos. Irene miraba a aquellos

extraños moviéndose entre sus cosas, entre su intimidad.

Una vez que terminaron su trabajo, Irene, su hermana y su padre volvieron a revisar todas sus pertenencias para ver qué se habían llevado los ladrones.

—Pues, no lo entiendo —dijo el padre de Irene a uno de los policías, un tipo alto y fuerte con cara de haber dormido poco—, no parece que falte nada.

—Es posible que entre todo el barullo no se hayan dado cuenta de la desaparición de algo. Esperen a examinarlo todo con más calma. De todas formas, muchas veces solo buscan dinero y si no lo encuentran se dedican a destrozar las cosas. Ya le digo, examínenlo todo con más calma y después pase por comisaría para poner la denuncia.

Los policías se marcharon. Al cerrar la puerta, la casa se mostró más triste, más vacía y el allanamiento, más ruín.

Se abrazaron los tres en la entrada. Pasados unos minutos se organizaron para recoger las cosas. Irene propuso empezar por la habitación de su hermana para que pudiera acostarse porque no se encontraba bien. Sin embargo, Elisa no quiso dejar de colaborar.

—Hijas, yo me voy a ir ahora a comisaría a poner la denuncia, que no quiero que se haga más tarde. Estaré más tranquilo si os subís a casa de Salvadora.

—Papá, no pasa nada. Te esperamos aquí. Todavía queda mucho por arreglar.

Su padre se marchó no muy convencido. Tardaron varias horas hasta que la casa quedó más o menos en condiciones. Al cabo, llegó su padre, con aspecto fatigado, y se acercó a casa de Salvadora. Cuando bajó, solo, todavía parecía más cansado.

—Hijas, ¿queréis que busquemos un hotel para pasar la noche?

—No, papá —repuso Irene—. Esta es nuestra casa, yo me quedo.

—Yo también.

—De acuerdo. Mamá no se encuentra muy bien, así que dormiré en el piso de Salvadora. Está asustada y no quiere bajar. Yo me quedo aquí con vosotras.

Nadie cenó a pesar de que Salvadora los había invitado. No tenían hambre, el susto había podido con todo. Poco después de las doce, cada uno se hallaba en su maltrecha habitación.

Irene se derrumbó en la cama, boca arriba. El fuerte dolor de cabeza había vuelto a arremeter. Después de todo el esfuerzo y del berrinche, se sentía cansada e impotente. Unos malnacidos habían entrado en su casa y la habían destrozado. Entonces comenzó a pasear la vista entre sus escasas pertenencias supervivientes. Se había visto obligada a tirar muchas cosas, y había estanterías desoladas porque los peluches que las habían adornado estaban rotos o pisoteados. Sin embargo, sobre la mesa de estudio observó el libro *Las Mil y Una Noches*. Hacía algunos días que no lo leía. Aquel no era su sitio pero su padre o su hermana lo habrían dejado allí.

Entonces empezó a jugar con el móvil entre sus dedos.

Era muy tarde.

Irene se acercó el teléfono a la cara y marcó un número. «¿Qué estoy haciendo? ¿Me he vuelto loca?», pensó. Sonó el primer tono y avergonzada colgó. «Ojalá, no

hubiera llamado. Ojalá, no hubiera llamado».
Pero ya era tarde.

Ginés yacía boca arriba en la cama de su habitación, sosteniendo un libro titulado *Historias del Molinete de Cartagena* de Manuel López Paredes. Ya lo había leído hacía un par de años, cuando lo compró en la tienda de la calle San Vicente, si quería volver a hojearlo para empaparse mejor del ambiente del famoso barrio. Desde que había descubierto que su abuela vivió allí, el Molinete había revivido en él un interés desaparecido tiempo atrás. Sin embargo, no existía mucha documentación sobre la época de los burdeles.

En ese momento sonó su móvil. Un único tono y se cortó. Ginés escrutó el reloj: las doce y media. «Qué raro», pensó. «¿Quién llamará a estas horas?». Cogió el teléfono y encontró una llamada perdida. ¡Era de Irene! Ginés se alegró mucho, y se preocupó a la vez. ¿Le habría pasado algo? ¿Por qué había colgado? Igual se había equivocado al marcar su teléfono y no quería hablar con él.

«Bueno, tendrá que explicármelo ella. Y aunque se haya equivocado, ahora tengo excusa para llamarla yo». Apretó el botón de llamada y esperó. Un tono. Dos tonos.

—¿Ginés?

—Sí, hola, Irene. ¿Me has llamado tú?

—Sí, perdona, no quería molestarte. ¿Estabas durmiendo?

—No, qué va. Estaba leyendo. ¿Ocurre algo?

—No, no. —Irene dudó—. No pasa nada. ¡Vaya, lees mucho! Me gustaría tener tiempo para agarrar un buen libro y perderme en él durante dos o tres días y no parar hasta que lo termine.

—¿Y por qué no lo haces?

—Pues, ya sabes...

Y los dos a la vez continuaron.

—Los preparativos de la boda...

Se echaron a reír. Pero entonces Irene rompió a llorar.

—Oye, Irene, ¿estás bien?

—Lo siento, Ginés. Es que últimamente todo parece irme mal. Hoy han entrado a robar en nuestra casa. —Irene sollozaba. Su llanto fue como una explosión de tensión contenida—. Lo han destrozado todo, Ginés.

—Pero, ¿estáis todos bien?

—Sí, sí. No te preocupes. No había nadie en casa. Y parece que no se han llevado nada, aunque lo han dejado todo hecho un desastre.

—Vaya, lo siento, Irene. ¿Habéis llamado a la policía?

—Sí, ya han estado aquí y mi padre ha puesto la denuncia. En fin, esto es un desastre... Ha sido un día horrible, todas nuestras cosas estás destrozadas, lo han sacado todo de su sitio, no sé.

—¿Necesitáis algo?

—No, Ginés, muchas gracias. Ya estamos todos acostados. Solo... no sé...

Necesitaba hablar con alguien, a veces soy muy impulsiva.

—Vaya, así que estamos hablando los dos, metidos en la cama —bromeó Ginés.

Irene se rió suavemente, pero aún se oían los sollozos.

—Oye, Irene, siento lo que pasó ayer en la discoteca. No quería fastidiarte la despedida.

—¡Bah! No te preocupes, fue un desastre desde el principio. —Y susurrando, en un tono triste, continuó—. Tú fuiste lo mejor de la noche.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Ginés de arriba abajo. Se incorporó en la cama apretando el móvil contra su oreja. No estaba seguro de haber oído bien.

—¿Cómo dices?

—Nada... que si has descubierto algo nuevo sobre el pendiente. —Por la voz, Irene parecía ahora más tranquila.

Ginés se volvió a tumbar. Había oído bien, estaba seguro.

—¡Ah! Sí, más o menos. Hoy he vuelto a hablar del tema con mi tía Rosell. Es todo muy extraño, ya no sé lo que me puedo creer y lo que no.

—¿Por qué? ¿Qué te ha dicho?

—Dice que el pendiente ha pertenecido a mi familia desde hace mucho tiempo y que ellos eran los encargados de custodiarlo para que no cayera en malas manos. Porque, según ella, y no te vayas a reír, el pendiente es una llave que abre la puerta del Infierno.

—¿Qué dices? —La voz de Irene sonaba alegre ahora. Desde luego le había hecho gracia—. ¿Te ha dicho eso?

—Pues sí. Y se ha quedado tan pancha. Desde luego ella parecía convencida de lo que decía. Por eso te digo que ya no sé lo que me puedo creer y lo que no.

—Vaya, parece que en esa familia estáis todos un poco locos. —Irene se rió y Ginés también. Le gustaba que bromeara con él—. ¿Y qué más te ha dicho?

—Poco más. Ha confirmado la historia del robo del pendiente y de que después apareció en el Anfiteatro. Por lo visto, pensaron que en el Museo estaría más seguro que en su poder y se olvidaron de él.

—Bueno, por lo menos ya sabes algo más. Ahora solo tienes que encontrar la puerta del Infierno y quizás así encuentres el pendiente.

Los dos se rieron de nuevo.

—Está bien. Voy a comprar una tabla *ouija* e invocaré al demonio. Así, cuando salga por la puerta, veré si lleva el pendiente puesto.

Volvieron a reír.

—No, ahora en serio. La verdad es que ya no sé por dónde seguir. No hay más información sobre el pendiente, ni hay nada de la época de los mastienos o los cartagineses que me indique por qué puede ser tan importante. Aunque, no lo sé, igual no es tan importante. Todo esto de la puerta del Infierno parecen desvaríos de mi tía.

—¿Crees que es cierto lo que te ha dicho ella?

—No lo sé. Parecía convencida, pero lo de la puerta del Infierno no es muy creíble.

—Bueno, ellas son muy creyentes, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque entonces no se inventarían una historia como esa.

—¿Estás diciendo que piensas que puede ser verdad lo de la puerta?

—No, pero quizás ellas sí crean que sea verdad. Puede ser la historia que a ellas les han contado.

—Ya. O quizás lo ha dicho para meterme miedo y que deje de investigar.

—Bueno, el caso es que no sabes por dónde seguir, ¿no?

—Pues no, no tengo ni idea.

—Entonces, ¿por qué no investigas sobre tu familia? Si es cierto que el pendiente os ha pertenecido durante tanto tiempo quizás encuentres alguna pista.

—Pues tienes razón. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Irene, eres un genio.

—Gracias, será una genia.

—Bueno, no sé si eso existe.

—Ya, continuó Irene, pero debería existir, por lo tanto, lo reclamo para mí. — Ambos se rieron de nuevo—. ¿Cómo queremos conseguir la igualdad las mujeres si el lenguaje, que es el instrumento a través del cual nos comunicamos, es el primer machista?

—Pues nunca lo había pensado así, pero tienes razón.

—Pues sí, claro que la tengo. Bueno, Ginés, siento haberte molestado y te agradezco mucho tu tiempo. Me ha sentado bien hablar contigo.

—No te preocupes. Soy yo el que te tiene que dar las gracias, me estás ayudando muchísimo con lo del pendiente. Ahora me has dado una idea muy buena para seguir investigando. Muchas gracias.

—De nada.

—Oye, y si tienes ganas de hablar o te hace falta algo, llama cuando quieras — Ginés puso voz de falsete y continuó—, *que aquí, en cá Ginés, tenemos servicio de vinticuatro hora pá vosté.*

—Vaya, muchas gracias, de verdad. Bueno, te dejo que es muy tarde. Hasta mañana, Ginés.

—Hasta mañana.

54

Ginés se despertó temprano ese domingo, aunque no estaba pensando en ir a visitar mercadillos. Irene le había aportado una buena idea la noche anterior y ahora estaba dispuesto a llevarla a la práctica. Había dormido bastante mal, porque no había podido parar de darle vueltas a la cabeza. «¿Por dónde podía empezar?», era la pregunta que una y otra vez se repetía en su mente. Y esa interrogante bloqueaba sus pensamientos de tal forma que no era capaz de dormirse. Pero, por fin, pasadas las dos de la mañana, había conseguido conciliar el sueño. Justo después de que aquella pregunta encontrara respuesta y liberara su mente.

«Empezaré revisando el árbol genealógico».

Ginés se levantó y antes de lavarse la cara se encaminó a la entrada. Observó con detenimiento el árbol genealógico de su bisabuelo. Estaba pintado al óleo sobre un lienzo, encuadrado por un marco de madera muy recargado. En la parte superior, en grandes letras ricamente decoradas aparecía «FAMILIA PALETO» y, al lado, el escudo, una ermita dorada sobre un fondo gris. Estudió la interminable lista de nombres de sus antepasados. El árbol recogía hasta ocho generaciones anteriores a su bisabuelo, mas allí no iba a obtener ninguna información útil. Entonces recordó haber leído sobre la genealogía de su familia y el escudo en un libro, hacía ya mucho tiempo. Sí, ese libro lo tenía él.

Volvió a su habitación y rebuscó en las estanterías. En la más alta lo encontró: *Genealogía de Cartagena*, publicado en 1956. Miró el índice y buscó *Paleta*. Saltó a la página ciento trece.

«I - DIEGO PALETO».

Nacido en Cartagena.

Casó con:

JUANA DE BOTÍA. Padres de:

«II - LORENZO PALETO».

Nacido en Cartagena. Sirvió en Caravaca al servicio del Marqués de los Vélez.

Casó con:

FRANCISCA GONZÁLEZ, nacida en Cartagena.

III - MIGUEL PALETO.

Nacido en 1587 en Cartagena. Capitán de Milicias. Casó con:

MARÍA DE VALCÁRCEL.

IV - EMILIANO PALETO.

Nacido en 1846 en Cartagena. Capitán de fragata, que luchó junto a Antonete Gálvez en el Cantón de Cartagena. Casó con:

MARÍA SOLANO.

Por lo visto, tan solo aparecían aquellos antepasados que habían tenido méritos militares. Después seguía una sección donde se describían los escudos de la familia:

Primer escudo:

Cuadrilongo de base circular. En Campo de plata, sol de oro, cargado con llave de plata puesta en faja, con el ojo a la siniestra y los paletones hacia lo bajo. Al timbre yelmo de plata. Sobre cinta de oro porta el grito de guerra «PROGENIE IN PROGENIE».

En el S.xvi se cambió el escudo a:

Cuadrilongo de base circular. En Campo de plata, ermita de oro. Al timbre, yelmo de plata. Sobre cinta de oro porta el grito de guerra «PROGENIE IN PROGENIE».

Según indicaba el libro, el escudo de su familia se había modificado en el S.xvi. El escudo de la ermita era el que Ginés siempre había conocido, pero había existido uno anterior. Volvió a examinar su descripción: *«En campo de plata, sol de oro, cargado con llave de plata...».*

«Sol de oro cargado con llave de plata».

¿Representaba esto al pendiente? Era posible. El pendiente era de oro y tenía forma de disco dentado, como un sol. Además, la llave en su interior podría ser una alegoría a lo que el pendiente era en realidad. Quizás, después de todo, su tía le hubiera dicho la verdad.

Entonces, si el pendiente aparecía en el primer escudo de su familia, eso quería decir que les había pertenecido durante mucho tiempo. Desde luego, desde antes del S.xvi, fecha en que el escudo se cambió por el de la ermita. Y debía de ser muy importante para representarlo en el escudo. Claro, todo cuadraba, el grito de guerra *«progenie in progenie»* significaba algo así como *«generación en generación»*. El pendiente había sido destinado a pasar en su familia de generación en generación. Excepto a él. Por lo visto, Ginés era el eslabón roto.

Pero, ¿por qué lo cambiaron y pusieron una ermita en su lugar?

Había sucedido algo en el S.xvi relacionado con una ermita y muy importante para su familia, si no, no aparecería en el escudo. Pero, ¿qué? Lo más lógico era que un antepasado suyo hubiera construido una ermita, o tomado parte importante en su construcción. Algunas veces estos hechos quedaban reflejados en los escudos de

familia.

Ginés recordó que poseía otro libro que hablaba de las ermitas de Cartagena. No le costó mucho encontrarlo, pues estaba cerca del de Genealogía, en la sección de libros locales. Se titulaba *Ermitas y Cosas de Cartagena*.

Le iba a costar un buen rato encontrar la información que buscaba. Escrutó el reloj impaciente. Eran las diez y media y había quedado a mediodía. Aún tenía tiempo de leer un rato.

Aurelio se levantó a las doce del medio día. Trinidad dormía a su lado, como si no hubiera ocurrido nada, y él se alegró mucho de verla allí. Desayunó su cerveza fresca de costumbre y plantó el chiringuito en la puerta de su casa. Aunque el calor era insoportable, enseguida acudió gente para valorar las novedades que había conseguido. Hizo varias ventas antes de la una, cuando apareció el *Historias*.

—Hola —saludó el *Historias*—. ¿Podemos hablar aquí?

Aurelio le echó el brazo por encima.

—Aquí hay demasiada gente —repuso y lo arrastró al solar que había cerca de su casa.

—Bueno, ¿qué es eso tan importante que tenías que decirme? —El *Historias* parecía tranquilo. Aurelio miró su nariz perfecta y sintió envidia de nuevo.

—Mira, *Historias*, el rollo ese del pendiente es muy peligroso. Por lo visto, hay involucrados peces gordos. Será mejor que tengas cuidado si continuas metiendo las narices en el asunto.

—¿A qué te refieres? ¿Quiénes son esos peces gordos?

—Bueno, antes de decírtelo me gustaría saber un poco más. ¿Por qué hay tanta gente interesada en ese pendiente?

—No lo sé. Es lo que estoy intentando averiguar. —El *Historias* parecía sincero.

—¿Y por qué lo buscas tú? —Aurelio sonrió. A esa pregunta tendría que contestarle sin más rodeos.

—Porque creo que tiene algo que ver con mi familia. Según parece ese pendiente perteneció a mi abuela hace muchos años y por eso quiero averiguar por qué es tan importante y por qué lo han robado.

—¿Y no sabes nada más sobre el pendiente?

—No, ya te he dicho que estoy investigando, pero aún no sé nada más. ¿Quién lo está buscando?

Bueno, la verdad era que el *Historias* no le había dado mucha información, pero quizás podría colaborar con él.

—¿Has investigado lo de la Asociación que te dije? —Preguntó Aurelio.

—Sí, tenías razón. Creo que lo robó un chaval de allí. Pero ahora ha desaparecido.

—¿Lo ves? —Insistió el *Napias*—. Te dije que era peligroso. ¿Y dónde está el pendiente?

—No lo sé. No se sabe nada aún.

Aurelio meditó unos segundos.

—¿No lo habrá conseguido él?

—¿Quién?

—Pues quién va a ser, él, el *Escombros*.

El *Historias* se sorprendió.

—¿El *Escombros*? ¿El *Escombros* está buscando el pendiente?

—Sí, por eso te he llamado. Es un tipo muy peligroso.

—No lo conozco, pero he oído hablar de él. Es un magnate de la construcción o algo así.

—Sí, y un hijo de perra —continuó Aurelio con cara de odio—. Además de eso es uno de los coleccionistas más importantes de la ciudad.

—¿Y por qué lo llaman el *Escombros*?

—Que yo sepa por tres cosas. La primera porque le gusta pescar y aquí en Cartagena el *Escombros* es un pez muy característico.

—Claro —asintió el *Historias*—, es el que le da nombre al Valle de Escombreras. Es lo mismo que la caballa.

—La segunda —continuó el *Napias*, asintiendo— es porque cuando era joven, según dicen, se revolcaba entre los escombros de las obras para buscar reliquias de los romanos. Ahora tiene gente que lo hace por él.

—¿Y la tercera?

—Pues la tercera, porque es escoria. Es un cabrón y un hijo de perra. A mí me caes bien, *Historias*, y no quiero que te pase nada. Si vas a seguir metiendo las narices en este asunto será mejor que te ayude. Mantenme informado de lo que averigües y yo haré lo mismo contigo. El *Escombros* no se anda con tonterías, será mejor que lleves cuidado.

—Sí, será mejor. —El *Historias* lo miró a los ojos—. ¿Por qué me quieres ayudar?

—Tengo una cuenta pendiente con el *Escombros*. Quiero joderlo como sea y como parece que tiene mucho interés en conseguir el pendiente, si puedo evitar que lo logre, es una forma de empezar.

—De acuerdo, me parece bien. Te informaré de lo que averigüe y tú mantén el móvil cargado y si descubres algo ponte en contacto conmigo. Tengo la sensación de que el *Escombros* no tiene el pendiente todavía.

—Me gusta oír eso —sonrió Aurelio.

El *Historias* se fue y el *Napias* volvió a su tienda. Su plan estaba en marcha. Parecía que el *Escombros* aún no se había hecho con el pendiente y el *Historias* era un chaval inteligente.

¿Por qué había tanto interés en el pendiente?

¿Quién lo encontraría primero?

Aurelio no lo sabía, pero fantaseaba con la imagen de ese encuentro con el *Escombros*.

Cuando Ginés (o el *Historias*, que era su apodo en los bajos fondos de Cartagena, debido a su Licenciatura) concluyó la conversación con el *Napias* se dirigió a la casa de Estaban. Era el día de descanso de su amigo, pues el bar se abastecía principalmente de los trabajadores de la zona.

Llamó a la puerta, en la calle Jiménez de la Espada. La casa de Esteban había sido la consulta de un podólogo antes de que él la comprara, y el cartel con un enorme pie aún permanecía en la fachada. La puerta se abrió y Ginés subió por la escalera al primer piso. Se encontró con Esther, la mujer de Esteban, a la que saludó dándole dos besos.

—Hola, Esther. ¿Cómo estás?

—Bien, pasa. Esteban está en el salón.

Esther era muy agradable, siempre sonriente, aunque su amigo le había contado muchas veces que tenía un carácter muy fuerte y cuando algo se le metía en la cabeza era difícil hacerla cambiar de opinión.

—Hombre, Ginés —lo saludó Esteban, que reposaba en el sofá viendo la tele—. ¿Quieres tomar un *Martini*?

—Claro.

Esteban se levantó y se dirigió a la cocina. Ginés lo acompañó.

—¿Tú quieres uno? —Preguntó Esteban a su mujer, pero ella declinó la invitación.

Esteban puso el hielo en dos vasos bajos y anchos. Sacó una lata de olivas rellenas y atravesó dos en cada palillo. Tras depositarlas junto al hielo lo roció con un buen chorro de *Martini* rojo.

—¿Vamos al salón? —Propuso Esteban.

—No, prefiero ir al estudio.

—¿Te pasa algo, Ginés? Pareces preocupado.

—Bueno, la verdad es que quería pedirte un favor.

Anduvieron por el pasillo en dirección a la habitación-museo que Esteban había acondicionado para su colección. Aunque Ginés había estado allí muchísimas veces, no podía evitar sorprenderse cada vez que entraba. Parecía un auténtico museo de la Segunda Guerra Mundial. Comenzaba con una colección impresionante de cascos y gorras originales, clasificadas por ejércitos. A Ginés la que más le gustaba era la de piloto japonés, una auténtica reliquia; de hecho, el Zero japonés era su avión favorito. El techo estaba forrado de fotos con escenas de la Guerra. Junto a otra pared se exponían los uniformes y accesorios militares. Tenía palas, cantimploras, cuchillos... también clasificados por ejércitos. Por último, disponía de una sección específica para las armas. Había conseguido varias ametralladoras, incluso una de un tanque, un lanzagranadas, seis fusiles y uno de francotirador alemán, este último, el preferido de Esteban.

—Bueno, ¿qué ocurre, Ginés? Me estás asustando con tanto misterio.

—Verás, quería pedirte que me prestaras la Luger... y munición. —La Luger Parabellum P. 08 era famosa por su precisión y se había convertido en un icono del ejército nazi. Sin embargo, fue el ejército suizo el primero en adoptarla en 1906. La que tenía Esteban era una pieza original de un oficial de la Luftwaffe (ejército del aire alemán), sin inutilizar. Además, Esteban fabricaba su propia munición de 9 mm. Reutilizaba los casquillos cada vez que disparaba y fundía el plomo en un molde para hacer el proyectil. Tenía una prensa especial para encajar ambas cosas.

—Bueno, ¿y para eso tanto misterio? ¿Dónde vas a hacer prácticas de tiro?

Ginés no contestó y dejó caer los ojos al suelo. Su amigo continuó.

—No vas a hacer prácticas de tiro. Eh, Ginés, ¿qué coño pasa? ¿Estás metido en algún lío?

—Mira, Esteban, estoy metido en algo, pero no es un lío exactamente. Sin embargo, creo que puede ser peligroso y prefiero llevar una pistola. No porque la vaya a utilizar, pero nunca se sabe lo que puede pasar. Y es mejor ser precavido.

—¿Tiene que ver con lo del pendiente y tu abuela?

—Sí, pero ahora no te lo puedo contar.

—Bueno, Ginés, como quieras. Ya sabes que si necesitas ayuda, estoy aquí para lo que haga falta. —Esteban agarró la pistola y ocho balas y se las entregó a Ginés—. ¿Quieres más munición?

—No, no, es suficiente con un cargador. En fin, espero no tener que utilizarla.

—Lleva cuidado con dónde te metes. Y con la pistola. Es peligrosa.

—Ya lo sé, Esteban. —Ginés apuró su *Martini*—. Y te agradezco mucho que confíes en mí.

—Para eso están los amigos, ¿no?

Ginés le echó el brazo por encima, cariñosamente. Esteban era un buen tipo. Le dio las gracias de nuevo y se despidió de él y de su mujer.

Mientras caminaba hacia su casa, con la pistola bajo el brazo, parecía que se sentía más seguro. El *Escombro* le había dicho que el *Escombro* estaba buscando el pendiente y precisamente la noche anterior habían entrado a robar en la casa de Irene. Ella le había explicado que parecía que no faltaba nada, pero que lo habían puesto todo patas arriba. ¿Habría sido el *Escombro* el autor del robo? ¿Acaso pensaba que Irene podía tener el pendiente en su poder? Aparentemente todas las piezas encajaban en esa dirección, pero Irene no tenía el pendiente.

¿O ella le estaba ocultando algo?

No, eso no. Ginés sabía que podía confiar plenamente en ella. Lo veía en su cara y lo sentía en su piel. Irene no le había mentado. Pero quizás, como ella trabajaba en la asociación a la que pertenecían los chavales, el *Escombro* habría pensado que ella podía tener el pendiente. O a lo mejor estaba dispuesto a registrar las casas de todas las personas que hubieran tenido relación con ellos.

Tendría que llamarla para decirle que no saliera de su casa sola. Quizás estuviera

en peligro. O a lo mejor eran todo imaginaciones tuyas. Sí, quizás fuera mejor llamarla para ver cómo estaba, sin asustarla. Igual, lo del robo no tenía nada que ver con todo aquello.

Era posible, no obstante una cosa tenía clara: tanto por él, como por Irene, con la pistola bajo el brazo se sentía más seguro.

—Hola, Miguel.

—Hola.

Irene llevaba ya un rato esperando a su novio en el piso que ambos compraron y acondicionaron en el centro de Cartagena. Mientras aguardaba, Irene había recorrido toda la casa, examinando las habitaciones, asomándose al mirador, recolocando algunos adornos que se encontraban fuera de sitio. El piso estaba listo para vivir. Solo faltaban detalles sin importancia y alguien dispuesto a ocuparlo.

Todavía no había comprado ninguna maceta pero ya tenía seleccionados los rincones en los que colocarlas y el tipo de plantas que quería: romero y lavanda, en el comedor; perejil, en la cocina; flores frescas en su dormitorio. Todo aquello parecía pertenecer a la vida de otra persona, de repente aquella no podía ser ya su casa.

—¿Cómo estás, Irene?

—Bien, supongo. Ayer entraron a robar en casa. —Miguel se aproximó a Irene pero ella elevó la mano para que no continuara—. Lo pusieron todo patas arriba, mi madre está histérica y hemos tardado horas en acondicionarlo todo de nuevo. Pero estamos bien.

—¿Por qué no me lo has dicho cuando me has llamado? —Se preocupó él dolido.

—No era necesario. Ya está todo solucionado.

—Me alegro.

—Y tú, ¿cómo estás? —Preguntó ella con tono seco.

—No muy bien, creo que mi novia quiere dejarme definitivamente.

Irene se sintió desconcertada, pero se repuso.

—No, Miguel, no... —dudó.

—No, ¿qué? ¿Se puede saber qué es lo que te pasa últimamente?

—No lo sé, Miguel. No estoy segura; creo que he vivido muchos años en una burbuja, comportándome como una niña buena. Viviendo poco porque todo me daba miedo. Mis padres me han educado para ser una chica responsable, respetuosa, obediente. Y estoy harta. Quiero vivir. Quiero tener la posibilidad de hacer cosas diferentes, y después, a lo mejor, me convierto en una madre y esposa responsable. Pero quiero poder elegir.

—Y conmigo no puedes vivir la vida loca que tú quieres.

—No lo sé, Miguel. A lo mejor tampoco deseo esa vida. A lo mejor me comporto así porque tengo miedo a casarme.

—O porque ya no me quieres.

Irene no contestó. Se dio la vuelta y se detuvo con los ojos cerrados. Dos lágrimas comenzaron a resbalar lentamente por sus mejillas. Miguel se acercó por detrás y la abrazó.

—Siento haber dicho eso, Irene. Sé que me quieres, como yo te quiero a ti. Somos el uno para el otro. No puedo dejar de pensar en nuestra vida juntos, aquí en nuestra

casa. ¿Te lo imaginas? Sentados en el sofá, viendo películas, sin tener que volver después a casa de nuestros padres. Y dentro de un tiempo, cuando gane lo suficiente, podrás dedicarte exclusivamente a la casa y a cuidar de nuestros hijos.

Irene se desasíó de un empujón.

—¿Es que no escuchas nada de lo que te digo? —Exclamó furiosa—. A mí me gusta mi trabajo. Y nunca jamás me convertiré en un ama de casa que se dedique exclusivamente a hacer feliz a su maridito. ¿Entiendes?

—No te pongas, así, Irene. No has entendido lo que...

—Te he entendido perfectamente, Miguel, y ya no puedo más. Ya no quiero continuar con esta relación. No quiero seguir engañándome, prometiéndome que dentro de un tiempo cambiarás y la vida junto a ti será mejor. Eso no ocurrirá jamás. Tú no puedes darme lo que yo necesito para ser feliz.

—Irene...

—Se acabó, Miguel. Esto es el final. Te quiero mucho por todo lo que hemos pasado juntos, pero no quiero continuar resignada a compartir la vida contigo. No tenemos nada en común.

Irene se dirigió hacia la salida y abrió la puerta.

—¿Y qué pasa con la boda? —Preguntó él con la voz quebrada—. La Iglesia, el restaurante, los invitados..., incluso este piso, está todo listo, Irene. No puedes hacerme esto.

—Lo siento, Miguel, pero sí que puedo. Se trata de mi felicidad.

Y suavemente, Irene arrastró el pomo de la puerta, cerrando tras de sí una larga y tediosa etapa de su vida.

Aunque era domingo, Antonio se hallaba en su despacho, sentado en su sillón de cuero detrás de la mesa. Enfrente se encontraban Ricardo y Pepe.

—Allí no estaba, Antonio —exclamó Ricardo, frotándose las manos—, de eso estamos seguros. Registramos la casa entera de arriba a abajo.

Antonio sondeó a Pepe.

—¿Crees que los chavales mintieron?

Pepe negó con la cabeza. Antonio tampoco lo creía. No eran tan duros como para soportar la paliza que les había propinado.

—Bueno, si no lo tiene en la casa, ¿dónde puede estar? —Demandó Antonio mirando ahora a Ricardo.

—No lo sé, igual lo lleva encima, aunque no lo creo. La hemos estado siguiendo y no hemos visto nada relacionado con el pendiente. Pero hay otra cosa que quería comentarte.

—¿El qué?

—La chica ha empezado a quedar con un chaval. Han quedado ya varias veces.

—Bueno, ¿y qué pasa? —Antonio no entendía dónde quería ir a parar.

—Pues que el tío se llama Ginés Paleto.

La cara de Antonio cambió. Se puso muy serio al oírlo; después sonrió.

—Así que hay un Paleto mezclado en esto. ¿Crees que le puede haber dado el pendiente?

—No lo sé. Que nosotros sepamos no, aunque no podemos estar seguros.

—Está bien. —Antonio se puso de pie y apoyó las manos sobre la mesa inclinándose sobre Ricardo y Pepe—. Quiero que continuéis vigilándolos y que me consigáis el teléfono de ese Paleto. Quizás podamos llegar a un acuerdo con él, si es que tiene el pendiente. No siempre hay que hacer las cosas por las malas, ¿no, muchachos?

—Claro, jefe, lo que tú digas. —Repuso Ricardo.

Pepe mostró cara de disgusto.

Irene marcó el teléfono de su amiga con dedos temblorosos. Al poco, Clara descolgó el auricular.

—Hola, Irene.

—Hola.

Se produjo un silencio incómodo.

—Yo... siento mucho lo que pasó el viernes —expresó Irene, por fin.

—Yo también, siento haberme puesto hecha una loca. No sé, me acordé de cuando pillé a Carlos en el bar con aquel pendón. —Hizo una pausa—. Pensé en Miguel y en ese momento me identifiqué con él.

—Yo siempre había creído que nunca sería capaz de serle infiel, y ya ves. Solo fue un beso y te aseguro que no hubo premeditación.

—Ya lo sé, Irene, no te preocupes. Mi reacción fue desmedida y lo siento. Espero no haberte fastidiado la noche.

—No, Clara, la verdad es que la despedida fue un desastre, pero no por culpa tuya. —La línea quedó en silencio unos segundos—. Por cierto —continuó Irene—, acabo de cortar con Miguel.

Ginés concluyó la lectura del libro poco después de cenar, pasadas las nueve de la noche. Había tomado algunas notas y había descubierto que eran tres las ermitas que se habían construido en el S.XVI: la de la Guía o de San Telmo, la de Santa Lucía y la de San José. Reparó en la hora que era y decidió llamar a Irene antes de que se hiciera más tarde.

—Hola, Irene, ¿cómo estás?

—Bien —la voz de ella sonaba muy apagada.

—¿Te ocurre algo?

—No, no te preocupes. Estoy un poco triste, eso es todo.

—¿Por lo del robo?

—No, bueno, sí. Ya está la casa más o menos recogida. A la que más le ha afectado es a mi madre. Durante toda su vida no ha hecho otra cosa que coleccionar objetos y ahora están todos destrozados.

—Ya. Oye, quería comentarte una cosa, pero no quiero que te preocupes.

—¿Qué pasa?

—Sospecho que lo del robo pueda estar relacionado con el asunto del pendiente.

—¿Con el pendiente? ¿Por qué?

—Me han dicho que hay alguien más buscando el pendiente, alguien peligroso. Y creo que ese alguien pensaba que lo podías tener tú. O quizás no tiene ni idea de quién puede tenerlo y ha decidido registrar las casas de todos los que trabajáis en la Asociación.

—Ya —comprendió Irene—, como los chicos que lo robaron eran de la Asociación...

—Sí, puede que piensen que hay implicado alguien más de tu trabajo.

—Es posible, porque aquí no se llevaron nada. Tan solo se dedicaron a machacarlo todo.

—Bueno, será mejor que tengas cuidado. Intenta no salir a la calle sola hasta que se aclare todo esto.

—Está bien, Ginés. Gracias. Lo haré. —Su voz permanecía muy apagada.

—¿Te ocurre algo, Irene? Te noto muy triste.

—No, no es nada. No sé, estoy planteándome muchas cosas y últimamente pienso mucho, y... Bueno, que nos hemos tomado un tiempo Miguel y yo.

Ginés no se podía creer lo que acababa de oír. Le pareció una noticia excelente, pero no se atrevió a manifestarlo así.

—¿Os habéis peleado?

—Sí... supongo que sí.

—Vaya, pues, lo siento mucho, Irene. ¿Quieres hablar de ello?

—Gracias, Ginés, pero no. Prefiero descansar y poner en orden mis pensamientos.

—Está bien, no te preocupes. Y sobre todo ten cuidado.

—Lo haré.

¡Vaya, era increíble! Así que al final, a lo mejor no había boda. Irene lo había dejado con su novio. ¿Habría sido por él? Aunque estuviera mal, Ginés se alegraba. Aparentemente iba ganando terreno y ahora quizás tuviera alguna oportunidad. Aún no la conocía muy bien, pero sabía que le importaba mucho. Con Irene se sentía muy a gusto, podía hablar con ella de cosas que hacía mucho tiempo que no compartía con una mujer. O podía estar simplemente callado. El solo hecho de estar a su lado podía hacer que la vida valiera la pena.

Se sentía eufórico, mas procuró centrarse en el pendiente y las ermitas de Cartagena. Estaba cerca de descubrir algo importante, podía sentirlo. Volvió a revisar sus notas. Las tres ermitas que se habían construido en el S.XVI eran la de la Guía, la de Santa Lucía y la de San José. Ninguna de las tres existía en la actualidad y de ninguna de ellas se conocía quién había sido el promotor de su construcción. Respecto a su situación, la ermita de La Guía se había situado en esta población, a unos cinco kilómetros de Cartagena; la de Santa Lucía en este barrio pesquero, extramuros de lo que había sido la antigua ciudad; y la de San José, donde se encontraba actualmente el yacimiento de la Muralla Púnica, en las faldas del monte de San José, en el centro de la ciudad; de hecho, algunos pensaban que esta ermita había sido construida con piedras de lo que había sido la Muralla de la ciudad en la época de los cartagineses.

¿Cómo podría descubrir si alguno de sus antepasados había tenido algo que ver con aquellas ermitas? Ginés pensó en Julián Buendía. Era un hombre mayor, amigo de su tía Rosell, que trabajaba en el Archivo Histórico Provincial de Murcia. Se había convertido en una eminencia en la historia de Cartagena y Murcia y quizás él pudiera resolverle algunas dudas. Tenía su teléfono, pues varias veces había recurrido a él para que lo ayudara a preparar un trabajo o un artículo. No eran todavía las diez, por lo que supuso que no sería demasiado tarde para llamarlo. Cogió su móvil de nuevo y lo buscó en la agenda.

—Dígame.

—Hola, ¿está Don Julián?

—Hola, ¿quién le llama? —Era su mujer.

—Soy Ginés, el sobrino de Rosell Paleta.

—Un momento.

Al poco escuchó la voz de un hombre mayor, grave y segura.

—Hola, Ginés. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿está ocupado? Quería hacerle una consulta.

—No, no, muchacho. Estaba viendo la tele, nada interesante. ¿Estás escribiendo un nuevo artículo?

—No. Se trata de otra cosa. Estoy investigando sobre la historia de mi familia y, no sé, he visto algo que me ha llamado la atención y quería comentarlo con usted.

—Soy todo oídos.

—Pues verás, he estado examinando algunos libros y he descubierto que en el S. XVI se modificó el escudo de mi familia. He pensado que quizás ocurrió algo importante por lo que alguno de mis antepasados decidió cambiarlo. Como en el escudo actual aparece representada una ermita, me preguntaba si esto quiere decir que alguien de mi familia construyó una ermita por esa época. ¿Qué opina?

—Pues... puede ser. Tu familia ha sido siempre bastante importante en la ciudad y no sería descabellado lo que dices. De hecho, si se modificó el escudo para representar una ermita, es bastante probable. Hay un libro que habla sobre las ermitas de Cartagena...

—*Ermitas y Cosas de Cartagena* —lo interrumpió Ginés.

—Exacto. Veo que has hecho los deberes.

—Sí, lo he leído y hay tres ermitas que se construyeron en el S. XVI: la de la Guía, la de Santa Lucía y la de San José. ¿Sería posible saber quién las construyó?

—¡Uy!, eso es muy difícil, porque en esa época no había protocolos notariales. Sin embargo, si alguna de ellas tuvo relación con tu familia lo más probable es que sea la de San José. Las otras dos están en la periferia de la ciudad y tus antepasados siempre estuvieron metidos en el meollo. Tampoco se puede descartar que se trate de cualquiera de las otras dos, o que no fuera ninguna de ellas. No sé si me explico.

—Sí, sí, entiendo. Pues, supongamos que fuera la de San José, ¿cuál podría haber sido la causa de su construcción?

—¡Uy!, hijo mío, eso también es muy difícil de saber, aunque lo más probable es que se construyera a partir del Concilio de Trento. Cada una de estas ermitas estaba asociada a una cofradía, que era el medio que la Iglesia decidió utilizar para instruir al pópulo en cuestiones de fe. En concreto, la ermita de San José estaba asociada a los artesanos carpinteros que crearon la Cofradía de San *Iusepe*.

Ginés recordaba que un aspecto muy importante de la labor reformadora del Concilio de Trento fue el referente a la disciplina eclesiástica. Estableció la obligación de residencia de los obispos y abades en sus diócesis y abadías, lo que significaba la supresión de la acumulación de cargos, y creó seminarios en los obispados para la instrucción de los futuros sacerdotes. Asimismo, se decidió la creación de cofradías para instruir al pueblo llano sobre la Iglesia.

—Por otra parte —continuó el archivero—, teniendo en cuenta que en el S. XVI, con Felipe II, el Santo Oficio gozaba de su mayor esplendor, también es probable que alguien promoviera la construcción de la ermita para lograr méritos ante la Iglesia.

—Entiendo. —Ginés reflexionó un momento.

—¿Algo más, muchacho?

—Eh, no, no. Muchas gracias, Don Julián. Estaba pensando en sus palabras y me ha sido de gran ayuda.

—De nada. ¿Cómo están tus tías?

—Bien, bien, como siempre. Ya sabe, Carmen con achaques y Rosell estupenda.

—Carmencita siempre fue una flor delicada, y Rosell, una espléndida magnolia. Dales recuerdos.

—De su parte. Y gracias por todo.

Colgó el teléfono y plasmó ante él los papeles con todas las notas y apuntes que había recopilado. Todo aquello constituía un enorme rompecabezas, pero Ginés presentía que se hallaba cerca de la solución; que ahora, por fin, disponía de toda la información que necesitaba. Solo hacía falta un último clic para que encajara.

Pasó varias horas cavilando sin encontrar respuesta. Ya pasada la una de la madrugada se encontraba fatigado y decidió dejarlo para la mañana siguiente. Sabía que por la noche la mente continuaba trabajando y quizás se levantara con la respuesta dada. Se puso en pie, pero volvió a sentarse. No podía darse por vencido, necesitaba echar un último vistazo. Ordenó esquemáticamente toda la información que tenía.

El pendiente:

- De la época de Mastia o los cartagineses.
- Ha pertenecido a mi familia durante siglos.
- Es una llave que abre algo.

S.XVI:

- Un antepasado mío construye una ermita.
- Posiblemente para hacer méritos ante la Inquisición.
- El pendiente desaparece del escudo familiar, sustituido por la ermita.

Ginés leyó de nuevo la última frase en voz alta: «El pendiente desaparece del escudo familiar, sustituido por la ermita». Espera un momento. ¿Sería posible que la ermita se construyera para ocultar algo?

En el esquema faltaba un último apunte importante:

- La ermita se encuentra en el monte de San José, también conocido como de *Aletes*.

De pronto su mente hizo clic y Ginés lo vio todo claro. Se levantó excitadísimo. Por fin todo cuadraba, hasta su apellido.

61

Irene se levantó ese lunes con la sensación de que su vida no era ya la misma que la de hacía tan solo una semana y mucho menos, la de hacía dos. En ese tiempo habían sucedido muchas cosas y presentía que todavía quedaban algunas sorpresas.

Su padre ya se había marchado a trabajar. Aparentemente las cosas habían vuelto a la normalidad después del robo. Habían logrado persuadir a su madre para que volviera a casa y la noche del domingo la habían pasado todos en familia. Su hermana se mostraba ojerosa y sentía náuseas; todo el domingo lo pasó en casa.

Después de una larga ducha, con agua muy caliente, engulló el café cargado que su padre preparaba cada mañana y bajó corriendo a por su *Chiqui*. Se le había hecho un poco tarde.

Estaba previsto que aquel fuera su último día de trabajo. Se había pedido el resto de la semana de vacaciones para ultimar los preparativos de la boda. «¿De qué boda?», se preguntó.

El ocho de septiembre amaneció luminoso. Le encantaba el mes de septiembre, el mes de la vendimia, aún era verano pero todo volvía a la normalidad. Pronto empezaría los niños el colegio y La Alameda se llenaría de madres y padres acompañando a sus hijos a las escuelas de la zona.

Cuando accedió a la Asociación se sorprendió por el alboroto. Rosaura hablaba con María en la puerta del despacho y un grupo de educadores voceaban en el centro de la estancia. Lino se acercó a Irene cuando ella dejaba el casco junto a su mesa.

—Hola, Irene, ¿cómo estás? —Parecía cansado y tenía aspecto de haber estado llorando. A Irene le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué pasa, Lino?

—Pues, han encontrado a Luis y a Ismael. Muertos.

Irene no podía creer lo que oía. Su primera reacción fue pensar que aquello era una broma, pero la expresión de Lino la disuadió.

—¿Cómo ha sido? ¿Qué les ha pasado? ¿Han tenido un accidente con la moto?

—No, han aparecido en un descampado. Les habían propinado una paliza tremenda. Estaban destrozados.

Irene imaginó a los dos chavales maltrechos, medio enterrados. Nadie debería morir así. Unas lágrimas se moldearon en sus ojos y recorrieron sus mejillas. Lino la abrazó.

Permanecieron un rato en esa posición hasta que Lino se desasíó y enjugó sus lágrimas. Respiró hondo, movió los hombros y se encaminó a su despacho.

—Hay que continuar. —Comentó mientras se alejaba.

Irene se desplomó en su silla sin ganas de hablar con nadie. Si Luis estaba involucrado en el robo del pendiente, quizás lo habrían matado por ello; quizás nunca habría llegado a disfrutar del dinero que le habrían pagado por la joya. Y si los responsables de aquellas muertes eran los mismos que habían entrado a robar en su casa, entonces tenía grandes problemas. De repente, el abrazo del miedo reemplazó al dolor y la pena que había sentido en un principio.

Encendió el ordenador por hacer algo. Se sintió mal por pensar en aquellas cosas, por ser tan egoísta. Los padres de aquellos chavales habían perdido a sus hijos de la peor manera posible. Pensó en la madre de Luis y en lo difícil que le resultaría superar lo que se le venía encima. Entonces recordó que Luis le había encargado la custodia del regalo de cumpleaños de su madre. Abrió su cajón de los lápices y extrajo una bolsa de plástico. La abrió y examinó el cenicero con añoranza. Era tosco, pero con cierto encanto. Sopesó la posibilidad de entregárselo a la madre de Luis. Era lo que él hubiese querido, mas Irene no estaba segura, no quería provocarle más sufrimiento. De todas formas, aún dispondría de algún tiempo para pensarlo, antes de que llegara la fecha de su cumpleaños.

Abrió la ficha de Luis en el ordenador. Ante ella apareció un formulario. Nació en 1986, en Valdepeñas. El padre de Luis era de Ciudad Real y la familia vivió allí un tiempo antes de venir a Cartagena. Saltó al párrafo siguiente. Allí estaba el dato que buscaba: Irene no salía de su asombro. Ya era tarde para entregarle el cenicero, porque el cumpleaños había sido el mes anterior, el tres de agosto. Aquello no tenía sentido, Luis le había entregado el cenicero después de aquella fecha, a finales de agosto.

Por unos instantes, Irene perdió toda percepción de su cuerpo, solo notaba el peso de aquel cenicero en su mano.

—Irene, ¿estás bien? —Era María la que se había acercado por detrás y le tocaba el hombro.

—¿Eh?

—Ha sido muy duro para todos. Nunca habíamos vivido una situación así. Nunca. Supongo que estaría metido en algún chanchullo con las drogas y habrá sido un ajuste de cuentas. Irene —María la zarandéó un poco para que reaccionara—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, María, pero creo que tengo que ir al baño.

—Claro, ¿quieres que te acompañe? Estás muy blanca.

—¿Eh? No, no te preocupes, estoy bien.

Irene se levantó sin soltar el cenicero y se encaminó al cuarto de aseo. Una vez dentro, cerró la puerta con cuidado y se sentó sobre la tapa. Observó el cenicero y recordó que Luis se había negado a cogerlo, porque quería que se resquebrajase para que su madre dejara de fumar. Menuda imaginación, pensó. Aún dudaba. ¿Y si era cierto? ¿Y si Luis era un poco despistado y había olvidado la fecha exacta del cumpleaños de su madre? ¿O si quería guardarlo para el próximo cumpleaños? «Eso son tonterías», pensó. «Este cenicero no está hecho para regalárselo a nadie».

Lo apretó con decisión y lo golpeó contra el suelo. El cenicero se fue desintegrando poco a poco en trozos de diferentes tamaños. Y entre aquellos cascotes de barro, surgió una delicada pieza de oro.

Ginés estaba aún dormido cuando sonó su móvil.

—¿Sí?

—Ginés, soy Irene. Tenemos que quedar.

—Ah, sí. —Trató de ordenar sus pensamientos. Recordó lo que había averiguado la noche anterior y continuó entusiasmado—. Tengo algo importante que contarte. Es increíble, Irene, ya lo verás.

—Yo también tengo algo muy importante que decirte. —Su voz flaqueaba un poco—. Tengo miedo. Creo que esto es más peligroso de lo que pensábamos.

—Está bien, tranquila. ¿Dónde nos vemos?

—¿Te importa que me pase por tu casa?

—Claro que no. Te espero aquí.

—Hasta ahora.

Ginés se vistió y ordenó un poco su cuarto, se lavó la cara y se tomó un vaso de leche. Cuando estaba terminándolo zumbó el timbre de la puerta. Abandonó el vaso en el fregador y fue a abrir. Era Irene.

—Hola, pasa.

—Hola. —Irene no lo miraba a la cara. Parecía enfadada o asustada.

Se dirigieron al salón de baile.

—¿Qué ocurre? —Se preocupó Ginés buscando sus ojos, pero ella lo rehuía.

Irene se desplomó en una silla y fijó la mirada en el suelo. Ginés estaba cada vez más inquieto.

—Han encontrado a Luis, muerto. —Ahora lo miró a los ojos—. Tengo miedo. ¿Qué está pasando? ¿Por qué están dispuestos a matar por ese maldito pendiente?

Ginés se acercó y le acarició la mano.

—Irene, lo siento mucho. Ayer hablé con un amigo mío, es un vagabundo pero me está ayudando con todo esto. Me explicó que el *Escombro* está buscando el pendiente. Por lo visto, es un tipo muy peligroso y por eso te dije ayer que tuvieras cuidado. No me gustaría que te pasara nada.

—¿El *Escombro* no es un constructor?

—Sí, y también uno de los mayores coleccionistas de la ciudad.

—¿Crees que él ha matado a Luis?

—No lo sé, puede ser. El *Escombro* tiene muy mala fama, pero me extraña que un tipo tan importante esté mezclado en un asesinato.

—Estoy asustada, Ginés, y no quiero continuar con todo esto. Ha muerto Luis y era un buen chaval. Entraron a robar en mi casa. Tengo miedo.

—Está bien, Irene, no te preocupes. —Ginés apretó su mano con suavidad—. Siento haberte metido en esto, lo mejor será que te mantengas al margen hasta que se resuelva. No quiero que corras ningún peligro.

—Ya es tarde para eso. —Irene lo escrutó con los ojos húmedos.

—¿Qué quieres decir?

Ella metió la mano en un bolsillo y extrajo algo envuelto en un pañuelo. Ginés lo abrió lentamente. Se quedó embobado.

—Qué espectacular brilla hoy el sol de Cartagena. —Cogió el pendiente con delicadeza y lo examinó detenidamente. Se encontraba hipnotizado; de repente, reaccionó—. Espera un momento. ¿Cómo es posible? —Ahora mostraba decepción y alegría a la vez—. ¿Lo habías tenido tú todo este tiempo?

—Sí, pero yo no lo sabía. Luis hizo un cenicero de arcilla para su madre y me pidió que se lo guardara hasta el día de su cumpleaños. Hoy, cuando me he enterado de que había muerto, he abierto su ficha y he visto que su madre cumple los años a principios de agosto. De pronto se ha encendido una luz en mi cabeza, he roto el cenicero y... allí estaba. Tengo miedo, te lo digo de verdad. Estoy muy asustada. —Ginés la abrazó y ella continuó en un susurro—. Creo que deberíamos llamar a la policía.

—Espera un momento. —Ginés se puso de pie y empezó a gesticular con las manos, como hacía siempre que explicaba algo que le entusiasmaba—. Tengo que contarte lo que descubrí ayer.

Irene sonrió. Le hacía gracia verlo moverse así.

—Estuve investigando sobre mi familia, como tú me dijiste, y descubrí que al menos hemos tenido dos escudos a lo largo de nuestra historia. El primero era un sol de oro con una llave dentro sobre un campo de plata; creo que esto representaba al pendiente. En el S.XVI se cambió este escudo por una ermita de oro sobre un campo de plata. Pensé que si una ermita representaba el escudo es porque había sido importante para mi familia, y con un libro que tengo y hablando con un amigo de mi tía llegué a la conclusión de que debía de ser la ermita de San José. Al pensar en dónde estaba situada esta ermita y en la época en que se construyó (el S.XVI, en pleno esplendor de la Inquisición), al pensar en la época del pendiente, los dioses locales, la invasión de los romanos... —Ginés hizo una pausa y sonrió ampliamente. Estaba muy contento—. De repente me cuadró todo.

—¿El qué? No entiendo nada.

—Verás, creo que el pendiente es una llave que abre una puerta, pero no precisamente la del Infierno. Creo que abre la puerta del Templo de *Aletes*.

—¿Qué es ese templo? Me suena que me hablaste de *Aletes*, pero no me acuerdo exactamente.

—*Aletes* fue el hombre que descubrió las minas de plata en la Antigüedad. Estas minas trajeron tantas riquezas a la ciudad de *Mastia* que se le deificó y se construyó un templo en su honor. Se conoce la existencia de un túmulo en honor a *Aletes* en la cima de la colina cuando entraron los romanos, pero creo que el verdadero templo estaba bajo tierra y quizás lo sellaron los cartagineses precisamente para protegerlo de la invasión. También creo que el pendiente es la llave que puede abrir la puerta de ese templo y que ha pertenecido a mi familia desde mucho tiempo atrás, esperando

que llegue la hora de volver a abrir sus puertas y dar a conocer al mundo la grandiosidad de *Aletes*.

—Desde luego, tienes buena imaginación. Todo esto parece un poco fantástico. ¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—No creo que sea fantasía, cuadra todo a la perfección. En primer lugar, el pendiente ha estado en mi familia desde tiempos ancestrales y ya salía en el escudo antes del S.XVI. En segundo lugar, mi apellido: Paletto. Yo siempre me había avergonzado de llamarme así, pero era porque no sabía lo que significaba realmente. Paletto viene de *Para Aletto*, que contraído es *P'Aletto*. Aletto es lo mismo que *Aletes*, ¿entiendes? Una vida consagrada a *Aletes*, a custodiar su templo. En la Edad Media se ponían los apellidos por alguna característica que identificara a la persona. En algunos casos era por el lugar de procedencia, como Aragón; en otros por ser hijo de alguien, como Martínez, que es «hijo de Martín»; en el caso de mi familia se lo pusieron por la misión que tenían encomendada: Para Aletto.

—Vaya, qué interesante. —Parecía que Irene empezaba a creer un poco lo que Ginés le estaba contando.

—Después, en el S.XVI, con Felipe II, la Inquisición estaba en su momento de mayor poder. Mi antepasado tenía el pendiente y sabía que era la llave que abría la puerta del templo de *Aletes*, un templo pagano. Si la Inquisición lo hubiera descubierto probablemente lo habría matado por hereje y habría saqueado el templo, por eso tuvo que esconderlo. ¿Y qué mejor forma de esconder el templo al Santo Oficio que construyendo una ermita para ocultar su entrada? Por eso pasó la ermita a ocupar su lugar en el escudo y desapareció el pendiente. Después, creo que debido al miedo a la Inquisición, en mi familia se deformó lo que el pendiente era en realidad. Ya no sabían que era la llave del templo de *Aletes*, sino que por alguna razón lo que se transmitió después es que era la llave de la puerta del Infierno.

La ermita quedó muy dañada con el terremoto de 1829, por lo que fue abandonándose hasta que al final se destruyó. No se supo nada de ella hasta que en 1987 fueron a construir un aparcamiento cerca de la plaza Bastarreche y al hacer las catas arqueológicas descubrieron la Muralla Púnica y la Cripta de la ermita, que fue lo único que se salvó. Creo que la entrada al templo de *Aletes* puede ser a través de esta cripta, Irene. ¿Sabes lo que eso significaría?

—Sí, supongo que sería un hallazgo importantísimo. Un templo de más de dos mil años, cerrado bajo tierra y si se encuentra bien conservado... Supongo que nunca se habrá encontrado nada igual.

—Sería un hallazgo comparable a las Pirámides de Egipto, Irene. Y puede ser nuestro. Solo tenemos que descubrir cómo llegar a la puerta del templo y tendremos la vida resuelta para siempre.

—Desde luego, si la historia que cuentas es cierta, es increíble. Pero yo no me veo capaz de todo esto. Creo que debemos llamar a la policía. Esto se nos escapa de las manos, ¿es que no te das cuenta? Ya ha muerto gente.

Ginés no se podía creer lo que estaba oyendo. Le estaba ofreciendo una vida nueva, encontrar un tesoro fantástico, no tener que trabajar ni volver a preocuparse por el dinero... y ella lo rechazaba.

—Está bien, Irene, ¿qué es lo que quieres: llevar una vida aburrida, casarte con tu novio aburrido, seguir haciendo siempre lo que tu madre te mande?

—¡Pues sí, maldita sea! Eso es lo que quiero. —Irene golpeó la mesa con fuerza.

Ginés se acercó a ella y la abrazó por detrás. Irene suavizó su tono.

—Solo quiero ser feliz, ¿es que no puedes entenderlo?

—Sí, claro que puedo. —Ginés le acarició el pelo y la obligó a girarse hacia él. Juntaron sus caras y Ginés notó las lágrimas de ella resbalar por sus mejillas—. Te quiero, Irene, te lo digo en serio. Ya sé que no nos conocemos mucho todavía, pero jamás me he sentido tan bien y tan cerca de una mujer. Quiero compartir mi vida contigo y mi vida, ahora, comienza aquí. Si tengo razón en mis deducciones, con ese templo tendremos la vida resuelta para siempre.

Irene lo miró a los ojos. Ginés se recreó en la profundidad de su mirada asustada, se paseó por sus ojos color miel, húmedos y enrojecidos, e intentó transmitirle toda la confianza que él sentía en su interior. Aquello iba a salir bien, tenía que salir bien. No necesitó pronunciar palabra, Irene lo comprendió. De pronto, ella buscó su boca y fundieron sus labios y sus lenguas en un largo beso.

Ginés se estremeció. ¡Cómo había ansiado que llegara ese momento!

—Está bien —dijo por fin Irene—, pero prométeme que no correremos ningún peligro.

—De acuerdo, te lo prometo. Ahora tenemos que encontrar la forma de entrar en la Muralla Púnica y llegar hasta la cripta de la ermita... —En ese momento sonó su móvil. Ginés examinó la pantalla, pero aparecía «Número Oculto».

—Diga.

—Buenos días, señor Paleta —la voz sonaba grave y segura—. Tengo entendido que tiene usted algo que estoy buscando.

—No sé de qué me habla. ¿Quién es usted? —Ginés se puso nervioso. ¿Sería el *Escombro*?

—Mira, muchacho, no estoy dispuesto a perder más tiempo. Ya sabes quién soy y yo sé quién eres tú. Tú tienes algo que yo quiero y yo sé cómo podemos utilizarlo. ¿Por qué no llegamos a un acuerdo?

—¿Qué tipo de acuerdo?

—¿Tienes el pendiente o no?

Ginés miró a Irene y dudó por un momento. Ella lo miraba sin entender qué estaba sucediendo. Se decidió por seguirle el juego.

—Sí, lo tengo. ¿Cuál es el acuerdo?

—Así me gusta, chaval, las cartas sobre la mesa. Tú tienes el pendiente. Y por lo que acabo de oír ya sabes para qué sirve, así que me ahorraré las explicaciones. —Ginés se sorprendió mucho al oír aquello. ¿Les habrían puesto micrófonos?—. Yo

tengo mis contactos que me han proporcionado las llaves del Centro de Interpretación de la Muralla Púnica. Además, sé cómo abrir la cripta de la ermita y llegar hasta la puerta del templo. Solo necesito la llave para poder entrar y eso lo tienes tú.

—Está bien. ¿Y qué saco yo de todo esto si le ayudo?

—Si el pendiente cumple su función, tendremos de sobra para los dos. Estoy dispuesto a compartir lo que encontremos a partes iguales.

—De acuerdo. —Ginés era consciente de que se estaba metiendo en camisa de once varas, pero quizás fuera la única forma de llegar al templo—. ¿Cómo quedamos?

—A las diez de la noche en la puerta de la Muralla Púnica. Te espero impaciente.

—De acuerdo. Hasta esta noche.

Y colgó.

Irene lo miraba inquisitivamente, pero Ginés le hizo una pregunta que no esperaba.

—¿Llevas encima algo que estuviera en tu casa el día que entraron a robar?

—Sí, claro —contestó Irene—. La ropa, supongo. Y el teléfono móvil. Aquella tarde me lo dejé en casa. ¿Por qué lo preguntas? ¿Ocurre algo?

—Ahora te lo explico. ¿Me dejas el móvil?

Ella lo sacó del bolso, sin comprender qué sucedía, y se lo entregó. Era muy grande. Ginés lo abrió y levantó la batería. Allí debajo encontró un pequeño transmisor. Lo agarró y lo tiró por la ventana.

Después le explicó a Irene lo que acababa de suceder.

Las cosas se estaban complicando demasiado para su gusto. A su madre le gustaba repetir la frase: «*Ten cuidado con lo que deseas porque se puede hacer realidad*». E Irene había deseado con fuerza, quizás sin ser muy consciente, salir de la tranquilidad y la certidumbre de su vida diaria.

No le había contado a nadie lo que había ido descubriendo junto a Ginés. Era su pequeño secreto, lo que le daba alegría y desasosiego. Y en ese momento, en el instante en que Ginés le explicó lo que había hablado por teléfono con aquel hombre, deseó no haberse implicado tanto en aquella historia y haber comentado lo que ocurría con alguien más sensato. A veces se tiene la sensación de que las cosas no pueden ir más allá, pero siempre hay algún acontecimiento que demuestra lo contrario. Irene se sintió al borde de un abismo, porque aquella situación ponía en peligro su vida, de manera literal.

—Pero, ¿qué dices, Ginés? Ese tipo ha matado a dos personas, ¿me oyes? Ha asesinado y ha entrado a robar en mi casa. Estás loco si vas a verte con él y, desde luego, conmigo no cuentas.

—Escucha, es nuestra oportunidad. Él sabe cómo llegar a la puerta del templo de *Aletes*.

—Eso, con un poco de paciencia, también lo averiguaremos nosotros. —Irene lo miraba con los ojos desorbitados, asustada, intentando convencer a Ginés de algo en lo que ni ella misma creía.

Ginés la tomó por los hombros con cuidado y respiró lentamente antes de comenzar a hablar.

—Yo creo que no hay otra salida. Él sabe que tenemos el pendiente, ya has visto el micro, y aunque no lo tuviéramos hemos llegado muy lejos, sabemos demasiado y él es consciente de ello. Estamos en el punto sin retorno.

Irene se dejó caer en el suelo y se echó las manos a la cara infligiéndose un brusco masaje.

—Oh, mierda, mierda, mierda.

Ginés se sentó a su lado sin decir nada. Irene permaneció así un rato.

—De acuerdo —reaccionó por fin—, estamos en el punto sin retorno, como tú dices, así que lo único que se puede hacer es continuar y que sea lo que Dios quiera. —Se puso en pie—. ¿Cómo has quedado con ese hombre?

—A las diez, en la puerta de la Muralla Púnica. —Ginés se levantó también.

—Bien, entonces todavía disponemos de unas horas por delante. De momento, voy a llamar a mi casa. —Ginés la miró extrañado—. ¿Qué pasa? Tengo que llamar a mi madre para decirle que no voy a ir a cenar.

Ginés le acercó el teléfono inalámbrico que tenía sobre su mesa e Irene marcó el número con rapidez. Al tercer tono, cogió el teléfono su hermana y le explicó que se quedaba a cenar en casa de Clara.

—Bueno, una cosa solucionada.

—Eh, Irene, tranquila, no tenemos vuelta atrás pero hemos de ser cautos, ¿vale?

—Ginés buscó los ojos de Irene y ella asintió.

Irene aún no se podía creer que estuviera metida en aquel lío. Sabía que Ginés tenía razón y ya no podían dar marcha atrás. Lo miró a los ojos y pronunció su nombre suavemente, saboreándolo.

—Ginés.

—¿Sí?

—Estoy asustada.

—Yo también, Irene. Estamos muy cerca de ver qué esconde ese maldito pendiente y para mí es muy importante porque de alguna manera ha estado ligado a mi familia durante muchos años. Es como una parte de mí.

Ginés se acercó a un mueble al lado de la puerta de entrada, tiró de un cajón y volvió con un arma en las manos.

—Eh, ¿qué es eso? —Irene lo miraba asustada—. Es una reproducción, ¿verdad?

—No, es una Luger de la Segunda Guerra Mundial. Está cargada y dispara perfectamente.

—Esto no me gusta nada. El *Escombros* me asusta, pero ahora mismo siento más miedo de ti.

—Mira, Irene, la situación es muy delicada. El *Escombros* es un tipo peligroso. Ya ha muerto gente y es muy posible que haya sido a causa del pendiente. Si vamos a hacer negocios con él tenemos que tomar todas las precauciones posibles.

—A lo mejor no intenta jugárnosla. A lo mejor es cierto lo que dice y quiere hacer un trato.

—Puede ser —Ginés sonrió—, pero aún así, si he de morir, que sea matando.

Irene lo abrazó.

—Esto está llegando muy lejos.

—Ya lo sé, pero es lo más emocionante que he vivido nunca.

—Yo también.

Entonces volvieron a besarse, con miedo, a tientas. Permanecieron así un rato, en medio de aquella inmensa sala de baile que alguna vez estuvo llena de gente, con motivo de alguna majestuosa recepción de la familia Paleta. Y ellos parecían una pareja olvidada, no consciente de que el baile había terminado.

Eran las diez menos cinco. Antonio aún no se podía creer que por fin fuera a conseguir el pendiente, que pudiera tocarlo, examinarlo detenidamente y ponerlo en la puerta, expectante, para observar cómo se abría. Había esperado tanto ese momento que ahora casi parecía un sueño. Se encontraba sentado en el asiento trasero de su Mercedes, enfrente de la Muralla Púnica, esperando a que apareciera el Paleto. Pepe reposaba en el asiento del conductor y por los altavoces se oía un CD de música clásica. Nadie más sabía que estaban allí, porque nadie más conocía lo que era el pendiente en realidad. En temas tan delicados como aquel no se podían correr riesgos y Antonio no se fiaba de nadie, ni siquiera de Ricardo. Tan solo podía confiar en Pepe porque no abriría la boca y lo único que le interesaba era tener una oportunidad para torturar a alguien. Y esa oportunidad era algo que Antonio podía facilitarle con frecuencia.

Dirigió la vista hacia la oficina de turismo y reparó en un vagabundo vestido con ropa militar, tumbado en la puerta. «¡Qué asco!», pensó. «Si yo fuera alcalde acabaría con esa escoria. Haría con ellos pienso para los animales, que es lo único para lo que pueden servir». Desvió la vista hacia la templada estructura del Centro de Interpretación. En aquel lugar, habían aparecido los restos de lo que había sido la muralla de la ciudad en época de los cartagineses. Había estado al aire libre y sin acondicionar, hasta que se creó el consorcio *Cartagena Puerto de Culturas*, integrado por diversos organismos públicos y privados, con el objetivo de poner en valor los principales yacimientos arqueológicos de la ciudad. Entre estos se encontraba, por supuesto, la Muralla Púnica, pues era el yacimiento más antiguo que se había encontrado hasta la fecha. Se edificó una estructura naranja, con algunas cristaleras, que intentaba imitar la forma y la altura que la verdadera muralla tuvo en sus días de esplendor; incluso se podía subir a su azotea y hacer el recorrido de un centinela de la época. En el interior del edificio, además de conservar los restos de la Muralla, se hallaba la cripta de la ermita de San José. En la visita guiada se explicaba que la Muralla había sido construida con arenisca (la piedra más abundante en las canteras locales) recubierta por una capa de argamasa para protegerla de la corrosión de la intemperie. Además, se hablaba de la llegada de los cartagineses a la península y de su derrota a manos de los romanos. Antonio ya lo había visitado varias veces con sus hijos, intentando que se interesaran por la historia para que en un futuro pudieran continuar sus colecciones. Sin embargo, parecía que lo iba a tener muy difícil, pues sus madres, que al fin y al cabo eran las que los educaban, hacían todo lo posible para que no mostraran el más mínimo interés por el tema.

Apareció un muchacho alto y moreno, ataviado con pantalones vaqueros negros y camisa azul de manga corta. Se detuvo en la puerta de la Muralla y miró a ambos lados, como si buscara algo.

—¿Es el Paleto? —Preguntó Antonio y Pepe asintió.

Se apearon del coche y caminaron hacia él. El tiempo era agradable, por fin había empezado a refrescar un poco. Junto al Paleta pasaban algunos moros y Antonio los miró con cara de asco mientras cruzaba la calle.

—Hola. —Lo saludó el Paleta—. ¿Es usted el *Escombros*?

—Correcto. Pero prefiero que me llamen Antonio. Y tú debes de ser Ginés.

—Correcto. —Parecía que el chaval se hacía el listo imitándolo. Más le valía que tuviera cuidado. No sabía con quién se la estaba jugando.

—Por lo que veo vienes solo. ¿No ha querido acompañarte tu princesita en la búsqueda del tesoro?

—No. Está muy fatigada por las actividades de palacio y me pidió que le presentara sus disculpas, porque no tenía ganas de enfrentarse a un ogro esta noche.

—Bueno, basta ya de jueguecitos. ¿Has traído el pendiente?

—Puede ser. —El Paleta había salido rebotado. Quizás tuviera que enseñarle modales.

—Quiero verlo. —Antonio extendió la mano.

—Cuando yo vea la puerta del templo.

—Está bien. —Podía esperar, no había problema. Sería mejor ir por las buenas... de momento.

Hizo un gesto y Pepe abrió la puerta exterior del Centro de Interpretación. Entraron y la volvieron a cerrar sin echar la llave. Antonio mostró tres linternas pequeñas y les ofreció una a cada uno. Las encendieron y ascendieron por unas escaleras que los condujeron a la puerta que daba al interior del yacimiento. Pepe la abrió y desconectó la alarma. Anduvieron lentamente por el interior, iluminando los carteles que explicaban la historia de los cartagineses y la invasión de los romanos. Entonces, se detuvieron ante la barandilla que bordeaba la cripta de la ermita.

—¿Alguna vez habías soñado que estarías tan cerca de un tesoro como este? —Interrogó Antonio.

—Sí, toda mi vida. —Repuso el chaval—. ¿A quién le gusta trabajar? Siempre he soñado con hacerme rico sin pegar palo. Lo que pasa es que nunca había imaginado que pudiera ser realidad.

Antonio sonrió. Parecía un tipo despierto e inteligente. Igual hasta llegaba a caerle bien. Claro que eso no significaba que estuviera dispuesto a compartir el tesoro con él.

Bordearon las enormes piedras de la muralla y descendieron por unas nuevas escaleras que conducían directamente al interior de la cripta. Antonio sonrió. El espectáculo era impresionante. Miró la cara seria y arrugada del Paleta. El chaval estaba acojonado, pero cuando reparó en que lo estaba mirando sonrió, como si nada.

De día aquella cripta era capaz de poner los pelos de punta a la mayoría de la gente que la visitaba, pero de noche y bajo la luz de las linternas era un espectáculo estremecedor. La planta de la cripta tenía forma de óvalo. Las escaleras por las que habían bajado llegaban hasta un extremo del eje largo del óvalo. Justo enfrente había

una pequeña capilla que ahora se encontraba vacía y en ruinas. En las paredes de ambos lados se distribuían los nichos, en columnas de a cinco, como un enorme panal de abejas. Se hallaban casi todos abiertos, porque habían sido saqueados en el tiempo transcurrido desde que se encontró la cripta hasta que se decidieron a arreglarla. En algunos de ellos asomaban los huesos viejos y polvorientos de los difuntos que allí fueron enterrados. Entre los agujeros de la pared aún se conservaban restos de pinturas de esqueletos que miraban sonrientes a los visitantes. Antonio movió la linterna e iluminó un fémur en un nicho.

—Todos terminaremos así. —Después enfocó la pequeña capilla del fondo y continuó, dirigiéndose al Paleta—. ¿Crees que si hubieras llegado hasta aquí habrías podido entrar sin mi ayuda?

Pepe se acercó a la capilla y comenzó a limpiar el polvo de la repisa con la mano.

—Pues, no lo sé. Supongo que no. Por eso hicimos el trato, ¿recuerda? Yo tengo el pendiente y usted sabe cómo llegar a la puerta.

—Exacto.

—Muy bien. —Exclamó el chaval. Parecía que había recuperado la compostura, ahora que se le había pasado el susto inicial—. ¿Cómo se entra?

—No es trivial. Aunque una vez que lo sabes es perfectamente lógico. Hay una ranura en un lateral de esa capilla. —Antonio sacó una moneda del bolsillo y la lanzó al aire. Volvió a caer en su mano.

—¿Hay que echar una moneda?

—Pues, claro, ¿qué esperabas? Estamos en una iglesia. —Antonio se rió con su propio chiste—. Pero no vale cualquier moneda. —Alargó la mano y se la entregó al chaval, que la examinó detenidamente bajo el foco de su linterna.

—¡Guau! Son ocho reales de plata de Felipe II.

—Sí, una auténtica pieza de coleccionista. —A Antonio le había costado mucho conseguirla, pero al final se la había vendido por internet un coleccionista de Madrid. Era una pieza muy preciada porque antes de Felipe II las monedas se acuñaban a mano, a golpe de martillo. Fue este rey el que trajo de Alemania una maquinaria, conocida como *el Ingenio*, que basada en el uso de molinos hidráulicos, era capaz de producir monedas mucho más perfectas que las acuñadas a martillo, dificultando en gran medida la falsificación de piezas. Antonio continuó hablando, con tono seguro—. Es de las primeras monedas fabricadas con *El Ingenio*.

El Paleta asintió. ¿De verdad sabría lo que era el Ingenio y conocería aquellas monedas? Antonio lo dudaba, pero no le dio mayor importancia.

—Está bien, si quieres hacer los honores...

El muchacho se dirigió a la capilla y buscó la ranura en la pared donde Pepe había limpiado el polvo. Introdujo la moneda y escuchó un suave clic.

—¡Increíble! —Exclamó Antonio—. Ese mecanismo tiene más de cuatrocientos años y todavía funciona a la perfección.

—¿Cómo descubrió todo esto? —Preguntó el Paleta, mientras Pepe empujaba la

pared del fondo de la capilla y un nuevo túnel se abría ante ellos.

—Fue gracias a un antepasado tuyo. Un tal Diego Paleto González. Fue el promotor de la construcción de esta ermita en el S.XVI. —Antonio dio un paso hacia la capilla e hizo un gesto al chaval para que pasara delante de él. Pepe iba abriendo camino—. Venga, pasa, ya estamos cerca.

Ante ellos arrancaban unas escaleras que descendían en curva hacia el interior de la tierra. Antonio recogió la moneda de plata que había caído en una repisa debajo de la capilla. Pepe fue encendiendo las antorchas que había a ambos lados del pasadizo. El olor era fuerte y desagradable, una mezcla de humedad y azufre.

—¿Qué sabe usted de mi antepasado?

—Tu pobre tatatatatarabuelo, o lo que sea, intentó ocultar el templo a la Inquisición construyendo la ermita. Pero, para que no cayera en el olvido, confeccionó un diario, destinado a pertenecer a tu familia, explicando lo que era el pendiente, el templo de *Aletes* y toda la historia. Sin embargo, me temo que alguno de tus antepasados perdió el diario y solo el pendiente se transmitió a sus descendientes.

—¿Y usted tiene el diario?

—Lo compré junto a toda una colección de libros antiguos. Había pertenecido a un maestro antes de la Guerra Civil, un tal Salvador Lozano. Este tipo consiguió de alguna forma el diario de tu antepasado y, por lo visto, llegó a hacerse también con el pendiente. —Mientras hablaban bajaban lentamente por las escaleras. Se detenían cada pocos pasos para que Pepe prendiera la antorcha siguiente—. En esa época, la ermita se había destruido, y la cripta estaba bajo tierra. Él tuvo el pendiente, pero nunca llegó a encontrar la puerta. El maestro murió durante la Guerra y sus libros y apuntes pasaron a su mujer, que se casó de nuevo y tuvo varios hijos. El primogénito de estos heredó los libros y murió hace un par de años. Su hermano me conoce y me ofreció comprar la colección, cosa que yo acepté de buen grado. Y así fue como descubrí la fantástica historia del templo escondido. Al principio, no me lo creí, pero después pensé que no perdía nada por comprobarlo. Conseguí la moneda, me adentré en la cripta y —en ese momento el pasadizo se ensanchó—,...esto fue lo que encontré.

Ginés no esperaba lo que vio. Llegaron a una cámara de unos veinte metros cuadrados de superficie por tres de alto. Las paredes, curvas y rugosas, estaban excavadas a golpe de pico en la dura roca. El olor a azufre, mezclado con la humedad era ahora mucho más intenso. En un lateral de la sala había restos de vasijas rotas. Parecían antiguas, quizás romanas o incluso cartaginesas. Por lo demás, no había nada especial que llamara su atención.

—¿Dónde está la puerta? —Preguntó incrédulo.

—Venga, chaval, no me decepciones. —El *Escombro* parecía disfrutar con sus juegos—. Examina la sala con un poco más de detenimiento.

Las antorchas daban a la estancia un aspecto oscuro y tétrico bajo su luz débil y temblorosa. Ginés encendió la linterna e iluminó el techo lentamente.

Solo vio piedra sin pulimentar.

Bajó el foco por las paredes y fue buscando alguna rendija, algún agujero, algo que le indicara que allí había una puerta.

Nada.

—Está bien, me rindo. ¿Dónde está la puerta?

—Venga ya. —El *Escombro* continuaba sonriendo, estaba disfrutando como un niño. La verdad es que a Ginés también le gustaba el juego. Siempre le habían interesado los acertijos—. ¿Has llegado hasta aquí para rendirte ahora? Piensa en cuál fue el objetivo de esa puerta.

—Esconder el templo de la invasión de los romanos.

—Correcto.

—Claro, no podían hacer una puerta que se encontrara fácilmente, sino los romanos la habrían terminado abriendo. Por segura que fuera, con insistencia, sin duda habrían conseguido echarla abajo.

—Correcto.

—Debieron de acondicionar esta estancia como una especie de sala de culto o algo así, para que si los romanos descubrían el pasadizo que llegaba hasta aquí pensarán que el objetivo de las escaleras era llegar a esta sala, pero no que aquí habría una puerta que conducía al verdadero templo.

—Veo que lo has comprendido.

—La puerta debe de estar oculta. Si no está en el techo, ni en las paredes... —Ginés se miró los pies— solo me queda el suelo.

Se puso de rodillas y comenzó a examinar lentamente, limpiando el polvo y la tierra con la mano. Por fin, cerca de la pared que quedaba a la izquierda de la entrada encontró algo. Había un dibujo muy borroso de un pájaro, una especie de mochuelo, que tenía entre sus garras una rama con una flor.

—Aquí parece que hay algo —exclamó. La excitación inundaba ahora todo su cuerpo. Parecía que aquello confirmaba como cierta toda la historia que había ido

descubriendo poco a poco. Cientos de imágenes pasaron por su mente en ese momento: el asesinato de su abuela; el robo del pendiente en el museo; la ermita construida para ocultar el templo de la Inquisición; Irene.

Siguió apartando la tierra y encontró en el suelo una hendidura. Sacó las llaves de su casa y se ayudó con ellas para limpiar el agujero. Sopló y continuó quitando tierra. Poco a poco el agujero comenzaba a tomar forma.

Sí, tenía forma de sol, de disco dentado... tenía la forma del pendiente.

—¡Lo he encontrado, parece que lo he...!

Cuando Ginés elevó la cabeza, Pepe le apuntaba con una pistola.

—¿Qué llevas en la parte de atrás del pantalón? —Interrogó el *Escombros*, siempre sonriente.

Ginés sacó la Luger, cogiéndola solo con dos dedos.

—Despacio. No quiero que Pepe se ponga nervioso.

El *Escombros* se acercó a él y cogió la pistola.

—Esto también es una auténtica reliquia. Veo que te gusta coleccionar cosas antiguas. —Le apuntó a la cabeza—. ¿Crees que un arma tan antigua funcionará aún? —El *Escombros* tenía el dedo sobre el gatillo y lo rozaba suavemente—. Bueno, ahora sí ha llegado el momento de que me des el pendiente.

—Claro, hemos hecho un trato, ¿no? —Ginés lo miraba a la cara y el tipo siempre sonreía. Sabía que estaba en una posición de poder.

—Por supuesto. Hemos hecho un trato. —El *Escombros* extendió la mano—. Ahora dame el pendiente.

Ginés lo sacó del bolsillo del pantalón y se lo entregó.

—Así me gusta, que cumplas lo que habías prometido. —El *Escombros* permaneció un rato observando el pendiente con cara de felicidad, después se colocó la pistola en la parte de atrás del pantalón y se arrodilló junto a Ginés—. Déjame un lado. Llevo demasiado tiempo esperando este momento.

Ginés se levantó y se apartó. Las cosas comenzaban a ponerse muy feas. Ahora el *Escombros* tenía el pendiente y la pistola. Él estaba indefenso y solo le quedaba esperar para ver qué pensaban hacer con él. «Aunque tenga que morir» —pensó— «si por lo menos pudiera entrar en el templo de *Aletes*, moriría feliz». Lo demás no le preocupaba. Si no salía de allí, Irene llamaría a la policía, el *Escombros* terminaría entre rejas y el templo de *Aletes* se convertiría en un museo impresionante.

El *Escombros* volvió a soplar dentro del agujero, intentando que quedara lo más limpio posible. La silueta del sol se mostró perfectamente definida y bajo ella había grabados cuatro brazos finos y rectos, en medio de los cuales se dibujaba uno mucho más ancho. Era la silueta exacta del pendiente: el disco dentado y, debajo de él, las cadenas de las que colgaban cuatro campánulas y un *anforita* en el medio. El *Escombros* lo depositó muy lentamente. Encajaba a la perfección, pero no sucedió nada.

Ginés se apoyó en la pared, examinando la situación. Por una parte estaba

intrigado, observando lo que sucedía; por otra, su mente no cesaba de trabajar, pensando en cómo salir del atolladero.

Vio cómo el *Escombros* presionaba con fuerza sobre el granate que el pendiente lucía engarzado en el centro del disco. Esta vez sí sucedió algo. La joya se hundió unos centímetros y se oyó cómo se activaba algún mecanismo. De repente, la superficie del suelo que bordeaba el agujero empezó a moverse. Una lámina de piedra se desplazó sobre el *anforilla* y las *campánulas* cubriéndolas por completo, mientras el agujero donde se hallaba el disco dentado se estrechaba, ocultando los dientes del disco y dejando a la vista tan solo el círculo central, presidido por el granate.

El *Escombros* no despegaba los ojos del suelo. Ginés estudió a Pepe, pero este seguía apuntándole a la cabeza, sin quitarle la vista de encima.

—¡Joder! —El *Escombros* se puso de pie de un salto y se apartó unos pasos—. Se está calentando el suelo.

Pepe desvió la mirada hacia su jefe. Ginés tensó los músculos para saltar sobre él y arrebatarse la pistola, mas antes de que pudiera moverse, ya lo estaba vigilando otra vez.

Aguardaron un rato. No sucedió nada.

—Quizás haya que esperar un poco más para que se abra. ¿Quién sabe cómo harían las cosas en la antigüedad? —La cara del *Escombros* estaba ahora seria. Parecía que empezaba a preocuparse.

Esperaron un cuarto de hora y no pasaba nada.

De repente, las láminas de piedra se retiraron, volviendo a su posición original, y el pendiente apareció en la superficie. El *Escombros* se acercó con cuidado y tocó el suelo.

—Aún está caliente, pero ya no quema. —Hizo fuerza y saltó cerca del pendiente: no sucedió nada—. Igual hay algo que no hemos hecho bien. ¿Tienes alguna idea? —Consultó a Ginés, que negó con la cabeza—. Está bien, volveremos a intentarlo.

De nuevo presionó sobre el granate y se produjo exactamente el mismo proceso. Las láminas de piedra se desplazaron cubriendo la joya casi entera y el *Escombros* se apartó para no quemarse. Al cabo de unos quince minutos, el pendiente volvió a la superficie.

Ahora la cara del *Escombros* era de pocos amigos. Se enfrentó a Ginés muy enfadado.

—¿Qué coño está pasando? ¿Hay algo que no me has contado?

—Yo sé menos que usted. —Ginés lo miró a los ojos, desafiante. Quizás lo matara, pero no estaba dispuesto a rebajarse—. Usted es el que tiene el diario de mi antepasado. Se suponía que era usted el que sabía cómo abrir la puerta.

—Sí, pero aquí falla algo. Parece que el proceso se inicia pero se detiene por alguna razón. No me la estarás intentando jugar, ¿verdad?

—¿Cómo se la voy a jugar? Le he dado el pendiente, ¿qué más quiere?

—Ya. —El *Escombros* sonrió de nuevo. Parecía que había entendido lo que estaba

sucediendo—. Me has cambiado el pendiente, ¿eh? Así que me has dado un pendiente falso.

—No sé de qué está hablando. —Las cosas se ponían feas y Ginés no veía salida.

—No te preocupes, ya lo sabrás.

El *Escombros* sacó la pistola y apuntó a Ginés. Entonces hizo un gesto a Pepe que se encaminó hacia él apretándose los puños.

El primer golpe fue en el estómago. Ginés se desplomó de rodillas y vomitó toda la cena. El olor nauseabundo se mezcló con el del azufre y la humedad, a los que ya casi se habían acostumbrado.

—Ponte de pie. —El *Escombros* seguía sonriendo. Estaba disfrutando y Pepe más todavía. Su expresión era lujuriosa, de gozar con cada golpe lo que nunca había gozado con una mujer.

Ginés no se inmutó. Le temblaba todo el cuerpo y el dolor de la barriga era muy intenso. Si querían matarlo que lo mataran, encima no iba a hacer lo que ellos quisieran.

El *Escombros* se colocó la Luger en la parte de atrás del pantalón. Se acercó a Ginés por detrás y lo agarró por debajo de los sobacos, poniéndolo de pie.

Ginés estaba mareado, no tenía fuerza para hablar ni para resistirse. Vio a Pepe frente a él, sonriente, frotándose las manos, esperando a que su jefe le diera permiso para continuar.

—¿Seguro que no quieres hablar? —Ginés se estremeció al percibir el aliento del *Escombros* resbalar por su nuca—. Te ahorrarías mucho sufrimiento si nos dijeras dónde está el verdadero pendiente.

Ginés no contestó.

El *Escombros* hizo un movimiento de cabeza.

Pepe avanzó hacia él. Sonriente. Se veía que en ese momento era muy feliz.

Cuando Aurelio cerró su chiringuito esa noche no estaba pensando en ir a buscar material para reponer en su tienda. Esa noche quizás viera cumplido un deseo que tenía desde hacía mucho tiempo: una cita íntima con el *Escombro*. El *Historias* lo había telefoneado por la tarde para decirle que habían quedado en la Muralla Púnica a las diez de la noche.

Era una cita que no se podía perder.

Acabó de recoger las cajas y las almacenó en el interior de su casa. Trinidad ya hacía rato que se había ido a trabajar. Aurelio la había visto muy triste últimamente, sobre todo después de lo sucedido el sábado por la noche, aunque ella en ningún momento había sacado el tema ni le había mencionado nada del yonqui. «Bueno, si está triste por ese malnacido, ya se le pasará», pensó mientras partía en dirección a la Muralla Púnica, empujando su carrito. Libó un buen trago de vino, mientras ascendía por la calle de San Diego. Eran poco más de las nueve y media, así que se dirigió hacia la oficina de información turística que estaba enfrente de la Muralla, junto a la plaza Bastarreche. En la plaza encontró un contenedor y aparcó su carro al lado. Se sentó en la puerta de la oficina de turismo, acurrucado contra la pared, como si fuera un vagabundo que no tuviera casa donde dormir y hubiera decidido aprovechar aquel portal para pasar la noche.

No tuvo que esperar mucho hasta que vio aparecer al *Historias*, que se detuvo frente a la Muralla. En seguida observó cómo salía alguien de un Mercedes negro. Sí, era el *Escombro*, e iba acompañado de una *Mole* humana.

Aurelio vio cómo abrían la puerta exterior de la muralla y entraban. Después ascendían por las escaleras para alcanzar la puerta que daba acceso al interior del edificio. Cuando traspasaron la segunda puerta, Aurelio se alzó, se refrescó el gaznate con un nuevo trago y se encaminó hacia la muralla. Empujó la puerta metálica del exterior, que se abrió lentamente. Ganó las escaleras, mirando con sigilo por las cristaleras para no ser descubierto. Observó las luces de las linternas que se movían en el interior y corrió agachado hasta la puerta de entrada. Allí esperó un rato, vigilando a través del cristal. Las luces se dirigían hacia una barandilla que había en el centro de la estancia y bajaban por unas escaleras. Aurelio los vio pasar cerca de los restos de la muralla de los cartagineses y desaparecer en una sala que había por debajo del nivel del suelo. Abrió la puerta lentamente y se arrastró por las sombras hasta la barandilla donde antes los había visto detenerse a mirar. El estómago le dio un vuelco cuando vio lo que había abajo. Se trataba de una sala ovalada, con paredes recorridas por hileras de nichos. Las luces de las linternas se movían e iluminaban algunos de aquellos nichos en los que aún había restos de personas. El *Napias* se agachó y se santiguó. Tenía miedo. Siempre le habían dado mucho miedo los cementerios, pero aquel en el que las tumbas se encontraban abiertas y los restos de los cadáveres a la vista, era aún más aterrador. Sintió unas ganas tremendas de irse

corriendo, mas se contuvo. El miedo era controlable. Podía pasarlo mal y quizás hasta muriera a manos de alguno de aquellos esqueletos vengativos ante quienes profanaban su descanso; con todo valía la pena correr el riesgo. Sí, valía la pena si podía enfrentarse al *Escombros*.

Observó, silencioso, cómo abrían una puerta en el fondo de la cripta y se introducían por ella. Bajó las escaleras con sigilo. Aurelio no podía mirar las paredes; tenía la sensación de que de un momento a otro un brazo saldría de uno de aquellos agujeros e intentaría estrangularlo. Corrió como un poseso a la puerta del fondo, que se abría en una especie de altar y entró, manteniéndose pegado a la pared. Una vez que hubo atravesado el cementerio se sintió un poco más tranquilo. Ante él se abría un nuevo túnel por el que unas escaleras descendían en curva hacia el interior de la tierra. El pasadizo se iluminaba con antorchas y el olor era desagradable. Aurelio, no obstante, pensó en lo cerca que estaba del *Escombros* y eso lo hizo feliz. Oía voces más abajo, algo de un antepasado y un diario. Descendió las escaleras lentamente, manteniendo siempre una distancia prudente con respecto a las voces y aprovechando la curva que tenía el túnel para esconderse. Por fin, encontró que el pasadizo se ensanchaba, desembocando en una sala mucho más amplia.

El tipo gigante apuntaba al *Historias* con una pistola y observó cómo este sacaba el pendiente y se lo entregaba al *Escombros*. «Qué hijo de puta, ya tiene lo que quería», pensó Aurelio. El *Escombros* se agachó para hacer algo con el pendiente; de repente se levantó diciendo que se estaba calentando el suelo.

Aurelio se rió y se tapó la boca para que no pudieran oírlo.

Esperaron un rato y después el *Escombros* se volvió a arrodillar para hacer algo. Al cabo de un rato se dirigía hacia el *Historias* con cara de estar muy cabreado.

—¿Qué coño está pasando? ¿Hay algo que no me has contado? —Decía.

Empezaron a discutir y entonces sacó una pistola y le apuntó al *Historias*. La *Mole* se dirigió hacia él y le pegó un puñetazo bestial en el estómago. A Aurelio le dio risa cuando vio al *Historias* caer al suelo y vomitar hasta la primera papilla. Intentó aguantarse.

El *Escombros* decía que le había cambiado el pendiente. Se dirigió hacia el *Historias* y lo cogió por detrás. La *Mole* anduvo hacia él, frotándose las manos. Aurelio vio la pistola que el *Escombros* se había colocado en la parte de atrás del pantalón. No estaba lejos de la entrada a la gruta y pensó que quizás esa fuera su oportunidad.

La *Mole* levantó el brazo derecho para descargarlo sobre la cara del *Historias*.

Aurelio salió corriendo desde su escondite.

La *Mole* levantó los ojos y lo miró con cara de incredulidad.

—¿Qué pasa? —Se preocupó el *Escombros*.

La *Mole* no contestó. El *Escombros* giró la cabeza para mirar. Aurelio estaba ya detrás de él. El *Escombros* soltó al *Historias*. Aurelio cogió la pistola del *Escombros*.

La *Mole* echó mano a la suya.

Aurelio intentó apuntar al *Escombros* a la cabeza, pero en el último momento este le cogió el brazo y empezaron a forcejear.

El *Historias* saltó sobre la *Mole* y también lo detuvo antes de que pudiera apuntar. La *Mole* levantó el brazo izquierdo para descargar un golpe, pero el *Historias* fue más rápido y le propinó un certero rodillazo en las pelotas. La *Mole* cayó al suelo, pero no soltó al *Historias* y lo arrastró con él.

Para ser un vejestorio, el *Escombros* tenía más fuerza de lo que parecía a simple vista. Aurelio le pegó una patada en la rodilla, y él se la devolvió. Los dos cayeron al suelo también forcejeando.

La *Mole* y el *Historias* rodaron por el suelo. La pistola se movía entre ellos apuntando ora a uno, ora al otro. La *Mole* le golpeó con el codo en la cara y consiguió librarse de él.

Aurelio estaba encima del *Escombros*. Seguían braceando sin que ninguno de los dos ganara terreno.

El *Historias* permaneció en el suelo con la cara contorsionada, mientras la *Mole* se ponía de pie, sonriendo.

Le apuntó con la pistola a la cabeza.

La *Mole* puso el dedo sobre el gatillo.

Irene había llegado al bar del hotel Los Habaneros, situado frente a la Muralla Púnica, una hora antes para que el Escombros no la viera. Ese era el plan que había trazado con Ginés.

El bar era acogedor, aunque rezumaba un perenne olor a tabaco. La madera oscura y el cuero daban un ambiente serio e íntimo. En ese momento estaba vacío y el camarero permanecía detrás de la barra secando vasos.

—Póngame una copa de coñac.

Pensó en lo que aquel camarero supondría acerca de una mujer sola que va al bar del hotel a tomarse una copa. Aunque a lo mejor estaba acostumbrado a ver gente sola que buscaba el refugio de aquellas paredes, anónimos entre los inquilinos del hotel.

Había elegido la mesa emplazada junto a la ventana, que le proporcionaba una vista espléndida de la entrada a la Muralla. El camarero se acercó y depositó una enorme copa de coñac y la cuenta sobre la mesa. Irene le pagó en el momento, por si acaso. Movi6 ligeramente el contenido de la copa, como le había visto hacer algunas veces a su padre. Nunca le habían gustado los licores a palo seco, y mucho menos el coñac, pero necesitaba algo para templar los nervios.

Y comenzó su espera.

Una media hora después, un enorme Mercedes aparcó frente a la entrada de la Muralla, pero nadie bajó del coche. Llamó a Ginés para darle el aviso.

—Vale, seguro que es él. Voy para allá.

Irene apretó el móvil fuertemente entre los dedos. Era un móvil grande y pesado, un Nokia de los viejos. Miguel le había ofrecido muchas veces cambiarlo, pero ella se sentía a gusto con él. Había sido su primer teléfono y nunca le había fallado. «Al contrario que las personas», pensó.

Estaba nerviosa y quería estar a punto por si pasaba algo raro y tenía que llamar a la policía. Al poco, apareció Ginés: espléndido, elegante, con el porte erguido, a morir matando, como le había dicho unas horas antes. Observó cómo se detenía en la puerta de la muralla y entonces bajó del Mercedes un hombre alto, de pelo canoso. A simple vista no parecía mala persona, podría haber sido perfectamente un amigo de su padre. Irene se sintió ligeramente aliviada pensando que quizás el trato que habían hecho se fuera a mantener. Entonces se abrió la puerta del conductor y apareció un tipo enorme, del que, a pesar de la distancia que los separaba, Irene notó el halo de inmundicia que despedía. Y sintió un escalofrío.

Volvió a apretar el móvil, pensando en el 112. «A la primera cosa rara lo marco y se queda todo en manos de la policía».

Desafió un largo trago de coñac, notando cómo le ardía la garganta. Cuando bajó la copa, los tres hombres subían ya las escaleras exteriores, una vez atravesada la puerta de entrada a la Muralla.

Miró su móvil de nuevo. Sentía cómo el alcohol comenzaba a hacer su efecto y se relajó un poco. Observó al camarero, que continuaba en su eterna tarea de abrillantar vasos. Sonaba una suave música de fondo, y pensó que no estaría mal volver a aquel lugar a tomarse algo con Ginés una vez que todo aquello hubiera terminado.

La imagen de Miguel quedaba lejos y parecía incompatible con lo que estaba viviendo en ese momento. Miguel pertenecía a otra vida, a otro mundo, incluso. Su figura adquirió la lejanía de los acontecimientos que se han vivido mucho tiempo atrás.

Fantaseó con el beso que le había dado Ginés esa misma tarde y sintió un cosquilleo en el estómago. Acababa de entrar una pareja de extranjeros en el bar y se plantaron en una mesa cercana. Hablaban bajo y sus ojos brillaban mientras lo hacían. Irene sintió envidia de ellos. Volvió a tomar un breve trago. El fuerte olor de la bebida inundó su nariz y aspiró con fuerza. Aún no se podía creer que estuviera metida en algo así.

Las tres figuras habían atravesado ya el umbral de entrada y habían desaparecido de su vista. Unas luces tenues se encendieron en el interior del museo. Esperó atenta con la vista y el oído. Sin embargo, la sorpresa no vino de dentro, sino de fuera.

La calle permanecía tranquila porque aunque era verano, aquella no era una zona de la ciudad muy transitada de noche. Sin embargo, un hombre menudo y con una enorme nariz aguileña, que Irene pudo ver incluso desde la distancia, se aproximó por la calle. Parecía un mendigo. El pelo y la barba lucían descuidados, y la ropa que llevaba, de camuflaje militar, bastante ruinosa. Caminaba ligero, sabiendo a donde se dirigía: hacia la entrada de la Muralla Púnica.

Irene observó cómo el hombre empujaba la puerta de entrada y la abría sin resistencia. Despacio comenzó a subir las escaleras, escondiéndose. Irene se quedó desconcertada, no sabía qué hacer. A lo mejor era un segundo secuaz del Escombros. ¿Sería una trampa?

Cogió el móvil y marcó el 112, pero se detuvo en seco. ¿Qué estaba haciendo?

Miró la pantalla del teléfono y dio al botón rojo para cancelar la llamada. Levantó la copa de coñac y la apuró de un trago. Se sintió bien, más confiada. Si llamaba a la policía se perderían todos los sueños de Ginés, que ahora, habían empezado a ser también suyos. Si llamaba a la policía perderían el templo, la ilusión. Tendrían que volver a su vida anodina. Recordó que Ginés le había comentado que un mendigo lo estaba ayudando en la investigación. ¿Y si era él? Podía ser. Pero no debía quedarse allí impasible, esperando. Las cosas había que hacerlas con decisión, con convicción, tomando las riendas. Y eso fue lo que hizo. Cogió el móvil en la mano, se colgó el bolso en bandolera y abandonó del bar dejando atrás a la pareja enamorada y al camarero hacendoso.

La calle continuaba desierta a pesar de la temperatura agradable. Comenzó a cruzar un paso de cebra; de pronto se detuvo en seco. ¿Estaba segura de lo que estaba haciendo? ¿No se estaría metiendo en la boca del lobo?

Parada allí, vio cómo el mendigo alcanzaba ya la entrada superior y se introducía en el museo. Debía pensar con rapidez.

No tenía por qué tener miedo. Llevaba el móvil en la mano, a punto para marcar en caso de emergencia. El número ya estaba en memoria porque lo había marcado antes y ahora solo necesitaba pulsar el botón verde.

Llegó hasta la puerta entreabierta de la Muralla, y se dispuso a saltar las escaleras de dos en dos. Al alcanzar la cima, le faltaba el aire, así que intentó normalizar su respiración. Recorrió la amplia sala que recibía a los visitantes, acechando al mendigo a distancia. Allí estaban los paneles informativos sobre la creación de Cartagena. En un lateral una barandilla dibujaba un óvalo irregular, siendo ese el lugar donde había estado la techumbre de la cripta de la ermita de San José. Intentó caminar despacio, haciendo el menor ruido posible. El mendigo se arrastró para bajar las escaleras y corrió para atravesar la cripta. Bordeó la barandilla, con cuidado de no asomarse, y agarró el móvil con fuerza. Su pulgar rozaba el botón verde. «¿No sería mejor apretarlo ya?».

Antes de descender a la cripta, se asomó ligeramente y vio que estaba todo despejado, allí no había nadie. Despacio, sin hacer ruido fue descendiendo la escalinata. La vista que ofrecía aquel recinto la hizo parar en seco. El corazón lo tenía en un puño. Los esqueletos danzaban a su alrededor, dibujados sobre tumbas abiertas. Irene recordó el día que visitó el yacimiento con Clara. «La danza de la muerte. La muerte nos iguala a todos». El guía les explicó que ese era el mensaje que el artista anónimo había dejado plasmado. Una temática medieval en una cripta del siglo XVII.

Al fondo, donde en tiempos se situaba el altar, se abría un agujero en la pared. Irene percibía la tensión en cada uno de sus músculos y la respiración acelerada. El corazón latía con fuerza mientras se acercaba al fondo de la cripta. Tocó los bordes del hueco, donde la piedra se había movido por algún mecanismo, como si de una puerta se tratara. Atravesó el agujero. Allí la luz se hizo más tenue y comenzó a oír voces. Estaba cerca. Miró de nuevo su móvil. ¡Maldita sea! Allí no tenía cobertura. Dio un paso atrás. ¿Qué podía hacer? Dudó durante un rato. Salió fuera y vio de nuevo las rallitas de cobertura. Nerviosa, rozó el botón verde. ¿Debería apretarlo de una vez? Se quedó allí, inmóvil durante un buen rato, intentando decidir cómo reaccionar. Al final, volvió a entrar por el hueco de la pared. Las voces se habían acallado y ahora se oían gritos y ruidos de pelea. Irene perdió los nervios. Descendió las escaleras corriendo hasta el final del pasadizo. Sentía el corazón desbocado en su pecho.

Ante sus ojos apareció un ensanchamiento que se convertía en una caverna. Allí estaba el mendigo, enzarzado en una pelea con el Escombro. Frente a ella encontró al tipo enorme y malcarado que llevaba el pelo recogido en una coleta. Ginés estaba en el suelo y aquel gigante le apuntaba con una pistola. «¿Qué hago?», pensó Irene. «Lo va a matar». Corrió hacia el tipo con su móvil de cuarto de kilo en la mano. Se lo estampó en la cabeza y pegó un grito agudo que le permitió liberar parte de la tensión

que había acumulado.

El móvil saltó hecho pedazos, el tipo se llevó la mano a la cabeza y se giró hacia ella con la cara contorsionada. ¡Qué cara de odio tenía! Levantó la pistola e Irene se tiró al suelo asustada. Entonces, Ginés se puso en pie de un salto y le pegó una fuerte patada en los testículos. El tipo monstruoso cayó de rodillas y Ginés saltó sobre él. De nuevo se enzarzaron en un forcejeo por la pistola. Irene los observó rodar por el suelo y chocar contra la pared.

Ginés estaba debajo cuando, de repente, sonó un disparo.

Irene gritó desconsolada.

Aurelio seguía forcejeando con el Escombros por hacerse con la pistola cuando de pronto oyó un disparo, seguido de un grito de la chica que había aparecido y ayudado al *Historias*. El Escombros giró la cabeza para ver qué sucedía y Aurelio consiguió soltar su mano izquierda y golpearle fuertemente en la cabeza. El Escombros se desplomó de espaldas y Aurelio se levantó victorioso, con la pistola en la mano.

Miró a la Mole que se encontraba sobre el *Historias*. La Mole se movía de un lado a otro, pero entonces un brazo del *Historias* surgió de debajo. Le hizo un gesto a la chica y susurró medio asfixiado.

—Ayúdame a moverlo.

La muchacha corrió hacia él y empujó a la Mole para quitárselo de encima. Ahora, la Mole se había convertido en un gigantesco montón de basura. Aurelio sonrió, mientras el *Historias* y la chica se abrazaban y se besaban. «Qué bonito». Entonces se dirigió al Escombros, que estaba sentado en el suelo con el labio partido. Aurelio sonrió más todavía.

—Qué ganas tenía de que llegara este momento —dijo apuntándole con la pistola.

—¿Quién coño eres tú? —El Escombros escupió un poco de sangre al suelo.

—¿No me reconoces? Pues deberías. Sí, deberías. Soy sangre de tu sangre.

—Tú eres un puto loco. ¿Qué coño pintas aquí?

—Yo lo invité. —Intervino el *Historias*.

Aurelio se giró hacia él.

—Deja que yo me encargue de esto. Llevo mucho tiempo esperando este momento. —Y el *Historias* asintió. Seguía abrazado a la chica, como dos tortolitos. Entonces Aurelio continuó dirigiéndose al Escombros—. Mi madre era puta en el Molinete. Puta y de las buenas, de las últimas buenas, de hecho. Resulta que hace unos treinta años tú pagaste por acostarte con ella, no una sino varias veces. Y resulta que le prometiste que la ibas a retirar. Cosa que por supuesto nunca sucedió. ¿Te acuerdas de ella?

—Pues no, me he acostado con muchas putas en mi vida. —El Escombros se limpió la boca ensangrentada y se puso en pie—. No sé a dónde quieres ir a parar y me importa una mierda. ¿Quieres dinero? ¿Cuánto quieres? Soy muy rico.

—Ya lo sé. Y muy hijo de puta. No quiero dinero. Solo quiero joderte bien jodido, igual que tú hiciste con mi madre. Me contó que le pegabas y eso no se lo permito a nadie. Para mí no eres mi padre. Solo eres un hijo de perra que maltrataba a mi madre y solo quiero que pagues por eso.

Aurelio dio un paso al frente y le puso la pistola en la cabeza.

—Eh, *Napias*, ¿qué vas a hacer? —Intervino de nuevo el *Historias*.

—No te metas en esto. Es algo entre él y yo.

—Está bien. ¿Me vas a matar, pordiosero de mierda? Soy muy importante en la ciudad. La policía te buscará y acabará contigo. —Aurelio apretó el cañón contra su

cabeza—. Si quieres salir bien parado de esta, lo mejor será que me des la pistola y aceptes el dinero. ¿Cuánto quieres?

—Ya te lo he dicho. Solo quiero verte bien jodido. —Aurelio puso el dedo sobre el gatillo.

—Ya me acuerdo de tu madre. Era una puta pordiosera del Molinete. Estás equivocado, imbécil. Yo nunca me habría acostado con alguien así.

Aurelio apretó el gatillo. La bala atravesó la cabeza del Escombros y se clavó en la pared.

—Mi madre no era una pordiosera. —Dio un paso adelante y escupió sobre el cadáver de su padre.

Aurelio seguía forcejeando con el Escombros por hacerse con la pistola cuando de pronto oyó un disparo, seguido de un grito de la chica que había aparecido y ayudado al *Historias*. El Escombros giró la cabeza para ver qué sucedía y Aurelio consiguió soltar su mano izquierda y golpearle fuertemente en la cabeza. El Escombros se desplomó de espaldas y Aurelio se levantó victorioso, con la pistola en la mano.

Miró a la Mole que se encontraba sobre el *Historias*. La Mole se movía de un lado a otro, pero entonces un brazo del *Historias* surgió de debajo. Le hizo un gesto a la chica y susurró medio asfixiado.

—Ayúdame a moverlo.

La muchacha corrió hacia él y empujó a la Mole para quitárselo de encima. Ahora, la Mole se había convertido en un gigantesco montón de basura. Aurelio sonrió, mientras el *Historias* y la chica se abrazaban y se besaban. «Qué bonito». Entonces se dirigió al Escombros, que estaba sentado en el suelo con el labio partido. Aurelio sonrió más todavía.

—Qué ganas tenía de que llegara este momento —dijo apuntándole con la pistola.

—¿Quién coño eres tú? —El Escombros escupió un poco de sangre al suelo.

—¿No me reconoces? Pues deberías. Sí, deberías. Soy sangre de tu sangre.

—Tú eres un puto loco. ¿Qué coño pintas aquí?

—Yo lo invité. —Intervino el *Historias*.

Aurelio se giró hacia él.

—Deja que yo me encargue de esto. Llevo mucho tiempo esperando este momento. —Y el *Historias* asintió. Seguía abrazado a la chica, como dos tortolitos. Entonces Aurelio continuó dirigiéndose al Escombros—. Mi madre era puta en el Molinete. Puta y de las buenas, de las últimas buenas, de hecho. Resulta que hace unos treinta años tú pagaste por acostarte con ella, no una sino varias veces. Y resulta que le prometiste que la ibas a retirar. Cosa que por supuesto nunca sucedió. ¿Te acuerdas de ella?

—Pues no, me he acostado con muchas putas en mi vida. —El Escombros se limpió la boca ensangrentada y se puso en pie—. No sé a dónde quieres ir a parar y me importa una mierda. ¿Quieres dinero? ¿Cuánto quieres? Soy muy rico.

—Ya lo sé. Y muy hijo de puta. No quiero dinero. Solo quiero joderte bien jodido, igual que tú hiciste con mi madre. Me contó que le pegabas y eso no se lo permito a nadie. Para mí no eres mi padre. Solo eres un hijo de perra que maltrataba a mi madre y solo quiero que pagues por eso.

Aurelio dio un paso al frente y le puso la pistola en la cabeza.

—Eh, *Napias*, ¿qué vas a hacer? —Intervino de nuevo el *Historias*.

—No te metas en esto. Es algo entre él y yo.

—Está bien. ¿Me vas a matar, pordiosero de mierda? Soy muy importante en la ciudad. La policía te buscará y acabará contigo. —Aurelio apretó el cañón contra su

cabeza—. Si quieres salir bien parado de esta, lo mejor será que me des la pistola y aceptes el dinero. ¿Cuánto quieres?

—Ya te lo he dicho. Solo quiero verte bien jodido. —Aurelio puso el dedo sobre el gatillo.

—Ya me acuerdo de tu madre. Era una puta pordiosera del Molinete. Estás equivocado, imbécil. Yo nunca me habría acostado con alguien así.

Aurelio apretó el gatillo. La bala atravesó la cabeza del Escombros y se clavó en la pared.

—Mi madre no era una pordiosera. —Dio un paso adelante y escupió sobre el cadáver de su padre.

Eran casi las once y media de la noche cuando Ginés llegó a su casa. Estaba seguro de que sus tías ya se hallarían durmiendo, pero no le importaba en absoluto. Necesitaba que se aclarara todo aquello de una vez por todas. Ganó corriendo la escalera de mármol y atravesó la puerta de su piso, cerrándola de un portazo.

Se habían reído de él durante todo aquel tiempo.

Era increíble cómo las cosas pueden suceder en el momento más inesperado. Había necesitado que el Escombros le diera una paliza y le dijera que aquel pendiente no era el verdadero para que él se diera cuenta de lo que acontecía y abriera los ojos por fin.

Se habían estado riendo de él.

Se dirigió a la habitación de sus tías y golpeó la puerta con fuerza. Nadie contestó así que Ginés volvió a golpearla. Al poco surgió su tía Rosell protegida con su bata.

—¿Qué pasa Ginés? —Su tía se mostró alterada—. ¿Ha ocurrido algo?

—Sí. —Ginés estaba muy enfadado, aún no se podía creer que lo hubieran estado engañando durante todo el tiempo—. Dile a la tía Carmen que se levante. Quiero hablar con las dos en la sala.

Y se marchó hacia la sala de estar. Abrió el mueble bar que estaba junto a la tele y se sirvió un Chivas en un vaso bajo, de culo gordo. Echó un buen trago y notó cómo se le calmaban algo los nervios.

Aparecieron sus tías, las dos en bata. Carmen cojeaba, apoyándose en el brazo de su hermana para caminar.

—Dios, ¿qué demonios ocurrirá ahora? —Se quejó.

Se sentaron en el sofá de tres plazas, una junto a la otra. A simple vista parecían un par de ancianitas simpáticas y agradables. Pero, ¿realmente lo eran? ¿Cuántas mentiras eran capaces de decir?

—¿Dónde está el pendiente? —Interrogó Ginés directamente. Sus tías lo observaron con cara de asombro.

—¿Para eso nos has levantado de la cama a las doce de la noche? —Rosell parecía muy enfadada.

—Déjalo —intervino Carmen—, parece que por fin sus libros han terminado por volverlo loco.

Ginés se dirigió hacia ellas con el vaso de *whisky* en la mano. Se detuvo y bebió lentamente.

—Ya basta de juegos. No lo podéis ocultar por más tiempo. —Hablaban con serenidad, el *whisky* lo había ayudado a calmar la tensión del día—. ¿Dónde está el pendiente?

—¿A qué viene esto, Ginés? —Su tía Rosell continuaba muy enfadada—. Nosotras no lo sabemos. Lo robaron del museo.

—Me refiero al otro —aclaró él—. Al que realmente es una llave que abre una

puerta. El del museo solo era una copia.

Sus tías bajaron los ojos al suelo. Cuando Ginés iba a repetir la pregunta Rosell contestó.

—No es una copia, Ginés, tú no lo entiendes. Los dos pendientes son auténticos, lo que pasa es que solo uno fue preparado para abrir la puerta.

—Ahora ya me dan igual las explicaciones. —Ginés intentaba mantenerse sereno—. ¿Dónde está el pendiente?

Rosell escrutó a Carmen, pero esta desvió la mirada.

—Quizás ya sea hora de que se lo demos.

—¿De qué estás hablando? —Carmen le clavó dos ojos coléricos—. Es un inmaduro. No está preparado para esa responsabilidad.

—Claro que lo está. Para eso nos quedamos con él, para eso hicimos lo que hicimos. Ahora ha llegado el momento y tenemos que aceptarlo.

Ginés observaba a sus tías, impasible, sin perder detalle de lo que decían. Para eso hicieron lo que hicieron. ¿Qué quería decir su tía con eso?

—No, no estoy dispuesta a aceptarlo. —Carmen se echó las manos al pecho, gritando—. ¡El pendiente es mío! Yo soy la encargada de custodiarlo y será mío hasta que me muera.

Rosell se frotaba las manos con fuerza, muy nerviosa. Ginés nunca la había visto enfrentarse a su hermana de aquella manera.

—No estoy de acuerdo contigo, Carmen. El chico está preparado y ha llegado el momento. Ahora el pendiente debe ser para él.

—Te digo que no. —Carmen apretó las manos sobre su pecho con más fuerza aún—. Jamás se lo entregaré.

—Entonces le diré lo que hiciste —la amenazó Rosell—. Le diré lo que hiciste, Carmen, ¿me oyes?

—¿De qué estáis hablando? —Ginés estaba muy intrigado. Tenía la sensación de que sus tías le habían ocultado más cosas de las que él creía.

—Yo no quería, Ginés, te lo prometo, pero Carmen me convenció. —Su tía se acercó y se arrodilló a sus pies. Se aferró a su pierna derecha y rompió a llorar—. Me dijo que no teníamos otra elección, que era nuestro deber. Ginés, por favor, tienes que entenderlo.

—Levántate, tía, no me gusta verte así. —Ginés la cogió por las axilas para ayudarla, pero ella no se inmutó.

—¡Cállate! —Gritó Carmen—. Cállate ya, Rosell, o te arrepentirás. Si se lo cuentas tú también lo perderás.

—Me da igual. Ya me da todo igual —gimió Rosell—. Ahora solo quiero que sepa la verdad y que sea feliz. Me da igual lo que me pase a mí.

—Vamos, tía, levántate. —Insistió Ginés, pero ella no reaccionó.

—Cuando tu padre murió en el accidente, Ginés, tu madre cayó en una gran depresión. Era una mujer muy delicada, ¿sabes? Tenía un cuerpecillo menudo,

siempre paliducha. Y lo que le pasó a tu padre la destrozó. Durante un tiempo vivió con nosotras y la ayudamos en todo lo que pudimos. Pero un día dijo que quería marcharse a otro lugar, porque esto le traía demasiados recuerdos amargos. —Su tía sollozó. El dolor se reflejaba en su cara con cada palabra. Por fin se estaba liberando de una pesada carga que se había visto obligada a soportar durante muchos años—. Nos explicó que se marchaba a Madrid y, por supuesto, que te iba a llevar con ella. Tu tía Carmen me indicó que no podíamos permitirlo. Nosotras no teníamos hijos, Ginés, tú eras el único descendiente de nuestra familia. Tú eras el único que podría seguir custodiando el pendiente cuando nosotras ya no estuviéramos.

—¿Y qué pasó? —Ginés contenía la rabia y ya no intentaba levantar a su tía. La historia que estaba escuchando era algo que jamás se habría imaginado. Miró el vaso de *whisky* y lo apuró de un trago.

—Nosotras teníamos un amigo médico, un psiquiatra. Tu madre no se encontraba demasiado bien todavía, a pesar de lo que ella dijera. No se podía dar vida sola y mucho menos cuidar de un niño pequeño. Así, que lo convencimos para que le diagnosticara a tu madre una depresión con tendencia suicida. —Su tía sollozó y ahora las palabras escapaban entrecortadas de su boca—. La encerraron en un manicomio y nosotras nos quedamos contigo. Perdóname, Ginés, por favor, perdóname.

Su tía le apretaba la pierna derecha con fuerza. Ginés se quedó paralizado. No sabía qué hacer ni cómo reaccionar. Siempre había pensado que su madre lo había abandonado, que después de la muerte de su padre se había marchado sin más, porque no quería saber nada de él. Sin embargo, ahora se enteraba de que sus tías se las habían ingeniado para encerrarla en un manicomio, y así poder quedarse con su custodia. Y todo para que él pudiera seguir la saga familiar de vigilancia del pendiente. Era increíble. Soltó a su tía de su pierna y se sirvió otro buen chorro de Chivas.

—No me puedo creer lo que estoy oyendo. —Exclamó al fin—. ¿Y qué pasó con mi madre?

—Murió al poco tiempo, Ginés. —Su tía Rosell se cubría la cara con las manos. Ginés se enfrentó ahora a su tía Carmen.

—¿Es eso verdad?

—Lo hicimos por su bien. Después de la muerte de tu padre, tu madre estaba desquiciada. Ella sola jamás habría podido cuidarte y educarte.

Ginés lanzó el vaso contra la pared y estalló en mil pedazos. Se echó las manos a la cara y rompió a llorar.

—No me puedo creer que podáis ser tan retorcidas. —Tenía la voz quebrada, se encontraba sin fuerzas, como si le hubiera pasado una apisonadora por encima—. ¿Sabéis lo que fue mi infancia, sin padre ni madre? Mi madre me quería y vosotras me la arrebatasteis. ¡Dios, no me lo puedo creer!

—Fue por tu bien y por el suyo —insistió Carmen. Era la única que aún guardaba

la compostura, impasible ante las lágrimas y el dolor de los demás—. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

—Pues dejarla vivir. Dejarla marchar y a mí con ella. Le arrebatasteis la vida. Sois unas asesinas. Os odio. Malditas seáis. ¡OS ODIO! —Se dirigió a su tía Carmen con los puños cerrados de furia—. ¿Dónde está el maldito pendiente?

—Jamás te lo daré —lo desafió, mirándolo a la cara.

En ese momento se alzó su tía Rosell y se dirigió hacia ellos. Agarró a Carmen por el pelo y le introdujo las manos por el cuello del camisón. Empezaron a forcejear, pero una cadena de oro surgió de debajo de las ropas. Había colgada una pequeña bolsa de cuero.

—¿Qué haces? —Gritó Carmen—. Estate quieta. No se lo daré nunca.

Rosell pegó un fuerte tirón y rompió la cadena. La despojó de la bolsa de cuero y se la entregó a Ginés.

—¡Dámelo! —Gritó Carmen—. ¡Es mío! ¡Dámelo!

Rosell le estampó un fuerte bofetón que le giró la cara hacia atrás. Carmen se desplomó en el sofá y ya no se atrevió a moverse.

—Yo te quiero, Ginés. Siempre te he querido. —Gimió Rosell—. Por favor, perdóname, yo no quería hacerlo. Ella me obligó, Ginés, te lo prometo. Ella me obligó.

—Todos tenemos elección —sollozó Ginés, su voz quebrada de dolor y odio.

Se dirigió a la puerta de la casa. Echó un último vistazo al árbol genealógico de su bisabuelo. Ginés sabía que esa era la última vez que iba a pisar aquel suelo. Al menos, mientras sus tías vivieran.

Ginés volvió por fin al bar del hotel. Parecía alterado. Irene intentó hablar con él y le preguntó qué había sucedido, pero él respondió con un giro de cabeza. Irene se sintió dolida.

El *Napias* había consumido cuatro *whiskys* mientras que Irene no había terminado su manzanilla, que se quedó fría en la taza. Ginés pagó la cuenta y se marcharon.

Ginés tomó el control de la situación y sin dar más explicaciones guió a sus dos compañeros de nuevo hacia la entrada de la Muralla Púnica.

—Ginés, tengo ganas de que termine todo esto. —Manifestó Irene con voz cansada.

—Para mí, no ha hecho más que empezar.

Irene lo estudió confundida. Estaba nerviosa, tenía la sensación de estar flotando y de que todo cuanto la rodeaba no era más que fruto de su imaginación. Pero continuó con aquel sueño.

Atravesaron la entrada y bajaron las escaleras en dirección a la cripta de San José. Ahora le parecía menos amenazadora la danza de la muerte que se bailaba impertérrita en aquellas paredes. Ginés pidió la moneda que le había dado antes a Irene y la metió en una ranura. Se descubrió de nuevo el pasadizo, permitiéndoles cruzar hacia las entrañas de la tierra. Descendieron las escaleras para alcanzar la estancia donde se situaba la puerta de acceso al templo.

Ginés no concedió explicaciones, simplemente se agachó y extrajo de su bolsillo una pequeña bolsa de cuero. La abrió e Irene se sorprendió al ver que sacaba un segundo pendiente, exactamente igual al que ella llevaba en su bolso. Miró a Ginés, que se mantenía muy serio, y no se atrevió a preguntarle nada. Irene se sintió muy mal. Ese debería haber sido un momento para disfrutar los dos juntos, compartiendo cada segundo. Sin embargo, Ginés ahora se mostraba muy distante. ¿Sería porque ella ya no le hacía falta? ¿La habría estado utilizando durante todo el tiempo? De repente, Irene sintió ganas de llorar.

Ginés depositó el pendiente en el agujero del suelo donde encajó a la perfección. Presionó sobre el granate y al igual que antes la joya se hundió unos centímetros y se oyó el sonido de un mecanismo, mientras se desplazaba la lámina de piedra para cubrir el *anforilla* y las campánulas, dejando a la vista tan solo el círculo central de la joya. Ginés se retiró y esperó un poco. El *Napias* observaba con atención todo lo que hacía. Las láminas de piedra se retiraron, pero el pendiente, en lugar de subir hacia arriba, como había sucedido antes, bajó unos milímetros encajando a la perfección en un engranaje. Cuando Irene lo miró también quedó sorprendida. Ya no estaba entero. Las cadenillas y la campánula que colgaban del disco habían desaparecido, así como el gancho para la oreja. El pendiente había quedado reducido exclusivamente al disco central, del que también habían desaparecido unos cuantos dientes permitiendo que se acoplara en el engranaje donde ahora se hallaba ubicado. Ginés dio un paso y de

repente se abrió un nuevo compartimiento a su lado. Se acercó con cuidado, metió los dedos dentro y extrajo algo, pero de repente lo soltó.

—¡Joder, cómo quema! —Exclamó.

El objeto que rodó por el suelo tenía forma de cilindro, pero algo se desprendió de él. Ginés sacó un pañuelo del bolsillo y tomó el cilindro.

—Es un molde. —Explicó. Entonces cogió la pieza dorada que se había desprendido y la estudió con curiosidad. Miró el pendiente y miró la pieza—. Creo que se ha fundido parte del pendiente, que ha ido a parar a este molde y se ha convertido en esta pieza. —Se arrodilló con los ojos clavados en el suelo—. Y creo que esto es el mango de la llave.

Ginés colocó la pieza sobre el granate, que se acopló a la perfección sobre el engarce dentado que lo sujetaba al disco de oro. Apretó la pieza con fuerza y la giró en el sentido de las agujas del reloj. El disco dentado rotó con la pieza y de nuevo se escuchó el funcionamiento de un mecanismo. De repente, junto a Ginés se elevó unos centímetros un metro cuadrado de suelo. Era la puerta. Ginés tomó el pendiente, ahora convertido en la llave que era en realidad, y se lo entregó a Irene. Ella se sintió mejor en ese momento. Aquello era una muestra de confianza. Pensó que quizás, después de todo, ella aún le importaba.

El *Napias* agarró la trampa de piedra y la levantó, quedando en posición vertical y ofreciendo la vista de unas empinadas escaleras que se hundían en la oscuridad. Para Irene, aquel momento era como un sueño. Nunca había sentido tanta emoción, ni siquiera cuando Miguel la pidió en matrimonio. El corazón comenzó a bombear con fuerza en su pecho y buscó la mirada de Ginés, pero él no le prestó atención. Ya estaba entrando por la trampa, detrás del mendigo, con los músculos de la cara contraídos en una mueca rígida. Se sintió de nuevo dolida y desconcertada. Se comportaba con ella como si de una extraña se tratara, no era el Ginés que había conocido.

Vio cómo empezaban a descender, cada uno con una antorcha, y ella los siguió. Buscó la pequeña linterna de propaganda que solía llevar en el bolso.

Las escaleras eran de piedra caliza, en buen estado, aunque cubiertas por un moho negruzco y resbaladizo.

—Con cuidado. —Advirtió Ginés, en tono seco.

El olor a azufre y humedad era muy intenso e Irene se tuvo que tapar la nariz para no marearse. Despacio, descendieron apoyándose en las paredes, también cubiertas por aquella sustancia negra. A pesar de haber bebido tanto, el *Napias* se movía con sumo cuidado y con cierta gracia. Ahora Ginés se había adelantado. Irene apuntó con su linterna al suelo para ver dónde ponía el pie, pero decidió que no era buena idea, porque descubrió un reguero de gusanos blancos. Ahogó un grito y respiró profundamente. Aquella maldita escalera parecía no tener fin. Se adentraron en la tierra durante un tiempo interminable, envueltos en una penumbra inquietante. Sintió miedo y los dientes empezaron a castañetearle. Todo era extraño, parecía como si

hubieran viajado en el tiempo, como si estuvieran caminando por una época a la que no pertenecían; aquel espacio había permanecido virgen desde que lo pisaran mucho tiempo atrás los mastienos o los cartagineses o quienesquiera que fuesen. Se sentía literalmente como si se estuviera metiendo en la boca del lobo.

Ginés paró en seco e Irene chocó contra el cuerpo menudo y sucio del *Napias*, lo que le permitió oler la grasa de su pelo. Entonces Ginés elevó la antorcha.

La gruta que se abría ante ellos parecía inmensa, pues no alcanzaban a ver el techo en la oscuridad. Presidiendo el habitáculo estaba la figura imponente, en plata, de un hombre musculoso con un mochuelo sobre el hombro.

—*Aletes* —declaró Ginés con admiración.

Irene recordó lo que le había contado sobre *Aletes*, un hombre convertido en Dios por haber descubierto las minas de plata de la zona, y que los romanos sumaron a su prolífico y poblado Olimpo cuando conquistaron aquellas tierras.

La sala tenía forma ovalada y la figura que representaba al Dios se situaba en el centro de la pared frontal. Alrededor se amontonaban objetos de lo más variopintos, todos ellos de exquisita manufactura en plata. Los laterales estaban surcados por dos pequeñas acequias por las que corría un reguero de lava que desembocaba en un agujero circular, como una fuente de fuego, situada detrás de la figura del Dios. Irene comprendió ahora de dónde venía el olor a azufre y se sorprendió porque a pesar de la profundidad a la que estaban bajo tierra y seguramente debido a la lava, la temperatura de la estancia era muy agradable. Además, la lava iluminaba por sí sola la sala con luz rojiza y opresiva. Irene se preguntó en ese momento si no sería verdad lo que las tías de Ginés le habían dicho. ¿No habrían abierto la puerta del infierno?

El *Napias* ganó los dos peldaños que le quedaban de un salto y comenzó a manosear los tesoros. Había copas, cuencos, vasijas, collares, pulseras, figuras de todo tipo,... Era increíble. Algunas piezas parecían dejadas con esmero en lugares seleccionados, pero otras se habían arrojado allí con prisa.

El *Napias* parecía feliz.

—Le van a dar por culo a los de las tiendas, ahora soy rico. ¡Joder! ¡Joder! Mi Trini va a ir como una reina. Joder, como una puta reina. Y para celebrarlo, me voy a preparar una bañera de Chivas, qué digo, una piscina. ¡Joder!

Se movía entre los objetos como una rata que olisquea queso rancio. Ginés avanzó con cuidado estudiando los rincones. Estaba extasiado. Encendió varias antorchas que se encontraban en la estancia y la luz cambió del rojo intenso, que tenía en un principio, a un amarillo más cálido.

Irene no se movió del sitio. Aquello le parecía un sacrilegio, como si estuvieran violando la voluntad de las personas que habían preparado aquel santuario. Porque aquel sitio se había ocultado con esmero, de eso no había duda.

—Mirad —llamó Ginés— esto parece una tumba.

Irene sintió cómo el estómago le daba un vuelco y a punto estuvo de vomitar. Ginés se acercó. Allí había un ánfora de plata, situada a los inmensos pies de la figura

del Dios.

—¿Cómo sabes que es una tumba? —Dudó Irene.

—¿Quieres verlo? —Ginés tenía la intención de destaparla.

—¡No! —Gritó Irene—. Déjalo, por favor. —Y Ginés se detuvo.

El *Napias* se giró.

—Qué, la *zorrilla* mimada te tiene pillado por los huevos, ¿eh, *Historias*? —Y se echó a reír—. Las mujeres son así. —Tenía entre sus manos piezas de plata oxidadas por la humedad y hablaba sin dejar de mirarlas—. Son todas unas putas, lo que pasa que algunas lo disimulan. Por eso me gusta mi novia, porque ella no lo disimula, es puta y ya está.

—No vuelvas a insultarla, *Napias*, o te parto la cara. —Ginés se mostraba muy serio y muy raro, como en trance.

El *Napias* no lo escuchó y siguió con lo suyo. Agarró un collar y lo miró con atención.

—Esto bien limpio, le va fenomenal a la Trini. Hasta le podría hacer una aguja de plata, ¿qué te parece? —Miró a Ginés mientras reía a carcajadas—. Una aguja de plata para la yonqui de mi novia. Joder, macho, soy asquerosamente rico.

A Irene no le gustaba el matiz que estaba adquiriendo todo aquello. Se confinó a un rincón mientras observaba a los dos hombres merodear por el templo.

La estatua de *Aletes* resultaba majestuosa. Era antropomorfa. Mochuelos iguales al que portaba sobre el hombro aparecían decorando todo tipo de objetos, por lo que supuso que aquella debía de ser otra forma de representar al Dios. Las piernas de la figura estaban abiertas y bajo ellas se situaba lo que parecía un pequeño altar. Y todo, absolutamente todo, menos el suelo de roca, estaba elaborado en plata.

Aquel era un lugar sagrado, de eso no tenía duda; se imaginaba sacerdotes vestidos con túnicas paseando por la sala, encendiendo las lámparas de plata que se situaban por doquier, realizando ofrendas al Dios. Pero la cantidad de objetos que allí se encontraba era desmedida. No creía posible que todo hubiera pertenecido a ese lugar. Quizás el templo habría sido mayor en su día y todos aquellos tesoros se encontraban dispuestos en otras salas. O quizás habrían aprovechado el templo para esconder todas las riquezas posibles de las manos ávidas de los conquistadores.

El *Napias* se acercó a Irene con algunos objetos en la mano.

—¿Y tú qué? ¿No te gusta la plata? ¿O es que prefieres el oro? —Se echó a reír—. Eh, *Historias*, la muchacha nos ha salido pija, la plata le parece poco.

Irene se giró para no tener que soportar su mirada y su aliento alcoholizado. Estaba asustada. Aquella enorme cueva se convirtió en una boca cerrada, llena de caries negras. La mayor parte de la plata estaba oxidada, sobre todo aquella que se encontraba en contacto con el suelo.

Ginés se acercó al *Napias* y lo agarró por el brazo.

—Te he dicho que la dejes en paz —le increpó. El *Napias* se apartó de ellos. Después, Ginés se dirigió a Irene con un entusiasmo que se le antojó enfermizo—.

Mira, la cripta donde estamos ahora es de época más antigua que las escaleras, es más tosca. —Irene tenía ganas de vomitar. Y Ginés parecía que no podía ver más allá de aquellos objetos—. Es impresionante cómo han podido abrir este espacio en la dura roca. Probablemente la entrada principal, en su origen, estuviera situada en otro lugar. Las escaleras, desde luego, se hicieron más tarde.

—Ginés, me das miedo. No pareces tú.

Ginés abrió los ojos e iba a contestar pero entonces se acercó el *Napias*.

—Tenemos que hablar, *Historias*. —Los ojillos del *Napias* brillaban a ambos lados de su enorme nariz—. Hay que ver cómo nos repartimos las cosas. ¿Tú qué opinas?

A Ginés no le dio tiempo a pensar en nada porque el cuenco de plata que traía el *Napias* en la mano se estampó con fuerza contra su cara. Ginés dio un paso atrás aturdido y el mendigo lo atrapó por el cuello y empezó a apretar para estrangularlo.

—Yo te diré cómo vamos a repartirlo —rugió el *Napias*, aferrando con fuerza—. Todo para mí. Ja, ja, ja. Va a ser todo para mí. —Entonces miró a Irene—. ¿Eh, nena? ¿Qué te parece? Quédate ahí sentadita que ahora me encargaré de ti.

Ginés intentaba golpearlo, pero no lo conseguía. Lo tenía atrapado desde atrás. Irene observó cómo empezaba a ponerse rojo. Lo iba a matar, tenía que hacer algo. Cogió el cuenco de plata con el que el *Napias* había golpeado a Ginés y saltó hacia él. El *Napias* la vio venir y dio un paso atrás, apretando con más fuerza aún. Irene levantó el cuenco y corrió hacia él para golpearlo con fuerza. En ese momento, el *Napias* soltó a Ginés, y dando otro paso atrás, sacó la pistola que había sido del guardaespaldas del Escombros.

Ginés estaba doblado sobre sí mismo, intentando que el aire volviera a sus pulmones.

El *Napias* apuntó a Irene a la cabeza, tranquilamente, sin prisa.

Irene vio la pistola y se quedó quieta, con el cuenco de plata en alto. «Si me quiere matar que me mate. Ya me da todo igual».

A cámara lenta, observó cómo el *Napias* sonreía y apretaba el gatillo.

En ese momento, Ginés se levantó de un salto y atrapó el brazo derecho del *Napias* al mismo tiempo que se producía el disparo. La bala atravesó el cuenco de plata que Irene llevaba en la mano y salió despedido. Irene se tiró al suelo asustada, mientras Ginés y el mendigo se enzarzaban en una pelea. Comenzaron a dar volteretas por el suelo y se detuvieron al borde de una de las acequias de lava. Ginés se encontraba debajo. El *Napias* sujetaba la pistola en la mano derecha y Ginés la aguantaba con la izquierda, para que no pudiera dispararle. El mendigo lo agarró por los pelos con la mano libre e intentó hundirle la cabeza en la lava. Ginés aguantaba estoicamente, pero el *Napias* echó todo su peso encima, quedando sus caras a unos centímetros. Ginés consiguió liberar su brazo derecho y en un rápido movimiento golpeó el brazo del *Napias* con el que lo tenía cogido por los pelos. Notó cómo le arrancaba un buen mechón, pero sin pensárselo, elevó la cabeza con toda la fuerza de la que fue capaz y estampó su frente contra la enorme nariz aguileña, que crujió con un tremendo ruido. El mendigo empezó a gritar y soltó la pistola, que desapareció en la lava. Ginés aprovechó la situación para empujarlo y quitárselo de encima. El *Napias* gritaba desconsolado y se arrastraba por el suelo.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta! —Tenía la cara y las manos cubiertas de sangre.

Ginés sacó la Luger que llevaba en la espalda y se quedó frente a él, esperando. Cuando por fin el *Napias* se tranquilizó y dejó de gritar, Ginés dio un paso al frente y le apuntó a la cabeza.

—Ginés, ¿qué vas a hacer? —Preguntó Irene. Pero él no contestó.

—¿Qué vas a hacer, Ginés? —Repitió ella—. Deja que se vaya.

—No puedo.

Ginés miró la Luger que le había prestado Esteban. Avanzó otro paso y miró al *Napias* a los ojos. Por una parte sintió lástima de él. Había personas que llevaban una vida de miseria y corrupción porque no habían tenido elección, pero otras lo decidían libremente con sus actos. ¿Habría podido escoger el *Napias*? Ginés no lo sabía, pero ya no le importó. Sabía que no podía dejarlo ir. Si le permitía escapar nunca podrían estar tranquilos. El *Napias* conocía la existencia del templo y acababa de demostrar que no se podían fiar de él. Si lo dejaban libre volvería a por ellos o correría la voz de lo que había sucedido y ellos no podrían disfrutar del tesoro que con tanto esfuerzo habían hallado.

«No es solo el esfuerzo que nosotros hemos invertido por llegar aquí, sino el esfuerzo de mi familia durante miles de años por transmitir el pendiente a sus descendientes. Ahora ha llegado el día en que por fin uno de esos descendientes tiene la obligación de abrir el templo y disfrutar el tesoro que contiene, dando a conocer al mundo la grandeza del Dios *Aletes*».

«Pero no puedo matarlo», pensó Ginés. «Al fin y al cabo es un ser humano».

Ginés sabía que eso era una tontería. Claro que podía matarlo. En esta vida hay

que tomar decisiones, y por las cosas realmente importantes hay que hacer lo que sea y pisar a quién haga falta, antes de que te pisén a ti. Si soltaba al *Napias* se quedaban sin el templo, eso estaba claro. Todo el esfuerzo y el sufrimiento de su familia no habrían servido de nada. Ginés pensó en su abuela, que murió asesinada por el pendiente. Pensó en su madre, a la que sus tías encerraron en un manicomio para que él pudiera seguir custodiándolo. Pensó en Irene y en sí mismo, dentro de un tiempo, sobreviviendo en su vida cotidiana, perdidos en la rutina diaria. Y todo por haber dejado vivo a alguien que había intentado matarlos y que lo volvería a intentar si tuviera oportunidad.

Ginés dio otro paso adelante. Apretó el cañón de la Luger contra la frente del mendigo. Una lágrima resbaló por su mejilla.

—Eh, *Historias*, ¿cómo es posible? —Preguntó el *Napias* con la mirada suplicante—. La Estrella Polar, ¿cómo es posible?

Ginés se quedó desconcertado ante la pregunta. El *Napias* parecía desamparado, un animal acorralado e indefenso, implorando una oportunidad.

—Ginés, deja que se vaya —suplicó Irene.

No podía matarlo. No era capaz de ejecutar a alguien a sangre fría. Él no era un asesino. Bajó la pistola hacia el suelo. En ese momento el *Napias* sacó un cuchillo de su bota militar y lo lanzó a la entrepierna de su contrincante.

Ginés apretó el gatillo.

El sonido de la pistola fue el detonante del silencio posterior.

Le parecía que la plata fulguraba con una violencia que no podía ser fruto de las antorchas que la alumbraban.

Irene miró a Ginés, inmóvil, que observaba el cadáver del *Napias*. La bala le había atravesado la cabeza y ya se había formado un gran charco de sangre. Su pecho había cesado de respirar y su brazo derecho se retorció debajo de su cuerpo. Aquel hombre estaba muerto. Dios, estaba muerto y lo había matado Ginés a sangre fría. Pensó que quizás ella fuera la siguiente.

Irene no se podía creer aún lo que estaba sucediendo. Cuando era pequeña solía ir a casa de su abuela Antonia casi todas las tardes. Recordaba el olor a limpio, la ropa lustrosa que siempre llevaba y sobre todo recordaba sus refranes. «*El que a hierro mata, a hierro muere*». Así de simple. Y así había ocurrido.

El cuerpo menudo del *Napias* parecía ínfimo allí caído, como el de un muñeco de trapo. Pero no era trapo lo que había atravesado la bala sino la carne de un hombre. Sintió pena por él. A pesar de no haber tenido escrúpulos, nadie merecía morir así. Nadie.

Ginés seguía contemplando el cuerpo inerte. Entonces se volvió y la miró a ella. Tenía la cara cubierta de sangre. Irene sintió un escalofrío cuando su mirada helada, sus ojos rojos y enloquecidos se clavaron en los suyos.

El comportamiento de Ginés en las últimas horas había sido muy extraño. Le hubiera gustado saber qué había ocurrido cuando regresó a su casa. Pero Ginés se había mostrado distante. La había estado utilizando. ¿Y sus tías? ¿Qué había sido de sus amantes tías? Las que lo habían recogido de pequeño, las que lo habían educado y dado todos los caprichos.

Aquel hombre que creía conocer era en realidad un extraño.

Ginés dio un paso hacia ella, serio, sumido en una inmensa tristeza, con la mirada perdida en la locura. Irene observó la pistola que llevaba en la mano. Dios, no se lo podía creer. ¿Pretendería matarla ahora a ella? ¿De verdad había sido todo un engaño? ¿De verdad tan solo la había utilizado?

El olor a humedad y azufre se le hizo más insoportable y le pareció que la cripta comenzaba a desmoronarse a su alrededor. Notó las lágrimas resbalar por sus mejillas. Intentó hablar, suplicar a Ginés que dejara de comportarse de aquella manera, pero no pudo. Sus músculos estaban rígidos, se sintió como una mosca atrapada en una tela de araña. Y en ese momento la araña avanzaba lentamente hacia ella. Notaba los pies anclados en la roca dura. Volteó la cabeza ligeramente hacia las escaleras, observando de soslayo a Ginés. Calculó sus posibilidades.

No sabía muy bien qué estaba haciendo, pero de un impulso se dio la vuelta y corrió hacia las escaleras, subiéndolas de dos en dos. Ginés tardó unos segundos en reaccionar. La miró sorprendido escapando de él, como si no entendiera lo que estaba

sucediendo.

—¡Irene!

Ante el sonido de su voz, Irene aceleró aún más su carrera, esperando recibir en cualquier momento una bala en la espalda. Pero eso no sucedió. Ginés, colocándose el arma al cinto, corrió tras ella. Irene podía oír sus pisadas, su respiración entrecortada, mas no quiso mirar. Se centró en escapar de la cripta lo más rápidamente posible.

En las escaleras oscuras zigzagueaban los gusanos blancos que había visto durante el descenso. Reprimió una arcada. Las fuerzas comenzaban a flaquearle y la respiración se le hacía cada vez más costosa. Las pisadas de Ginés le situaban cada vez más cerca.

—¡Irene! ¡Irene, para! ¡He tenido que hacerlo! —Su voz sonaba entrecortada.

Irene ya no podía escucharlo. Tenía el corazón agarrotado y la mente bloqueada. Solo pensaba en escapar de aquel agujero inmundo.

Alcanzó finalmente la trampilla cuando Ginés estaba tan solo a unos metros. De un salto escapó de la cripta y se abrazó con fuerza, en un intento por recuperar el aliento. Los músculos de su cuerpo se marcaban dolidos y cansados.

—¡Irene!

Ginés no cesaba de gritarle. Reaccionando rápidamente, empujó la pesada piedra que ocultaba la trampilla y con sus escasas fuerzas comenzó a moverla.

—¡No! ¡Irene, no lo hagas! ¡Déjame que te lo explique!

Pero ya era demasiado tarde. La piedra cayó estruendosamente sobre el hueco que durante tantos siglos había ocupado. Oyó accionarse el mecanismo. La puerta había quedado nuevamente sellada.

Allí arrodillada, Irene ya no pudo oír si Ginés la seguía llamando o no. Todos los sonidos quedaron reclusos en la cripta. Y comenzó a llorar. Lloró desconsoladamente cubriéndose la cara con las manos. De su bolso sacó la llave. La miró como si lo hiciera por primera vez, captando todos los detalles de su manufactura. Lo más llamativo era aquel granate fulgurante en el centro de un sol de minuciosos detalles. Un sol tras el que se ocultaban deseos y secretos.

Como si de un espasmo se tratara, agarró su bolso y salió corriendo de aquella sala, atravesando la cripta de la ermita y subiendo las escaleras. Al poco se encontraba de nuevo en la calle.

Cerró la puerta de la Muralla tras de sí y echó a correr como alma que lleva el diablo en dirección a su casa.

Mientras corría sus pensamientos volaban por su mente. Irene dudaba, se sentía mal por todo lo que había sucedido. Aún no se podía creer que aquella historia que debería haber tenido un final feliz, empezando una nueva relación con un hombre interesante, hubiera terminado con tres asesinatos y Ginés encerrado en el templo.

Apretó aún más el paso. Notó las fuerzas flaquear y la falta de aire en sus pulmones, pero no podía dejar de correr. Todos sus miedos e inseguridades la seguían

a gran velocidad y necesitaba correr, tenía que volar sobre el asfalto de la ciudad, para dejarlos atrás.

Llegó exhausta a su casa. Estaba todo oscuro e Irene se escurrió sin encender ninguna luz. Se arrastró a su habitación, se despojó de la ropa y se deslizó dentro de la cama, sudando por la carrera y por los nervios. Su mente no paraba de martirizarla. No era capaz de olvidar todo lo que había sucedido.

Por un momento, intentó creer que Ginés no la había querido matar y que la muerte del *Napias* había sido un accidente. Se imaginó volviendo atrás y sacando a Ginés de aquella lúgubre cripta.

Después se vio cogida del brazo de Miguel, delante del altar.

Su mente voló a una nueva imagen, apretando el botón verde de su teléfono móvil, para llamar a la policía. «¿De qué móvil?» —se preguntó. Y le entraron ganas de reír. Rompió a llorar angustiada, sin saber qué hacer, perdida en sus miedos y sus dudas.

En ese momento no era capaz de tomar una decisión. «Mañana será otro día», pensó por fin. Sí, mañana será un nuevo día, cargado de esperanzas, de sueños, de miedos y desdichas.

Irene lloró acurrucada entre las sábanas, pensando en el sol riguroso de Cartagena, asomando entre los edificios, marcando el inicio de un nuevo día. Quizás a la mañana siguiente todas sus dudas y sus penas quedaran ocultas tras el sol de Cartagena.

Epílogo

Ese día había amanecido lloviendo. Era una lluvia plomiza que embarraba las calles, ensuciando el bajo de los vestidos. Hesperia caminaba despacio entre las casas del poblado, envuelta por el ruido sordo y continuo del agua al caer y el olor fresco de la tierra mojada. Estaba tensa pero intentaba que sus emociones no la desbordaran.

Hacía ya varias lunas que había acudido al templo y había inhalado los vapores. Bailó hasta que cayó desmayada y comenzó a soñar; sueños de colores vivos, de imágenes luminosas, con miles de danzantes. Pero entre tanta maraña, ella, Hesperia, la esposa de Asdrúbal, la elegida, pudo ver cómo los colores vivos y brillantes mudaban en tonos sangrientos. Entonces supo lo que iba a ocurrir y cuando despertó, sabía lo que tenía que hacer: proteger la obra de toda su vida.

Había sido la hija preferida de su padre, Gerión, el gran jefe mastieno, aunque cuando ella nació, él era ya muy mayor. Su madre era una esclava que su padre había comprado en el mercado, y siempre había profesado un odio silencioso hacia él. Parió y crió a la hija más bella, más inteligente y más dulce de toda la prole del viejo para después arrebatársela y entregarla al Dios Aletes. Hesperia no se dio cuenta hasta años después de que ella había sido el instrumento que afiló su madre para hacer todo el daño posible a su padre.

Debía tener cuidado por dónde pisaba, había llovido durante toda la noche y las calles estaban pobladas de enormes charcos. Caminaba todo lo rápido que podía porque necesitaba terminar aquella misión cuanto antes. No sabía exactamente cuándo se iban a precipitar los acontecimientos.

Recordaba perfectamente el día en que su madre anunció a su padre que la niña tenía sueños y que debía ser entregada a Aletes. Su madre la despertó temprano e hicieron una visita al templo. Recordaba a los viejos que custodiaban al Dios, observándola, preguntándose hasta qué punto serían reales sus visiones. No hicieron muchas preguntas, pues los jóvenes sacerdotes o sacerdotisas siempre eran bienvenidos. Hesperia recordaba el olor cargado de la estancia, el refulgir de la plata insertada en las paredes. Sintió miedo y agarró fuerte la mano de su madre mientras concluían el acuerdo de su confinamiento. Por supuesto, su madre no mencionó que el padre de la criatura no tenía conocimiento de lo que pensaban hacer con ella. Después de aquella rápida reunión, su madre asió más fuerte la mano de su hija y se dirigió hacia la casa de su dueño. La mano le dolía pero no pudo desasirse. Se vio arrastrada hacia la estancia en la que se encontraba su padre comiendo. Era ya un anciano, el pelo ralo le caía a mechones sobre la frente y la nuca. Las manchas recorrían toda su piel. Era muy viejo, más viejo de lo que nadie en su tribu soñaría con ser nunca. Hesperia intentó abalanzarse sobre su padre, pero su madre no se lo permitió. «Estate quieta, niña, que tengo que hablar con tu padre

de algo que es importante para ti». Entonces, sin mediar más palabras, se lo dijo. «Tu hija ha sido consagrada al Dios Aletes. A partir de hoy ya no vive en esta casa. A partir de hoy, ya no tienes hija». La cara de satisfacción de su madre y la de contrariedad de su padre se quedaron grabadas a fuego en su mente. «¿Qué dices, bruja? A Aletes se consagra a los elegidos, a los soñadores, a los visionarios, a los pobres desdichados que no tienen dónde caerse muertos». Su padre se desplomó en la silla, destrozado. «¿Ya ha pasado la prueba?». «Sí, tu hija tiene sueños, ve el futuro, lo presiente».

Era cierto que tenía sueños, que veía el futuro. Al menos, eso le había hecho creer su madre. Pero esos sueños siempre venían después de aspirar vapores. Su padre blasfemó, insultó a su madre y le gritó que no se iba a salir con la suya. Parecía a punto de desmayarse. «Bruja, debí matarte después de parir a Hesperia, debí de atravesarte el corazón como a un pollo». Las palabras parecían no salir de su boca, ya no tenía fuerzas. Pero el peor momento estaba por llegar. Su padre sacó fuerzas de flaqueza y se dirigió a Hesperia. Se arrodilló con mucho esfuerzo para situarse a la altura de su hija y, con voz temblorosa, le preguntó si realmente tenía sueños. Los ojos suplicantes de su padre se clavaron en ella en el mismo instante que notaba las uñas de su madre hundirse en su tierna mano. Dudó, mas no podía mentir a su padre. «Sí, sueño, sueño mucho». Se echó a llorar al mismo tiempo que su padre se levantaba herido de muerte en lo más profundo de su alma. A partir de ese momento, Hesperia ya no tuvo padre ni madre, solo le quedaba de ellos el odio que cada uno le dedicaba, por una razón diferente.

Empezó a dolerle la cabeza, pero no aminoró el paso y apretó más fuerte lo que portaba en la mano. El dolor de cabeza se perdió de momento, concentrándose en una punzada eléctrica que le recorría todo el brazo.

A partir de ese momento comenzó una nueva vida para ella. Fue llevada al templo de Aletes. Ni su padre ni su madre la acompañaron. Gracias a los sacerdotes aprendió a interpretar mejor sus sueños. Llevaba una vida dura de rezos y poca comida, que la ayudaban a mejorar su talento. Los castigos eran continuos al principio. Tuvo que dejar de jugar a pesar de que había otros niños. A veces conseguía salir del templo cuando había que bendecir alguna nueva mina encontrada o cuando se hacían ceremonias para el pueblo en la explanada, delante del templo.

Constantemente se acercaban personas al templo para donar riquezas y pedir favores. Hesperia vivía con la esperanza de que entre aquella multitud se asomaran sus padres para recogerla, sabía que había sido mala pero esperaba que el castigo fuera ya suficiente. Sus padres no volvieron y fue en el momento en que se dio cuenta de que sus deseos no se iban a cumplir cuando comenzó a dar lo mejor de sí misma al Dios. Para ella el mundo de fuera dejó de tener importancia y fue su maestro

Nasibur quien se convirtió en su nuevo padre. Él supervisaba todas las actividades que debía realizar cada día, le aconsejaba cuando estaba desorientada y le enseñaba todo cuanto necesitaba saber.

Había dejado de llover y el chapoteo de sus pies en el suelo era el único sonido que llegaba a sus oídos, pero sus sentidos estaban concentrados en su puño derecho. Pronto alcanzó el barrio de los artesanos, donde ella nunca había estado. Hasta ese momento todo cuanto hubo necesitado se lo había procurado su maestro, su marido o sus sirvientes. Gran parte de los abalorios que poseía procedían de artesanos que se encontraban a miles de kilómetros a través del mar, como los que llevaba en la mano. Sin embargo, tenía una idea bastante clara de por dónde tenía que ir: se había informado muy bien de quién era y dónde vivía el mejor artesano de la ciudad.

El templo en aquella época tenía mucho poder. Influyó en todas las decisiones políticas que se tomaban. Su maestro formaba parte del Consejo de Ancianos y veía con frecuencia a su padre, pero no le dijo que este hubiera preguntado por ella en ningún momento. Las reuniones eran cada vez más continuas, había determinados sectores que querían ampliar sus fronteras, unir más territorios y ganar riquezas, a lo que su padre se oponía rotundamente. Empezaron a surgir rumores sobre un posible complot para derrocarlo, aunque eso nunca ocurrió. Para que eso sucediera, tuvo que venir un pueblo extranjero a colonizar aquellos lares por los que nadie se había interesado hasta entonces.

Vinieron tiempos de mucho ajeteo. Los sacerdotes apenas rezaban, esas tareas las dejaban para los jóvenes y para las mujeres. Ella comenzó a acaparar nuevas responsabilidades, como administrar los bienes del orfanato del templo. Esta nueva tarea le agradaba a pesar de los quebraderos de cabeza. Por una vez se sentía útil y reconocida.

Una noche, su maestro le ordenó que acudiera al claustro del templo para hablar con ella. Cuando llegó, ocupaba el fondo de la estancia y parecía diez años mayor. Su espalda estaba arqueada y sus ojos tristes y cansados. Hesperia tenía afilados todos sus sentidos porque sabía que su maestro tenía algo que decirle de vital importancia, aunque nunca habría podido imaginar lo que era. «Hija, sé que eres una mujer inteligente y fuerte, así que voy a ser directo». Hesperia abrió más los ojos y apretó los labios dispuesta a escuchar con la máxima atención. «Hace muchos años ya que empezamos a oír hablar de las gentes de Qart-Hadath, un pueblo mediterráneo del norte de África, un pueblo con muchas ansias de conquista. Nunca pudimos imaginar que querrían establecerse en nuestro territorio». Hesperia no sabía qué pensar, la guerra era algo que conocía de oídas pero que nunca había vivido. Su pueblo siempre había sido tranquilo, dispuesto a comerciar y compartir. Su maestro prosiguió. «Hemos mantenido un primer contacto con ellos». En ese punto dudó por un momento. «Bueno, necesitamos una solución pacífica a este conflicto

que impida que nuestro pueblo y, sobre todo, este templo, desaparezcan». Hesperia sabía que para su maestro lo más importante del mundo era el templo. Se había criado en él desde que nació, al templo se lo debía todo, al igual que ella. «Hemos firmado un acuerdo por el cual tú, hija de Gerión, vas a ser la esposa de Asdrúbal, jefe del ejército extranjero». De repente se sintió como si la volvieran a abandonar. Las palabras de su maestro retumbaban en su mente y sintió que, de nuevo, le habían fallado. Todos sus sueños no habían servido para predecir este instante. Su maestro captó el desasosiego de la discípula pero continuó. «No podemos comenzar una guerra, es imposible ganarla. Es la mejor alternativa, eres hija de Gerión, gracias a ti podemos apaciguar y controlar al extranjero. Hemos llegado a un acuerdo con los cartagineses, por el cual les permitiremos asentarse en nuestra ciudad, dándoles a ellos el poder político y militar. Sin embargo, tendrán que respetar nuestra cultura, creencias y forma de vida. Y... lo siento, Hesperia, pero tú eres el sello de este pacto».

Cuando era pequeña y descubrió que sus padres no iban a volver, deseó para ellos la muerte más horrible. Con el tiempo, estos sentimientos de odio y desprecio quedaron acallados. Sin embargo, ahora volvió a resurgir en su interior el deseo de venganza. «¿Cómo había sido su padre capaz de sellar aquel pacto?». Su madre había muerto unos meses atrás y cuando pensaba en ello se sentía triste y alegre al mismo tiempo. Estaba tan acostumbrada a tener sentimientos contradictorios que sabía que el amor y el odio, la compasión y la venganza, la culpabilidad y la satisfacción iban siempre juntos.

Su maestro tomó su mano con suavidad y, con ojos cansados, la miró. Ella asumiría el papel que el destino le daba.

Concentraba su nerviosismo en el puño y mantenía la calma que se esperaba de su persona. ¿Serviría de algo lo que hacía? Llevaba gran parte de su vida dedicada a una cosa y protegerla dependía de un artesano que tenía fama de hábil y discreto, y de borracho y mujeriego, incapaz de criar a sus propios hijos, a los cuales siempre abandonaba junto con sus madres. El muchacho huérfano era el único que soportaba su mal humor, sus patadas y gritos, y el único que comprendía sus lamentos y sus indicaciones. Y solo él respondía a sus ruegos y le secaba la frente y la besaba cuando venía demasiado bebido y febril.

El día de su boda volvió a ver a su padre después de tantos años. Lo vio a lo lejos. Apenas se movía, parecía una vieja momia arrancada de su tumba. Ella, sin embargo, estaba radiante. Su pelo era negro como el carbón, sus ojos profundos y su forma de caminar grácil. El novio tenía un aspecto temible y no abandonó su uniforme, que incluía el yelmo y la espada, durante toda la ceremonia. Parecía halagado ante el regalo que el pueblo le hacía. Para él no era su primera boda. Su otra esposa estaba a muchos kilómetros de allí, aguardando su regreso.

Se encontraba aturdida entre tanta gente. Su esposo hablaba un idioma extraño y de mala manera se entendían. Todo el mundo parecía contento a su alrededor, a todos parecía beneficiar aquel pacto. La boda fue una ofrenda, un regalo, un trueque para mantener las cosas en su sitio. Entre aquella vorágine, entre algarabía y fiesta, en ella creció un sentimiento de temor y de rabia. Estaba dispuesta a asumir lo que el destino quisiera ofrecerle pero pensó que quizás el destino pudiera ser persuadido. Una vez que la boda se hubo celebrado, Asdrúbal, sin perder la sonrisa, cogió su mano y depositó en ella dos magníficos pendientes de oro. Eran delicados y hermosos. Con serenidad se engalanó las orejas. El pacto estaba sellado.

Llamó a la puerta del artesano y al rato apareció un muchacho flaco, con ojos enormes y pelo tieso. Sin embargo, su voz sonaba como la de un adulto, fuerte y profunda, una voz maravillosa.

—¿Qué queréis? —Sus modales, en cambio, eran rudos.

—Soy Hesperia, la sacerdotisa, y quiero ver a tu amo.

—Está descansando.

—En todo caso, estará durmiendo la borrachera, así que despiértalo.

El joven se marchó a buscar a su maestro cerrándole la puerta en las narices. Ella sonrió.

Desde el principio tuvo claro que no iba a renunciar a nada de lo que consideraba suyo por haberse casado con Asdrúbal. Él no aprendió a hablar bien su lengua, pero ella, en poco tiempo, dominó perfectamente el púnico. Siguió con sus cultos en el templo pero, gracias a sus sueños y a su inteligencia, cada vez tomaba más partido en las campañas militares y políticas. Él aceptaba su ayuda solo en determinadas ocasiones, no quería que su mujer formara parte activa del gobierno. Se produjeron numerosas disputas entre ellos y él, cansado de su fuerte carácter, procuró apartarla de su lecho. Sin embargo, ella ya estaba embarazada.

Por aquella época, su maestro enfermó y ella se trasladó al templo. Se dedicó día y noche a cuidarle. Su maestro ya hacía tiempo que no hablaba, solo miraba con ojos fijos el techo de piedra. Lo trasladaron, por indicaciones suyas, a los pies de la figura de Aletes, esperando que el Dios obrara algún milagro. Ella no dormía ni de día ni de noche. Se pasaba los días aplicando compresas calientes sobre la frente de su maestro y lavando su cuerpo con plantas aromáticas. Al cabo de un tiempo, murió. Ella se quedó aún unos días más en el templo, sintiendo un vacío oscuro y denso dentro de sí, a pesar de que su hijo seguía creciendo poco a poco en sus entrañas. Después decidió volver al lado de su esposo.

No se sorprendió mucho cuando encontró que otra mujer, una cortesana llamada Siroa, ocupaba ahora el tálamo conyugal. Escogió otra habitación y trasladó allí todas sus cosas. En esa habitación, la noche en que nació su hijo, soñó con la muerte de su marido. No había necesitado aspirar vapores, los dolores del parto habían sido

tan intensos que su mente viajó muy lejos, al mundo de los dioses. Allí vio cómo un íbero mataba a Asdrúbal. La gente diría que había sido una venganza, y así sería sin duda. Ella, Hesperia, habría pagado a ese hombre para vengarse por lo mucho que había sufrido.

Tardó dos días en darse cuenta de que su hijo había nacido. Una matrona lo amamantaba por ella. Cuando por fin despertó y lo cogió entre sus brazos una sensación de amor verdadero embargó todo su cuerpo. Era su pequeño, la cosa más bonita que jamás había visto. Su corazón se abrió como una flor en primavera y en ese momento se arrepintió de haber soñado con la muerte de Asdrúbal. Mas sabía que los sueños siempre se cumplían. Ya no había nada que hacer.

El artesano apareció con aspecto soñoliento y olor a alcohol barato. Su barriga era prominente pero sus brazos y sus piernas estaban flacos.

—Oh, qué honor, pero la puerta se la llevaron ayer los sacerdotes, todo está listo.

—Ya. Y te pagaron, supongo, porque si no, no echarías esa peste a alcohol.

El artesano pareció herido y Hesperia lamentó haber sido tan dura con él.

—Ya me han dicho que la puerta es magnífica; ahora necesitamos que termines la llave.

Entonces le mostró dos pendientes, de talla fina, de oro, los dos iguales, los dos importados de oriente. Y le pidió que modificara uno de ellos, de manera que el cambio no se apreciase.

—Y si dices algo de esto, artesano, soñaré con tu muerte. Quiero que comiences ahora, yo me quedaré aquí hasta que termines.

El artesano se mostró contrariado pero lo que iban a pagarle merecía la pena, así que dio órdenes a su aprendiz para que preparara los utensilios.

Cuando Asdrúbal murió y Aníbal subió al poder, las cosas fueron mucho peor. Su marido había mantenido una política pacífica, preocupándose por el pueblo y respetando la tregua pactada con los romanos. Aníbal tenía sed de conquista. Tras dos años de pequeñas campañas victoriosas, cuando consiguió que sus hombres confiaran plenamente en él, se dirigió hacia Sagunto, enclave romano que había sido respetado en el pacto del Ebro. Tras un asedio de ocho meses la ciudad quedó arruinada y Aníbal regresó victorioso, portando abundantes tesoros.

Mientras tanto, Hesperia había conseguido poco a poco tener una gran influencia en el templo. La noche en que Aníbal se dirigía hacia Cádiz para cumplir con los votos hechos a Hércules, Aletes le revelaba a ella cuál iba a ser el futuro de su pueblo. Pronosticó el largo viaje de Aníbal, las violentas batallas que lo llevarían hasta Roma, los cortes de suministros que lo dejarían en la estacada, el asedio de los romanos a su ciudad (Mastia, ahora conocida como Qart-Hadath) y, por fin, su conquista y saqueo.

El sacerdote escuchó lo que Hesperia le contaba y tuvo que acceder a sus

peticiones. Con el tiempo, fueron trasladando todas las riquezas del templo a la cripta donde se hallaba la estatua de Aletes y la tumba de su maestro. Todo se había realizado en plata durante siglos, algunas obras eran recientes y de artesanos locales. Se comenzó la manufactura de la puerta que habría de sellar la cripta, pero faltaba la llave que la abriera.

Entraron en una sala con una ventana, al lado de la cual se emplazaba una mesa de trabajo. Lentamente, el artesano fue encendiendo un sinfín de velas y todo se inundó de luz. Colocó los dos pendientes encima de la mesa y se sentó. Pasó largo rato contemplando las pequeñas campánulas, el ánfora y el sol que rodeaba el granate. Hesperia se sentó cerca de él y se limitó a esperar. Al poco, vio cómo cortaba las cadenas de las que colgaban el ánfora y las campánulas y las introducía en un pequeño crisol. Quitó también el gancho para la oreja y algunos dientes seleccionados del disco. Lentamente se fue fundiendo el oro. Comenzó entonces a echar estaño en el crisol y Hesperia se sorprendió al ver que se fundía de inmediato. Cuando el artesano consideró que la mezcla era suficiente, cogió una aguja larga y sobre su mesa de trabajo fue dejando caer gotas de la nueva aleación de oro con estaño, mientras con la aguja conformaba la cadena. Era una tarea laboriosa que llevaría bastante tiempo, pero Hesperia tenía paciencia. Por fin concluyó las cadenas de las que colgaban las campánulas y continuó con el *anforita* central y el gancho para la oreja. Por último rehízo los dientes que había cortado del disco.

Al final, los dos pendientes parecían idénticos. Habían pasado casi doce horas cuando todo el proceso finalizó. La llave estaba lista. Hesperia fue seca con el artesano dándole las gracias, pero en el fondo estaba encantada con la obra que había llevado a cabo.

Con su tesoro escondido en uno de los pliegues del vestido volvió al palacio. Allí recogió a su hijo, que ya daba sus primeros pasos, y se dirigió al templo. Comprobó que todo estaba listo. La puerta ya había sido situada en su lugar y los mecanismos perfectamente ajustados. La lava incandescente había sido canalizada hasta la compuerta que le permitiría entrar en el interior de la puerta cuando el pendiente fuera colocado en la cerradura. Ahora ya, ni los propios sacerdotes podían entrar en la cripta donde se almacenaban todos los tesoros.

A las pocas semanas, Aníbal la llamó para hablar con ella. Se presentó allí cogiendo la mano de su hijo, como años antes había aparecido su propia madre con ella para llevar a cabo la venganza contra su padre. Aníbal fue directo y le dijo que necesitaba las riquezas del templo para poder costearse la campaña contra Roma.

—Lo siento mucho, mi señor, pero estabas tan atento a tus campañas que no te has dado cuenta de las penurias que se pasaban en el templo. El número de huérfanos ha aumentado y gracias a las guerras, la escasez económica del templo y de todo el pueblo ha sido grande. Han tenido que comerciar con las propias riquezas del Dios para poder subsistir, así que no hay nada ya que puedas llevarte. Sin embargo, para

que veas que estoy dispuesta a ayudarte, te daré todas las joyas que yo poseo, a excepción, claro, de los pendientes que mi marido Asdrúbal me regaló el día de nuestra boda.

Aníbal parecía contrariado. No se fiaba en absoluto de Hesperia, sin embargo, no quería enfrentarse a ella. La acompañó a su habitación, donde ella le entregó todo cuanto de valor poseía. Aunque no sería ninguna ayuda, él pareció satisfecho con el botín. Aquella bruja no le caía bien y desde que subió al poder había deseado quitarla del medio, pero era muy apreciada entre los indígenas y sabía que solo le habría traído más problemas.

Mientras Aníbal salía de sus aposentos ella le dijo:

—He soñado con tu viaje.

—¿Y bien?

—Solo te puedo decir que Roma estará a tus pies.

Aníbal sonrió y comenzó a andar. En la vida militar había que tomar muchas decisiones. Aquella bruja no tenía ni idea de esos temas y le molestaba que se permitiera el lujo de darle consejos.

Cuando años más tarde Aníbal se encontraba a las puertas de Roma, las palabras de Hesperia se habían borrado por completo de su mente. Su ejército se encontraba muy reducido y Roma era una ciudad bien defendida. Hesperia había soñado con ese momento. Ella sabía que si Aníbal hubiera atacado la ciudad, esta habría caído rendida bajo sus pies, pero también sabía cuál sería su decisión. Aníbal esperaba refuerzos para realizar el ataque, refuerzos que nunca llegarían, y esa sería su perdición.

Tiempo después, cuando Aníbal ya era anciano y se encontraba rodeado por los romanos, solo le quedaba una salida: el suicidio. Mientras se quitaba el anillo de la mano y extraía el veneno que acabaría con su vida pronunciaba estas palabras: «Libremos a Roma de sus inquietudes, ya que no sabe esperar la muerte de un anciano».

Una vez que el veneno inició su efecto su mente voló al reino de los dioses y mientras aún era consciente tuvo un sueño. Se vio a las puertas de Roma, ordenando a sus hombres (en contra de sus consejeros) lanzarse a la conquista de la ciudad. Se vio como nuevo emperador de todas las tierras del Mediterráneo. Y vio entonces a Hesperia riendo, diciéndole con la mirada: «Te lo dije y no me hiciste caso». Aníbal la odió con todas sus fuerzas, se abalanzó sobre ella y le partió el cuello. Sintió una paz muy intensa, mientras su mente se desconectaba y descansaba para siempre.

A muchos kilómetros de allí, Hesperia yacía en el lecho de muerte en ese momento, anciana y enferma. Su hijo se encontraba a los pies de la cama, junto con su mujer. Sacó un pequeño paquete envuelto en seda y cuero y se lo puso en las manos a su hijo. Este lo abrió y observó encantado los pendientes de oro que había

dentro.

—Son los pendientes que tu padre me regaló el día de la boda. Quiero que los guardéis y los paséis de generación en generación, ¿me oyes? De generación en generación. Siempre deben quedar en nuestra familia. No son solo unos pendientes. Uno de ellos es la llave que abre la puerta del templo de *Aletes*. Habrá muchas guerras y nuestra familia se verá envuelta en una época oscura en la que nuestro Dios caerá en el olvido. Y tan solo cuando uno de nuestros descendientes vuelva a pronunciar el nombre de *Aletes*, se abrirán de nuevo las puertas del templo, devolviendo sus riquezas a la luz. Guárdalos, hijo mío, como el tesoro más valioso que jamás hayas poseído.

—No te preocupes, madre. Así lo haré.

Hesperia cerró los ojos y en ese momento sintió una presión muy fuerte en el cuello. De pronto no podía respirar. Era como si alguien la estuviera estrangulando con todas sus fuerzas. Abrió los ojos de par en par y estiró los brazos pidiendo ayuda. Su hijo le apretó la mano y se la besó con ternura. Mientras la vida abandonaba su cuerpo Hesperia se sintió en paz. Había cumplido con creces su misión más importante: el templo de *Aletes* se encontraba a salvo.

Capítulo final

Irene sollozaba en silencio, acurrucada en la cama, raptada por su propia mente a un universo gobernado por dudas y temores. ¿Qué podía hacer? ¿Qué debía hacer?

Alguien llamó suavemente a la puerta de su habitación y entró sin esperar respuesta. Era Elisa y se mostraba un poco nerviosa.

—Irene, perdona que te moleste, pero últimamente no duermo muy bien y te he oído llegar.

Irene se enjugó las lágrimas con disimulo y se incorporó en la cama con las manos todavía temblorosas.

—¿Estás bien, Irene?

—No, creo que no.

—Yo tampoco.

Se observaron la una a la otra, en un momento en el que parecían más hermanas que nunca, luciendo ambas el pelo alborotado y ojeras profundas bajo unos ojos cansados y tristes.

—A veces la conciencia no te deja dormir —explicó Elisa.

—¿Estás preocupada por el aborto? —Irene acarició con ternura el pelo de su hermana pequeña.

—Sí, claro.

La habitación se hallaba en penumbra, apenas iluminada por el destello de las farolas que se escurría a través de las rendijas de la persiana. La decoración se intuía fuera de lugar y las estanterías medio vacías evidenciaban aún los estragos del robo.

—Siempre me preocupará ese aborto.

Irene intuyó que su hermana le ocultaba algo.

—Vamos, no estés triste —apretó cariñosamente la mano de Elisa—, al final todo se acaba solucionando. Con el tiempo, todas las heridas terminan por cicatrizar.

«O por matarte», pensó Irene, pero no lo dijo.

—A ti también te pasa algo.

Irene le soltó la mano y se subió un poco la sábana.

—Sí, tienes razón. Esta noche no ha sido lo que yo esperaba.

—Ya, has roto con Miguel, ¿verdad?

—Bueno, ojalá fuera eso.

De repente, Elisa comenzó a llorar silenciosamente. Permanecía quieta como si todo a su alrededor careciera de importancia, hasta su propio cuerpo. Solo sentía dolor, todos sus sentidos estaban orientados hacia ese dolor. Irene se asustó al ver a su hermana así pero no sabía qué hacer. Sin embargo, fue su hermana la que rompió a hablar en un sollozo.

—Yo venía de casa de mi amiga Lola, esa chica que conozco desde el instituto, la que hace *yogur de kéfir* y toma infusiones de hierbas a todas horas. —Elisa mostraba una sonrisa triste, de resignación—. Su madre está desesperada con ella, ¿sabes?

Porque dice que está loca, pero a mí me hace mucha gracia. —Se quedó callada, con la mirada perdida. Cuando comenzó a hablar de nuevo, lo hizo más despacio y con la voz rota. Irene estaba nerviosa, sentía que aquellas palabras surgían del dolor—. Aquella tarde habíamos estado comparando los apuntes de la asignatura de psicología social, que nos ha quedado a las dos para septiembre. La verdad es que esa tarde estudiamos poco. A Lola le gustaba un chico que había conocido la semana anterior y se pasó todo el tiempo hablándome de él. Cuando por fin conseguimos terminar, su madre nos preparó algo de cenar y nos entretuvimos charlando un rato. Recuerdo que su madre estaba muy enfadada con ella porque había suspendido un montón de asignaturas y no dejaba de decirnos que teníamos que estudiar mucho, que con una carrera universitaria se pueden hacer muchas cosas. En fin, no paró de darnos la lata. Después cogí mis cosas y me despedí. Como era ya un poco tarde, su madre se ofreció para llevarme a casa, pero yo me negué, no quería que se molestara sacando el coche y todo eso. Todavía se veía gente por la calle y fui dando un paseo. Entonces apareció un tipo raro, un mendigo vestido de militar. Pensé en cambiar de acera porque tuve un mal presentimiento. Pero no lo hice. —Elisa tomó aire mientras las lágrimas resbalaban por cara, pesadas como bolas de plomo, cargadas con el dolor que había soportado durante mucho tiempo—. Aquel hombre se paró en medio de la acera hasta que llegué a su lado. Entonces, con un movimiento rápido sacó un cuchillo de la bota y me lo puso en el cuello. Mostraba los ojos enrojecidos, furiosos, y apestaba a alcohol. Se me pusieron los pelos de punta, pensé que aquello era un mal sueño, que no me podía estar sucediendo a mí. —Hizo una nueva pausa; Irene estaba horrorizada—. Al principio, pensé que quería robarme, pero aquellas manos sucias comenzaron a tocarme. —Elisa tuvo un escalofrío—. Era horrible, Irene, horrible. Me arrastró hacia un descampado y me dijo que si gritaba me mataría. Me tiró al suelo, pero no me golpeó. Yo me quedé quieta; estaba tan asustada que al principio no reaccioné. Era superior a mí, no podía soportar su tacto, ni su aliento; sentí ganas de vomitar. —Elisa lloraba y su voz surgía entrecortada.

Irene apartó la sábana y se sentó en la orilla de la cama, al lado de su hermana. Se sintió culpable por no haber estado más atenta, por haber interpretado su comportamiento como el de una niña mimada, sin alcanzar a ver el dolor que ocultaba.

—No podía soportarlo, Irene, no podía. Así es que intenté resistirme. Entonces, aquella alimaña me abofeteó y me golpeó en el pecho. Nunca he sentido un dolor tan intenso. Aquel hombre era menudo pero tenía mucha fuerza. —Irene comenzó a llorar también y abrazó a su hermana, mientras esta continuaba relatando, desconsolada, lo que le había sucedido—. Sabía que no podía quitármelo de encima, así que empecé a decirle que tenía el sida y que se lo iba a contagiar. Aquella bestia no hizo caso, estaba fuera de sí. —Irene apretó con fuerza el cuerpo delgado y tembloroso de su hermana. Aún no se podía creer lo que estaba escuchando—. Todo lo que yo pudiera decirle no le afectaba, creo que ni lo oía. Cuando ya vi que nada

podía hacer, solo quería que aquello terminara cuanto antes. Me bajó los pantalones y sentí un dolor intenso. Recuerdo ese dolor y el aliento asqueroso. Pensé que cuando terminara me mataría. Así que me quedé quieta hasta que él se dio por satisfecho. Creía que iba a morir, pensé en las personas a las que quería, pensé en ti, en papá, en mamá. Pensé en que ya no podría deciros todo lo que os quiero. Entonces la alimaña se incorporó y me dijo que él sabía que me había gustado. Sentí más asco del que ya había sentido y me cubrí rápidamente. Después se quedó mirando al cielo, satisfecho, y se marchó.

—No me lo puedo creer, Elisa. Lo siento mucho, de verdad que lo siento. Eres una chica muy fuerte, cien mil veces más fuerte que yo.

Se balancearon en la cama, abrazadas, como dos niñas atemorizadas ante el mundo.

—Las circunstancias nos hacen fuertes, Irene. Tú eres más fuerte de lo que piensas.

De pronto a Irene le dio un vuelco el corazón.

—Ese hombre, ¿no tendría la nariz aguileña?

Elisa la miró extrañada, sin comprender.

—Sí, una enorme nariz aguileña.

Irene se sintió asqueada y abrazó con fuerza a su hermana.

—Estoy viviendo un infierno desde entonces, Irene. Cuando me abandonó allí, en el descampado, no supe qué hacer. Estuve un rato sentada y me recompuse las ropas. No quería ir a la policía. No me sentía preparada para contarle a nadie lo que me había ocurrido. Solo quería olvidarlo. Llegué a casa tarde, cuando ya estabais todos acostados, porque no quería que me vierais. Me sentía sucia, me daba vergüenza que pudierais pensar que la culpa fuera mía, porque en el fondo, yo me sentía culpable. Era yo la que llevaba los pantalones bajos y la camiseta de tirantes, la que se había pintado. No quería que pensarais que era una cualquiera. No se lo dije a nadie, Irene, a nadie. Ni a mi novio. Te puedes imaginar lo poco que duré con él. El pobre Felipe. Él sospechaba que le ocultaba algo y razón no le faltaba. Al final me dejó porque no quería hacer el amor con él. —Elisa miró a su hermana—. No quería, no podía, no estaba preparada. Intenté engañarme a mí misma pensando que aquello no había ocurrido, que había sido todo fruto de mi imaginación, hice grandes esfuerzos por olvidarlo. Entonces la regla comenzó a retrasarse. No podía creerlo, pero me hice las pruebas: estaba embarazada de aquel pordiosero, de aquella alimaña. Y sentí como si en mis entrañas se estuviera gestando un tumor, en vez de un hijo. No podía soportar la idea de que una parte de aquel ser estuviera dentro de mí. No podía dejar que aquel niño naciera, no podía, sería como si toda mi vida hubiera alguien recordándome aquel momento. Eres la primera persona a la que se lo cuento, porque tengo la sensación de que ya no puedo yo sola con todo esto, no puedo más. Me siento muy cansada.

Irene abrazó a su hermana con ternura, como si se tratara de una niña pequeña. La

meció entre sus brazos y le acarició el pelo, aquel hermoso pelo rizado.

—Oh, mi niña. —Irene levantó la cabeza de Elisa con cuidado y continuó sollozando—. ¿Sabes? El hombre que te hizo eso está muerto. —Su hermana la miró sin comprender, con los ojos enrojecidos—. Sí, no te engañó. Esta noche han pasado muchas cosas, demasiadas. Ha sido un día muy intenso y creo que todavía no ha terminado.

Elisa se incorporó, su cara mostraba una mezcla de miedo y perplejidad.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy metida en un lío, en un enorme lío.

Irene comenzó a explicarle a su hermana todo lo que había sucedido: la desaparición de Luis, el cenicero que le regaló, cómo conoció a Ginés, el robo del pendiente en el Museo Arqueológico, los descubrimientos que hizo con Ginés, la visita a la Muralla Púnica, las muertes del Escombro y su secuaz, la muerte del *Napias* y el momento en el que cerró la puerta de la cripta dejando a Ginés sepultado. Una vez que concluyó se sintió desnuda y vacía. Su hermana no dejaba de mirarla fijamente.

—Dios Santo, Irene, eso es terrible.

—Estoy en un buen aprieto, ¿verdad?

—Pero no puedes quedarte de brazos cruzados, hay un hombre encerrado que también va a morir. Y ya han muerto demasiadas personas.

—No puedo abrir esa cripta, no puedo. Me matará.

—¿Cómo sabes que quería matarte? Yo creo que te asustaste, como te asustas siempre que las cosas no van como tú esperas. Yo te quiero mucho, Irene, pero siempre te has portado como una cobarde.

Irene continuaba paseando nerviosamente por la habitación con la mirada fija en el suelo.

—Tengo miedo, estoy asustada.

—Claro que lo estás. —Elisa se levantó y tomó a su hermana por los hombros—. Porque ahora tienes que empezar a ser tú. Basta ya de ocultarte tras la imagen que los demás quieren de ti. Ahora tienes que empezar a ser tú misma y si tienes que cortar con todo, debes hacerlo. —Elisa se detuvo un momento y pronunció con cuidado las siguientes palabras—. ¿Quieres a Miguel?

Irene no esperaba aquella pregunta y contestó tras un silencio.

—No lo sé.

—Eso no es una respuesta. —Repuso Elisa con tono duro—. Tienes que elegir, Irene, tienes que tomar las decisiones que creas que son buenas para ti, aunque eso suponga equivocarte. ¿No te das cuenta? Tienes que aprender a ser tú misma, a liberarte de todas las barreras que ahora te están sujetando. Deberías ser capaz de vivir sola, de asumir la soledad que todos tenemos dentro. Todos nos hallamos solos en el fondo, no podemos cubrir ese sentimiento, hay que afrontarlo y asumirlo. Y sobre esa ausencia se construyen muchas cosas, se construye uno mismo. —Elisa se

desplomó en la cama, cansada—. Yo lo he tenido más fácil, hermanita, porque soy la hija pequeña. Y a las pequeñas se nos hace menos caso, sobre todo si la mayor es el reflejo de todas las expectativas paternas.

Entre ambas surgió un silencio denso. Irene daba la espalda a su hermana, amparada por la penumbra de la habitación.

—Me duele lo que me has dicho, Elisa.

—Lo sé y lo siento. Pero creo que debía decírtelo. Tú me has ayudado mucho, Irene, más de lo que te imaginas. Y creo que ahora debo devolverte el favor, aún a pesar de que llegues a odiarme.

Elisa se levantó y abrazó por detrás a su hermana, que atisbaba el exterior a través de las rendijas de la persiana.

—Esa cripta oculta muchas de las cosas a las que te tienes que enfrentar.

Irene se dio la vuelta, despacio. Sus ojos volvían a mostrarse húmedos, era buena señal que todavía le quedasen lágrimas. Abrazó fuerte a su hermana y la besó en la mejilla.

—Te quiero, Elisa.

Permanecieron un rato abrazadas.

—No me esperes despierta.

Irene agarró su bolso y salió de la habitación. En el pasillo se encontró a su padre que se había levantado medio dormido e iba en dirección al baño.

—¿Qué pasa, Irene?

—Nada, papá, duerme tranquilo, tengo cosas que hacer.

—Pero, nena, son las cuatro y media de la mañana.

—Sí, papá, lo sé. —Y se marchó, sin dar oportunidad a su padre de contestarle.

Bajó al garaje para coger su moto. Acarició su carrocería como si se tratara de un caballo.

—Vamos, *Chiqui*, hoy no me puedes fallar.

Las calles estaban completamente desiertas, a excepción de algún camión de basura que hacía su recorrido habitual. Cartagena parecía una ciudad distinta, la bestia dormía.

Cuando llegó a la plaza Bastarreche, para girar en dirección a San Diego, donde estaba la Muralla Púnica, el pulso se le aceleró, pensando que la policía habría llegado antes que ella. El enorme Mercedes continuaba aparcado en la acera y el bar del hotel hacía un buen rato que había cerrado sus puertas. Si no fuera por el coche, habría llegado a pensar que todo había sido fruto de su imaginación.

Aparcó la moto y ascendió rápidamente las escaleras del museo. Sentía el corazón a punto de estallar. Atravesó la cripta de la ermita y ganó las escaleras hasta la entrada del templo, donde se encontraba Ginés. Al lado de la entrada, yacían aún los cadáveres del Escombros y su guardaespaldas. Parecían dos muñecos de cera, y sintió miedo.

Irene cogió la llave, que había sido el pendiente, y a punto estuvo de caérsele de

las manos cuando intentó, nerviosa, meterla en la cerradura. Despacio, giró el disco dentado hasta que oyó el mecanismo y el suelo se levantó. Con gran esfuerzo subió la enorme y pesada piedra. Dentro todo era oscuridad. Estuvo a punto de desmayarse, pensando en que Ginés tal vez habría muerto ya. Inició el descenso de las resbaladizas escaleras con la única luz de su raquílica linterna publicitaria. Débilmente comenzó a llamar a Ginés. Pero solo oía el eco de su voz y el sonido de sus pisadas. El corazón se le encogió con un miedo atroz.

Alcanzó la gran sala del templo de *Aletes*, iluminada por los ríos de lava y un par de antorchas. Irene estaba muy nerviosa, creía que el corazón se le iba a escapar por la boca. Movi6 la cabeza r6pidamente buscando a Ginés y lo encontr6. Observ6 su cuerpo lacio, sobre el altar de *Aletes*, con el brazo derecho colgando hacia atr6s y la pistola en el suelo. Había llegado tarde. Ginés estaba muerto. Corri6 hacia 6l gritando y llorando desconsolada.

—Irene, ¿eres tú?

Irene sintió su corazón revivir como si le hubieran aplicado un electroshock.

—¡Ginés! Estás vivo. Ginés. Te quiero. —Saltó sobre 6l y comenzó a besarlo como una posesa.

—Pensaba que me ibas a dejar aquí. —Repuso 6l, dolido.

—Lo siento, soy una cobarde, me asusté.

Ginés tom6 a Irene por los hombros y la mir6 fijamente a los ojos.

—Nunca te haría daño, ¿me entiendes?

—SÍ, pero me asusté cuando mataste a ese hombre.

Irene se gir6 hacia el cuerpo caído del *Napias*. Ginés la soltó y evit6 mirar, parecía tan cansado.

—Lo siento. Eso no debería haber ocurrido, yo no soy un asesino. Pero sacó un cuchillo, Irene, tú no podías verlo porque estabas a mi espalda. Si no hubiera disparado me habría matado 6l a mí.

—Siento haberme marchado, Ginés. Estabas muy raro, muy distante. Me dabas miedo. ¿Qué sucedió cuando volviste a tu casa?

Ginés la mir6 con intensidad, los ojos tristes y furiosos a la vez.

—Está bien, ¿quieres saber la historia? Pues te la contaré.

Irene lo miraba desconcertada.

—Todo comenzó hace muchos siglos, cuando esta ciudad no era más que un poblado, pero eso sí, contaba con unas maravillosas minas de plata y con un Dios que las custodiaba: *Aletes*. Y alguien tuvo la feliz idea de evitar que el templo y las ofrendas, aquellos tesoros del Dios, llegaran a manos paganas. Cuando los romanos conquistaron por fin Cartagena, el tesoro de *Aletes* se hallaba a buen recaudo en las entrañas de la montaña. Y así, con un tesoro que custodiar, aparecieron los guardianes. Desde aquella época mi familia ha sido la encargada de salvaguardar las riquezas del Dios, en espera de que tiempos mejores vinieran. Pero custodiar un tesoro no es fácil, ¿sabes? No es nada fácil, sobre todo cuando es un Dios pagano y

estamos en la época de la Inquisición. Por eso, por miedo, mi antepasado construyó la ermita de San José, para evitar estar en el ojo de mira, comportándose como un buen cristiano y sepultando toda prueba del templo. Después de eso, la llave continuó transmitiéndose de generación en generación. Una maldición que persigue a mi familia, una maldición que necesita ser retomada por los más jóvenes. Pero, ah, cuando pelagra la sucesión, cuando el encargo de familia no tiene a quién transmitirse, eso es aún peor que la maldición en sí. Yo era el único descendiente de la saga y cuando mi padre murió, mi madre decidió marcharse a vivir a Madrid, llevándome con ella, por supuesto. Mis tías eran las guardianas del pendiente y ellas no tenían hijos. ¿Lo entiendes? —Irene lo miró sin comprender—. Mis maravillosas tías se las ingenieron para encerrar a mi madre en un manicomio y quedarse con mi custodia, con el único objetivo de que llegado el momento yo pudiera continuar su labor de vigilancia. ¿Lo entiendes ahora? Cuando esta noche he vuelto a mi casa y me he enfrentado a mis tías para que me entregaran el verdadero pendiente, Carmen se ha negado, pero Rosell se ha derrumbado, contándome todo lo que había sucedido con mi madre.

Irene se acercó a Ginés, pero él extendió el brazo, apartándola.

—Toda mi familia ha sufrido mucho por causa de este maldito tesoro. Mi abuela murió por él, mi madre sufrió por él. Aquí está la memoria de mi familia, el objeto por el que han luchado durante siglos todos mis antecesores.

Irene intentó de nuevo acercarse a Ginés y apartó con suavidad el brazo que él volvía a interponer en su camino. Lo abrazó con ternura, dejando que apoyara la cabeza sobre su pecho. Él se vino abajo y comenzó a llorar como un niño, mientras ella le acariciaba el pelo.

Al cabo de un rato, Ginés la abrazó con fuerza.

—Hola, Paletó. —Susurró Irene.

—Hola.

Ginés se incorporó y la cogió en brazos.

—¿Qué haces?

—Algo que debería haber hecho hace tiempo.

Sin decir nada más, la sentó sobre el altar de *Aletes*, de plata brillante. Al principio Irene no entendió bien qué se proponía, pero cuando vio que se quitaba la camisa, lo comprendió perfectamente.

—Eh, Ginés, ¿qué haces? No, no quiero hacerlo.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—¿De qué? ¿De que venga la policía, de la maldición del Dios, o de mí?

Irene lo miró sorprendida. Observó sus músculos tensos, el sudor que resbalaba por su torso, su cara de estatua griega.

—De todo.

—Entonces eso le da más emoción.

Ella sonrió.

—Tienes razón.

Ginés se aproximó a Irene, que lo esperaba, y lo abrazó con brazos y piernas. Se besaron de manera violenta, como si se estuvieran devorando, como si se comieran a bocados cada momento que estaban pasando juntos. Ginés le quitó la camiseta a Irene y la tiró a los pies del altar. Besó sus pequeños pechos con ansia y los mordió, mientras ella daba rienda suelta a sus gemidos.

Se sentía violenta, pero no podía parar. Deseaba hacer el amor con aquel hombre a pesar de que ni el lugar ni la situación fueran las adecuadas. O quizá por ello. Necesitaba rebelarse contra todo lo que había sido su vida.

Ginés se quitó los pantalones a la vez que Irene también lo hacía. Y la embistió con fuerza. Ella lo abrazaba, arañando su espalda y aspirando su olor, que contrastaba con los efluvios sulfúricos del ambiente. Ginés se movía rítmicamente, con serenidad, disfrutando cada instante, cada embestida. Sus ojos se mantenían enlazados, atrapados en el placer del otro. Irene gemía, se balanceaba al compás de él, fundiéndose en su vaivén, alimentando su cuerpo hambriento, dando cobijo a su alma perdida. Ambos se estremecieron y Ginés se desplomó sobre Irene, que a duras penas podía respirar, aunque en ese momento era tan feliz que no le hubiera hecho falta. Después, la besó con dulzura.

—Ginés.

—¿Sí?

—Tenemos mucho que hacer y es muy tarde.

—Sí.

—Eh, te lo digo en serio. Levanta.

Él se incorporó.

—Ginés, vamos a tener problemas si no solucionamos esto rápido. —Examinó su reloj de pulsera—. Son ya las cinco y media.

Él la observó aturdido.

—Tienes razón.

—Arriba, en la entrada hay dos cuerpos más. Hay que meterlos en la cripta. — Irene se estaba poniendo los pantalones y había recuperado ya su camiseta.

—¿Y después?

—Después viene luego.

Los dos subieron por las escaleras rápidamente, conscientes de que el tiempo corría en su contra. El cuerpo del Escombro lo trasladaron sin mucha dificultad y lo depositaron al lado de su hijo. Después ascendieron de nuevo, pero el guardaespaldas era colosal y estaban ya muy cansados. Lo fueron arrastrando lentamente.

—Dios, este hombre debe de pesar más de cien kilos.

—Apuesta a que es así.

Continuaron bajando las escaleras con mucho esfuerzo, a riesgo de resbalar y caer.

—No podemos hacerlo así. —Aseguró Ginés—. Vamos a dejarlo rodar.

—Eso es una burrada.

—Bueno, está muerto y tenemos poco tiempo.

Sin esperar la respuesta de Irene, Ginés tomó aire y empujó el cuerpo de Pepe, que descendió dando volteretas todos los peldaños que le quedaban. El golpe final retumbó en toda la sala.

—Vamos —ordenó Irene.

—Tienes más sangre fría de la que recuerdo en ti.

—Las personas cambian.

Bajaron hasta la cripta. Ginés parecía preocupado.

—Y ahora, ¿qué? Podemos cerrar esto y ya está pero no me hace mucha gracia que los cuerpos se descompongan aquí.

Irene se quedó pensando un momento. De repente, volvió a ser consciente del olor a azufre.

—A lo mejor no es necesario.

—¿Qué quieres decir? —Pero Ginés no esperó su respuesta porque se dio cuenta de hacia donde miraba—. ¿Allí?

Ginés escrutó el reguero de lava que se abría como una herida en el suelo rocoso de la cripta.

—Es lo mejor. La lava se encargará de calcinar los cuerpos.

Esta vez decidieron comenzar por el más pesado para mover después los más ligeros.

El cuerpo inerte de Pepe flotó unos segundos sobre la lava, antes de hundirse. Después arrastraron los otros dos, que siguieron el mismo proceso.

—¿Y ahora qué? —Consultó Ginés.

—Ahora tenemos que salir pitando de aquí. Y no deberíamos volver a entrar hasta estar bien seguros de que todas las pruebas hayan desaparecido.

Apagaron las antorchas y se dirigieron a las escaleras rápidamente. Ginés alumbró un momento con su linterna el interior del templo, que refulgió.

—Quiero recordarlo bien.

Ascendieron las escaleras casi corriendo, notando cómo el cansancio había hecho mella en sus débiles cuerpos. Ginés empujó la puerta, quedando sellada tras ellos. Ganaron las escaleras para surgir a la cripta de la ermita de San José.

—¿Llevas la moneda? —La interrogó Ginés. Irene asintió sonriente y él arrastró la compuerta para cerrar la entrada.

Corrieron hasta la puerta del Museo e Irene sacó el papel donde Pepe había apuntado la combinación de la alarma. La activaron y huyeron al exterior cerrando las dos puertas.

La única prueba que quedaba era aquel majestuoso Mercedes.

—Con él no podemos hacer nada. —Manifestó Irene mientras se ponía el casco—. Ah, por cierto, toma la llave. Recuerda que la tienes que pasar a las nuevas

generaciones.

—Sí. Y yo te recuerdo a ti que esta noche no hemos usado protección.

Irene se quedó pensando un momento e hizo un gesto de indiferencia con los hombros. «Lo que haya de ser, será». Mientras arrancaba, Ginés la engalanó con un sublime collar de plata. Irene sonrió y juntos se perdieron entre las calles de Cartagena, dejando tras de sí el sol del amanecer.

El director del Museo Arqueológico, se encontraba catalogando el último material que había recibido de las catas del Molinete, cuando de pronto, entró la celadora.

—Han traído un paquete para usted —le informó.

Y dejándolo sobre la mesa llena de papeles se marchó a su puesto de trabajo. El director lo miró intrigado y reparó en que no traía remite, así que lo abrió. Arrancó varios envoltorios de papel, destapó la caja, apartó el relleno de burbujas y en el fondo encontró un pequeño paquete, envuelto en un alegre papel de regalo decorado con soles infantiles. Desgarró impaciente el último envoltorio y se quedó pasmado ante lo que descubrió: era el pendiente helenístico. No se lo podía creer, así que con una sonrisa de oreja a oreja lo examinó meticulosamente y descubrió que era el auténtico. Se recostó en su sillón, con el pendiente en alto, reflejando los rayos de luz que entraban por la ventana.

Ha vuelto a casa, por fin, el Sol de Cartagena.



Ana Ballabriga, Candanos (Huesca) 1977. Escritora y Psicóloga y David Zaplana, Cartagena (Murcia) 1975. Escritor e Ingeniero de Telecomunicaciones.

Montaron juntos la empresa ADN Visual, dedicada a la producción y realización de contenidos audiovisuales para Internet, cine y TV. Han realizado numerosos cortometrajes, algunos premiados en diferentes concursos y certámenes. Entre ellos: *Modern Life*: guión ganador del concurso de guiones Exprésate Sony. *Águeda*: segundo premio del concurso Murcine. *La Decadencia del Club*: mención especial del jurado en el Festival de Cine en Murcia.

Han sido premiados en: 2003 y 2005, Relatos ganadores del Concurso de Relatos Eróticos de la Concejalía de la Juventud de Cartagena en ambas ediciones. 2004, Relato Finalista del Concurso de Relatos Eróticos de la Concejalía de la Juventud de Cartagena. 2006, Segundo premio con la obra de Teatro *El Traje Nuevo del Jugador* en el I Concurso de Dramaturgia de la Cartagena, siendo representada.

Tienen publicadas las novelas: *Morbo Gótico* (2010) y *Tras el Sol de Cartagena* (2007)

Notas

[1] Michirones. Plato típico de Cartagena, a base de habas, jamón, chorizo y patata.

<<

[2] Marinera. Rosquilla con ensaladilla rusa y una anchoa. <<

[3] Marinera. Rosquilla con ensaladilla rusa y una anchoa. <<

[4] Matrimonio. Igual que la marinera, pero con una anchoa y un boquerón en vinagre.

<<

[5] Asiático. Bebida típica cartagenera confeccionada con café, leche condensada, coñac, Licor 43 y canela. <<